

RAMON Y CAJAL

CHARLES
DE GAFFÉ

4

3197



4
43197

CHARLES DE GAULLE



CHARLAS
DE CAFÉ

CHARLAS DE CAFÉ

CHARLES DE KAFÉ

R.194719

CHARLAS DE CAFÉ

*Pensamientos, anécdotas
y confidencias*

— por —

S. R. CAJAL

(3.^a edición, corregida y aumentada)



— 1922 —

Imprenta de Juan Pueyo
Luna, 29:— MADRID

CHARLAS
DE CAFFÉ

Es propiedad del autor.
Derechos de reproducción reservados.
Se ha hecho el depósito
que marca la ley.



DOS PALABRAS AL LECTOR



L librito actual es una colección de fantasías, divagaciones, comentarios y juicios, ora serios, ora jocosos, provocados durante algunos años por la candente y estimuladora atmósfera del café. A ellos se han agregado algunas anécdotas personales y unos pocos comentarios inspirados en sucesos recientes o en nuevas lecturas (1).

Apresúrome a decir que no trato aquí de sentar doctrina ni de atacar creencias dignas de todo respeto. Rechazo, pues, categóricamente la responsabilidad de muchas opiniones exageradas, frases hiperbólicas, expansiones bufonescas o sentimientos demasado pesimistas. Representan, en su mayoría, reacciones circunstanciales, inconsistentes, variables

(1) Los pensamientos que llevan un asterisco fueron publicados hace años en un periódico titulado *Gente Vieja* (enero de 1908.) Algunos pocos referentes a la mujer vieron la luz en la magnífica revista titulada *Voluntad* y en algún periódico.

con el humor del momento y el espíritu del ambiente. Entre algunos pensamientos existen, además, contradicciones flagrantes. Fuera excesivo concederles valor absoluto, ya que traducen estados de alma fugitivos, suscitados por pareceres y sentimientos antagonistas.

Al escribir esta obrilla no he aspirado, sino en muy modesta medida, a la originalidad. Nuestra memoria es una trama tejida con ideas tomadas del espíritu de nuestros antepasados y contemporáneos célebres. Confieso, pues, que las ideas aportadas por mi experiencia personal sobre la amistad, la ingratitud, el egoísmo, las mujeres, el talento, el amor, la moral y la política, etc., están impregnadas de reminiscencias clásicas (Platón, Cicerón, Plutarco, Séneca, etcétera). Es más: al recorrer los primeros pliegos impresos del libro actual, he encontrado algunas máximas y aforismos coincidentes, hasta en la forma, con los expresados por escritores célebres del siglo XVI y XVII, y por tal cual ingenio contemporáneo (1). Halagador para el amor propio resulta coincidir espontáneamente con el dictamen de preclaros pensadores; pero es una honra poco apetecible para quien persigue, dentro de su modestia, la verdad en la originalidad.

Además, en el peregrinar de la vida, todos hemos recorrido poco más o menos igual camino: unos por el centro, mirando de frente y atentos a lo esencial; otros discurrendo por las orillas y contemplando el paisaje, algo diverso para cada

(1) Muchos pensamientos de Sócrates, Platón, Horacio, Plutarco, Seneca, etc., se encuentran hasta en escritores tan originales como Montaigne, La Bruyère, Quevedo, Gracián, El Dante, Maquiavelo, Rochefoucauld, Rousseau, Chamfort, etc.

caminante, dada la inevitable diferencia del paralaje. No es, pues, de admirar que la mayoría de los viandantes hayamos recogido en nuestro viaje, salvadas las enormes diferencias de temperamento, instrucción y capacidad, muy parecidas enseñanzas.

Si bastantes de las fantasías, ocurrencias y pensamientos del texto, aun adobadas, según hemos procurado, con algunos granos de sal científica, no brillan por su novedad, ¿por qué se publican?

Tocamos aquí las fronteras de la patología del espíritu. Aparte la grafomanía, que suele exacerbarse en la senectud (el viejo, casi siempre solitario, tiende, por compensación, a convertir en diálogo el monólogo), han movido mi pluma dos impulsos: primeramente la tendencia casi irresistible de todo pensamiento a revestir, como la plantula incluida en la semilla, una forma capaz de erguirse al aire y a la luz; y en segundo lugar la esperanza, acaso quimérica, de que a despecho del farrago de juicios inconsistentes, paradójicos o extremadamente pesimistas, encuentre el lector alguna apreciación exacta, o algún consejo provechoso, fruto tardío y frecuentemente amargo, de la experiencia.

Para aliviar la tarea de quien recorra estas páginas incoherentes, hubiera querido clasificar los pensamientos por materias o según el tono emocional de los mismos. Pero el propósito resultaba tanto más difícil, cuanto que, al dar forma a una idea, me asallaban, en virtud de la ley de asociación por contraste, otras muy diferentes. Distribuyendo las materias lo menos arbitrariamente posible, he acabado por seccionar el texto en varios capítulos, intitulados: I, sobre la amistad, la antipatía y la ingratitud; II, sobre el amor y las

mujeres; *III*, en torno de la vejez y del dolor; *IV*, sobre la muerte, la inmortalidad y la gloria; *V*, acerca del genio, el talento y la necedad; *VI*, sobre la conversación y las polémicas; *VII*, sobre el carácter y la moral; *VIII*, sobre pedagogía y educación; *IX*, acerca de literatura y arte; *X*, sobre política, la guerra, etc.; *XI*, en fin, sobre temas varios, predilécticamente humorísticos.

Prólogo de la segunda y tercera edición.

Agotada en pocos días la primera edición, a causa de la exigüidad de la tirada, damos a luz inmediatamente la segunda, sin tiempo para refundirla y mejorarla según deseábamos. Nos hemos contraído, pues, a corregir un poco el texto, añadir algunos nuevos pensamientos, suprimir tal cual concepto repetido y atenuar y dulcificar ciertas proposiciones que, no obstante las advertencias del proemio, han sido tomadas muy en serio y como tesis firmes y definitivas por personas tan vidriosas como intolerantes.

A propósito de esta tercera edición, séame lícito, aunque incurra en pesadez, repetir a dichos lectores adustos, estomagados por inocentes estridores y desbarros filosóficos o religiosos, que la mayoría de las ideas contenidas en este librito son verdaderas humoradas, que fueron real y positivamente expuestas—con otras mil de que no guardo memoria—ante tertulios joviales, durante cuarenta años de asidua asistencia a las peñas de café o de casino, donde, por mal de mis

pecados, fui incansable fantaseador e irrefrenable parlanchín. (Hace pocos días lo recordaba cariñosamente el doctor Rodrigo Pertegás en un diario valenciano.) Y en cuanto al espíritu del texto, insisto en que hasta aquellas observaciones o juicios disonantes, por demasiado graves, amargos o melancólicos, poseen algún sabor humorístico, conforme ha percibido muy bien el clarividente crítico y eximio escritor Grandmontaigne. No ocultaré, sin embargo, que ciertas apreciaciones tocantes a la pedagogía, al arte, a la guerra, etcétera, traducen convicciones actuales del autor; y digo actuales, porque me reservo el precioso e inalienable derecho de evolucionar o de retrogradar al compás de las enseñanzas de los tiempos (1).

No tiro, pues, a adoctrinar, sino a entretener y cuando más a sugerir. En conseguirlo, aunque sea muy parcamente, cifrase todo mi empeño.

Por lo demás, el texto ha sido todavía aumentado con nuevos pensamientos y anécdotas para corresponder a la benevolencia del público.

Madrid, agosto de 1922.

(1) *¿Quién no ha sentido cuartearse un poco sus construcciones filosóficas y sociológicas al presenciar los horribles experimentos de la guerra europea y del comunismo ruso?*



CAPITULO PRIMERO

SOBRE LA AMISTAD, LA ANTIPATÍA, LA INGRATITUD Y EL ODIO



AY personas por todo extremo excelentes y respetuosas; respetarán tu mujer, tu honra, tu fama y tu dinero, todo, menos una cosa: tu tiempo (*).



Máxima antigua, defendida elocuentemente por Cicerón, es que «la verdadera amistad sólo es posible entre varones virtuosos». Tal es, en efecto, la forma más noble y elevada de tal sentimiento. Mas ¿qué nombre daremos a esa íntima e irresistible simpatía que aproxima y solidariza, para tantos fines inconfesables, a vividores, farsantes y caciques?

Con tal constancia rige la ley de las afinidades morales

electivas, que cuando en determinada Corporación figura un perillán, cualquiera puede adivinar sus amigos y amparadores.



Apártate progresivamente—sin rupturas violentas—del amigo para quien representas un medio en vez de ser un fin.



Evita asimismo los amigos y protectores ricos y tontos. A poco que los trates te verás convertido en su amanuense o en su lacayo.



Dice Carlyle «que es necesario amar para conocer». Máxima cierta cuando se trata de ciencia, arte o literatura. Pero en la amistad y el amor fracasa a menudo, porque unas veces nos amamos porque nos conocemos, y otras, acaso las más, nos amamos porque nos ignoramos.



Acerca de la perfecta amistad se han escrito cosas admirables, aunque bastante exageradas. «Es un alma para dos cuerpos», decía Aristóteles. «La amistad verdadera—afirma Montaigne—es indivisible..., es darse por entero al amigo..., es desdoblarse, carecer de secretos»... Y parece que el clásico francés encontró en La Boétie ese amigo ideal, perfecto y exclusivo. Ya Plutarco notó que los amigos «se nombran por parejas». Y añade todavía: «lo que más estor-

ba adquirir un buen amigo, es nuestro empeño de tener muchos». No censuramos, antes bien aceptamos, este parecer.

Confesemos, sin embargo, que en el fondo de esta afección, absorbente y acaparadora, late un refinado egoísmo posesorio, contrario a los sentimientos de confraternidad debidos a nuestros semejantes. El corazón, bajo este aspecto, es comparable a una lente convergente que, al concentrar luz y calor en su foco, desarrolla en derredor extensa franja de frialdad y tinieblas.



«La amistad—dice Cicerón, reflejando pareceres de algunos sabios griegos—es un perfecto acuerdo sobre todas las cosas divinas y humanas, junto con un sentimiento recíproco de benevolencia y afección.»

Semejante concepto peca de esquemático. Precisamente nos apreciamos porque, dentro de esos sentimientos comunes de simpatía y respeto, somos algo diferentes. La conversación misma, indispensable al mantenimiento de la amistad, vendría a ser imposible. Sin alguna discrepancia en la manera de concebir los problemas filosóficos, políticos o científicos—discordancia encaminada a sostener el fuego sagrado del ingenio y de la contradicción mesurada—, la afección más viva y antigua se extinguiría en el hastío.



Evita la conversación del amigo cuya palabra, en vez de ser trabajo, constituye placer.



El cultivo de la amistad pide mucho tiempo, solicitud y esmero. Uno o dos buenos e íntimos amigos los tiene cualquiera; cuatro o seis, pocas personas; una docena, nadie. Sin embargo, todos debemos aspirar al respeto y consideración de nuestros conciudadanos.



Aunque insistamos en el mismo pensamiento, hagamos notar que cuando un hombre de ciencia presume de muchos amigos, casi siempre se trata de un cuco o de un holgazán. No se conservan varias amistades íntimas sin cultivarlas asiduamente, y este cultivo resulta incompatible con una vida de concentración intensa y de trabajo austero. En suma: o se tienen muchas ideas y pocos amigos, o muchos amigos y pocas ideas.



Importa declinar en lo posible los agasajos inmerecidos. Quienes te obsequian, te consideran solvente, y te prestan esperando un interés usurario.



El odio puede ser desarmado por el amor, y acaba por olvidar; mas la envidia sólo ceja ante la muerte, y a menudo ni se detiene siquiera al borde del sepulcro.



Obstáculos infranqueables para la amistad fraternal y duradera son el tiempo y, sobre todo, el espacio. En igualdad de circunstancias, el número de amigos y conocidos está en

razón inversa de las dimensiones de la ciudad. El espacio aparta las almas todavía mejor que la envidia o el odio.



Quien ambicionando puestos eminentes lamenta padecer adversarios, es comparable al cazador de tigres que se sorprendiera de recibir de vez en cuando un zarpazo. Pero ¿no les tiras, y además, no son fieras?

En el mundo todos vamos de caza por un coto que tiene menos caza que cazadores. Y cada pieza cobrada representa para los demás una esperanza desvanecida.



Cuando veáis un desconocido en ademán de abrazaros, poneos en guardia; que no en vano la naturaleza ha hecho similares los gestos de la amistad vehemente y los del atraco desvalijador.



Aun en medio del dolor sincero, nos tienta a veces el demonio de la vanidad. Quién no ha oído decir con mal disimulada fruición reporteril al amigo de un enfermo ilustre: «¿No sabes la noticia?—¿Qué?—Fulano se muere. Acabo de verle.»



La amistad repugna la pobreza como la flor la obscuridad. Por tanto, si deseas conservar amigos, ocúltalos tus penurias y sinsabores.



Aparte el comportamiento, sólo posees un reactivo eficaz para revelar el grado de estimación que inspiras a una persona: averiguar cómo habla de ti delante de tus impugnadores, émulos o adversarios.



Quando a cambio de sincera amistad recibas cruel desengaño, ¡nada de reproches! Consuélate diciendo: «Huélgame infinito de que te hayas desembozado y dejado clasificar. Ya no tendré sorpresas: al fin, te he conocido.»



No perdones a tus hijos, servidores y amigos la primera falta grave, si no quieres ser víctima de la última.



Agrádame la ingenua sinceridad del pobre mendicante. Al respondernos maquinalmente: ¡Dios se lo pagará! expresa una verdad como un templo. ¡Ojalá que los amigos a quienes prestamos dinero o apoyo eficaz, gastaran igua ingenua franqueza!... Sobre todo antes de prestárselo.



¿Qué es la simpatía? Casi siempre un prejuicio sentimental, fundado en la máxima vulgar: «el semblante es el espejo del alma».

Por desgracia, la cara es casi siempre una careta. Gracias a ella, la naturaleza recata las más bellas cualidades u oculta los más repugnantes defectos.

A quienes juzgan por las apariencias, cabría preguntarles: «Si el cerebro apenas imprime sus circunvoluciones en el cráneo, ¿cómo las imprimirá en la faz? ¿En qué parte de ésta destacan los honrados callos del trabajo y la energía de la voluntad creadora? ¿Dónde está el repliegue fisonómico revelador de la solución de un problema científico?

Ya lo dijo el sublime Jesús: Sólo hay una regla segura para juzgar a los hombres: el fruto.



El mucho hablar tiene, entre otros inconvenientes, el muy grave de estorbar el conocimiento íntimo de las personas con quienes tratamos, convertidas, a causa de nuestra verborrea, en oyentes enigmáticos. Los tiranos del monólogo prepáranse inconscientemente grandes desengaños.



Deseamos hacernos simpáticos; pero pocas veces nos paramos a averiguar si las personas con quienes gastamos prosa y finezas, las merecen de veras. Conducta prudente será, antes de franquearse y enternecerse con alguien, hacerle hablar mucho para conocerle bien. Sacudamos el árbol ideal del interlocutor, a fin de ver si suelta flores, rudas bellotas o frutos sabrosos. Y ajustemos nuestra conducta al valor del fruto recogido.



Cada persona tiene una historia, que le impone cierta consecuencia moral pocas veces desmentida. Y sin embar-

go, somos tan ligeros que, sin informarnos de ella, ofrecemos nuestro afecto a cualquier recién llegado, con tal de que nos parezca agradable.

¿De qué está hecho el agrado? De cierta prestancia física, de la conformidad real o aparente de gustos y opiniones, de la viveza y gracia en el decir y del ingenio y discreción al discutir o alabar; cosas todas que en nada garantizan la honorabilidad del hombre, ni su afecto y estima hacia nosotros.



Nos quejamos de los amigos, porque exigimos de ellos más de lo que pueden dar.



La violencia verbal justificada contra nuestros adversarios, constituye procedimiento breve y económico; pero acarrea amargos sinsabores. Heridos en lo vivo por la cruda verdad, los enemigos públicos se tornan secretos y la aversión franca conviértese en rencor taciturno avizorador de nuestros descuidos. Diríase que la fuerza viva del odio se transforma en energía de tensión, al modo de la luz que condensa sus energías en el veneno de la planta.



Quien desee medrar a la sombra de los protectores soberbios, imite al tamarindo brotado junto al mar, a cuyas furiosas galernas se dobla y opone la menor superficie posible. Pero semejante conducta repugnará siempre a los hombres dignos y altivos.



¿Deseas congraciarte con émulos o adversarios? Fracasa pública y ruidosamente. El primer aplauso, y en todo caso el más entusiasta, será el suyo.



No incurras en la inocencia de regalar al envidioso un libro afectuosamente dedicado; porque si la obra es buena, aumentarás su antipatía, y si es mala o mediocre, te pondrá en ausencia tuya como no digan dueñas.



En punto a gratitud *post mortem*, allá se van los favorecidos pobres o los protegidos ricos. Con todo, media entre ambos esta desconsoladora diferencia: el llegado a rico regodéase con la muerte del bienhechor, cuya presencia le humilla; el miserable, al contrario, la deplora porque con su Mecenas pierde sus medios de existencia.



¿Alardeas de carecer de enemigos? Veo que te calumnias. ¿Es que jamás tuviste la entereza de decir la verdad o de realizar un acto de justicia?



Triste verdad, por todos sabida, y diariamente confirmada: la justicia en favor de un hombre de mérito, nos granjea un amigo (no siempre), pero nos procura, en cambio, una pléyade de enemigos?



Casi siempre la alabanza acordada por los demás representa el eco de las alabanzas que les hemos prodigado. Ha-

cer justicia de balde es una de las cosas más peregrinas y admirables.



Decía Erasmo «que la mayor desgracia que puede sufrir un hombre es que no le engañen». Yo completaría esta sentencia añadiendo: «que no le engañen bien».

Porque el oficio de engañar tiene sus reglas y primores que pocos dominan. ¿Qué enfermo grave no se ha sentido esperanzado después de la visita de reputado médico? Y al revés: ¿Cuántos aduladores hay que, por no saber serlo, nos desazonan?



Y a propósito de aduladores, permítasenos un ejemplo.

Regalamos un libro. El adulador avisado lo repasa, aunque sea someramente, y escoge del fárrago de vulgaridades algunas ideas estimables, ponderándolas discretamente. En cambio, el lisonjeador necio alaba sin ton ni son, avergonzándonos con tropos manidos y frases hechas, y demostrando que ni siquiera le hemos merecido el honor de la lectura.



Muchos amargos desengaños ahorraríamos moderando el necio afán de ser admirados o de pasar plaza de amenos conversadores.

Ejemplo al canto:

Cuando llenos de inquietud preguntamos en el café acerca de la ausencia definitiva de ciertos queridos contertullos, oímos desilusionados las siguientes respuestas:

—¿Qué es de Fulano?

—Como perdía una hora de trabajo todas las tardes, ha adelantado la de la consulta.

—¿Y de Zutano?

—Una vez votado académico o catedrático, ha vuelto a su antiguo Casino.

—¿Supongo que no habrá ocurrido lo mismo con Mengano, que, además de ser rico, carece de aspiraciones académicas?

—Cierto, pero se ha hecho socio de la Gran Peña, y prefiere el tresillo a la conversación.

—Está bien; mas Perengano debe estar enfermo, ya que ni juega al tresillo, ni charla apenas, ni ejerce ninguna profesión. ¿Qué es de él?

—Muy sencillo: Perengano ha cambiado de peña, por estar harto de paradojas y desatinos.

Y ponemos el grito en el cielo, desazonados y amargados, por ignorar que las más amenas divagaciones políticas, filosóficas o científicas, no valen, a los ojos del mundo, lo que una vanidad satisfecha, un billete de cinco duros o una hora de tresillo.



No es tu amigo el personaje que te escribe mediante amanuense, o quien, al acordarte una entrevista, se despacha con vulgaridades y lugares comunes. En cambio, te estima quien, al platicar contigo, forja alguna frase feliz o expresa alguna observación oportuna o te gratifica con un buen consejo.



El odio y la envidia siguen al afortunado como la sombra al cuerpo. Sólo que, según decía el admirable Séneca al aludir a la gloria, «la sombra va unas veces delante y otras detrás».

¿Naces rico y noble? Pues fueron odiados tus antepasados.

¿Te haces rico y poderoso? Pues te odiarán o te envidiarán tus contemporáneos y sucesores.

Sólo para los primeros reservamos nuestra indulgencia. Pero... la revolución social avanza, y es de presumir que tarde o temprano todos gozaremos de santa fraternidad... en la indigencia.



De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más hábil y económica es el silencio.



Hay tres clases de ingratos: los que callan el favor, los que lo cobran y los que lo vengán.



No intimes con los amigos de tus adversarios: son espías avizoradores de tus errores y decadencias.



—«¡Ah, si tú siguieras mis consejos!»... nos dicen algunos amigos en tono de cariñosa reconvección. Remedando la contestación de Alejandro a Parmenion, podíamos responderles; «Con mucho gusto me allanaría a tus planes si tu-

viera tus virtudes, hábitos y talentos. Mas como mi psicología es diversa, debo obrar de manera diferente. No te soy superior; soy otra persona.—¿Te enfadas? Entonces estemos a la recíproca. En adelante seguiré tus consejos, mas con la condición ineludible de que tú aceptes los míos.»

—¡Eso no!... ¡Tú eres un idealista incorregible!...

—¿Ves cómo somos temperamentos antitéticos y necesitamos por tanto tratamiento diferente?



¿Qué debemos preferir, el pedigüeño ingrato o el agradecido?

Contestemos sin vacilar: el ingrato, porque recibido el primer beneficio decisivo, se eclipsa y nos deja en paz; al revés del pobre agradecido, que nos acosa en cuantas tribulaciones se le ofrecen. Bien dijo Maquiavelo: «el favor obliga más a quien lo otorga que a quien lo recibe».

No es ingrato quien quiere, sino quien puede. El ingrato suele poseer mentalidad vigorosa y altiva; salvados la tribulación o apuro momentáneos, entrégase ardentemente al trabajo y acaba por satisfacer sus ambiciones.

Claro está que aludimos aquí a los hombres de mérito, cuyo orgulloso tesón triunfa de los reveses de la fortuna. Hay, sin embargo, honrosas excepciones. Confieso que en mi ya larga vida sólo he topado con cuatro o cinco agradecidos dotados de gran talento.



Los moralistas nos aconsejan a menudo evitar los enemigos. Tanto montaría condenarnos vitaliciamente a la obscuridad y a la miseria. Cuando no se ha nacido rico y es

fuerza, por tanto, luchar por la existencia, la más hábil y pladosa conducta consiste en adormecer y atenuar la virulencia de nuestros émulos y adversarios con el cloroformo de la cortesía y del halago.

Procedamos como el bacteriólogo: en la imposibilidad de aniquilar al microbio, opta por *embotarlo*, es decir, por convertirlo en saludable vacuna.



Colaboradores inconscientes de toda obra grande, los contradictores sañudos aseméjase a los tábanos: pican y chupan la sangre, pero desprecizan la voluntad, favoreciéndonos con el tanto de dolor indispensable a la actividad creadora. Además, como afirmaba Catón y han repetido después innumerables moralistas y filósofos, «sólo los enemigos dicen las verdades». Y de vez en cuando la ducha fría de la verdad constituye tónico insustituible.



Si deseas ser independiente, procura que nadie, fuera de los individuos de la familia, pueda hablarte de *tú*. La potencia dominadora—y no siempre para bien—de este pronombre, suele ser incontrastable. Por algo los tiranos dan dicho tratamiento a sus vasallos.



La jovialidad de los amigos constituye el mejor antídoto contra los desengaños del mundo y las fatigas del trabajo. Invertiendo el viejo refrán, debiéramos decir: «quien bien te quiera te hará reír».



Quando incurras en la peligrosa manía de dar consejos atiende, sobre todo, a las ideas y al carácter de la persona que te los pida. Desagradables sorpresas e inesperados disgustos serían fácilmente evitados si recordáramos—según se ha dicho hartas veces—que el hombre es un animal esencialmente ilógico, cuyas reacciones responden más a menudo a sus sentimientos que a sus intereses.

Prescindiendo de muchos inconvenientes, todo triunfo resonante constituye precioso reactivo revelador de enemigos y envidiosos. El deliberado silencio de éstos o su mal disimulada contrariedad, cuando no sus tímidas censuras, los delatará infaliblemente.

Grave error de conducta constituye la descortesía hacia amigos y conocidos. A veces, empero, representa un mal menor, ya que haciéndonos dueños de todo nuestro tiempo, podemos consagrarlo por entero a la prosecución y acabamiento de la obra personal. Y no temamos las represalias. Aprovechemos, sin embargo, la primera ocasión para dar sendas satisfacciones. Quienes nos conozcan y de veras nos aprecien nos perdonarán en gracia del motivo; logrado esto, poco importa que los tibios o los orgullosos nos desahucien.

Con dolorosa sorpresa he comprobado muchas veces que ciertos odios implacables no reconocen otro origen que

nuestra distracción al ser saludados o el olvido de contestar a una carta.



Todo camarada ausente varios años debe considerarse, en el orden afectivo, como un hombre nuevo. Porque de diez veces, las ocho, sus recientes amistades han destruido la nuestra. Prudente será no franquearnos demasiado con ellos antes de bucear atentamente en su corazón y en su espíritu.



Semejantes a las muelas son los amigos y contertulios. Conforme avanzamos en edad, nos abandonan, y no siempre sin el dolor de la avulsión. Y aquí no valen dentaduras postizas. La amistad y el amor son, por lo común, pasiones exclusivamente iniciadas en la juventud o, todo lo más en la edad madura.



—Veo que son ustedes muy amigos.

—No tanto..., es que ahora nos necesitamos.



Cuando veas dos o tres personas que paseen siempre juntas, toman café juntas, van al teatro juntas y trabajan o murmuran juntas, no cometas la tontería de inmiscuirte en el bloque sentimental ni de hacer tentativas para disociarlo.

Sus elementos forman una combinación energicamente

estable y coherente, a la manera del agua y la sílice. Y si necesitas de alguno de ellos, sírvete del bloque entero, como hace el albañil con los componentes de la piedra berroqueña.



Hay amigos vehementes que al despedirse equivocan nuestra diestra con un dinamómetro. Y sólo la sueltan cuando un suspiro de angustia les revela haber alcanzado la raya deseada.



Hay pocos lazos de amistad tan fuertes que no puedan ser cortados por un cabello de mujer.



—B., el ilustre y laureado artista, parece gran amigo tuyo.

—Me estima y admira tanto, que ansía pintar mi último retrato para venderlo caro a alguna sociedad estrafalaria, española o americana, antes que pase mi efímera celebridad.



Conservemos como tesoro los amigos juiciosos que saben soportar el desaire de una pretensión injustificada.



Sólo se recuerda el último favor... hasta que se convierte en penúltimo.

cañitas y copalitos, la muestra del agua y el alcohol, y la
necesidad de algunos de ellos, sobre el blanco y negro,
como hace el alcohol con los componentes de la tierra
petrolifera.

En el momento de la muestra, el agua y el alcohol, y la
necesidad de algunos de ellos, sobre el blanco y negro,
como hace el alcohol con los componentes de la tierra
petrolifera.

27

Hay pocas cosas que se puedan hacer con el agua y el alcohol, y la
necesidad de algunos de ellos, sobre el blanco y negro,
como hace el alcohol con los componentes de la tierra
petrolifera.

—No tiene y a veces falta, que sea pura, en el agua
para beber, como a veces sucede con el agua que
se toma en las montañas, que es muy dura, y a veces
tiene un sabor que no es bueno.

28

—El agua que se toma en las montañas, que es muy dura, y a veces
tiene un sabor que no es bueno.



CAPITULO II

SOBRE EL AMOR Y LAS MUJERES



REEMOS ser los protagonistas de la gran comedia de la vida, cuando en realidad servimos de humildes partiquinos. Aun en el fogoso dúo de amor somos meros delegados de la especie, que, en fin de cuentas, es la gran enamorada. Ella se sirve de nosotros como el cervecero de la levadura para continuar su industria y prosperar. Pero acerca de este asunto ha discurrido ya muy aguda y atinadamente Schopenhauer.

22

Cuando durante la noche sorprendemos en espeso matorral un gusano de luz, percibimos bien la verdosa linterna, mas no vemos al humilde insecto que la lleva.

Así ocurre con las señoras mayores que pretenden atraer las miradas del público adornándose con suntuosas alhajas: nos deslumbran sus joyas y adornos; mas ¡ay!, ni siquiera reparamos en la mujer, a menos de que, por acción del contraste físico y artístico, nos produzca impresión de disgusto y repugnancia.



Se ha dicho muchas veces que el amor, como el agua, corre de arriba abajo; es decir, del padre al hijo y del hijo al nieto. En esto muéstrase, como siempre, la naturaleza exquisitamente utilitaria.

¡Para qué habría de fluir el amor en sentido retrógrado, es decir, en la dirección de los muertos!... (*).



El primer amor del hombre—amor de mariposa—tiene por objeto la flor. El segundo, más avisado y práctico—amor de gorrión, o de *gorrón*, como diría un aficionado a los retruécanos cursis—, sólo pica en el fruto.



Pese a los campeones del *masculinismo* (decir feminismo parece impropiedad), la mujer es toda femenina desde la punta del cabello hasta la planta de los pies. Y en ella, lo más deliciosamente femenino es el cerebro, que representa, ante todo, órgano soberano de atracción y de reproducción; al revés del hombre, cuya sesera constituye vulgar herramienta de trabajo. Ello no obsta para que haya muchas mujeres de esclarecido talento y capaces de altísimas empresas.



En el diccionario de la mujer, *querer* no tiene, en la mayoría de los casos, más acepción que *estimar*, es decir, *valorar*. En igualdad de circunstancias, la hembra, fea o hermosa, preferirá siempre al varón que acredite mayores capacidades financieras o más copiosas disponibilidades, con la única condición de satisfacer el instinto de la maternidad, el más profundo y sagrado de la vida. Este supremo fin santifica todos sus egoísmos.



La mujer implora casi siempre de santos, jueces y ministros, gracia, pocas veces justicia. No la censuremos. Disculpala el sacrosanto amor a la familia.



De todos los bienes naturales, el más excelso y envidiable es la belleza corporal. Don gratuito de la vida, no exige cultivo ni trabajo; se impone y cautiva a todos sin discusión. Los demás dones tienen sus quiebras: el talento exige intenso laboreo y hacerse perdonar; la elocuencia necesita «oler al aceite de la lámpara» para no ser motejada de huero psitacismo; la erudición implica diarios desvelos y pasa a menudo por necesidad disfrazada; la virtud más acendrada es blanco de la calumnia; la prudencia dipútase por encogimiento o pusilanimidad, y, en fin, la sobriedad y la abstención, por avaricia. En cambio, la hermosura triunfa e impera con sólo exhibirse. Cierto que la fealdad procura denigrarla; mas el despecho de lo deforme constituye en realidad un homenaje.



La hermosura es una carta de recomendación escrita por Dios y leída y admirada por todos los corazones. Lo malo es que, de vez en cuando, el diablo la intercepta furtivamente y falsifica la dirección definitiva. Y así, la hermosura que hubiera hecho la ventura de un discreto, pára en las manos de un torpe o de un mentecato; con que el idilio se convierte en comedia o en tragedia.



Peligrosísima es durante la obra filosófica o científica la intercalación inoportuna de una pasión tormentosa hacia una mujer bella, pero vulgar e incomprensiva de los destinos del sabio y acaparadora de toda su potencia sensitiva. Tal fué la desgracia del famoso A. Compte. Su pasión senil por Clotilde de Vaud enervó la fibra viril del pensador francés, arrastrándole hacia el vago sentimentalismo de la *religión de la humanidad*.

☒ Frutos insípidos de estas pasiones tardías son la vulgaridad y la sensiblería. Castrado el entendimiento, se reblandecen medula y cerebro.



Obedecer al amor es mostrarse sensible a la voz angustiada de los gérmenes que piden turno en el banquete de la vida (*).



Fabre nos conmueve al contarnos las crueldades del *escorpión*, que se come a su consorte, o de la *Mantis religiosa*, que devora al macho en pleno espasmo de amor.

¿Es que en nuestra propia vida no se dan a veces parecidas monstruosidades? ¡Cuántos amantes y maridos no mueren devorados por sus mujeres!



Conocida es la frase atribuída a Corvisart, médico de Napoleón I.

Preguntando éste al galeno si un hombre de cincuenta y cinco años puede racionalmente esperar descendencia, contestó:

—Algunas veces.

—¿Y si el esposo tiene setenta?

—Entonces siempre...

He aquí un dicho tan agudo como calumnioso. Y revelador además de menguado conocimiento de la femenil fisiología. La demostración más elocuente de la fácil resignación sexual de la cónyuge del anciano la aporta la estadística, según la cual, la inmensa mayoría de tales matrimonios resultan estériles, no obstante el *interés*, casi siempre contrario, de la esposa.



Lo que se llama en la mujer *matrimonio por compasión* no es sino la forma refinadísima del egoísmo. Nada halaga tanto al amor propio de ciertas sentimentales como la seguridad de ser adoradas como diosas; por conseguirlo se las ve cargar heroicamente con viejos averiados, y hasta con pobres diablos, a condición de representar fogosamente el papel de Don Juan y de mostrarse pasaderamente discretos y enérgicos.

Porque la sentimental sólo se detiene espantada ante la necesidad y la abulia.



Se ha dicho muchas veces que nada hay más inútil que la experiencia. Tan triste verdad se corrobora cuando somos víctimas de una pasión avasalladora.

En la vida del enamorado, los prudentes consejos del viejo suenan como la voz atiplada de un eunuco que disertara sobre las excelencias del celibato (*).



Fuera del amor de madre y de esposa (la madrecita joven del marido), todos los demás sentimientos representan hartas veces memoriales de protección o pasatiempos de camaradería.

Y cuando en momentos de optimismo evoques las efusiones verbales y sentimentales del café, de la tertulia o del club, no olvides que el animal humano necesita divertirse en cuadrilla.



La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella se lucha con desembarazo; pero ¿y al acabar?



¿Qué debes preferir, la mujer hermosa o la fea?

¡La hermosa, con tal de ser medianamente discreta, porque si te sale casquivana y coqueta, de ella te librárá cual-

quier Don Juan callejero; mas de la fea y necia, ni el diablo!

La vida es triste porque acaba triste. Y el trabajo, fuente de placer y de sana alegría, aporta a menudo también inquietudes y amarguras. He aquí por qué para el sabio una mujer jovial y optimista será siempre tesoro inapreciable, infinitamente superior a la belleza y al dinero.

Suele envidiarse la fortuna de empresarios y primeros actores porque disponen a su talento de un serrallo selectísimo de artistas.

A mí, por lo contrario, me asombra el estómago y la modestia de estos Tenorios de guardarropía.

¿Qué ilusión puede causar a un hombre de buen gusto el beso automático de sobados maniqués henchidos de orgullo y vanidad, y para cuyo funcionamiento es indispensable echar una moneda o colgar un dije?

Los seductores afortunados—se ha dicho tantas veces— más que gallardos mozos, parécenme ante todo agudos psicólogos. Con una intuición maravillosa, que envidiaría un hipnotizador profesional, escogen sus víctimas entre las jóvenes románticas y fácilmente sugestionables. Estas ingenuas palomas, bellezas finas y deliciosamente nerviosas, a fuerza de oír la insistente y autoritaria sugestión: «ámame porque te adoro», acaban por apasionarse del mi-

lano, sin que en el rendimiento final intervengan para nada el libre albedrío ni la atracción sexual.

¡Cuántas candorosas Adrianas lloran su abandono por haber ignorado su funesta debilidad mental y escuchado confiadas la fogosa romanza de un Lovelace sin entrañas!

Nos extraña que ciertos salvajes compren a sus mujeres pagando a los padres un rescate en vacas o colmillos de elefante. Pero ¿es que entre nosotros la esposa no es a menudo un poco comprada?

El marido pudiente constitúyese en amparador de la familia de la esposa. Y si aquél es pobre y la mujer rica, conviértese en esclavo de suegros y cuñados.

Ni aun el cónyuge de huérfana adinerada—aquí los términos se invierten porque el marido es el comprado—se ve libre de cargas y pesadumbres. Sabido es que, salvo excepciones, las huérfanas jóvenes suelen ser organismos endebles y degenerados, y buena parte del caudal se disipa en médicos, balnearios y boticas.

Pero todo no se puede alcanzar en esta vida. En realidad sólo se conoce un premio gordo en la lotería del matrimonio: la heredera rica, razonable y bien conformada, cuya familia falleció catastróficamente.

Quéjense a menudo de su desgracia los matrimonios de obreros. Y, sin embargo, el esposo goza de un excelso privilegio pocas veces concedido a los hombres de refinada cultura: la posibilidad de dialogar con su mujer. Equivalen-

te a su marido en gustos y aspiraciones, la esposa del periodista desempeña el cuádruple oficio de confidente, consejera, camarada y amante.



El beso, que los poetas consideran como sublime conjugación de dos almas, no es para el científico sino un simple intercambio de microbios labiales (*).



En materia de mujeres, el hombre adolece, aparte la superstición de la forma, de la absurda superstición del color.

Según es notorio, predomina comúnmente el gusto por el tono complementario. El rubio-claro se agrada de la morena oscura y el de cutis pardo verdoso se siente atraído por las encarnaciones niveas y rosáceas. Pero existen matices antipáticos, por ejemplo: el rojo de fuego o el rojo cobrizo del cabello, asociado a menudo con piel blanquecina salpicada de manchas. Víctimas de complicados atavismos, las pobres muchachas adornadas con tan policrómica librea me recuerdan, cuando aparecen en calles y paseos a caza del galán de sus ensueños, la desgracia del rutilante geranio o de la roja amapola, cuyos vistosos pétalos son sistemáticamente desdeñados por abejas y mariposas.

El pretendiente discreto deberá fijarse más en el contenido que en el continente. La felicidad del esposo no depende del color del cabello femenino, sino de la estructura y contenido sentimental y cultural del cerebro, es decir, de un órgano cuyo color es igual en rubias y morenas. Menos

dermatología y más psicología: tal debe ser la divisa del aspirante al matrimonio.



Si Alfredo de Musset hubiera sido moreno, como el médico italiano de Venecia, es casi seguro que sus amores con la rubicunda y caprichosa escritora Jorge Sand hubieran durado algunos meses más.



La piedra de toque de los celos, tan encomiada por muchos como rasgo distintivo de la pasión sincera, nos engaña en la mayoría de los casos; porque si hay celos de amor, los hay también, y harto más frecuentemente, de amor propio y hasta de móvil crematístico.

El criterio decisivo consiste en el coeficiente de abnegación y desinterés demostrado por los amantes.



¿Cuál es la compañera más deseable? Si eres inteligente y apuesto, la más discreta y honesta; si posees algunos defectos físicos y morales, la que ofrezca exageradas las cualidades contrarias.

Así y todo, el atavismo, con sus excentricidades y caprichos, nos depara sorpresas desagradables. A lo mejor esperamos *nuestro hijo*, y nos encontramos con un vástago del hombre cavernario.



A propósito de lo cual permitásenos una observación humorística. Hay muchos esposos que tienen el mal gusto de

aborrecer a la suegra, de quienes se venga irónicamente el atavismo. Porque cuando menos se piensa, se encuentran con que la esposa les regala un retoño, trasunto fidelísimo de la mamá política. Y reconocen con pena que, para los efectos biológicos, en vez de casarse con la hija se casaron con la madre.



—Ignoro por qué—decíame una señora inteligente y virtuosa—ponderan ustedes tanto la castidad de las mujeres cuando guardarla no nos cuesta el menor sacrificio. Son siempre ustedes los inductores al pecado, halagando pérfidamente las dos grandes flaquezas de nuestro sexo: la presunción de la hermosura y la propensión al lujo.



Los celos iracundos de algunas hembras significan, antes que el temor de perder un amante, el recelo de que se cierre un bolsillo.



Cuando el ilustre biólogo americano J. Lœb, y después de él Hertwig, Bataillon, Wilson, I. Delage, etc., produjeron experimentalmente en varias especies animales sexuada la *partenogenesis* artificial (fecundación del óvulo con diversos agentes químicos o físicos), cuenta Perrier que ciertas fanáticas feministas felicitaron calurosamente al último sabio citado, diciéndole: «Por fin está próximo el día en que podamos procrear hijos sin el odioso y humillante concurso del hombre.»

Pero en su ingenua alegría, las enemigas de nuestro sexo se precipitaron un poco. Probado está, en efecto, que sin la colaboración masculina muchas hembras, hasta de vertebrados, pueden ser fecundadas; mas en condiciones tales, la descendencia se compone exclusivamente de machos.

Por donde, en su inconsciencia, el feminismo exaltado y extremoso aspira a estas dos frioleras: 1.^a Desaparición absoluta de la mujer, puesto que sin varón no se produce la hembra. 2.^a Aniquilamiento definitivo y radical de la raza humana.

¡Bonito porvenir!

□

Personas frívolas suelen ridiculizar al matrimonio estéril, consolado de su soledad con la compañía de un perrito. Yo contemplo el trío zoológico con profundo enternecimiento. Ese mimado falderillo desempeña papel social importantísimo. Viene a ser algo así como la *guardia civil* de la lealtad conyugal. Derivativo de la ternura maternal, constituye, además, salvaguardia insustituible de la virtud de la mujer, y, por tanto, coraza eficacísima contra el amante.

□

El concepto excesivo del propio valer, tan contrario a las aspiraciones legítimas del varón, suele ser desastroso en la mujer de mérito. ¡Da pena ver con qué angelical y ciega confianza se entrega al seductor profesional, absolutamente persuadida de que su afortunado dueño sabrá estimar la

excelsitud de sus encantos y virtudes y la suprema generosidad del rendimiento!



Lo más triste de la fealdad femenina es que aleja desdinosamente la curiosidad sentimental de los jóvenes, esterilizando y dejando sin empleo tesoros de talento, abnegación y ternura. Avara de sus dones, la naturaleza complácese a menudo en compensar la belleza interior con la fealdad exterior.



Todas las desdichas del matrimonio nacen de que la mujer no elige, sino que es elegida. Afortunadamente, en la mayoría de los casos la esposa acostúmbrase al marido como éste se habitúa a la cerveza y al tabaco.



Los fatuos que se juzgan preferidos a causa de sus prendas personales, debieran meditar el sentido crudamente realista de la frase habitual entre comadres: «Mi hija está muy bien colocada.» En efecto, para la mayoría de las mujeres, casarse es *colocarse*.



La amistad entre mujeres jóvenes suele ser afección efímera mantenida exclusivamente hasta que aparecen el novio o el esposo codiciados.



Las uniones baratas e instantáneas son las que dejan recuerdos más caros y duraderos.



En materia de amor cúmplase a menudo la ley del mínimo esfuerzo. Hay gentes tan perezosas que se casan con su prima, con su madrastra, hasta con su criada, por la sencilla razón de tenerlas muy a mano.



Ya en serio, ya en tono humorístico, se han hecho muchas clasificaciones del beso. Una de las más sencillas es la siguiente: el *ósculo par*, frío, ceremonioso y ritual que las mujeres se dan en entrambas mejillas, y el *ósculo impar*, o beso de pasión, estampado en los labios por jóvenes de sexo diferente.



Hay en los besos apasionados de ciertas hembras sensuales un no sé qué de amenazador y de salvaje. Recuerdan el feroz transporte amoroso de arácnidos e insectos.

En la frase vulgar «te comería» late quizá un vestigio de ancestral canibalismo.



Para muchos es risible, y para mí profundamente conmovedor, el espectáculo de esas heroicas solteras que exhiben, infatigables, en paseos y teatros, sus gracias marchitas, en busca de un novio siempre fugitivo. Al través de la piel macilenta paréceme oír el grito angustioso del últi-

mo germen—excelsa promesa de eternidad—temeroso de sumergirse en la nada.

¡Respeto y loor para esas heroicas mujeres que defienden el derecho a la perpetuidad de la raza, quemando en la batalla hasta el último cartucho!...



Sólo hay en la mujer una época en que el amor, manifestación de instinto imperioso, surge limpio de toda codicia: la inocente edad de los quince a los diez y ocho años.

Después... todo pretendiente suele ser antes pesado que escuchado. Superfluo parece indicar que en esta operación comercial la romana está en las prudentes manos de la futura suegra. Toda precaución es poca, ya que el instinto sexual tiene a lo mejor impensados y peligrosos *ritornellos*.



Me asombro de que los poetas elogien hiperbólicamente dos sentimientos tan fatales y necesarios, por instintivos, como el amor y la maternidad. En buena lógica, sus diti-rambos debieran dirigirse, no a la obra casi automática de ciertos ganglios nerviosos, sino al supremo Artífice que los organizó y coordinó.



A la manera del globo cautivo, el hombre culto se perdería en el azul, si la mujer, que representa el lastre y la cuerda, no tirara prudentemente hacia abajo (*).



Tengo para mí que entre todos los placeres selectos y refinados, ninguno es comparable al de oír de unos labios rojos y juveniles, trémulos de emoción, la exposición y defensa de nuestras concepciones y pensamientos.



Reflexionando sobre la egoísta tendencia del hombre al celibato, amenizado con tal cual esporádica y peligrosa aventura, inclínase uno a estimar el *treponema pallidum* de la sífilis como el agente providencial del amor casto, o si se quiere, como la guardia civil contra la Venus ilícita.

Mas al recordar que el caballo y otros varios animales poseen también su correspondiente sífilis (1), nuestro ingenuo teleologismo a lo Pangloss queda perplejo. Decididamente, los microbios no distinguen entre hombres y animales. Ante la ferocidad de las bacterias infecciosas todos somos unos.



Asistimos a un salón aristocrático; oímos lugares comunes, frivolidades y hasta impertinencias e injusticias, y en vez de molestarnos quedamos cautivados y casi convencidos. Es que esas ligerezas emanan de la boca gorjeante de hermosa mujer.

Y nos retiramos persuadidos de que la belleza tiene siempre razón.



Cuando un hombre declara «esto es mío», quédale siem-

(1) Enfermedad llamada *durina*, causada por el *Tripanosoma equiperdum*.

pre, a poco reflexivo que sea, sobre todo si considera el conjunto armónico de las colaboraciones sociales, la duda de si el objeto le pertenece por entero; mas cuando la mujer exclama «mi hijo, mi casa, mi dinero», el sentimiento de la propiedad se expresa tan categórica, exclusiva y profundamente, que no parece sino que tales cosas han surgido sin el concurso de ninguna otra criatura, por un acto de creación *ex nihilo*, algo así como una ofrenda graciosa de la Divinidad.



Será acaso ilusión de la vejez; pero pareceme que la hembra clásica, de cuyas formas nos legaron Grecia y Roma modelos inmortales, se masculiniza progresivamente en nuestra edad de hierro, a impulsos del exótico deportismo en las ricas, y de las torturas del obrerismo en las pobres. Esta impresión se acentúa cuando se viaja por Alemania, Inglaterra o Norte América. El seno gentil atenúase de día en día en las razas más civilizadas, como presagiando el biberón compensador; el talle se alarga, perdiendo sus graciosas curvas, y el cerebro, inestimable joya femenil, hecha de adorable sensibilidad, de generosa pasión y de jovialidad atrayente, adquiere paulatinamente contextura viril, cuando no se convierte en lamentable artefacto de cocinar, escribir, calcular y perorar. Con razón hace notar *Azorín* la moderna tendencia a la unificación de los sexos.

¿Adónde iremos a parar con este desdichado fenómeno de desdiferenciación sexual? Mucho me temo que en lo futuro el ángel del hogar se convierta en antipático virago, y que el amor, supremo deleite de la vida, se transforme en

onerosa carga impuesta por el Estado para fabricar a destajo obreros y soldados.

Si no hubiera solteronas inteligentes e incasables y viudas desamparadas, osaría decir que al reclamar la mujer los privilegios políticos del hombre y el ejercicio de toda clase de oficios mecánicos, reclama, sin pensarlo, el derecho a la fealdad y a la vejez prematura.

Admirables son el afecto filial y el amor abnegado de la esposa y de la hija. Necio fuera, empero, exigir de la naturaleza más de lo que buenamente puede darnos. Prescindiendo de los odios y discusiones de familia, harto vulgares, y en los cuales la *fuerza de la sangre* sufre lamentables distracciones, ¿quién no ha sorprendido un gesto de fastidio en la hija que del bracero lleva al padre ciego o tullido, o la faz displicente y aburrida de la mujer acompañante de esposo paralítico?

¡Cuán trágicos son estos interminables silencios entre deudos, precisamente cuando hasta la palabra más frívola podría constituir distracción y consuelo para quien contempla de cerca la sima del sepulcro!

Conocidísima es la poco galante salida de Schopenhauer: «la mujer es un animal de pelo largo y de entendimiento corto»; definición humorística que, entre otras excelencias, tiene la inestimable de convenir maravillosamente a la ma-

yoría de los hombres. Para merecerla éstos, les bastaría con modificar un poco su *toilette*: gastar melena, como los rusos.



La reina de las hormigas da a la esposa ejemplo insuperable de recato y de modestia. Bella, esbelta y alada durante el efímero vuelo nupcial, arráncase las alas y reclúyese de por vida en el hogar para consagrarse, asistida de abnegadas obreras, al cuidado y multiplicación de la prole. El tan decantado feminismo no existe en la serie animal.

Reconozcamos con gusto, en honra del bello sexo, que la inmensa mayoría de las mujeres, guiadas por infalibles impulsos, siguen el ejemplo de los himenópteros. Algunas, muy al contrario, en vez de arrancarse las alas, afánanse por alargarlas y pulirlas; diríase que se preparan, con olvido del esposo y de sus hijos, a emprender nuevos vuelos nupciales.



En los países del Norte la belleza del hombre suele superar a la de la mujer, al revés de lo ocurrido en las naciones mediterráneas, donde la gentileza de la mujer supera a la del hombre.



El ideal antiguo de juntar en un mismo sujeto los deleites de la amistad y del amor—ideal inspirador de tantos repugnantes extravíos—sólo tiene una solución biológica

perfecta: elevar la cultura de la mujer para que pueda ser consejera, amiga y amante del esposo.



Si en la mujer la sensualidad fuera tan viva como en el hombre, la raza humana habría degenerado rápidamente. La naturaleza ha hecho casta a la esposa, para hacerla fuerte y sana. Gracias a esta virtud, pocas veces desmentida, el protoplasma humano consérvase vigoroso y puede corregir, en cierta medida, las consecuencias de los excesos y vicios del varón.



Cuando veo una señorita cursi a quien hace la corte elegante extranjero, pienso para mí capote: ¡Pobrecilla! ¡Qué amargo desengaño la espera cuando sepa, al fin, que para su ensoñado príncipe ruso representa el modesto papel de un Ollendorff!



Sucede con el amor de la mujer como con el libre albedrío. Ambos parecen absolutamente espontáneos y obedecen, sin embargo, en la mayoría de los casos, a motivos casi irresistibles. Restando del amor femenino las tendencias orgánicas genéricas (instinto de la maternidad, deseo de hallar un protector y un guía) y los móviles sociales (afán de brillar, ansia de prosperidad económica, etc.), ¿queda algo capaz de halagar al varón en cuanto individuo?

Los Narcisos y los Tenorios harían bien en moderar su presunción y cultivar la idea de que, lejos de representar

para determinada hembra el único ideal, constituyen simplemente órganos *intercambiables* en el mecanismo de la reproducción de la especie. Y ténganse por dichosos si este intercambio no se produce en vida.



«La mujer casada, la pierna quebrada y en casa». He aquí un refrán, quizás de origen árabe, que, tomado demasiado a la letra, ha tenido la funesta virtud de convertir a la mayoría de las hembras españolas, desde los treinta años en adelante y a veces antes, en un piélagos de grasa, donde naufragan sin remedio la gracia, la hermosura y la saludable actividad. Y no valen composturas, porque nada hay más insaciable que un estómago patológicamente distendido, ni menos airoso y deforme que un globo arrugado.

¡Cuán diferentes las rubias hijas del Norte, osadas y emprendedoras, que, a fuerza de actividad, consiguen conservar su esbeltez y su belleza plástica hasta las fronteras de la vejez!...



Entre la señorita inteligente y la hermosa, pero vulgar y ñoña, la vacilación no es posible. Dejando a un lado la belleza, importa notar que el más preciado tesoro de la mujer de mérito consiste en la pléyade de hombres superiores que encierra en estado potencial.

Esto justifica la preferencia de los discretos por la heredera de casta, en cuya stirpe brillaron ingenios preclaros o nobles caracteres.



Acerca de la capacidad de las mujeres para el cultivo de las ciencias y de las artes se han hecho por el sexo fuerte críticas apasionadas, inspiradas en un criterio excesivamente aristocrático. Prescindiendo de los juicios despectivos que nuestra cara mitad mereció de griegos y romanos, de ciertos padres de la Iglesia y de los pueblos musulmanes y orientales, los detractores de la mentalidad de la mujer se cuentan por docenas. Mencionemos entre otros a nuestro Huarte, Chamfort, Rousseau, Voltaire, Napoleón, etc., a los que hay que añadir los modernos anatómicos y fisiólogos que alegan, en favor de dicha tesis, como argumento decisivo, el volumen y peso exigüos del cerebro femenino (1).

Sin invocar la existencia de mujeres insignes en las ciencias y en las artes (argumento repetidamente esgrimido), el sexo débil podría defenderse contra anatómicos, filósofos y literatos, con estos cuatro argumentos incontrovertibles

1.º Buena parte de los genios y talentos superiores poseyeron un cerebro pequeño o mediano, igual o apenas superior al promedio del de la mujer. De mí sé decir que, habiendo contemplado en la *Sociedad Real* de Londres el vaciado de la cabeza de Newton, quedé admirado de la exiguüdad de su capacidad craneal. Igual decepción experimentará cualquiera al examinar el pequeño busto de Aristóteles—suponiendo, naturalmente, que la copia conservada en los Museos sea de tamaño natural—, en contraste con la voluminosa testa de Augusto, prototipo de inteligencia

(1) En nombre de las glándulas específicas de secreción interna de la mujer se ha procurado rebajar también el intelecto femenino. A pesar de no tenerlas, algo daría yo por escribir y pensar como tres o cuatro escritoras españolas, veinte o treinta francesas y doscientas o trescientas alemanas escandinavas y anglosajonas.

mediocre. Y entre nosotros, ¿quién no ha conocido talentos superiores encerrados en modestas cajas craneales, y hasta en cabezas reducidísimas? Acuden a mi memoria los pequeños bustos de Larra, Castelar, Sagasta, Silvela, Echeagaray, para no mentar sino a muertos ilustres. Y al revés, cabezas enormes asóciense a menudo a capacidades intelectuales, vulgares y adocenadas. No es, pues, la masa bruta, sino la fina organización nerviosa—es decir, la sutileza y prolijidad de las asociaciones *interneuronales*—la condición esencial del intelecto superior. Ocurre en el hombre algo de lo que se observa en los animales. ¿Quién será capaz de parangonar la inteligencia de un himenóptero con la imbecilidad del conejo o del cobaya, no obstante la enorme diferencia en la dotación de substancia gris?

2.º Descontando las áreas extensas adscritas en el cerebro masculino al regimiento y coordinación de la prepotente masa muscular y a la inervación del extenso revestimiento cutáneo, el contraste de peso entre ambos encéfalos atenúase notablemente.

3.º A menudo, varones de superior talento son fidelísimo trasunto físico y moral de la madre; fuera, por tanto, inverosímil admitir que la mujer sea susceptible de transmitir a la prole excelencias de que carece.

4.º Y citemos finalmente el argumento de la *educación divergente*. Aunque se demuestre—y ello desgraciadamente tiene algunos visos de verdad—que la mujer actual vale, tomada en conjunto, intelectualmente menos que el hombre, siempre podrán las feministas argüirnos: «Esperad: que la sociedad conceda a todas las jóvenes de la clase media el mismo tipo de educación e instrucción que al hom-

bre, dispensando además a las más inteligentes de la preocupación y cuidado de la prole, y... entonces hablaremos.»

Inspirándose en un criterio estrictamente zoológico, muchos naturalistas y filósofos han proclamado, después de alguna excursión tendenciosa por los campos de la zoolo- gía—donde hay argumentos para todos los gustos—, la fealdad esencial de la mujer, por comparación con el hombre.

Dichos escritores tratan de la plástica femenil a la mane- ra platónica, como si en el espíritu humano y fuera de él existiera una idea absoluta, universal y conforme de lo bello, de que ciertas criaturas representarían concreciones más o menos acabadas. Parecen olvidar que el concepto estético sexual, variable en cada especie y en cada raza, es producto cerebral relativo y contingente.

No existe una belleza, sino dos bellezas correspondien- tes a cada sexo antípoda. La mujer encuentra hermoso al hombre más acentuadamente viril, y el hombre se extasía ante la hembra que ofrece afinados y como quintaesencia- dos los atributos esenciales de la feminidad. Y si interro- gamos a las demás razas, nuestra decantada belleza viril conviértese en fealdad. Para un chino que se pinta los dien- tes con betel, el europeo posee dentadura de perro y as- pecto de mono despellejado. Negros y pieles rojas ven en el blanco una especie de diablo albino misterioso y an- tipático.

Schopenhauer fué un precursor de los modernos eugenistas. En su afán de mejorar la raza humana, propuso medidas tan radicales y expeditivas como la castración de idiotas y criminales—amén de la pena de muerte—y el encierro a perpetuidad en conventos *ad hoc* de histéricas y de bobas.

Olvidó el filósofo de Dantzig que el hijo representa un ser nuevo, no siempre semejante a sus progenitores, y que talentos y hasta genios surgen diariamente de padres necios, vulgares o mediocres.



Afirmaba Voltaire, y han repetido después varios escritores, entre ellos Schopenhauer, «que, necesitada de un amo, la mujer joven se somete a un amante y la vieja a un confesor».

Dando por exacto el concepto—que nos parece harto aventurado—, no le queda al marido futuro sino esta solución: escoger esposa de la cual pueda ser a un mismo tiempo amante y director espiritual.



En su arsenal dialéctico contra la esquivéz o la tacañería de amantes, padres y maridos, la mujer posee un argumento más que el hombre: el beso. Con él cierra definitivamente la boca del más hábil polemista y abre el bolsillo más recalcitrante.



Asómbrame la intrépida y sublime inconsciencia con que la mujer persigue el matrimonio, donde la esperan a menudo, con la maternidad ansiada, la desilusión del amor, la fealdad física y no pocas veces la enfermedad y la muerte prematura. Lo que poéticamente llamó Renán la «herida del amor», es una llaga dolorosa que suele sangrar toda la vida.



Incontables filósofos, poetas y novelistas han deplorado amargamente la pretendida ligereza y versatilidad de la casada. Séame lícito, empero, en tan escabroso asunto, disentir de la opinión general. Considero más piadoso y justo pensar con Goethe «que donde reinan las mujeres reinan la moral y el decoro».

Además, la fisiología viene en apoyo de la fidelidad femenina. Aun las hembras más libres, viciosas y casquivanas, conceden al esposo intrépido una tregua de lealtad—pocas veces quebrantada—, que se cuenta desde la boda hasta la cría del primer hijo. ¡Una fidelidad de más de año y medio!

—¡Muy poco!—diréis. ¿Cuántos esposos jóvenes se obligarían a lo mismo?...



Por pequeña que sea una mujer, siempre alcanzará, si posee talento, belleza y simpatía, al corazón del hombre.



Procuró ser justo con el bello sexo, y, sin embargo, encuentro en él algunas debilidades que me desconciertan:

una de ellas es esa comezón irresistible de lucir alhajas valiosas y trajes costosísimos. Goethe se mostró psicólogo sagaz al significar que las ingenuas Margaritas ríndense mejor al brillo de los diamantes que al perfume de las flores. Verdad es que muchos jóvenes alardean de igual flaqueza.

Semejante afición a las joyas preciosas me la explico mejor en el hombre que en la mujer. Responden a un móvil utilitario: son los arreos y las armas del seductor.

¡Pero en la mujer casada...!

¿Es que las ricas joyas constituyen el espejuelo de cazar palomos torcaces?

Suponerlo fuera, además de inexacto, injurioso.

¿Revela el insano afán de causar, según opinión corriente, envidia y despecho a las amigas y conocidas?

Ello sería muy humano, aunque poco piadoso, tratándose de damas irreprochables.

Prefiero creer en una exigencia imperiosa del instinto ornamental, que ya Heriberto Spencer advirtió en los salvajes, donde hasta la sucinta indumentaria representa codiciado atavío. Nuestra cara mitad propendería, pues, a constelar sus orejas, cuello y manos, con perlas, oro y pedrería, con la misma encantadora inconsciencia con que se adornan de policromas plumas o de nacaradas escamas, respectivamente, el loro y la mariposa.



En igualdad de circunstancias, el coeficiente de honradez de actrices y cupletistas está en razón inversa del diámetro de sus brillantes.



La risa en el hombre sólo tiene una acepción, o a lo más, dos: el contento y la ironía. Pero en la mujer constituye casi un diccionario. Con ella lo expresa todo, con la ventaja inestimable de no soltar prenda y estar dispensada de pensar.

Si, como ha dicho Buffon, la risa es privilegio del hombre, convengamos en que la mujer es lo más humano que existe.



Nuestras adorables adolescentes son víctimas resignadas de la moda, a la cual se adaptan sin reparar en sus defectos físicos y en el tono de sus cabellos y piel.

La tiranía de los modistos parisinos impuso hace algunos lustros a nuestras bellas la exhibición de *clavículas* y *pectorales*.

En el teatro y en las *soirées* exigía, y creo que exige, amplio y rasgado descote posterior (amén del provocativo anterior), revelador de la *columna vertebral*, los *trapecios* y los *omoplatos*. En otras ocasiones, ha decretado la desnudez del brazo hasta el *deltoides*. Ahora priva la moda de lucir por calles y paseos el *tendón de Aquiles* y el *cuadriceps de la pierna*, bien que velados por sutilísima tela de araña; con lo cual muchas infelices, ignaras en cuanto a estética femenina, en vez de curvas atrayentes ostentan fúnebres canillas o amoratados sabañones. Si la imposición de los modistos sigue por este camino, ¿qué extensión de anatomía inédita quedará reservada al futuro marido? ¿Cuál será en lo porvenir el paralelo del pudor?



Huye de las jóvenes frívolas y pretenciosas que sueñan con trenes fastuosos, trajes deslumbradores y joyas rutilantes. De 100 veces, las 80 son cortesanas en estado de canuto.

Reserva, en cambio, tus homenajes para las doncellas modestas que adoran los niños, se entregan alegres al tráfago del hogar y a las inexcusables exigencias de la higiene casera. Y ten por seguro que las muchachas cuyo orgullo se cifra en tener la casa como una «tacita de plata», suelen tener también un corazón de oro.



Aunque el caso sea raro, se ven mujeres listas y hasta bellas, casadas con imbéciles. ¿Para elevarlos o para deprimirlos? Lo último parece más probable que lo primero. Al revés del asno de Apuleyo, que recobró la forma humana comiéndose una rosa, estos infelices se comen una rosa para convertirse en asnos.



Es lástima que se hayan perdido, durante el proceso evolutivo, ciertas admirables propiedades fisiológicas. Una de ellas es la *autotomía* (1) de los cangrejos, gracias a la cual (de haberse propagado hasta la especie humana) lograríamos esquivar el acoso, tanto de ingleses como de latosos y pedigiños.

Pero hay otra propiedad cuya pérdida resulta todavía más

(1) Capacidad que poseen algunos crustáceos de desprenderse instantáneamente de una pata o pinza agarrada por un enemigo.

lamentable: el cambio de color por impulso de la voluntad, a imitación de calamares y camaleones.

Si la mujer gozara de tan útilísimo privilegio, perderían algo las perfumerías, pero, en cambio, ganaría bastante la felicidad conyugal. Merced al oportuno juego de los *cromatóforos* (1), toda esposa podría convertirse alternativamente en rubia o en morena, según cambiaran, por efecto del hábito y de la saciedad, las aficiones cromáticas del marido.

Sabido es que, por lo regular, todas las pasiones iniciadas con extremada violencia suelen terminar pronto y desastrosamente. Rasgado el velo de Maya, se cae en el desencanto y la desilusión. Y en vez de «deletrear en las estrellas—según decía el enamorado Goethe—el nombre de la adorada», se piensa si no sería preferible deletrearlo en una lápida sepulcral.

La bella dentadura en la mujer—el consabido collar de perlas de los poetas—es como una promesa de permanente jovialidad y de buena digestión.

A propósito de lo cual se me ocurre que si el brote de la primera dentición hace llorar, el de la tercera—es decir, la compra—hace reír.

(1) Células pigmentarias cuyas expansiones, encogándose o expandiéndose, aclaran u oscurecen el tono de la piel. En el camaleón y en los cefalópodos, los cromatóforos poseen colores variados y sus contracciones hallanse regidas por el sistema nervioso.

Conmuévase todo corazón sensible ante la esposa enamorada que se pinta, pule y acicala para agradar y atraer a su marido. Bien miradas las cosas, el bermellón, el agua oxigenada y las cremas y polvos de arroz, constituyen el incienso ofrendado en el altar conyugal.

Por desdicha, semejantes artificios escenográficos producen solamente ilusión a distancia, en plena rúa, lejos del marido, en cuyo obsequio se preparan.

Por eso suelen ser contraproducentes.

Siempre me incliné a estimar el baile o como una especie de gimnasia grotesca, sin más finalidad que facilitar la circulación de la sangre y promover el desarrollo pulmonar, o también como un juego provocativo, legado de edades bárbaras, encaminado a despertar la sensualidad del hombre, un poco adormecida por las fatigas del trabajo.

Hoy pienso que todo hábito refractario a la acción del tiempo debe de poseer alguna ventaja positiva para la especie. Y he acabado por corregir mi antigua opinión.

Conócense, según es notorio, dos clases de belleza: la estática y la dinámica. En recepciones y teatros, la doncella núbil exhibe predilectamente su hermosura de estatua, traducida por la línea y el color. Mas sólo cuando danza revela plenamente su belleza dinámica, es decir, la gracia, la agilidad y el donaire.

Encendida la faz y refulgentes los ojos por la emoción, toda joven que baila parece expresar a su pareja: «Repara en mí; no soy solamente una bella escultura; poseo, además, el sentido del ritmo y de la música. Mis pulmones son

incansables, mis articulaciones, ágiles y vigorosas, y en mi pecho late un corazón a prueba de fatigas y emociones. Acéptame, porque soy sana y fuerte y no me intimidan, antes me atraen con imperio, los dolores y sacrificios de la maternidad. »

La belleza de la mujer es, aparte la raza, un don de la civilización y de la higiene. Por referencia de los exploradores de países exóticos, sabemos que entre los salvajes la hembra es infinitamente más fea y repugnante que el varón.

El gran defecto del bello sexo es su excesiva sugestibilidad. De cada 100 adulterios—aludo a las mujeres de cultura incompleta—, 90 son meras sugerencias literarias.

Esperemos que la educación física e intelectual curarán a la mujer de esta flaqueza de que también, aunque en menor grado, adolece el varón.

La mujer agraciada llegaría a ser bellísima aprendiendo belleza. ¿Dónde? En los museos y en los libros de higiene.

La mitad de la gracia femenina, como la mitad del talento del varón, son creaciones de la propia voluntad ilustrada por la cultura.

Cuando no son odiosos egoístas, los tenorios de casadas tienen condición de chicos: sólo hallan deleite en los juegos peligrosos.



En los dramas del adulterio extraña advertir que el marido asesina a la sugestionada y suele dejar libre al sugestionador.



Todos los hombres, por enfermos, deformes o viejos que sean, con tal de emplear hábilmente el arte del agrado y las seducciones de la generosidad, pueden conquistar el afecto y la adhesión de alguna mujer agraciada.

¿Hasta qué punto?

He aquí una incógnita que sería imprudente y temerario despejar. Aténgase el triunfador a las apariencias. Ellas son lo más bello y consolador de la vida.



Aunque los matices y diseños ornamentales de las creaciones de la vida son casi infinitos, parece que, cuando ésta desea producir un máximo efecto estético, según ocurre con las plumas del pavo real o las alas de la mariposa, dibuja ojos de contornos policromos.

Ejemplo elocuentísimo nos ofrece la mujer. ¿Qué adorno más irresistiblemente fascinador que unos ojos relampagueantes, negros, verdes o azules, realzados por doble curva concéntrica de pestañas oscuras y de párpados suavemente violáceos?



Mucho mejoraría la raza humana si en la elección del novio interviniera algo más el cerebro y menos el estómago.



En esta época de feminismo militante y bullicioso me extraña mucho que la mujer no reivindique para sí y para sus hijos el derecho, no sólo de repudiar el apellido del esposo, sino el de llevar en primer término el de la madre (1). ¿Razones? Numerosas. He aquí algunas de índole biológica:

1. En el acto de la procreación, la madre colabora con una cantidad de protoplasma enormemente superior a la aportada por el padre.

2. Corriendo a cargo de la madre la nutrición del feto y la crianza del hijo, es imposible no admitir (aun haciendo caso omiso del proceso material del crecimiento) que buena parte de la arquitectura química y celular específica de aquélla se transmita a la prole.

3. De acuerdo con las precedentes proposiciones, el vástago, sobre todo si goza de gran talento, se parece más a menudo a la madre que al padre; con lo que no pretendo negar el fenómeno contrario ni la combinación, en variables proporciones, de los caracteres de ambos progenitores.

4. En la serie zoológica se da con frecuencia, natural o experimentalmente, la *partenogénesis* (generación virginal), es decir, la procreación sin padre, pero no la generación sin madre.

5. No pocos sabios especialistas en tan interesantes

(1) En España, por lo menos en la clase media y el pueblo, menos basteardados por las modas exóticas que las familias aristocráticas, la mujer conserva ambos apellidos. Imposible evitar, sin embargo, que el materno se pierda a la segunda generación.

problemas biogenéticos, afirman muy formalmente que la partenogénesis recae, en ocasiones, hasta en la mujer misma, cuando tiene la desgracia de sufrir un cónyuge *parasifítico*, alcohólico, agotado, etc. En casos tales, según apuntamos en otro lugar, el esposo no aporta a la fecundación ningún factor hereditario, sino que se limita a estimular el desarrollo del óvulo. Tan singular efecto se ha conseguido en los batracios y en otros vertebrados, provocando experimentalmente la entrada en el óvulo de células seminales despojadas de su *chromosomas* (materia de la herencia), ora mediante el radio, ora usando meros productos químicos. (Esta fecundación artificial, probada por Loeb y su escuela, se ha obtenido en muchos invertebrados.)

Conque ya lo saben las feministas fervientes. He aquí un bello programa a realizar. Y no se trata sólo de una cuestión de palabras, como argüirá algún leguleyo o partidario de la inferioridad esencial de la mujer (sentimiento ancestral conservado en todos los pueblos de Oriente, donde la esposa y concubina representan, según es notorio, la *cosa* del amo, quien, después de tiranizarla, la aprecia por debajo del caballo y del camello), sino una cuestión de dignidad femenina y de biología fundamental. Es preciso, en fin, que la mujer moderna adquiera la conciencia plena de su raza, singularmente de la representada por la línea materna.



Alardean a menudo de enemigos de las mujeres solterones demasiado amigos de las mismas.



La mujer suele enamorarse del talento, y el talento viril de la hermosura. Establécese de esta suerte felicísima compensación biológica. En cuyo fenómeno selectivo, el instinto femenino demuestra exquisita perspicacia, porque la belleza pasa y el talento, con sus sabrosos frutos económicos, perdura.



Gran acierto fuera en la mujer realzar su virtud con la dulzura, el agrado y la indulgencia. Muchos vicios y rarezas tendría lord Byron; pero, ¿no los irritaron y exacerbaron quizás la altivez y austeridad puritana de su esposa?



La mujer egoísta cotiza en el joven el porvenir probable; en la gente madura, el presente próspero, y en el viejo, el cuantioso capital acumulado. Refinado financiero, el genio de la especie pregúntase: ¿Ganará dinero? ¿Lo gana? ¿Lo ganó?



La solterona fea y buena tiene dentro de la familia noble y cristiana misión que cumplir: cuidar y acompañar a sus padres ancianos o enfermos. ¡Cuántos extravíos sentimentales del viudo solitario serían evitados por la abnegación y el cariño de una hija indiferente a los pérfidos llamamientos del amor codicioso!



La gordura excesiva, garantía de bondad y pachorra en el hombre, suele serlo de fidelidad en la mujer. Dejando a

un lado el impudor artístico que supondría la exhibición de formas larvares, harto tiene el corazón de las orondas matronas con irrigar varias arrobas de pánfculo adiposo.



N., casamentero infatigable, deseando convencer a cierto amigo solterón de las ventajas del matrimonio, le arguyó a guisa de prueba irrefutable:

—¿No comprendes que, llegada la vejez, necesitamos una mujer paciente que cuide nuestros catarros y con quien podamos impunemente desahogar el mal humor?



Las mujeres coquetas, incapaces de amar y que pulen y acicalan su cuerpo como una joya preciosa, sufren a menudo, por una suerte de compensación sentimental, una especie de locura de amor y de sacrificio en cuanto la suerte les depara el esposo o el hijo anhelados.



Considero calumniosa la especie, muy extendida entre el vulgo, acerca de la poliandria de la alta aristocracia. Ni pasa de la categoría de chuscada sin gracia el argumento aducido por ciertos maldicientes «de que por algo los hijos de las familias encopetadas y linajudas sacan aficiones a criar caballos y a guiar coches o automóviles». No; la mejor prueba de la virtud conyugal de las damas de abolengo está en la lenta pero segura degeneración de sus retoños, de conformidad con las leyes que rigen las uniones consanguíneas y los efectos del ocio sistemático. Danse, empero, excepciones, y se darían más a menudo si, a ejemplo de las

aristocracias francesa e inglesa, los nobles españoles renoveran la gastada savia, contrayendo matrimonio con robustas burguesas, o todavía mejor, con lozanas bellezas de pueblo o de la clase media.



La mujer venera a sus padres, estima y a veces admira a su marido, pero sólo adora verdaderamente a sus hijos.

Aun este amor preponderante sigue trayectoria aproximadamente parabólica. Mantiénese pujante durante la primera fase de la vida del niño, es decir, durante la feliz edad de las muñecas y de los tambores; decae un poco en la edad de los novios y desciende y casi se extingue (nunca del todo) cuando los hijos, contraído matrimonio, forman nuevos hogares y abandonan a sus progenitores.

La parábola del afecto sigue en los hijos dirección casi contraria (me refiero a las personas bien nacidas). Se adora y venera a los padres cuanto más ancianos. Y el hogar común, objeto de filial piedad, subsiste mientras vive la madre, corazón de la familia. Desaparecido el ángel del hogar, la prole suele dispersarse como colmena sin reina.



Créese el hombre enteramente emancipado cuando se le libra de una cadena pesada y visible, y se le sujeta, en cambio, con muchas cadenas invisibles e imponderables. Por ejemplo: lo que los extremistas del feminismo llaman *emancipación de la mujer*, no es en el fondo sino la imposición del formidable yugo del trabajo agotante, sin la compensación consoladora del amor y de la familia.



Es dable conjeturar las costumbres y hasta la moral de un país por los brazos y pies de sus muchachas. Brazos robustos y pies grandes denotan inclinación a los ejercicios corporales, a la vida de aire libre y a la austera disciplina del trabajo.

Por eso, cuando oigo a un extranjero celebrar el diminuto pie de las españolas, me pregunto alarmado: ¿Es un cumplido, o una burla? Y mis dudas crecen recordando (aparte mi experiencia personal) la opinión de cierto autor francés, corroborada por H. Taine: «Anda más una inglesa en ocho días que una parisiense en un año». Y que una andaluza en dos, añadiría yo.

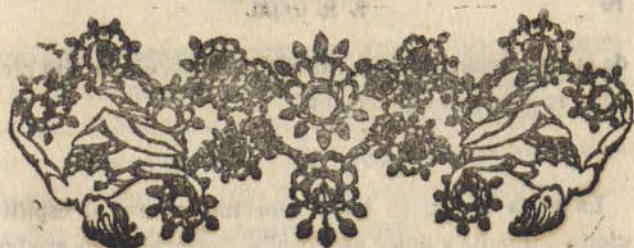


The first part of the work is devoted to a general history of the
 world, from the beginning of time to the present day. It is
 divided into three main periods: the ancient, the middle, and the
 modern. Each period is further subdivided into smaller sections,
 according to the different nations and empires which have
 existed in the world.

The second part of the work is devoted to a general history of
 the world, from the beginning of time to the present day. It is
 divided into three main periods: the ancient, the middle, and the
 modern. Each period is further subdivided into smaller sections,
 according to the different nations and empires which have
 existed in the world.

The third part of the work is devoted to a general history of
 the world, from the beginning of time to the present day. It is
 divided into three main periods: the ancient, the middle, and the
 modern. Each period is further subdivided into smaller sections,
 according to the different nations and empires which have
 existed in the world.

The fourth part of the work is devoted to a general history of
 the world, from the beginning of time to the present day. It is
 divided into three main periods: the ancient, the middle, and the
 modern. Each period is further subdivided into smaller sections,
 according to the different nations and empires which have
 existed in the world.



CAPITULO III

EN TORNO DE LA VEJEZ Y DEL DOLOR



Lo más deplorable de la vejez es la pérdida de la individualidad física y moral. En la extrema senectud, almas y rostros se parecen; que no hay cosa más semejante a una calavera que otra calavera y un desengañado a otro desengañado.



Aseguraba Peter, y han repetido después muchos patólogos, que el hombre tiene la edad de sus arterias.

Pero no explican por qué el corazón y las arterias envejecen. Con frecuencia su cansancio prematuro traduce el número de los desengaños sufridos y la amplitud y alcance

de la obra realizada. Una cañería que funciona a alta presión, se deteriora rápidamente.



La gloria tardía, en plena senectud, aporta al espíritu cierta tranquila y dulce melancolía. Sobre el cielo arrebolado del atardecer ya no cantan las alondras, pero se agitan los murciélagos. Y por encima de todo destacan dos grandes dolores: nos falta el beso de amor de los padres y el beso de Judas de los enemigos. Sin embargo, esta última amargura no siempre falta.



Hay una enfermedad crónica, necesariamente mortal, que todos debiéramos evitar y que, sin embargo, todos deseamos: la ancianidad.



La felicidad y el contento van siempre asociados a la conciencia de la actividad eficaz: en la adolescencia, al proceso de formar un alma pensante; en la juventud, a la procreación de los hijos; en la madurez, a la generación y parto de ideas. Sólo mientras creamos olvidamos injusticias y pesadumbres. Pero el decrepito no crea; limitase a vegetar. Por eso es desgraciado.



Rasgo característico de la vejez es el pensar que con nuestra ruina debe precisamente coincidir la del Universo. El *laudator temporis acti* de Horacio es mero sintoma del

progresivo apagamiento sensorial. Diríase que al través de la incipiente catarata senil se entenebrecen el mundo físico y moral. Queda, sin embargo, un poderoso resplandor interior; pero éste ilumina casi exclusivamente recuerdos asociados al triunfo pretérito de nuestros sentidos y a las gallardías y proezas de nuestra juventud.



Franqueadas las fronteras de la vejez, aprenderemos esta melancólica verdad tan celebrada por los antiguos, singularmente por Cicerón: que la verdadera ventura consiste en la contemplación de la naturaleza desde un rincón solitario. Y así envidiamos la sabia conducta del naturalista Fabre, que, aislado en su *Harmas de Serignan*, consagró su existencia al estudio de los instintos de los insectos, desentrañando la geometría trascendental de arañas y avispas, la prodigiosa ciencia quirúrgica del *Sphex* y del *Cerceris*, o, en fin, las maravillosas previsiones maternas del escarabajo. Y en estos plácidos coloquios con el mundo de la vida, el ermitaño de Serignan vivió dichoso y robusto hasta los noventa y seis años.

Mas para adoptar esta filosófica actitud es preciso ser tan rico de talento como de modestia, y subordinar abnegadamente a un pensamiento central y permanente todas las energías del espíritu.

¡Dichosos los hombres que ofrendan su vida a una sola idea, porque ellos perdurarán en ella y por ella...



Conforme avanzamos en la senectud, disminuyen los amigos y aumentan los desdeñosos y censores, que son

cuantos codician nuestros puestos oficiales y nuestra modesta reputación. Y fuéramos dichosos si a esto se redujeran todos los abandonos. Lo terrible es que hasta nuestro cuerpo, el inseparable compañero de glorias y fatigas, nos repudia. Déjannos las células y nos rondan los microbios. El alma, de cada vez más aislada, experimenta algo semejante a la angustia del explorador del desierto, que cruza solitario la trágica llanura interminable, agotadas sus provisiones, caídos sus camaradas y perseguido de cerca por cuervos que husmean el cadáver...



Considero como una de las más grandes insidias de la vida la supervivencia de ciertos instintos cuando los órganos encargados de su realización caducaron irremediablemente. Numerosos son los casos de aves e insectos (*megachiles, osmias*, etc.) de maternidad agotada y obedientes, sin embargo, al ciego instinto constructor de nidos. Y ascendiendo desde el insecto al hombre, ¿quién no ha visto con lástima al viejo verde construyendo nidos donde jamás habitará el amor?



Lo que los franceses llaman «la triste edad de los lutos», podría calificarse también la «edad de los retratos». Próximamente debe estar la irreparable catástrofe cuanto amigos y conocidos te piden insistentemente el busto. Apresúrate a complacerles antes que tu cabeza, que comienza a desecarse, se convierta en calavera.



Cierto es, según se ha repetido mil veces, que el trabajo enaltece y nos proporciona, juntamente con la honra, todos los bienes deseables. Ya lo proclamó Epicarmo en forma insuperable: «Dios nos vende todos los bienes a cambio de trabajo».

Mas es forzoso convenir también en que los bienes granjeados por la actividad honrada suelen llegar un poco tarde, cuando el estómago carece de jugos, las fuerzas nos abandonan y el corazón, más que intensas emociones afectivas, demanda calma y reposo. El enriquecido por el trabajo recuerda a la abeja obrera que agotó sus energías en labrar un panal destinado a la prole de su reina, prole con quien tiene remoto parentesco.



La Naturaleza, previsora en todo, ha hecho fea e infecunda a la decrepitud para no gastar pólvora en salvas (*).



La dicha de vivir, de Lubbok, es, según es notorio, libro agradable, impregnado de cierto epicureísmo elegante, ingenuo y apacible. Los consejos del sabio naturalista inglés parecenme, sin embargo, contraproducentes para muchos lectores.

Encomiar elocuentemente los placeres con que nos brinda la civilización, ¿no es recordar al pobre que no le es dable alcanzarlos, y sugerir a todos la desgarradora reflexión de que tendremos que renunciar a ellos, en buena parte, durante la vejez y, definitivamente, con la muerte?...



Todos hemos exclamado alguna vez, después de contemplar el pasado desde la cumbre de la experiencia: «¡Ah! ¡Quién pudiera comenzar a vivir!...» Y al considerar esta idea, nuestra memoria, remontando en el tiempo, desarrolla a la manera de cinematógrafo que gira al revés, la cinta de nuestro pasado, donde las escenas tristes predominan sobre las alegres y la felicidad brilla cual relámpago en noche tenebrosa.

De ser realizable esta fantasía (absurda en principio, porque la vida, función de la materia y del tiempo, fluye siempre hacia la nada), la existencia vendría a ser el mayor de los tormentos.

¡Ahí es nada, la reversibilidad de la vida!... La embriaguez antes que el vino generoso; el hastío antes que el amor; el desengaño primero que la amistad; la duda torturante precediendo a la fe; la desilusión de la gloria antes que el esfuerzo por alcanzarla... ¡En suma, el desencanto, la desconfianza y la crítica, tristes privilegios de la vejez, envenenando los transportes y deleites más puros de la juventud y de la madurez. Y, como consecuencia ineluctable, el convoy de la civilización atascado para siempre, falto de los motores de la esperanza y la ilusión!...



Comparable a un ejército, nuestro organismo tiene la edad de sus generales. Son éstos: el corazón, el cerebro, los riñones y el pulmón. Todo va bien si se conservan lozanos y animosos. Cuando claudican, la derrota está próxima.



Providencial encuentro la frecuente sordera del anciano. Gracias a ella, vegeta relativamente tranquilo sin oír el coro de enterradores que, formado por enemigos y herederos, parecen gritar: «Carcamal, ¿cuándo acabarás?»



De chicos pensamos: «soy inmortal». De viejos decimos: «muero sin haber vivido», o lo que es más triste, «no he sabido vivir». Y pensaríamos lo mismo si nuestra vida durara los trescientos años del cocodrilo o los doscientos del elefante.



Una opinión adversa formulada acerca de nuestra obra, a los treinta años, nos hace sonreír de orgullo; a los cuarenta, nos pone serios; pero a los setenta nos hace el efecto de un escopetazo en pleno corazón. Transidos de congoja exclamamos: «¿Será verdad que hemos perdido el tiempo acariciando vanas quimeras? Nuestras queridas ideas, ¿serán implacablemente borradas de los libros y de las almas? ¿Cómo defendernos o enmendarnos si no tenemos vida que vivir?...



Cuanto más viejos somos, más terror nos inspiran las cartas recibidas. Durante la juventud, toda misiva nos traía efusiones de la amistad o promesas de amor. (¡Oh aquellas adoradas epístolas en que la pasión real o fingida compensaba gentilmente los caprichos de la ortografía!...) Mas traspasada la cumbre de los sesenta, toda carta es

un sablazo contra el bolsillo, contra la honra o contra el cerebro.

Quienes nos escriben comienzan en verdad por hacer gentiles protestas de afecto, veneración y respeto; pero ¡ay! al llegar al final todos solicitan, con desconsoladora unanimidad, dinero, colaboración, amparo o sinecuras!...



Dice Marguerit que «hallamos bellas las ruinas porque están descargadas de lo superfluo». Según tan singular criterio, nada fuera más hermoso que la senectud, por estar descartada del peso muerto del *paniculo adiposo*, de la superabundancia muscular y de las preocupaciones del amor y de la ambición. Mucho temo, sin embargo, que tan cuerdo parecer no sea compartido ni por los viejos verdes ni por las solteronas amojamadas.



Bien considerados, algunos defectos fisiológicos asociados a la vejez representan favores de la naturaleza. Al enturbiar la vista, parece decirnos: «¿Para qué admirar flores que no han de perfumar tu vida?» Al atenuar la imagen de los sucesos recientes y avivar la de los remotos, expresa quizás: «Agradéceme el olvido del dolor actual y la conservación de juveniles recuerdos evocadores de los pocos goces reales de tu existencia.» En fin, al convertirnos en sórdidos egoístas, parece ordenarnos: «Ámate, porque nadie te amará.»



¿Cómo se prolonga la vida? Filósofos e higienistas preconizan la sobriedad en la mesa, la moderación pasional y la quietud de los campos. Recuérdese la tan conocida historia del centenario Cornaro, opóstol ardiente de la sobriedad alimenticia y de las renunciaciones sexuales. Ya lo expresó, en forma no muy académica, un viejo refrán castellano: *Dieta, mangueta* (1) y *siete fluidos en la bragüeta*.

Está bien. Pero para emular la longevidad de Matusalem debe entrar en juego algún factor biológico hereditario independiente de la voluntad: acaso la felicísima y armónica organización de los cuatro grandes aparatos de la vida vegetativa: el corazón, el intestino, el riñón y los pulmones. (Algunos novísimos fisiólogos añaden: el potente y armonioso desarrollo de las glándulas de secreción interna.) Porque a docenas se cuentan centenarios que abusaron del amor, del vino y de los placeres de la mesa. Recordemos, para no citar sino un caso, la explicación dada a Luis XIV por Felipe de Herbelot (tenía entonces ciento quince años): «A los cincuenta he cerrado mi corazón y abierto mi bodega.» Elocuente es también el ejemplo de Ninon de Lenclos que tuvo un amante cada año, desde los veinte a los ochenta, y sucumbió nonagenaria.

Apuntemos todavía un argumento zoológico: el cuervo, el loro, el cocodrilo y el elefante no han asistido a ninguna cátedra de higiene y viven más del doble que nosotros.



Muchos filósofos de la antigüedad y no pocos sabios modernos hacen notar la frecuente conservación de las dotes

(1) Especia de jeringa construída en cuero y de forma de vejiga.

del espíritu en el viejo y hasta en el decrepito. Restando del aserto, asaz lisonjero, la inevitable exageración del panegirista, casi siempre provector, resulta incuestionable que, de todos los órganos, el cerebro resiste heroicamente los derrumbamientos de la regresión (aludimos a las células y fibras nerviosas, no a los vasos y trama nutritiva).

Desgraciadamente, los demás aparatos de la máquina viviente no comparten la épica resistencia de la célula nerviosa. El pobre cerebro es abandonado en lo mejor de su carrera. No se muere, sino que lo matan. Semejante a un bravo general caído en la batalla a causa del pánico de soldados y ayudantes, el órgano del espíritu cae también gloriosamente en su puesto de honor con las armas en la mano. Su último angustioso grito es: «¡Oxígeno, que me ahogol»

En vano el médico piadoso pretende socorrerle con el consabido *balón* de gas vivificante. No le aprovecha, porque sus servidores o intermediarios, los pulmones, el corazón y las arterias, desertaron cobardemente.



Y, a propósito de este abandono de la aristocrática célula nerviosa, haremos notar que casi todos los achaques y tristezas de la vejez dimanan de que el organismo no muere de una vez, a semejanza de lo ocurrido con muchos insectos, agotados plenamente por los trágicos sacrificios de la maternidad, sino sucesivamente, por parcelas. Al modo del centenario, el viejo cerebro sufre la tortura de enterrar a todos sus amigos, deudos y servidores coetáneos. ¿Qué se gana con que la corteza cerebral esté construída para du-

rar ciento cincuenta o doscientos años, si la mayoría de los órganos nobles flaquean a los sesenta?



Mala señal es que el anciano, imitando al viejo Nestor, ensalce reiteradamente sus gloriosas hazañas. Ello demuestra que nadie las recuerda ni estima. Seamos indulgentes con él, por si, al olvidarlas, hemos cometido grave injusticia. Y pensemos que casi seguramente nuestra obra correrá la misma suerte.



Un viejo refrán, ya conocido de griegos y romanos, dice: «si quieres vivir sano, sé viejo temprano».

He aquí una sentencia egoísta, pintiparada para un canónigo—que descansa en su fe como sobre un reclinatorio—o para el orondo burgués que, al tomar el matinal chocolate y leer los periódicos, advierte satisfecho que sobran obreros de la inteligencia que se toman el trabajo de pensar por él, y aun de divertirlo.

Generalizada la aplicación de la citada sentencia, fuera imposible hasta la beatitud de los ociosos, la cual se funda precisamente en la abnegación de quienes, sin tener en cuenta su edad ni sus achaques, se desvelan por servir a la patria, a la ciencia, al arte y a la holgazanería elegante.



Sin desconocer la relativa juventud del cerebro senil, a que ya hemos aludido anteriormente, es preciso convenir en que la diferencia esencial entre el joven y el viejo con-

siste en que aquél aprende más que olvida y éste olvida más que aprende. Y semejante regla no pierde su valor al leer en los clásicos que Catón aprendió el griego en su ancianidad, que Platón murió escribiendo a los ochenta y un años y que Sócrates, anciano, se consagró con éxito a tocar la lira. Son casos excepcionales.

De todos modos, estos y otros ejemplos, harto conocidos, prueban que el viejo puede aprender cosas nuevas, pero no que consiga elevarse a las cimas de la *virtuosidad genial*. Casi todas las obras maestras han sido escritas entre los treinta y los cincuenta y cinco años.

¶

Cuando advierto la saña con que nuestros críticos incipientes acometen a los veterauos del teatro, de la novela o de la poesía (y callo olvidos harto más crueles que la censura apasionada), digo para mi capote: «He aquí unos desventurados que, para evitar humillaciones e injusticias, recurrirán dentro de algunos lustros al suicidio, cediendo generosamente sus puestos a la tercera generación literaria, cuando ésta pida clamorosamente sus cabezas.»

¶

La juventud no ama a los viejos (hay honrosas excepciones); aunque, por fortuna, todavía no los devora, según refiere Herodoto de los Masagetas y según ocurre aún en ciertos pueblos salvajes, donde se inmola y se come a los ancianos en banquete solemne y ritual. En realidad, para que un provector comience a ser interesante, necesita alcan-

zar la categoría de centenario, convirtiéndose en un bicho raro.

Mas ¿cómo escalar tan encumbrada cima si, para abordarla, es preciso franquear ese cabo de las tormentas de los sesenta y cinco a los setenta años, es decir, la triste edad de las críticas despectivas o de los pérfidos silencios?



Reconozco gustoso el culto de los buenos y de los patriotas hacia los patriarcas del saber. Permitaseme, empero, una sospecha: ¿No es verdad que ciertos homenajes solemnes parecen satisfacer, contra la voluntad de los más, cierta aviesa intención de los menos? Porque el específico es infalible: varón benemérito honrado con estatua, rótulo callejero, lápida conmemorativa o coronación solemne y aparatosa, es hombre al agua. Allí acaba el genio y comienza el enfermo, el cual, si no perece consecutivamente a la emoción o a la pesadumbre abrumadora de los obsequios, muere de dolor al considerar melancólicamente que asiste, como Carlos V, a sus propios funerales. Ya no tiene derecho a escribir ni a pensar... ¡Paso a los jóvenes!



Homenaje en puerta, menosprecio a la vuelta.



Dejamos dicho cuánta es la pena del sabio anciano que asiste al olvido de su obra. Pero hay todavía algo más torturante: sentir en la conciencia la agitación de ideas-crisá-

lidas pugnando en vano por adquirir forma, romper la rígida envoltura y recibir los besos del sol.



El recuerdo del dolor físico olvidase fácilmente, al revés de la memoria del dolor moral, que persiste, con leves oscilaciones, de modo indefinido. Sin duda que el tiempo cicatriza algo las heridas del amor propio y encalma las borrascas de la pasión. Pero la huella de éstas subsiste siempre en el alma y readquiere vigor, vivacidad y colorido, gracias al juego azaroso e intempestivo de la asociación de las ideas. Comparable al raspador del dibujante, el tiempo borra las líneas pálidas de la imagen, pero respeta aquellos trazos vigorosos que empaparon la trama del papel.



La vejez—se ha dicho hartas veces—es fundamentalmente pesimista. Y en ello carece de razón. Puesto que el mundo cambia despacio y nosotros aprisa, infiérese que lo sombrío no está en el ambiente, sino en nuestra conciencia.

Meditando sobre tan doloroso fenómeno, contra el cual, sin embargo, triunfa a veces una voluntad sana y firme, sospecho si no habrá en dicho entenebrecimiento algo de lo que echaba de menos Metchnikoff en la senectud: la tranquila acomodación a la muerte.



Las bibliotecas constituyen a la vez cuna y sepulcro del espíritu. En ellas se temple y arma el joven para las ásperas luchas de la vida, y en ellas consuélase el anciano de la vecina muerte, conversando con los muertos. «He aquí—

nos decimos—para animarnos a entrar en la nada, miles de talentos fenecidos y olvidados que valían infinitamente más que nosotros. • ¡Y rehusamos morir!



En la triste senectud, sólo distraen el ánimo estas tres cosas: los libros, el sol y las flores.

¿Y la esposa? Padece de reuma y no puede acompañarnos.. ¿Y los amigos y contertulios? Los pocos que aún se tienen en pie huyen de nuestro trato: después de cuarenta años de convivencia han averiguado que somos antipáticos.



Todo hace pensar que, no obstante los esfuerzos de la Medicina, el *intelectual* (o el inteligente, según quiere Unamuno) de nuestros días, vive menos que el de la antigüedad. Diógenes Laercio nos da cifras verdaderamente desconsoladoras para el higienista moderno. Según Foissac, la vida media de treinta y cuatro filósofos griegos, escogidos al azar, llega a ochenta y cuatro años; mientras que la de igual número de pensadores modernos no pasa de sesenta y siete.

Si los datos dispersos consignados en los libros de Diógenes Laercio, Plutarco, Jenofonte, Cicerón y otros autores clásicos son exactos, resultaría que la tan decantada moderna civilización ha refinado y dilatado sin duda nuestros placeres espirituales, pero ha desgastado rápidamente nuestra máquina fisiológica.

No veo más que dos posibilidades para que el *intelectual* de hoy viva tanto como el de ayer. O reintegrarse a la

sencillez y tranquilidad de la vida campestre, o limitar la curiosidad sentimental y científica a lo estrictamente necesario para realizar una labor útil, en espera de que, al correr de los siglos, el numen de la vida, hartado esquivo o distraído, aporte el necesario equilibrio, adjudicando al hombre un cerebro proporcionado a la amplitud y complejidad de la moderna cultura (1).



Conocido es el dicho de Lord Byron: «Cuando vés avanzo en edad, más me disgustan los hombres, etc...» Es que, a semejanza de las máscaras al final del baile, la ficción fatiga y las caretas se caen o deterioran, apareciendo, en fin, el tonto, el codicioso o el malvado.



Se conocen viejos hipócritas que, remedando la exclamación de Sófocles anciano, nos dicen: «¡Gracias a Dios que he podido escapar de la salvaje tiranía del amor y de la hermosura!» ¿Habéis huído del amor, o el amor ha huído de vosotros? (*)



Como el padre mima al más pequeño de sus hijos por ser el último, aunque sea el más enclenque y bobo, así el sabio ó el artista ancianos suelen acariciar tiernamente la

(1) La inyección de sueros antiseniles de que hablaba Metchnikoff, o de ciertas *hormonas* o *secreciones internas*, según deja adivinar el sabio doctor Marañón, ¿serán poderosos a prolongar un tanto la humana existencia?

última de sus creaciones, aunque sea insignificante; que es gran orgullo sentirse fecundos en plena senectud.



Comparables a las multiparas, agotadas de tanto procrear, y en quienes se producen várices y deformaciones, los pensadores consagrados sin medida ni tregua a la procreación de ideas, acaban por padecer varices cerebrales, inutilizándose prematuramente para la actividad creadora.



Todos los días vemos veteranos de la ciencia y del pensamiento obstinados en procurarse el halago de la actualidad. ¡Vano empeño! Los jóvenes llegan con ademán amenazador y recaban su parte de botín. Cedámosles de buen grado la plaza. Sirvanos sólo de consuelo la esperanza de que lo mejor de nuestras ideas, es decir, lo más fuerte y vivo de nuestra personalidad, florecerá algún día en la conciencia de nuestros descendientes, aunque se olvide el origen, como la rosa opulenta ignora el humilde escaramujo de que desciende.



Lo más triste de la vejez es carecer de mañana.

Debemos, empero, los viejos reaccionar contra este desalentador sentimiento, no dejándole ascender desde el corazón al cerebro ni derivar desde el corazón a las manos. Si eres labrador, pide a Dios que te sorprenda la muerte plantando un árbol; si escritor, ruégale que la Implacable

te fulmine con la pluma vibrante, reclinada la cabeza sobre las albas cuartillas, el más bello de los sudarios.



Cuando se llega al fin de la carrera vital, no se deplora el olvido, tan humano, de los talentos a quienes hicimos justicia, sino las alabanzas prematuras o el apoyo dispensado ingenuamente a nulidades o farsantes. El error de nuestros vaticinios nos humilla y avergüenza. ¡Qué de presagios desmentidos! ¡Cuántas lumbreras en cierne convertidas en vulgares vividores!...



Afirma el naturalista Cresson que en la serie zoológica el hijo es siempre un *parásito*. Su formación y alumbramiento compromete, cuando no destruye, la vida de los progenitores, singularmente de la madre.

Tan dura ley se agrava todavía en el hombre. La pobreza e imprevisión producen a veces un nuevo parasitismo: e de la ancianidad, desconocido de todos los animales.

Y esto no debe ser. Nadie tiene derecho a ser *parásito* más que una vez: al comenzar la vida. Por tanto, trabajemos y economicemos en la edad viril, por si la naturaleza cruel nos reserva las amargas y abandonos de la vejez miserable.



Notorio es que cuanto menos vida queda por vivir, más se ama la vida. Pero vivir es crear. ¿Para qué conservar un oído sin pájaros y un cerebro sin ideas? Verdad es que algu-

rios sabios, Metchnikoff entre ellos, nos prometieron sueños destinados a prolongar una senectud floreciente. Pero el mismo ilustre bacteriólogo del Instituto Pasteur sucumbió a los setenta y un años, como cualquier modesto menestral o funcionario.

Remozarse, es milagro que antaño se reservó el Mefistófeles de la leyenda, el cual, desde que nos son familiares las maravillas de la electricidad, de la química orgánica, de las radiaciones invisibles y del vuelo mecánico, etc., nos ha retirado sus favores, acaso por considerarnos demasiado demonios.



Siempre que veo un anciano (u hombre maduro) muy obeso, pienso: ¡Pobrecillo!... El infeliz ignora que está reuniendo provisiones para el último viaje.



Por conocer de sobra que el tiempo nos mata, muchos españoles, jóvenes o maduros, procuran diariamente matarlo. No lo consiguen, naturalmente, porque el viejo Cronos es invulnerable; pero logran, al menos, que éste prorrogue algo sus plazos. ¿Para qué apresurarse con los holgazanes si cuando mueran fenecerán del todo, en cuerpo, en espíritu y en recuerdo?



La verdadera, la aterradora, la inexorable senilidad comienza en la fase de temblor y balbuceo, es decir, cuando

el cerebro está salpicado de *placas seniles* (1) y entendimiento y carácter retroceden al estado infantil. A semejanza del edificio cuarteado por el terremoto, la citada agitación anuncia ruina inminente. ¡Cómo pensar enterrarlos bajo escombros!



Llegada la cumbre glacial de la vejez, se cae en la cuenta de que hemos vivido muchas existencias sucesivas, engranadas por el hilo sutil de la conciencia personal. A semejanza de los yacimientos de las cuevas prehistóricas, nuestra memoria contiene varios estratos caracterizados por reliquias de tribus humanas sucesivamente desaparecidas. El anciano discreto debe mirar con lástima a sus rudos e inexpertos predecesores de la caverna cerebral y declararse insolidario de sus acciones y pensamientos. Señal inequívoca de senil degeneración o de necedad obcecada constituye la tendencia irresistible a defender a ultranza a todos nuestros muertos.



Si los protagonistas de dramas y novelas se condujeran con sentido común, éstas acabarían en el primer acto o en el capítulo inicial. Algo semejante acaece en la vida real. Duramos porque, olvidando la lógica, nos arrojamamos en brazos del instinto, el gran inspirador, que suele tener más razón que la razón misma.



(1) Proceso degenerativo limitado de la substancia gris cerebral con destrucción de las células y fibras nerviosas, común en los decrepitos y constante en la enfermedad llamada *demenia senil*.

No sin cierto dejo de tristeza contemplo diariamente los enclenques pinos de la calle de Alcalá. Sus hojas macilentas o rojizas, sus ramas abatidas o secas, su ausencia de aroma confortador parecen decirnos melancólicamente: «Nos envenena el hálito humano. Tened piedad de nosotros y volvednos a la montaña, nuestra patria.»

También nosotros los urbícolas somos pobres desterrados. Lo mismo que esas mustias coníferas cortesanas, nuestro cuerpo, fatigado de la vida social, exclama: «¿Por qué he abandonado a la madre naturaleza? El aliento del hombre me intoxica... Volvedme a la selva o a la montaña. Son tan puras y magnas, que los efluvios humanos no han logrado todavía infestarlas.»



Cuando considero el color sano y la tranquilidad de ánimo de las personas pladosas, pienso que la religión posee, además de alto valor moral, excelente valor nutritivo. La fe robustece y conduce a la longevidad lozana, mientras que la duda condena al dolor y a la vejez prematura.



La complejidad del organismo, si nos ha proporcionado vida noble y rica en sensaciones y pensamientos, nos ha traído, por compensación, fragilidad orgánica desconsoladora. ¿Quién desde la cincuentena no ha sentido rechinar dolorosamente algún rodaje importante de su máquina? Mucho temo que, merced a este creciente intrincamiento, exagerado todavía por las exigencias progresivas de la vida

civilizada, la duración de la raza humana sobre la tierra sea efímera, y que los seres de organización sencilla que la precedieron sean los encargados de celebrar sus funerales.



Nada me apena más que la ceguera de ciertos ancianos. Al ver sus pupilas opacas, evoco sin querer al reo a quien se le vendan los ojos para morir.





CAPÍTULO IV

ALREDEDOR DE LA MUERTE, LA INMORTALIDAD Y LA GLORIA



El deseo de morir, cuando no se funda en dolencia incurable y torturante, sino en fútiles heridas del amor propio exasperado, revela absoluta carencia de altruismo. Es confesar que no se ama a nadie, y que ni la patria ni la familia merecen esfuerzos ni sacrificios.



Los estoicos hablaban de la muerte en términos que hacen dudosa su sinceridad. «Cuando la muerte llega—decían—nada somos y nada sentimos; antes de llegar, vivimos aún y no hay por qué temerla.»

Todo esto es retórica vacía. En realidad nos espanta la

idea de la muerte, a causa de la agonía que la precede, y, sobre todo, porque al apagarse para siempre nuestra conciencia terrena muere para nosotros todo lo que amamos: la familia, la patria, la gloria, etc. Bien miradas las cosas, no sentimos tanto nuestra muerte como la de toda la humanidad, de cuyo seno se nos desgarran, arrebatándonos para siempre la esperanza de asistir al desenlace de la noble y heroica lucha entablada entre el pensamiento y las ciegas energías naturales.



Fenecemos precisamente cuando debíamos comenzar a vivir, decía Gracián. Triste cosa es la notificación del irrevocable desahucio cuando nuestra afanosa curiosidad había logrado adornar e iluminar la morada del espíritu con un poco de ciencia, algo de arte y un reflejo de ideal.



Aun en los dolores más sagrados y profundos hay un tóxico que sé qué de egoísmo desconsolador. Al llorar a un hijo muerto prematuramente, ¿no nos lloramos un poco a nosotros mismos? Diríase que el muerto adorado representa un brazo que se nos amputa, o una víscera que se nos arranca. Confábamos cándorosos en el vigor de la raza y se nos anuncia, brutal e inesperada, la revelación de su posible y acaso próximo aniquilamiento.



Nos sorprende a veces la implacable como a las hembras de los himenópteros, que, terminado el vuelo nupcial, son

a menudo devoradas por los pájaros. Si el cielo nos reserva destino tan aciago, pidámosle que nos permita al menos engendrar alguna noble criatura ideal. Y no temamos dejar incompleta la obra: puesto el huevo de la verdad, alguno lo incubará. Lo verdaderamente trágico es caer antes del brote de las alas espirituales, henchido el cerebro de gérmenes inmaturos.



No hay acontecimiento más real e ineluctable que el fenecer, ni tema sobre el cual menos se platique.

Para el joven constituye asunto inactual, por lejano y casi inverosímil; para el anciano representa suceso próximo y tragedia irremediable, ¿Qué se gana—nos decimos—anticipando inevitables angustias con indiscretas y poco piadosas evocaciones? Por eso, al llegar la muerte, preséntase siempre como algo nuevo, impensado e incomprensible.



Consuélese a veces la fe materialista de muy cómoda manera. Por ejemplo: Finot afirma, para animarnos en presencia del trance amargo, que es gran satisfacción considerar «que el cadáver se reanima con el bullir de gusanos y microbios».

Con tan singular consuelo extraña cómo Finot no agradece a las bacterias que nos anticipen piadosamente, mediante infección fulminante el momento de aniquilarnos. Con ello lograríamos tempranamente esa decantada inmortalidad atómica de semanas o de meses...



Uno de los muchos motivos explicatorios de nuestro atraso cultural y político es la ausencia casi absoluta del culto de los muertos ilustres. En España, el que se muere acaba de una vez y para siempre. ¡Felices los países en que el ataúd constituye la envoltura de la ninfa, que espera, con el calor vernal de los corazones, la ascensión a una vida más alta y pural



La gloria no es otra cosa que un olvido aplazado.



Para los desesperados propone Thomson esta expeditiva receta: «Consolémonos, porque el dolor acabará cuando nosotros queramos».

¿Pero queremos verdaderamente que acabe la vida con el dolor, o mas bien ansiamos que cese el dolor conservando la vida?

Convengamos empero en que, por muy adheridos que nos sintamos a la existencia, hay momentos en los cuales la idea del suicidio se nos aparece como la única forma posible de liberación.

El joven debe detenerse en la fatal pendiente. Al morir mueren con él millones de seres inocentes. Prescindiendo de que con ello cierra el paso a serie inacabable de posibles descendientes, ¿qué derecho tiene para condenar a muerte a sus propias células, en cada una de las cuales arde quizás una chispa de conciencia?

En el viejo el suicidio constituye suma crueldad e ingratitud... Acelerar violentamente el fin de la colmena orgánica

es como asesinar al noble caballo que nos salvó heroicamente en rigurosos trances y que precisamente por eso vegeta ahora débil, postrado y doliente.

En suma: respetemos el augusto misterio de la vida, el bien supremo que sólo tenemos en efímero usufructo. Mientras el caballo aliente, dejémosle vivir. Y asistamos serenos a nuestra propia agonía, como nuestros padres asistieron o la suya. Acaso sea el postrer pensamiento el más luminoso y noble surgido en nuestra mente.



Espectáculo conmovedor es contemplar por las mañanas estivales cómo las abejas jóvenes extraen de la colmena a las obreras agotadas y moribundas, para que, antes de entenebrececer sus ojos, reciban el beso ardiente del sol, padre de la vida. «¡Luz, más luz!»: he aquí el grilo ansioso del agonizante, desde el excelso Goethe hasta la más humilde criatura. Este clamor universal, ¿significa quizás alentadora profecía? Tras las tinieblas de la muerte, ¿saldrá el sol de la inmortalidad? Conviene creerlo y esperarlo.



Cada muerto contemporáneo deja en la tierra, al modo de la *procesionaria* del pino, un hilo sutil que tira de nosotros hacia la tumba. A los setenta, lo más a los ochenta, todas las hebras juntas forman ya formidable maroma contráctil que nos arrastra inexorablemente hacia la fosa.



Cuando somos ancianos, ¿cuál es el amigo cuya muerte

repercute más dolorosamente en nuestro corazón? El caldo de la misma enfermedad que nos aqueja.



Aparte la revelación, que no discutimos, fruto del terror de la muerte son las tres grandes civilizaciones: la india, la egipcia y la cristiana. Sólo Grecia ofrece el caso paradójico de haber fundado una cultura superior sobre el amor a la vida.



Apena considerar que el hombre que ha vivido cual héroe o pensador genial, muera casi siempre como imbécil o demente.

Pidamos a Dios que nos conceda al morir, como suprema gracia, el privilegio de contemplar, en visión sintética, las flores rocogidas por el camino de la vida y los gérmenes de ideas sembrados en las almas.



Cierto filósofo afirmó que con la muerte del hombre «todo se reduce a un espejo roto». Con todo, lo más deplorable no es la ruptura del espejo, sino su rápido deterioro cuando apenas había llegado a reflejar un insignificante sector fenomenal del Cosmos. Desde la cumbre de la eternidad, las cabezas humanas deben parecer al Principio psicológico del Universo como esas burbujas de espuma producidas en la onda al romper sobre la playa. Brillan un momento con luces policromas, copian en miniatura el azul del cielo y la magia del paisaje y estallan al instante.

cediendo el puesto a la nueva generación de glóbulos irrisados.



Nada hay más antipático que ciertos panegristas de muertos ilustres. ¡Felices ellos si cada día falleciera una lumbrera de la política o de la literatura!... ¡Con qué íntimo regocijo aprovechan toda ocasión de lucir su inagotable repertorio de frases hechas y de lugares comunes!... Pero no generalicemos. Existen también panegiristas buenos y sinceros que mezclan la tinta con las lágrimas.



A propósito de lo cual cabría afirmar que hay algo peor que morir: soportar desde el otro mundo las rituales y frías alabanzas de un retórico que, desconocedor de la obra fundamental del difunto, se aprovecha del cadáver, a imitación de ciertos insectos llamados *necróforos*, que entierran los animales para explotarlos.



El fin práctico de la civilización consiste en obligar a la muerte a hacer de cada día más larga antesala delante de nuestra alcoba.



La muerte del solterón recalcitrante me recuerda los efectos del invierno sobre los añosos árboles. Caidas las hojas, descúbrense viejos nidos abandonados. En ellos, a

menudo, en vez de pájaros, suelen albergarse ratones y sandijas.



Según parecer de Götte, que refleja en esto el mito de ciertas antiguas religiones, la muerte es mera consecuencia del amor; aventurada aserción, sólo justificada en algunas familias de insectos. Mas, conforme se asciende en la escala de la vida, entre el amor y la muerte media un plazo cada vez más dilatado. En el hombre, y todavía más en ciertos colosales vertebrados, este intervalo cuéntase por ustros.

Confiemos en que esta *fase filosófica de la vida*, exenta de pasiones inferiores y entregada preolectamente a la contemplación de la verdad, se prolongará progresivamente en el porvenir, gracias a las incesantes conquistas de la ciencia.



En toda la serie animal, cada sér preocupase casi exclusivamente de la inmortalidad de su especie. Sólo el hombre batalla primordialmente por la inmortalidad del individuo.

¿Es un error? Debemos creer que no. En todo caso sería un error pragmático, como diría W. James, y, por tanto, equivalente a la verdad.



Dice Schopenhauer «que el viejo se pasea tembloroso o reposa en un rincón, no siendo sino sombra o fantasma de

su sér pasado». Cuando viene la muerte, ¿qué le queda por matar?

Mucho todavía: un cerebro tenazmente aferrado a su función de pensar, no obstante sentirse bloqueado por órganos debilitados o desfallecientes. Y el cerebro es todo el hombre.



Diálogo en el anfiteatro anatómico:

El poeta: Repara cómo providencialmente el cadáver tiene los ojos abiertos para contemplar el misterio insondable, y los labios apartados, como si murmurara tácita plegaria.

El anatómico: ¡Déjate de lirismos! esas actitudes del muerto son mera consecuencia de la relajación de los esfínteres palpebral y bucal.

La mosca azul (musca carnaria) zumbando en torno de la losa anatómica: ¡Habrás ilusos! La próspera Naturaleza, llena de generosidad hacia mí, entreabre párpados y boca para que yo disponga de lugar propicio al depósito de mis huevos y consiga la perpetuación de mi raza. Aunque *muscido* humilde, Dios se ha preocupado de mí lo mismo que de vosotros.



Pretendían los antiguos consolarlos de la muerte, comparándola con el sueño, que suponían asociado a la absoluta inconsciencia. Pero el sueño ha sido calumniado. Exceptuando quizás algunos minutos de inercia reparadora, el dormido sabe que lo está, espera despertar, y contem-

pla, más o menos deformados, con la cabalgata de sus recuerdos, los alcázares de la imaginación constructiva. Lejos, pues, de sumirnos en reposo absoluto, el sueño nos proporciona actividad libre, desbordante, así de los cauces del tiempo y del espacio, como de los carriles de la lógica. Y si hubiéramos de tomar en serio cierta estrafalaria fantasía de Freud, el ensueño aportaría además la dicha suprema de ver realizadas las más acariciadas y quiméricas aspiraciones.

Si esto es la muerte, en lugar de temerla, deberíamos desearla.



¶ De todas las inmortalidades prometidas, *la de las ideas* (el consuelo de los sabios), *la del espíritu* (consuelo de los filósofos), *la del cuerpo y del alma* (consuelo del cristiano) y *la del nirvana* (consuelo de budistas), sólo la inmortalidad integral, es decir, la persistencia del alma y del cuerpo, nos satisface plenamente, porque es la única que salva la personalidad, esto es, la construcción específica del cerebro individual con todas sus ruindades, miserias y limitaciones.

Pero tales como somos, ¿mereceremos la inmortalidad? Aterra pensar en el dolor infinito de convivir eternamente con los miles de necios o malvados de quienes hemos huído durante nuestra efímera existencia terrenal.



La gota de agua y el demiurgo, o el consuelo del materialismo:

El demiurgo: La tierra está sedienta y la semilla espera impaciente. Es hora de condensar los infinitesimales glóbulos de la nube en gotas de lluvia.

La gota de agua: Heme aquí concretada, merced a tu magnanimidad, en torno de un *ion* negativo, que es como mi espíritu. Gracias te sean dadas por el excelso don de la vida. Pero advierto inquieta que mi existencia corre vertiginosamente. Mientras caigo, mi cristalino globo estremécese de curiosidad copiando primeramente la multiforme belleza del celaje; luego, la verde fronda de los árboles y la gentileza de los pájaros y mariposas, y, finalmente, la imagen extraña de los hombres y de sus curiosas construcciones. ¡El espectáculo es admirable! Mas, ¡ay!, arrastrada por el ímpetu de la gravedad, me hundo cada vez más; sin duda voy a estrellarme en el suelo, en cuyos intersticios quedaré muerta y enterrada. ¡Y precisamente cuando comenzaba a tomar gusto a mi etérea existencial...

El demiurgo: Te engañan las apariencias. Inmortales son la materia y la energía. Las moléculas que te componen, fundidas con otras, se transformarán en la savia del vegetal, brillarán en la corola de la flor y entretendrán la llama de la vida. Y cuando con la rotación de las estaciones te evapores y asciendas nuevamente a las celestes alturas, tornarás a condensarte en gota, y, recomenzando tu vida, volverás a copiar las escenas miríficas del mundo.

La gota de agua: Tus razones no me convencen; porque esa gota nueva, promesa de renovación, ¡ah!, no seré yo, ¡será otra gota!...

El demiurgo: ¡Hija mial, en el mundo imperfecto que habitamos todo es posible menos una cosa: la perennidad de



la forma individual. Justamente porque la forma perece y la materia se transmuta, se renueva y progresa la vida.



La historia de Stuar Mill, el célebre filósofo inglés, contiene un episodio conmovedor. Viajando por el Mediodía de Francia, en compañía de su esposa, a quien amaba con delirio, murió ésta repentinamente. Y para rendir culto a la memoria de la compañera idolatrada, compró cierta granja solitaria, cercana del cementerio, desde cuya alta terraza contemplaba diariamente, por encima de los árboles, la blanca sepultura de la amada.

¿Quién, pasados los sesenta años, no tiene en su espíritu una torre, no sólo para contemplar la tumba de algún muerto querido, sino la propia fosa, esa formidable realidad que nos espera y nos angustia? ¿Qué placer, satisfacción o triunfo no quedan empañados por la evocación de esa mancha sombría, amenazadora cual boca de furioso león?



«Todo deriva hacia la muerte», afirman Hartmann y Mayland. El mundo, enseña la ciencia, tiende a perder sus saltos de potencial. La *entropía* (Clausius) de cada vez mayor, acabará con todo fenómeno, y, por de contado, con el fenómeno vital. Si tal es el destino de la vida, comprendo el suicidio cósmico y hallo natural y casi deseable el choque del astro negro que ha de retrotraer, según pronostica Arrhenius, nuestro pobre y vetusto planeta al primitivo estado de nebulosa. Con mortal congoja evoco el desconsol-

lador *Debemur morti nos nostraque*, de Horacio. ¿Para qué trabajar?...

En estas cavilaciones me asomo a la ventana. Es domingo. Un torrente de vida jocunda desbórdase por la calle, ramificándose en mil arroyuelos serpenteantes. Mujeres hermosas van camino del teatro; el mocerío horteril asalta los coches de la plaza de toros; incontables parejas y familias apiñanse afanosas esperando los tranvías de la Bombilla, de la Moncloa o de los Cuatro Caminos. Y ante este incontrastable optimismo de la vida, reacciono. Obedecemos sus mandatos. Para mostrarse optimista y confiada, ¿no tendrá razones ignoradas de filósofos y científicos?...



Presenciamos la castiza fiesta nacional. Una cornada en el corazón mata al caballo; una estocada en la misma víscera derriba al toro, que, a su vez, en derrote desesperado y vengador, abre al lidiador el pericardio. Todos ellos muestran las mismas heridas y al morir presentan los mismos síntomas: bañados en sangre, ya no corren, ni respiran, ni sienten, ni piensan...

Puesto que todos poseen un corazón y un sistema nervioso complicado, ¿concederemos alma a los tres, o a uno solo? Y si nos decidimos por la última disyuntiva, ¿se otorgaremos al caballo inerte, al toro feroz, o al hombre rudo que, en vez de cultivar la tierra, tiene por oficio destruir los animales que ayudan a labrarla?

En resolución: ¿quién es el menos bruto de los tres, y el más digno, por tanto, de la inmortalidad del espíritu?

Para mí la cuestión no ofrece la menor duda: el caba-

llo (1). Aunque Dios es tan bueno, que acaso haya acordado también la inmortalidad al lidiador.



Trato de consolarme de la muerte, y traigo a la memoria la dulce resignación de los filósofos antiguos y, sobre todo, la impasible entereza de los estoicos. Y, recordando textos más modernos, pienso que la vida se nutre sobre la muerte como la muerte sobre la vida. ¿Quién ignora que Claudio Bernard, aludiendo al desgaste continuo de las células, implicado por toda función o gánica, ha proclamado: «la vida es la muerte»? Continúo reflexionando sobre este mismo tema y me digo: Este pan de que me alimento ha costado el sacrificio de millones de células vegetales; esta carne exigió el asesinato de un pobre mamífero; esta fruta fragante fué robada a los pájaros, sus legítimos y naturales poseedores; esta leche representa la eliminación prematura de inocentes recentales. Pero hay algo más extraordinario y desconcertante: la continuación de nuestra existencia y la defensa contra los microbios agresores, impone la destrucción continua de millones de nuestras propias células (corpúsculos glandulares, sanguíneos, fagocitos, etc.). Sin sentirlo, ni sospecharlo siquiera, devoramos nuestro propio cuerpo. Secreciones y excreciones representan, pues, algo

(1) Si son ciertos los maravillosos resultados de las tentativas de educación de los caballos de Eberfeld emprendidas por von Oster y después por Krall, dichos solípedos serían susceptibles de hablar y efectuar operaciones aritméticas complicadas, incluso la extracción de raíces cuadradas y cúbicas de números como el 12.167 (cuya raíz es 23). De semejantes muestras de inteligencia, confirmadas por Sarasin, Claparède, Mackenzie, Ziegler, etc., ¿serían capaces todos los hombres?

así como un fúnebre vertedero de cadáveres; innumerables vidas inmoladas en aras del gran fetiche, del insaciable autócrata cerebral. Nada, pues, parece más natural que la muerte, puesto que nosotros mismos morimos infinitas veces. Y sin embargo...



Dejando a un lado la muerte del justo, y mirando las cosas desde el lado fisiológico, sólo hay en la naturaleza una muerte feliz: la de la *efemera*, que cae como fulminada en un espasmo de amor.



Correlativo del concepto fisiológico de muerte es el concepto de vida. Morir es la disipación de la individualidad. Pero la individualidad está representada por el cerebro. Los infusorios y microbios en quienes la célula germen se identifica con el cuerpo, carecen de muerte natural; sólo catastróficamente perecen. Para que haya *cadáver*, pues, es de todo punto necesario, según afirmaba Weismann, que haya *soma* diferenciado.

El cadáver representa, pues, resultado inexorable de la división del trabajo celular y, por tanto, de la perfección de la obra. Por eso, contemplando el conjunto de la evolución, se nos presenta la muerte como el precio del pensar (*).



A pesar de mi respeto y veneración hacia la ortodoxia cristiana, hay dogmas, por ejemplo, el de la resurrección

de la carne, que me sumen en un mar de confusiones. ¿Para qué regenerar un estómago que no ha de digerir, ojos que no han de ver, oídos que no han de oír y un cerebro que, falto de alimento dinámico y sensorial, no podrá pensar? Y puesto que el hombre renueva sus células muchas veces durante la vida, ¿cuáles serán las privilegiadas con el don de la perennidad?



Considero antihigiénico meditar de continuo sobre la muerte. Haciéndola blanco perpetuo de nuestro cariño, acaba, como la mujer amada, por enamorarse de nosotros. Y se nos lleva temprano, con sus alas de murciélago, hacia la gruta tenebrosa e insondable.



Lo más terrible de la muerte es su eternidad. Todo en este mundo es pasajero y efímero, menos ella. Constituye pues, la única, la profunda, la permanente realidad. Por eso no la mentamos.

Tengo para mí que esta incomprendible despreocupación representa una de las dádivas más generosas de la pía Naturaleza. Ella sabe que sólo apartando la vista del tenebroso arcano es posible la evolución. Porque el esfuerzo que nos eleva implica el olvido de su inanidad.



Se ha dicho que el decrepito retorna a la infancia. Acaso fuera más cierto afirmar que retrogada a la fase ancestral del gusano.

Reparemos en que precisamente los sentidos primera-

mente aparecidos en la serie filogénica, el gusto, el tacto y el olfato, son los únicos que se conservan en la extrema senectud. El oído y vista, es decir, los sentidos de lujo, los exquisitamente intelectuales, se deterioran o anulan, reduciéndonos al humillante estado de larvas sin mañana.

¿Para qué acopiar nuevas y bellas sensaciones, si no queda ya tiempo de construir con ellas ningún palacio intelectual?



Preciso es convenir en que la gloria personal más brillante y ruidosa acaba siempre en el anónimo. Sin duda, cuando la obra es magnífica y útil queda algo de ella; pero, en todo caso, desaparece el nombre del autor. Y aunque se recordara, ¿qué valor tendría dentro de diez mil años la conservación de un apellido?

Nada más angustiosamente demostrativo de esta vanidad de la gloria que las pinturas rupestres del hombre cuaternario. ¿Quién fué el artista que trazó aquellas vivaces siluetas de caballos, ciervos y bisontes de la cueva de Altamira?

Dentro de cien mil años, cuando el método de viajar por tierra haya caído en desuso, se preguntarán en vano los historiadores por el nombre de los constructores de los grandiosos túneles internacionales, y de los interruptores de istmos, únicas reliquias evidentes del paso del hombre actual por la tierra, como nos preguntamos hoy por los iniciadores de esos maravillosos inventos que se llaman la escritura fonética, la numeración, el fuego, el carro y la flecha.



He notado que aun en las conciencias más profundamente religiosas queda un sedimento de duda filosófica. Si estuvieran absolutamente persuadidas de la inmortalidad del espíritu, ¿aplaudirían los alegatos sutiles de los filósofos intuicionistas, y se complacerían con las pretendidas comunicaciones de ultratumba referidas por espiritistas, faquires y teósofos? ¿Quién busca aliados cuando está persuadido de la victoria?



El hombre, se ha dicho, es el predilecto de la Providencia. Con igual razón cabría afirmar que es el amado de los microbios. Desde que nace su trayectoria viene a ser loca carrera al través de un campo de batalla donde llueven los proyectiles. Un aficionado a la tauromaquia compararía de buen grado nuestra vida a la lidia de un toro en plaza. Pícanle primeramente el sarampión, las viruelas y la escarlatina; banderilléanle, después, la fiebre tifoidea, la gripe y la tuberculosis, y ya débil, mohino y aplomado, remata la suerte la asistolia, la hemorragia cerebral o la pulmonia.

Preciso es confesar humillados que el demiurgo que tuvo la humorada de crearnos —lo hemos dicho ya— se interesa tanto por la pequeña vida como por la grande. Esta pequeña vida representa quizás el germen de nueva humanidad, esbozo frágil que, precisamente por débil y vulnerable, necesita mayor solicitud y cuidado.



Seamos modestos y confesemos que el cerebro humano, la obra maestra de la creación, hállese organizado todavía

según el plan del de los animales y padece flaquezas y contrasentidos lamentables. En la jerarquía de sus funciones las papeles se invierten. Como se ha dicho muchas veces, el sentimiento manda y la razón obedece. El oficio de ésta reduce a menudo a imaginar argumentos justificadores del deseo. Y ello acontece en política, en moral y, sobre todo, en filosofía.

¡Qué espectáculo más humillante para nuestra vanidad de dioses es ver cómo sabios ilustres y pensadores geniales, dotados de sentido crítico irreprochable, cuando de aquilatar las condiciones de un fenómeno científico se trata, aceptan cual irrecusables pruebas las innúmeras artimañas, supercherías y sugerencias de histéricas, *mediums*, faquires y videntes!



Se ha dicho que la muerte es la hora de las alabanzas. Pero con igual razón podría llamarse la hora de las alegrías y de las ambiciones. ¿Quién no ha presenciado con pena en los rostros de los que forman el duelo y el séquito del difunto gestos de mal reprimida alegría y de tácitas concupiscencias?

Todos habréis oído indignados a la envidia hipócrita hacer el panegirico del muerto y a la ambición desapoderada comprometer voluntades, para alcanzar los puestos remunerados vacantes por la impensada defunción. De mí sé decir que pocas veces acompañé al cementerio a un académico que no sufriera, ya dentro del coche, las audaces y sacrílegas acometiidas de intrigantes sin pudor.

Cuando tan desconsoladores espectáculos hieren mi sen-

sibilidad, envidio la suerte del infeliz jornalero cuyo pobre ataúd llevan en hombros humildes compañeros de taller. No le siguen carrozas, pero tampoco le acompañan codicias y sarcasmos.



Sólo merecen la gloria los hombres que, mediante la acción inteligente y altruista, embellecieron, mejoraron y esclarecieron el mundo que habitamos.



Decía Taillierand: «quien no ha vivido en el siglo XVIII no ha conocido la alegría de vivir». Invirtiendo la frase del ministro napoleónico, cabría declarar: «quienes no han vivido en el siglo XX, es decir, en la época del esfuerzo exasperado, de los placeres múltiples, refinados y agotadores y, en fin, de la más cruenta y horrenda guerra que vieron los siglos, ha ignorado toda la lacerante melancolía del vivir».



El arte de vivir mucho es resignarse a vivir poco a poco. Análogo pensamiento expresó Feuchterlehen al afirmar «que la ciencia de prolongar la vida consiste en no reducirla».

Pero esta vida pachorruda, comodona y egoísta, enemiga de la acción viril, causa de desgaste prematuro, y atenta meticulosamente a la observación del ritmo cardíaco y a prevenir incidentes digestivos y pasionales, ¿merece la pena de ser vivida?



Ocultemos nuestra decrepitud anticipada por el exceso del trabajo, aunque no sea más que para no desilusionar a la juventud que persigue la gloria por el camino del esfuerzo.

Nada demuestra mejor la vanidad de la gloria que las inscripciones del pavimento de nuestras viejas catedrales. He aquí un personaje medioeval que se propuso perpetuar su nombre y sus hechos cívicos o guerreros, grabándolos en duro mármol; mas las pisadas de las nuevas generaciones, desgastando la lápida, borraron el epitafio. ¿Quién fué? Nadie lo sabe.

Igual suerte espera a la inmensa mayoría de literatos, artistas y científicos. El ir y venir de las futuras generaciones acabará por borrar las huellas de nuestra obra y el recuerdo de nuestro nombre.



Nadie mejor que Tolstoi ha expresado vigorosa y elocuentemente el desprecio de la gloria (véase su Diario íntimo), y, sin embargo, el gran escritor eslavo se pasó la vida escribiendo novelas, es decir, requiriendo solícito el aplauso de sus contemporáneos y de la posteridad.



La gloria es como la mujer codiciada: la perseguimos si nos desprecia, la desdeñamos si nos prefiere.



Decía el pobre Békcker en una poesía tan sentida y célebre como manoseada:

*«¡Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!»*

Es verdad. Pero en compensación del abandono humano, los muertos gozan de fidelísima, copiosa y prolífica compañía. Buena parte del mundo vegetal y animal se da cita en el cadáver. Pese a nuestro orgullo, el rey de la creación no representa ante los microbios sépticos sino mero caldo de cultivo.



Los incrédulos aficionados a combatir la religión, amparándose en la brutalidad de la estadística, hacen notar que los templos son predilectamente frecuentados por ancianos y enfermos, es decir, por aquellos en cuyo corazón retumban los primeros aldabonazos de la Descarnada.

El hecho es cierto, pero la estadística es incompleta. Prescindiendo de las beatas, para quienes la iglesia constituye espectáculo consolador y edificante, queda un grupo considerable de amantes de la Casa de Dios, a quienes atraen móviles sentimentales noblemente humanos. Repárese que la mayoría de los asiduos visten de luto. Pasada la cumbre de la vida, el hombre contempla detrás y delante de sí fúnebre cabalgata de muertos queridos: hacia el ocaso, duermen el sueño eterno padres, esposos y hermanos mayores; hacia la aurora brillan, con el matiz apagado de flores morchitas, los hijos y los nietos. Para los fervientes de la oración es el templo locutorio de las almas.

Respeten los escépticos tan piadoso y conmovedor sentimiento. Sólo por él recibirán, quizás en su tumba, el homenaje de una lagrima.



Afirmaba Montaigne que fuera mucho más lógico que lloráramos cuando nace un hombre que no cuando muere. Análogo pensamiento han expresado, bajo forma diversa, Gracián, Quevedo, Villalumbrales y otros muchos pensadores propios y extraños.

Así ocurre en la alborada y el ocaso de cada vida individual. Pero en los padres el tono emocional se modifica; se regocijan con el nacimiento y lloran con la muerte de sus hijos.

¿Quién tiene razón? ¿El hombre o la familia?

Todos, porque la vida es un azar y un enigma. Esclavos de las circunstancias, nuestra carrera vital tanto puede constituir una fuerza nueva y fecunda como una esperanza frustrada.



Deploramos sin razón la ingratitud de los hombres hacia los genos del pasado. ¿Qué sería del planeta si cada guerrero, inventor, literato o bienhechor de la humanidad fuera honrado con un monumento? ¿No correríamos riesgo de hacer casi imposible la vida de nuestros descendientes acotando, para erigir panteones, cementerios, arcos y estatuas, el terreno indispensable a la agricultura y la industria? Hasta el olvido parece necesario, tanto para limitar prudentemente la capacidad de nuestras bibliotecas como para

aliviar el cerebro de las futuras generaciones del peso abrumador de una historia fastidiosamente repetida y de una gratitud retrospectiva ilimitada.

Tarde o temprano, pues, por triste necesidad de la vida, todas las estatuas caerán de sus pedestales y todos los prestigios, exceptuando quizás los más excelsos, serán olvidados. No somos partidarios, como Piéron (*Evolution de la memoire*), de imitar, de vez en cuando, el vandálico ejemplo de los incendiarios de la biblioteca de Alejandría; pero prevemos la necesidad de proceder cada dos o tres siglos, según procedió el ama de don Alonso Quijano, al expurgo de nuestras librerías.



Cuando advierto la casta de gentes opulentas cuyos suntuosos sarcófagos exornan las criptas y capillas de nuestras catedrales (aludo, sobre todo, a las modernas o en vías de construcción), me pregunto si no sería deseable un nuevo advenimiento de Jesús para arrojar a los mercaderes del templo; pero a todos, a los vivos y a los muertos.



Considero probable que una de las causas—existen muchas—del estacionamiento mental de ciertas especies animales consiste en la ignorancia de la muerte o en no tener de ella sino conciencia confusa y crepuscular. Surgido precozmente en el hombre primitivo, el terror del no ser ha sido el mejor instrumento del progreso. Él ha modelado la mano, complicado el cerebro y labrado esas admirables he-

ramientas de defensa, exploración y trabajo, que para Bergson representan la característica de la racionalidad.



La mayor tristeza del viejo filósofo es vivir lo bastante para ser testigo del olvido de sus más queridas invenciones. ¡Cuán preferible fuera morir al terminar lo esencial de la obra, al modo del lepidóptero que, cumplido su brillante destino, fenece ignorante de la suerte deparada a la prole!



El anciano—se ha dicho—piensa siempre que muere prematuramente. En compensación, sus émulos y herederos intelectuales juzgan que tarda demasiado en acabar.



Poco vales si tu muerte no es deseada por muchas personas.



Notorio es que los años no poseen la misma duración al comenzar que al terminar la carrera de la existencia. De niño decimos: un año más, ¡qué dichal De viejos pensamos: un año menos, ¡qué penal!

Reflexionando alguna vez acerca de esta relatividad del tiempo subjetivamente apreciado, me he preguntado si la *Efemera*, que sólo vive un día, no se imagina quizás durar cien años.



Marco Aurelio, tan admirable en muchas de sus reflexiones acerca de la muerte, paréceme poco convincente al expresar, a guisa de consuelo, «que lo mismo da presenciar lo ocurrido en cien años que en tres». Semejante lenitivo pudo tener cierta eficacia durante la decadencia del imperio romano, en que el progreso de las ciencias y de las artes quedó paralizado, cuando no en vías de franca regresión. Mas hoy ningún amante del saber suscribiría sin reservas tan desoladora doctrina, que parece paráfrasis de *Nihil novi sub sole* del Eclesiastes. Para la inmensa mayoría de los hombres civilizados, lo más cruel de la muerte estriba precisamente en que nos priva para siempre del conocimiento de los maravillosos y redentores descubrimientos del porvenir.



Debemos caer como la hoja del árbol arrancada por los primeros cierzos otoñales. Si ellas pensarán, podrían decirse llenas de noble orgullo: «morimos consoladas porque sabemos que gracias a nuestra obra (creación de principios inmediatos mediante la fijación del carbono y elaboración de la savia, etc.) el tronco del árbol, es decir, nuestra querida patria, se ha elevado y se ha robustecido con una capa más.»



Nadie tiene derecho a ser pesimista, sino en la decrepitud, cuando sus desilusiones y desengaños, atribuidos con razón a achaques y decadencias inevitables, no pueden desalentar a la juventud.



La vanidad nos persigue hasta en el lecho de muerte. La soportamos con entereza, porque deseamos superar su terrible grandeza y cautivar la admiración de los espectadores.

¡Qué de sabios, filósofos y hasta personas vulgares pretenden morir como héroes, cuando en realidad sucumben como histriones!

¿Qué viene a ser, dicho sea con todo respeto, sino fúnebre histrionismo, la frase de cierto amigo mío que al agonizar, puesta la mano sobre el pulso, exclamó, remedando al fisiólogo Haller?

—«Espero para despedirme de vosotros a que el corazón cese de latir, para que recordéis que os he consagrado hasta el último de mis latidos.»

Y esta otra, expresada por cierto médico atacado de cáncer en el estómago y condenado a cucumbir de inanición: «He leído en un libro de fisiología la muerte por hambre, y al comprobar punto por punto sus síntomas, pienso, antes de morir, felicitar al autor por la exactitud de su descripción.»

Menos cómicamente lúgubre y más propia de un hombre de ciencia fue la frase de cierto profesor, quien, sumido en la semiparálisis de la agonía, entreteníase en auto-observarse las perturbaciones de la visión; y comprendiendo por su creciente diplopía que se acercaba el momento supremo, exclamó sentenciosamente: «Cerca debe de estar el reino de las tinieblas, ya que, como el niño al nacer, veo dobles y turbios los objetos.»

Impregnada en plácido humorismo, comparable al de Fontenelle en su lecho de muerte, paréceme la observación

dirigida por cierto amigo mío de Zaragoza a su doctor que trataba de consolarle: «Gracias, amigo; pero el viaje está irrevocablemente decidido. ¿No ve usted que llevo puestas las polainas?» (Aludía a sus piernas, monstruosamente hinchadas a causa de una enfermedad cardíaca.)

Con todo eso, ninguna frase de moribundo me ha producido más honda emoción que las sencillas e ingenuas palabras de cierto contertulio del café, que, visitado por los amigos cuando se avecinaba la agonía, nos dijo para animarnos: «Señores, no hay que ponerse tristes. ¡Esto no es nada!... Antes de tres días me tienen ustedes charlando en el café», ¡Y murió aquella noche!...

En este caso (el doctor Silva) no hubo ni rastros de fúnebre histrionismo, antes bien, claras señales de confianza y entereza. ¡Oh divino tesoro del optimismo!... Sólo tú sabes consolar a la amistad y dorar una agonía.

Deplorable desgracia, al par que envidiable fortuna, es la muerte trágica en plena juventud. A pesar de sus excelsos méritos, ¿no es cierto que el suicidio de Figaro y la decapitación de Chenier en la guillotina, añaden algo a la gloria de tan exquisitos literatos? ¿Les veneraríamos tanto si, llegados a la senectud, hubieran tenido tiempo de saciar plenamente la curiosidad pública y de mostrar quizás flaquezas y decadencias?

Nada distrae más a los viejos que ocuparse de historia; es decir, de la vida y hazañas de hombres más viejos que ellos.

En un entierro fastuoso, los únicos seres que parecen tener conciencia clara de la fúnebre solemnidad del acto y se abstienen de murmurar del difunto, son los caballos.



Llor a los maestros que, como el admirable Sócrates, han hecho de su muerte la más elocuente lección.



El presente informe tiene por objeto dar cuenta de la marcha seguida en el desempeño de las funciones de la Secretaría General de la Presidencia de la República durante el período comprendido entre el día 1.º de enero de 1933 y el día 31.º de diciembre de 1934. Este informe se divide en dos partes: una que trata de los asuntos de carácter general y otra que trata de los asuntos de carácter particular.

En lo que respecta a los asuntos de carácter general, durante el período citado se ha seguido la línea de conducta que se estableció en el informe presentado al Congreso Constituyente en el mes de febrero de 1933, consistente en el cumplimiento de las obligaciones que corresponden a la Secretaría General de la Presidencia de la República, y en el fomento de la actividad administrativa de la Presidencia de la República.

En lo que respecta a los asuntos de carácter particular, durante el período citado se han tratado los asuntos que corresponden a la Secretaría General de la Presidencia de la República, y se han adoptado las medidas que corresponden a la Presidencia de la República.

En conclusión, durante el período citado se ha cumplido con las obligaciones que corresponden a la Secretaría General de la Presidencia de la República, y se ha fomentado la actividad administrativa de la Presidencia de la República.



CAPITULO V

SOBRE EL GENIO, EL TALENTO Y LA NECEDAD



N los países de cielo gris abunda la substancia gris.



Cuando el suelo es constantemente pardo, todo es algo pardo también: la piel, el traje, la inteligencia y la gramática. Hay, sin embargo, excepciones.



Dice el espiritual poeta Manuel Machado, que de diez cabezas dos discurren y ocho embisten.

Ello es cosa muy triste, pero es más triste todavía reconocer que la mayoría de las cabezas que embisten tienen razón. Desdichadamente, son muchos los que hacen cetro

de la superioridad del carácter y ganzúa de la agudeza del ingenio.



Para juzgar de la mentalidad de los hombres, hablemosles de una invención científica o filosófica desprovista de aplicaciones prácticas.

Uuos exclamarán: —¡Admirable!...

Y otros: —¿Para qué sirve?

Cultivemos la amistad de los primeros.



Los precursores son comparables a las abejas tempranas, que por abandonar la colmena antes de tiempo no hallan flores y sucumben al frío del ambiente.



Al modo de las cordilleras, que en días grises parecen más alejadas que en días claros, ciertos talentos se envuelven en nubes para semejar profundos.



Afinidades mentales electivas.—¿Queréis saber cuál es el más necio de una tertulia? Soltad en ella un majadero. Antes de una hora, y tras los indispensables tanteos de exploraciones, cada oveja habrá hallado su pareja; y nuestro sandio, el congénere capaz de tomar en serio sus sandeces (*).



El gran defecto de los españoles de antaño fué siempre el desdén hacia el idealismo filosófico y científico. Diríase que las robustas posaderas de Sancho cabalgaron sobre los hombros del genio patrio, obligándole a inclinar cabeza y ojos hacia la tierra.



Sabido es que los bienes de este mundo están lamentablemente repartidos.

Por ejemplo: todos hemos tenido ocasión de observar que el dinero y las ideas suelen estar en razón inversa. Quien atesora pecunia, carece de pensamientos, y quien sabe forjarlos vegeta en la miseria o en la estrechez. Bien decía Gracián: «Los que más tienen menos saben.»

¿Cuándo encontraremos un hombre tan afortunado que posea ideas y dinero?



Al modo de los picos elevados, que emergen exclusivamente en las cordilleras, los genios científicos o artísticos descuellan solamente entre las altas mesetas de la cultura general.



Conócense infinitas clases de necios; la más deplorable es la de los parlanchines empeñados en demostrar que tienen talento.



Muchos habladores pasan por listos, cuando en realidad no son sino cabezas descansadas. Su cháchara brilla y molesta como rayo de sol reflejado en caldero vacío.



Un libro consagrado al difícil arte de disimular la propia necesidad y la supina ignorancia constituiría gran éxito de librería. En cambio, se han escrito por La Rochefoucauld, Gracián y La Bruyère cosas acertadísimas para ocultar la habilidad y el talento.

¡Qué de tontos desgraciados por no saber ser tontos a secas y empeñarse en imitar sin gracia a los hombres de ingenio!...



Los mediocres motejan muchas veces, acaso por consolarse, las extravagancias y hasta las locuras del genio.

¡Extravagancias! ¡Groseras ilusiones! ¿Quién está libre de ellas? Lo que hay es que las rarezas y desatinos del hombre superior llaman la atención y las del majadero no son reparadas por nadie.



Apartaros del talento superior como de la hermosura, si queréis conservar vuestra libertad y cumplir vuestro destino. El genio suele ser solamente generoso y tratable encerrado en la cárcel del libro (*). Hay, empero, consoladoras excepciones.



En nuestro país, tantas veces llamado de los *vteeversas*, los listos no trabajan, condenándose a la esterilidad; mien-

tras que las medianías se agotan en inútiles esfuerzos. ¡Dichosas las naciones en donde el talento se enaltece con el trabajo, y en que el laborioso suele tener talento!



Las cabezas deben juzgarse como los bolsillos. Al hacerlas sonar con las sacudidas de la conversación, advertimos en seguida que unas contienen el oro de la ciencia y del ingenio, y otras la calderilla de la vulgaridad y de la rutina (*).



El sabio codicioso de nombradía cosecha a menudo dolorosos desengaños; porque aquéllos cuyo encomio anhela, callan, y, al contrario, aquéllos cuyo silencio desea, ensalzan. Pero esto lo expresó ya insuperablemente Iriarte, en una de sus primorosas fábulas:

*Si el sabio no aprueba, malo,
si el necio aplaude, peor.*

Lo que no expresa Iriarte, acaso por exceso de optimismo, es que no todos los sabios aplauden al genio naciente. Los hay también comparables a la reina fecunda del enjambre de abejas, reina cuyo primer cuidado consiste en destruir inexorablemente todas las ninfas reales, a fin de evitarse competiciones.



Nuestra vanidad es incorregible. Hallámonos en presencia de un tonto que nos aturde con su charla insubstancial

y pedantesca. De pronto se dirige a nosotros, demuestra que nos ha leído, y nos prodiga sonrojantes elogios. En el acto, cambia la escena. Y algo ruborizados por la instantánea rectificación, nos decimos: ¿Tendrá talento este majadero?



La erudición oportuna que tanto nos seduce en ciertos amenísimos conversadores, no es, a menudo, sino el arte sutil de llevar al interlocutor al terreno de sus recientes lecturas.



Suprema aspiración del genio, es el diálogo con sus iguales. Si no fuera irreverencia, aventuraríamos la hipótesis de que la aparición del hombre sobre la tierra tiene por fin modelar el germen de una criatura excelsa con quien, allá en la plenitud de los siglos, pueda Dios conversar.



La auto-alabanza no implica necesariamente fatuidad, petulancia o pretensión inustificada; significa a veces la reacción excesiva contra el silencio o el desdén del medio intelectual, no siempre justo con los principiantes.

Los que profesamos el oficio del magisterio tenemos la obligación inexcusable de oír a los jóvenes, a fin de discernir el talento positivo de la huera palabrería, y de trabajar para crear al mérito naciente el ambiente de comprensión y respeto a que tiene derecho.



En la apreciación de las capacidades, reina casi sin excepción el aforismo médico: *similia similibus*, aunque tomado en acepción algo especial.

Por donde se ve, que por necios que seamos, siempre hallaremos admiradores: los que padezcan en menor grado la misma especie de tontería que nosotros.



Al pasear por un parque ¿no habéis sorprendido algún árbol rebelde, que torciendo su tronco, todavía tierno, invade audazmente la próxima avenida, ansioso de crecer libremente al aire y a la luz? Así procede a veces el talento desconocido. Disculpemos piadosamente sus excentricidades, convencidos de que, logrado el vivificante calor de la celebridad, se someterá gustoso a la disciplina del buen gusto.



Desearíamos entablar comercio intelectual con un genio poderoso, absolutamente limpio de orgullo y presunción, a fin de que nuestra pequeñez, libre de humillaciones, se elevara y expandiera a sus anchas. Sin duda existen sabios ilustres, que juntan los más altos dones del espíritu con la más encantadora de las modestias. ¡Pero cuán raros! Porque es casi imposible que el gigante ignore su estatura y que al platicar con pigmeos olvide que habla desde arriba.



Nada es más raro que hallar un ingenio perfectamente ponderado. Y no aludimos aquí a las taras patológicas del

genio sobre las cuales tanto se ha divagado desde Erasmo y nuestro Huarte hasta Moreau de Tours y Lombroso. Nos referimos a las lagunas mentales de que, por compensación de ciertas excelencias, adolecen casi todos los talentos superiores. Encuéntranse con frecuencia inteligencias penetrantes, casi privadas de imaginación; memorias prodigiosas asociadas a medianos intelectos; capacidades e ilustraciones de primer orden, delucidas por un amor propio femenino o un desvanecimiento intolerable; fantasías pomposas y plásticas, rebeldes a la disciplina del trabajo; espíritus creadores incapaces de exponer con claridad y método el fruto de sus estudios. ¿Quién no ha visto con pena notables oradores, limpios de sentido [común; matemáticos insignes que discurren como ostras sobre asuntos de filosofía o de política; pintores eminentes embarazados para escribir una carta discreta; gentes de negocios que proyectan bien y ejecutan pésimamente?

Y es, que la virtualidad genial, como han insinuado Mollus y otros autores, es casi siempre especialista, constituye algo así como el efecto de un lóbulo sobreañadido que al nutrirse egoísticamente atrofia los demás centros encefálicos. ¡Dichoso el que ha recibido de la divinidad una cabeza fuerte y armónica, donde ninguna circunvolución monstruosa deforma el cráneo ni el juicio, y en cuyas obras se equilibran felizmente la energía con la elegancia, el valor moral con el ingenio, y la fantasía con el sentido crítico..

¿Qué hacer cuando la naturaleza nos ha gratificado con una de estas poco envidiables excelencias? Pues seguir la pendiente trazada por nuestra organización, corrigiéndola en lo posible con el trabajo perseverante, y dejar que nues-

tras iniciativas, si valen algo, sean expuestas y aplicadas por los dotados de aptitudes complementarias.



Debilidad disculpable en los talentos creadores es la co-mezón irresistible de hablar a todo el mundo de la propia obra.

Esto me recuerda un episodio del viaje al polo antártico del explorador Shackleton. En sus ratos de buen humor, uno de sus camaradas entreteníase en hacer sonar el gramófono ante copioso auditorio de pingüinos. Huelga decir que los singulares avechuchos polares oían el concierto como quien oye llover.

¿Quién no ha tenido alguna vez la debilidad de tocar la música de la ciencia o del arte ante una bandada de pingüinos humanos, acaso porque quienes no lo son desdeñan escucharla?



El sabio verdadero suele ser modesto y tímido en sus conclusiones, porque su intelecto ha sufrido, durante sus rudos combates con la realidad, el choque hiriente de la impenetrabilidad de las cosas; el semi-sabio, en cambio, henchido de orgullo, forja confiado las síntesis más generales y ambiciosas, porque su espíritu limitado es incapaz de vislumbrar ni sospechar siquiera el impenetrable arcano que nos rodea.



Se cuenta del león que, para entrar en furor heroico, se azota los flancos con la cola provista de cierta uña hiriente y excitante.

Conducta algo parecida siguen ciertos literatos y oradores para procurarse el sacro fuego de la inspiración. Unos recurren al alcohol, otros a la morfina, y algunos al éter o a la cocaína. Los conocidos ejemplos de Verlaine y Maupassant son representativos.

Consideramos (por lo menos en la mayoría de los casos) nocivo y hasta contraproducente todo estímulo artificial. Cuando se dispone de un estómago sano, no hay mejor excitante que alimento suculento y bien condimentado. Llenemos primero la mente de ideas substanciosas y de formas adecuadas, que el discurso, impaciente cual fogoso bridón, emprenderá por sí solo la carrera. Lo difícil no es abrir la espita de la imaginación creadora, sino cerrarla oportunamente, antes de que la vibración dolorosa del pensar nos condene al enervamiento y al insomnio.



Decía Plutarco que «eran muy de temer en los banquetes los hombres de mucha memoria». ¡Dichosos los griegos, que sólo abusaban de la palabra en los banquetes!...

Aquí hay gentes que peroran latamente hasta en ayunas, y que, según el dicho de Quevedo, «se van de palabras como de cámaras y madrugan para hablar».



Como a las mujeres se las llama simpáticas por no calificarlas de feas, así a los hombres se les llama discretos y buenas personas por no motejarlos de necios.



Propio de los grandes genios, como de los habitantes de los abismos del mar, es marchar iluminados con su propia luz.



Conocerás al impotente presuntuoso mediante este signo infalible: en que niega sistemáticamente todo mérito universalmente reconocido.

¿Qué mayor prueba de ingenio puede darse a los ojos de los beocios que negar el genio? Y, además, ¡qué actitud tan cómoda y económica para destacar la propia personalidad!



Se ha dicho de Carlo-Magno «que fué el único hombre grande, que fué grande hombre». Aunque se dan excepciones, por lo regular, el animal humano, al modo del vegetal, sólo da frutos exquisitos y bellas flores cuando mide pequeña o mediana talla. Los colosos del bosque sólo son buenos para palos de navío o vigas de construcción. Un cerebro resumido y de fina estructura parece funcionar mejor que un cerebro voluminoso y de basta organización.

A este respecto, importa recordar que el hombre primitivo—tipo de Néardenthal, de Moustier, etc.—, poseía una capacidad craniana superior a la del europeo actual. ¿Acabará algún día el hombre de raza blanca, al modo de los insectos, a fuerza de automatizar sus reacciones, y por influjo creciente de la división del trabajo, por reducir su masa cerebral al límite mínimo compatible con la vida so-

cial? ¿Crecerá en sutileza estructural específica lo que pierda en dimensión y capacidad?



Cuando veo un hombre pequeño dotado de soberana inteligencia, me parece sorprender a un águila anidando en un mechinal.



Se ha afirmado que hay hombres de genio que carecen de talento. A lo que debe añadirse, que abundan los hombres de talento horros de sentido común. Y recíprocamente, ¿a quién no han sorprendido los rasgos de admirable buen sentido que, de vez en cuando, advertimos en los tontos? Por lo cual, para tomar una decisión en graves asuntos (excluyo naturalmente los altos dominios del arte, la filosofía y la ciencia), no estaría de más demandar consejo primero al ignorante y después al sabio.



Ya notó el agudo Gracián que los campos áridos y enjutos crían talentos de condición seca y gravedad melancólica, y las regiones prósperas, ingenios lozanos y vigorosos. El que vive rodeado de estepas tiene mucho adelantado para formarse un cerebro estepario. Si la higiene del desarrollo intelectual no fuera un mito, todo niño bien constituido debía criarse junto a la costa, correteando por la tierra verde y arrullado por el mar azul. Porque allí, sobre todo, la diversidad inagotable de impresiones es poderosa a crear (salvando, naturalmente, la capacidad heredada) sistemas

complicados de ideas y asociaciones. Mas este modo de crianza sólo está al alcance de los ricos.



Existen sujetos graves, enfáticos, completamente inéditos; no obstante lo cual pasan por abismos de ciencia y de cordura. Recuerdan a esos relojes antiguos, imponentes y decorativos, puestos sobre las vetustas consolas del salón..., que sólo tienen el pequeño inconveniente de no andar.



Todos conocemos personas tan candorosas, tan angelicales, que por no tener dobleces no los tienen ni en el cerebro. Con todo, estos dechados de bondad y sumisión, verdaderos *leicéfalos* de la fauna política, llegan a Directores generales y hasta a Ministros. ¡Son tan fieles, tan serviciales y tan buenos! ¡Cómo negarles nada!...



Se nos habla a menudo de hombres de mucho talento, que adolecen del defecto de ser holgazanes incorregibles. ¡Ah, si ellos se dignaran trabajar!...

Me ocurre una duda: ¿Puede existir un espíritu rebosante de aptitudes superiores y entregado sistemáticamente a la inercia? ¿Se concibe un Hércules que rehuse ejercitar, siquiera sea por higiene, la potencia de sus músculos?

Precisamente el índice de las altas mentalidades es su capacidad extraordinaria para el trabajo. Además, no hay

placer comparable al de sentir el alcance de la propia fuerza y de su señorío sobre las cosas y los hombres.



El genio científico completo ha de reunir en sí tres personalidades harto desemejantes: la del minero infatigable y paciente que arranca la hulla de los filones profundos; la del químico práctico, que aprovecha ingeniosamente el material bruto para fabricar espléndidos colores de anilina, y, en fin, la del artista que, combinando diestramente esos colores, sabe pintar los episodios heroicos de la lucha entablada entre el espíritu y la materia, el rendimiento teórico de los resultados y, en fin, sus efectos en pro del aumento y comodidad de la vida.



Así como el acero, mezcla del hierro y carbono, resulta más eficaz que el hierro puro, el ingenio superior entreverado de algunos defectos amables, será siempre preferido al talento irreprochable.



Cuentan los naturalistas que el *noctiluco*, minúsculo protozoario a que deben las olas del mar su misteriosa fosforescencia, acrecienta notablemente su fulgor cuando es brutalmente excitado.

Así ocurre también con muchas personas: su clarividencia se revela solamente al indignarse.



Propendemos a considerar simpáticos y hasta inteligentes a los guapos mozos, olvidando que la belleza es un accidente de la piel y del esqueleto. Una vez desollados, ¿en qué se convertirían un Apolo o un Antinoo?

El canto de los pájaros, que tanto seducía a Dickens, rara vez se acompaña de la belleza del plumaje.



Abundan los talentos oratorios a quienes se oye con verdadero deleite y que, al escribir, sobrecogidos acaso por el terror de la vulgaridad, se tornan oscuros, conceptuosos y afectados. Recordando a las damiselas presumidas que alían su rostro para lucir en la calle y en visita, los aludidos oradores se componen una fisonomía convencional, excesivamente recargada y decorativa para imponerse a los lectores.



Todos seríamos más agradables si cuando escribimos, en vez de apuntar a una posteridad de refinados que no se acordará para nada de nosotros, pensáramos exclusivamente en los pocos amigos y conocidos que, por habernos calado bien, nos desean como somos, y que se considerarían defraudados si les escamoteáramos nuestra modesta personalidad.



Se ha insistido mucho por antiguos y modernos acerca de la conocida inscripción del templo de Delfos: *Conócete a ti mismo.*

Precisamente, una de las indiscutibles excelencias de nuestra constitución cerebral consiste en la imposibilidad de autoconocernos. Ya lo expresa gráficamente el dichete popular: «nada hay mejor repartido que la inteligencia, puesto que todos se juzgan igualmente favorecidos».

A este propósito séanos licita una observación: Aparte del absurdo de pretender explorar las esferas de la cerebración subconsciente e inconsciente (1) antros tenebrosos donde mora el enigmático teclado de nuestras reacciones mentales y de nuestras voliciones y repugnancias, ¿sería deseable ni piadoso que el cretino, el majadero, el impulsivo, el loco o el fanático tuvieran plena conciencia de sus lacras intelectuales y afectivas?

Disponemos exclusivamente de un medio, hartamente falible, para conocernos. Objetivarnos, o más claro, ofrecernos como caso clínico al juicio de los discretos. Desgraciadamente, siempre que el veredicto nos es desfavorable, lo recusamos sin apelación.



Se ha dicho mil veces que una cosa es disponer de un buen entendimiento y otra, muy diferente, educarlo y adaptarlo estrictamente a la realidad.

Si no temiera abusar de los símiles, de buen grado compararía el encéfalo a una asamblea legislativa, en la cual cada diputado, es decir, cada célula o grupo de células nerviosas, corresponde a un distrito de Cosmos. En las ca-

(1) Las tentativas de Freud para conocer el inconsciente por el psicoanálisis de los sueños no pasan de ser, en la mayoría de los casos, un pasatiempo agradable.

bezas bien construídas y administradas, en aquéllas en donde, según diría Spencer, la coordinación entre las relaciones externas e internas se estableció legítimamente, cada representante celular conoce y traduce fidelísimamente las aspiraciones e intereses del distrito. Y al contrario, a semejanza de los Parlamentos corrompidos y amañados, en las cabezas defectuosas o mal educadas, los representantes o *neuronas* vienen a ser diputados cuneros, desconocedores de la circunscripción que simbolizan, sin más ciencia política y social que la dictada por el santón (entiéndase cacique o maestro tendencioso), por obra y gracia del cual recibieron la gratuita representación parlamentaria.



Entre las incongruencias nefastas de que adolecen ciertos ingenios, merece especial mención la falta de arrojo y serenidad en los torneos de la palabra.

¡Oh admirable desenfado, escollo de los humildes y escudo de los audaces! No hay espectáculo más doloroso que contemplar la lucha del mérito encogido y apocado con la medianía arrogante y retadora. Antes del choque, se siente aquél asistido de sagacidad adivinadora de la perfidia del adversario; de instinto defensivo que le dicta la esgrima dialéctica apropiada; de previsora energía que le impele a arrojar en la hornilla todo el carbón..., y sin embargo, llegado el trance supremo, como si un ángel malo le fascinara, siente el corazón latir dolorosa y tumultuosamente, experimenta ansiosa opresión en el pecho, anemia inhibidora en el cerebro y ve con angustia

que su razón, al primer envite desarmada, se oscurece y entrega. El caso de Anatole France, conversador delicioso y agíllsimo y orador encogido y tímido, es frecuentísimo.



Digan lo que quieran pedagogos y educadores, el tonto es orgánica y constitucionalmente gandul. ¿Quién trabaja, cuando el trabajo constituye martirio?



Si para los juicios de contenido ideal son recusables los sandios y cortos de alcances, para los de contenido ético son, a menudo, reactivos de exquisita sensibilidad. No sabrán razonar sus afirmaciones, pero, en cambio, olfatean admirablemente al vividor, al canalla y al farsante.



Nada se nos resiste más que la confesión de haber dado a luz una doctrina falsa o un hijo bobo. En cuarenta años de profesor no he topado todavía con un padre suficientemente desapasionado para decirme: Soy un zote, y mi hijo ha heredado mi estulticia, agravada quizás con la de su madre.



Conforme reza la frase vulgar, admiramos y enaltecemos de buena gana al talento o al mérito eminente recién fenecidos; mas, pasada la emoción del momento, solemos enterrar con el difunto hasta la memoria del panegírico. Diríase que el consabido «olor de santidad» dura solamente lo que el «olor a cadáver».



Si tienes plena conciencia de tu valer, desprecia el remoque de «tonto trabajador» con que infaliblemente tratan rivales y envidiosos de enfriar tus entusiasmos. Y aunque tuvieran razón, sabe que las hadas te han otorgado al nacer el más fecundo y preciado de los dones: la fuerza de voluntad, con la cual, metódicamente cultivada, lograrás no sólo aumentar el patrimonio universal de las ideas, sino triunfar, dentro de ciertos límites, hasta de tu deficiente arquitectura mental.



Llegar a su hora.—Se ha deplorado infinitas veces el angustioso calvario del genio nacido antes de tiempo; pero es mucho más dolorosa la historia de los genios que, por haber nacido demasiado tarde, se encuentran con que *su obra*, aquella para cuya ejecución les prodigó naturaleza dones insuperables, está ya realizada. Hagan lo que quieran, pasarán indefectiblemente por imitadores, cuando no por plagiarios.



¿Se hereda el talento? Importa distinguir entre el congénito y el adquirido.

El *adquirido*, fruto de un proceso perseverante de auto-organización cerebral, no puede ser transmitido a la prole, como no lo son las demás adquisiciones del hábito y de la educación.

En cambio, el talento *congénito* se hereda a menudo, y se heredaría casi siempre si los hombres superiores no incurrieran en la incomprensible flaqueza de unirse con mujeres vulgares.

Aun en los casos más afortunados, es decir, en aquellos en que los genios de la voluntad, del juicio o de la imaginación, emparejaron con hembra de elevada alcurnia intelectual, suele malograrse el fruto; porque en vano dispondrá el hijo del bosque complicado de *neuronas* cerebrales de sus progenitores si, mediante intenso laboreo, no acierta a transformar la selva virgen en ameno y delicioso jardín.

En resolución; puede transmitirse la superior organización encefálica; mas el talento del hijo suele quedar en fase larvar, a causa de no haber luchado con los numerosos accidentes adversos de la vida, singularmente con la necesidad, soberano buril a cuyos golpes se convierte el informe bloque cerebral, legado de la raza, en excelsa obra de arte o en exquisita herramienta de producción.



Infinitas son las definiciones del talento y del genio formuladas por los psicólogos; pero casi todas giran, a mi entender, en torno de estas dos:

«El talento es la facilidad, y el genio la novedad.»

No afirmaré con Max Nordau que el genio constituye especie humana nueva, pero sí que posee parcial o totalmente un encéfalo más fina y sutilmente organizado, es decir, dotado de vías de asociación más complejas y copiosas que las del tipo humano corriente (1). En cuanto al talento, dispondría de un cerebro tipo, sin nuevos cauces

(1) Aunque el recuerdo carezca de importancia, consignaremos que este parecer fué expuesto por nosotros en 1894 ante la *Sociedad Real* de Londres con ocasión de la *Croonian Lecture*. Claro es que, como posible factor del superior rendimiento intelectual del genio, no debe olvidarse la exce-

de asociación, pero amplios, ponderados y completos. Algo semejante, aunque en forma menos objetiva, expresó del genio W. James al decir: «es la capacidad de la asociación por semejanza desarrollada en grado extremo».



Propendemos a considerar el talento y el genio como variedades humanas perfectamente deslindadas, olvidando la existencia de anillos intermediarios. Entre la mentalidad común y el entendimiento prócer figura el *despejo* o *listeza*; de igual modo, entre el genio y el talento se intercala (aunque no siempre) el *ingenio*.

Si la psicología de las medianías y de los pobres de espíritu hubiera interesado a los sabios tanto como la de la genialidad literaria o científica, habríase descubierto también una gama rica en matices entre el prudente adocenamiento y la idiotez radical.



Preguntada cierta persona por qué no asistía a la amenísima tertulia del doctor M., hombre de finísimo ingenio, pero muy holgazán, contestó:

—Porque la holgazanería se pega y el talento no.



A.—Nuestro común amigo G. está enojadísimo conmigo, pero lo necesito ahora, y te agradecería infinito que tú,

lencia de la composición química neuronal o de sus elementos anejos ¿neuroglia? En tal dirección se orientan hoy algunos tratadistas, singularmente el doctor A. Palacios, quien concede suma importancia a la influencia de las *secreciones internas*.—A. palacios: *El genio*. Buenos Aires, 1920.

que ejerces sobre él irresistible ascendente, nos reconciliaras.

B.—Creo que lo conseguiré por grave que haya sido la ofensa. Cuéntame lo ocurrido. ¿Le has negado dinero?

A.—No.

B.—¿Le has llamado canalla?

A.—Tampoco.

B.—¿Has seducido o intentado seducir a su mujer?

A.—Menos aún. Me he limitado a expresar tímidamente en un corro de amigos que tenía poco talento.

B.—Amigo mío, renuncio a reconciliarnos. Te has creado un enemigo para toda la vida...



Todos conocemos espíritus ilógicos tan desorientados, que en todo negocio litigioso no hay sino invertir sus juicios para acertar. Lo malo es, que parecidos a las veletas, a lo mejor cambian caprichosamente de cuadrante o se paran en seco.

Con razón nota La Roc efoucauld: «todo el mundo se queja de su memoria, pero nadie de su juicio». Precisamente por esto, los envidiosos del mérito relevante, para herirle en lo más vivo, suelen decir: «tiene un memorión que espanta, pero el pobre carece de sentido común».



Es preferible una regular inteligencia, susceptible de actuar enérgica y reiteradamente, al talento lúcido y fácil, pero con desmayos enérgicos y patrióticos.



El talento suele ser una regular aptitud potencial de tipo rotatorio; mientras el genio representa a menudo, según dejamos dicho, una gran capacidad especializada y como monstruosa. Los genios musicales, pictóricos o poéticos aprenderán quizás la física o las matemáticas, pero no harán en ellas ningún descubrimiento. Un matemático genial escribirá, si se lo propone, versos estimables, pero *calculados* más que inspirados, como Voltaire, con mordaz expresión, juzgaba los de D'Alembert. Con lo cual no pretendemos negar los genios universales. Ahí están Aristóteles, Leonardo de Vinci y Goethe, para probar su existencia y su rareza.



Asombra reconocer el candor infantil mostrado frecuentemente por los sabios eminentes en cuanto abandonan sus habituales trabajos. Como las leyes y fenómenos naturales carecen de mala intención y de miras interesadas, cren que ocurre lo mismo entre los hombres.

Aun en los dominios cursados por ellos y objeto preferente de sus reflexiones, muestran alguna vez obcecamientos e inocencias críticas que nos hacen sonreír. ¿Quién no recuerda la credulidad algo infantil de Lombroso—genio, o, por lo menos, talento *d'élite*—al aplicar sus célebres teorías del *criminal nato* y del *genio insano*? ¿Encuentra un delincuente feroz con arquitectura de Antínoo? «¡Bah!—exclama—, este es criminal de ocasión.» ¿Topa con un genio como Verdi, admirablemente sano y ecuánime? «Este—nos dice—no pasa de ser un ingenio». Y fascinado por sus deslumbradoras concepciones, olvida contrastarlas con la bio-

grafía da los magnos y normales genios de la humanidad. Y cuando, apurado, cita algunos de éstos, es para motejarlos de vagabundos, sordos, insensibles o longevos. ¡La longevidad síntoma del genio!...



Los talentos abúlicos y las medianías estudiosas suelen vengarse del genio, considerándolo como un caso patológico. Es un consuelo fácil y barato.

Concedo, sin embargo, que muchos genios sublimes y aun talentos esclarecidos cayeron temporal o definitivamente en las tinieblas de la enajenación. ¿Pero se ha analizado bien el influjo que en la génesis del desequilibrio mental tuvieron el sobretrabajo agotador, el abuso de los excitantes, la vehemencia irrefrenable de las pasiones y—por qué no decirlo—los efectos del *spirocheto* de la *avarosis*, responsable, según es notorio, de la parálisis general? ¿Qué Lais o Aspasia no trató, por vanidad o reclamo, de uncir a su carro triunfal algún príncipe del arte, de la filosofía o de la ciencia?



La suprema labor mental exige dos condiciones: buena máquina pensante y dotación copiosa de carbón (la voluntad). Desgraciadamente, no coinciden siempre en los hombres ansiosos de elevar monumento científico o literario; porque unos disponen de buena máquina y de combustible deficiente, y otros poseen copioso combustible y máquina de munición.



Aunque no sea cierta siempre la máxima de La Bruyère, «Los genios carecen de padres y descendientes; forman solos una raza», debemos aceptarla, porque es muy alentadora, como lo es también la definición de Buffon: «el genio es una larga paciencia».

Ambas (que no son tan inconciliables como parece) poseen la inestimable ventaja de inducir y confortar al hombre codicioso de gloria. La máxima de La Bruyère animará al genio nacido en humilde cuna, que podrá considerarse como padre de sí mismo e hijo de sus obras; y la de Buffon estimulará a las inteligencias laboriosas y tenaces, con la perspectiva halagadora de alcanzar por sí mismas las cimas de la genialidad.



Como hay talentos refinados por el estudio, hay tontos entontecidos por desuso.



La *craneoscopia* y la *fisiognomónica* están hoy, con sobrada razón, desacreditadas. Se han abandonado también entre otros criterios anatómicos de la mentalidad superior, el que asociaba el encéfalo voluminoso con el sumo juicio, como si la concha más grande encerrara siempre la perla de mejor oriente.

Con todo eso, y sin olvidar la hipótesis apuntada más atrás, de que el talento y el genio hállanse verosímelmente vinculados a finísimas y complejas organizaciones de la substancia nerviosa, danse con relativa frecuencia en las cabezas humanas algunos signos exteriores reveladores de su idiosincrasia intelectual.



He aquí algunos de estos signos recogidos en mi larga experiencia personal, los cuales, huelga advertirlo, además de carecer de novedad (algunos se remontan a Huarte y a Lavater) sufren hartas excepciones:

Cabezas fuertemente dolicocefalas en forma de martillo, hundien profundamente el clavo del análisis. Sus poseedores son además reflexivos, tenaces y laboriosos.

Testa mediana o pequeña, pero bien proporcionada, anuncia mesura, sagacidad y discreción, aunque sin grandes vuelos imaginativos ni gran memoria de vocablos.

Frente ancha y alta supone excepcional retentiva verbal, audacia y aptitud oratoria y polémica.

Cráneo alto y capaz denuncia fantasía creadora y voluntad firme.

Escasa mollera con ojos grandes y a flor de cara, poco fondo y gran palabra.

Sienes sumidas y ojos pequeños y hundidos revelan ideación lenta y premiosidad verbal.

Frente alta, inclinada hacia atrás, con vértice craneal prominente encuéntrase a menudo entre los matemáticos.

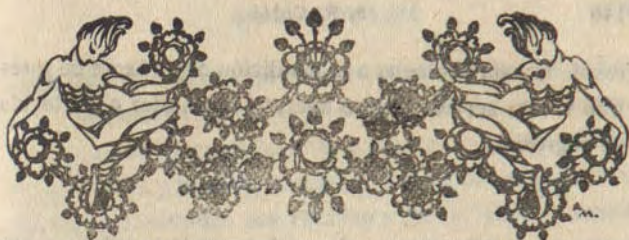
Cabeza redonda y nariz chata, Minerva breve.

Cráneo bajo, labios gruesos e imponentes quijadas, presagian gula y sensualidad.

Cuello largo, ideación corta; a menos de poseer cráneo amplio y bien ponderado.

Cuello corto con frente anchísima, vehemencia y facundia.

Pero, repito, estos caracteres son incapaces de traducir la íntima arquitectura nerviosa ni los perfeccionamientos constructivos operados por el trabajo mental sistemático. De aquí su falibilidad.



CAPÍTULO VI

ACERCA DE LA CONVERSACIÓN, LA POLÉMICA, LAS OPINIONES LA ORATORIA, ETC.



A verdadera característica del hombre civilizado no consiste en *hablar*, y menos en *charlar*, sino en *conversar*. En las tertulias discretas satisfacemos nobles curiosidades; cambiamos ideas por ideas; corregimos juicios precipitados; hallamos consejo en los negocios arduos, estímulo para las buenas obras, consuelo en los sinsabores, y, por encima de todo, ejercitamos la totalidad de nuestro mecanismo mental, algunos de cuyos rodajes tienden a atrofiarse, a causa del desuso impuesto por el especialismo profesional. Gracias, en fin, a esta especie de conjugación espiritual, conserva el cerebro todo el patrimonio heredado de la raza, evitando descender, como los parási-

tos de la baja zoología, a la condición degradante de intestino voraz, servido por un aparato locomotor o tentacular en regresión.

Si cuando discutes se alegra demasiado la galería, recela que tú o tus impugnadores habéis sacado las cosas de quicio, o tratado sin decoro la cuestión.



La moderación y cortesía en las polémicas constituye inexcusable homenaje, no sólo a la probidad y lucidez del contradictor, sino a la magnitud del problema, que a menudo excede a las más grandes capacidades.



Los que alardean de consecuentes son unos engreídos que parecen decirnos: estoy tan seguro de mis creencias, que todo lo que la ciencia futura descubra no me hará rectificar.



Hay diversas categorías de coloquios: el filosófico, el religioso, el político, el chismográfico y, sobre todo, el *digestivo*.

Entremos en un café. Después de habituar nuestros ojos al humo del tabaco y al denso vaho respiratorio, comenzamos a vislumbrar algunas *peñas* gesticulantes. De los labios entreabiertos de los comensales surge, a intervalos, un chorro de vapor y una sarta de interjecciones pintorescas.

Cada contertulio semeja puchero en ebullición que se des-
tapa rítmicamente bajo la cobertera del bigote. Acerqué-
monos a uno de estos fogones parlantes. ¿Qué dicen? Pro-
fieren juicios y frases rotundas acompañadas de gestos he-
rolcos. Son burbujas que estallan a flor de labio, cuando no
bombas que destruyen honras o nobles ilusiones. Levanta-
da la sesión, los contertulios se desparraman por la acera
enardecidos y vibrantes, pero satisfechos y sonrientes. ¡Allí
no ha pasado nada!...

Moraleja: el español vocifera, se indigna y arrebola, sin
otra mira que hacer ejercicio y favorecer la digestión.



Al presenciar una polémica, advertimos, según se ha
dicho hartas veces, que entrambos interlocutores tienen
razón. Su disconformidad depende de que han contemplado
el asunto desde diverso punto de vista. Recuerdan a dos
excursionistas que, partidos el uno por el lado norte y el
otro por el lado sur de una cordillera, describieran el as-
pecto de los picos más altos. El primero los contemplaría
encaperuzados de nieve; al otro se le ofrecerían como rocas
desnudas y calcinadas. Y entrambas descripciones serían
exactas.

Por donde se infiere que, para discutir honradamente, es
preciso que cada interlocutor se resigne a seguir, además
de su propio camino, el recorrido por el adversario.



Por lo general, sólo son sinceras las opiniones expuestas
en las tertulias íntimas, formadas por escasas personas.

En cuanto hay galería y teatro, todos somos un poco far-santes.



Cuanto peor hablamos más habladores somos. Pocas veces van juntas la verbosidad y la elocuencia.



En las controversias de orden político y social, el rico se apresura a cargar con su oro un platillo de la balanza; mientras que el pobre suele cargar en el otro, no el ansia de justicia, conforme el optimismo humano imagina, sino la funesta pasión de la venganza.



Nada menos edificante que las polémicas llamadas *serias* entre personas graves y autorizadas.

A las primeras escaramuzas oratorias advertimos con pena que sólo una mínima parte de los contendientes discurre con la cabeza; del resto, unos discurren con el corazón, otros con el bolsillo y algunos con el sacristán de la parroquia.



Ha pasado a ser tópico vulgar aquello de: dime cuánto dinero tienes y adivinaré las opiniones que profesas. Esta relación crematístico-dialéctica se confirma casi siempre. Y, sin embargo, de vez en cuando se dan curiosas excepciones. Aludimos al prócer, al hombre de carrera brillante o al millonario que, sintiéndose apóstoles, abogan fogosa-

mente en pro del socialismo y hasta del comunismo. Sin duda que entre estos redentores inesperados encuéntranse convicciones sinceras; pero, en general, nos parecen irónicos *posurs* o hipócritas elegantes. Después de todo, ¿qué pierden con mostrarse verbalmente generosos, sabiendo que eso del reparto va para largo, y que en último caso el temido rasero nivelador no habrá de estrenarse en ellos?



En toda discusión porfiada, cada contrincante defiende, no la verdad, sino su propia infalibilidad.

Y como todos son infalibles, cuando el cansancio pone remate a la polémica, siguen en alto las espadas hasta el próximo torneo.



En buena parte de las controversias parlamentarias el argumento decisivo es precisamente el que, llamado en público, corre de boca en boca, cuchicheado en los pasillos. ¡Cuánto se abreviarían los debates políticos, y se sanearía la atmósfera moral de ciertas Corporaciones, si los aludidos argumentos incontestables *ad hominem* fueran consentidos por la buena crianza y por la llamada cortesía parlamentaria!



Siempre que nos veamos obligados a refutar un error debemos dejar a salvo estas tres cosas: la rectitud de intención del adversario, la excelencia de su entendimiento y la seguridad de que, tarde o temprano, en cuanto examine

sin pasión todos los aspectos del problema, acabará por compartir nuestro sentir.

Jamás caigamos en la tentación—reveladora además de falta de urbanidad y de irritante petulancia—de considerar a nuestro contrincante mentalmente inferior o inadaptable al asunto. Que el hombre se aviene y hasta se consuela, en ocasiones, con la idea de su falta de madurez para dominar un problema; pero se irrita y exaspera si se le dice que no madurará jamás.



En las sabrosas *peñas* de café, el papel más solemne e importante es el de los silenciosos. A ellos se dirigen, como demandando aprobación, los argumentos de los polemistas. Constituyen, pues, jueces de campo inapelables. ¡Mas desgraciados de ellos si alguna vez se atreven a fallar!...



En toda discusión apasionada, apurados los argumentos queda siempre, como residuo irreductible, una cuestión de gusto o de interés.

Si en los debates de Ateneo o en los torneos académicos no se tratara casi siempre de ejercitar aptitudes utilizables, ulteriormente, en el palenque de la política al uso, la táctica más económica para nosotros sería preguntar de antemano al contendiente: ¡Vamos!..., dígame con franqueza, ¿qué desea usted vendernos por verdad?



«El que calla, otorga», reza el refrán. Según y conforme. A veces sonríe interiormente; otras reposa de sus tareas

adormilándose como el niño arrullado por la canción de cuna, y otras es un hábil que adopta actitud reservada y tácita para no comprometerse.



Escoge tus amigos y contertulios entre las personas bien nutridas y de excelente color. Pidiendo perdón por el retruécano, afirmaríamos de buena gana que quienes poseen excelentes *ganglios simpáticos* (centros rectores de la vida vegetativa) son también *simpáticas* personas.



Estimo mucho más peligroso que al matón y al maldiciente al contertulio de carácter desigual, en quien fracasa toda previsión psicológica. A lo mejor, rindiendo culto al espíritu frívolo de la mesa, se nos ocurre gastar con aquél cualquiera broma inocente, confiando en que, penetrando nuestra intención, reaccionará al unísono, y vemos, con estupor, que se sube a la parra, adopta posturas iracundas y profiere palabras gruesas.

Tales energúmenos, de reacciones ilógicas, y que en el fondo son pobres de mollera, deben ser metódicamente eliminados de toda tertulia de buen humor. El remedio soberano consiste en acordonarlos con el silencio.



Gran ventura para la duración, agrado y concordia de una peña heteróclita es criar y mimar a un infeliz tan paciente y amorfo, que atraiga y tome a chacota todas las pullas, por pesadas que sean. Constituido en desaguadero

general de los malos humores, estas almas cándidas sirven de eficacísimos derivados a los ingenios mordaces, generalmente poco sufridos, que, al topar con un buen *parroquiano*, dejan de mortificarse ente sí.

Bajo este aspecto, recuerdan a los antílopes, cuya caza han prohibido los ingleses en la India, a fin de que el hambre no obligue a los tigres a devorar a los hombres.



Ocioso y peligroso es pretender extirpar el error de quien medra con él.

¿Para qué discutís seriamente con sujetos que discurren con el *plexo solar* (1) y cuyas opiniones representan repercusiones remotas o inmediatas de reflejos estomacales?



Como en los hospitales, en las tertulias cabe ejercitar dos clases de cirugía: la *conservadora* y la *mutiladora*. Ejerce de cirujano conservador el contertulio que acierta a extirpar la sinrazón del camarada sin mutilar la reunión; al contrario, actúa de cirujano mutilante quien para corregir la deformidad amputa de la reunión al miembro que la padece. Y ya dejamos apuntado que en todo corro de contertulios, los bobos son tan necesarios como los listos.



Antes de espontanearte en asuntos filosóficos con personas desconocidas, asegúrate bien de si pertenecen a la

(1) Plexo nervioso abdominal salpicado de ganglios rectores, en buena parte, de las funciones digestivas.

categoría de las tolerantes y comprensivas. Nada odia más el fanático que al contradictor de *su verdad*; porque, por más que diga, allá en el fondo de su conciencia, no está muy seguro de ella y mira con horror a cuantos le disputan el tesoro de su fe, a la que debe, aparte la tranquilidad del ánimo, el inestimable beneficio del ahorro de pensamiento.

De mí sé decir que, por haber olvidado este consejo—harto vulgar por otra parte—he perdido docenas de amigos.

Aunque bien miradas las cosas, ¿merecen el nombre de tales quienes, en su furor dogmático, pretenden arrebatarnos el excelso privilegio de discurrir por cuenta propia?



—¿Alborotas y te enojas al discutir? Luego no tienes razón.

—Es que hablo con imbéciles.

—Pues entonces el imbécil eres tú al intentar persuadirles a gritos. El buen argumento, como el proyectil de las armas modernas, debe salir de la mente sin humo, sin fuego y con el menor ruido posible.



A propósito de los que se enfadan cuando carecen de razones convincentes, séame lícito recordar cierto cuento andaluz:

Allá por los tiempos de la *gloriosa* el pueblo soberano organizó en Ronda la correspondiente milicia nacional. Nada menos marcial, al principio, que sus arreos: morriones abollados, polainas de caballista, chaquetas agitanadas y,

lo que fué más grave, fusiles sin pistón ni gatillo, cuando no vetustos mosquetones de chispa.

Armado con una de estas venerables carabinas de Ambrosio, tocóle montar la guardia a cierto gitano jacarandoso, quien, viendo acercarse un bulto, gritóle con voz estentórea e iracunda:

—¡Atrás, paisano!... ¡Si das un paso más, te abraso los hígados!...

—Pero, ¡camarad! —respondió el transeunte pacífico — para decirme eso no debes ponerte así...

A lo que el centinela socarrón, después de reconocer al amigo y de mostrarle el mosquetón aparatoso, repuso:

—¡Hazte cargo!... Armado con esta escoba, ¿quién me respetará, si no añado una *miaja de suplemento*?



Notorio es que nuestro intelecto cambia de tono y de signo, no sólo con los años, sino hasta con las horas del día. Y huelga decir cuánto lo modifican recientes satisfacciones o disgustos.

A., persona juiciosa, pero vehemente y apasionada, dirigió a B. en cierta ocasión frases injustas y mortificantes.

En vez de enfadarse, B. le preguntó:

—¿Has dormido bien?

A.—No; porque tu conducta de ayer me ha desvelado e irritado.

B.—Aplacemos, pues, las explicaciones. Cuando hayas dormido ocho horas seguidas acude a la tertulia y reconocerás tu error. Ahora sólo conseguiríamos perdernos el respeto y vejarnos como mujerzuelas. De tu cerebro de hoy

apelo a tu cerebro de mañana. Y si no puedes dormir, toma una buena dosis de *veronal*.



Dejamos apuntado ya, reflejando consejos de hábiles hombres de mundo, que la mejor contestación a la inculpa-
ción injusta es un piadoso y sedante silencio.

Sin embargo, a despecho de nuestra seráfica paciencia, tan intencionado y sañudo puede ser el ataque (en tertulias, Sociedades y Ateneos no son raros los profesionales de la reticencia, la mordacidad y la calumnia), que el *pudor del hombre*—conforme llamaba A. de Vigny al honor masculino—nos arrebole la faz y nos conduzca irremediabilmente al «cuerpo a cuerpo». Aun en semejante trance, haríamos mal en perder la cortesía, inseparable compañera de la elegancia y de la airosidad. Contra la navaja cachicuerna del villano, esgrimamos el florete del caballero; pero un florete tan fino, que sus heridas, poco dolorosas y nunca mortales, jamás dejen en pos cicatrices aparentes; que es gran primor de discretos causar al adversario el daño estrictamente preciso para desarmarlo e imponerle respeto, dejando al mismo tiempo franco y ancho camino a la reconciliación.



Regla prudente para conservar el trato cordial de los *puntos* de una peña, es no extremar jamás con nadie los argumentos ni pretender a todo trance tener razón.

Cierto camarada, mny admirado y querido en nuestra reunión del Suizo, obstinóse un día (ignoro si para lucir su destreza polémica o deseoso de divertirse a costa de la re-

unión) en defender que el divino Sócrates rechazó de plano la doctrina de la inmortalidad del espíritu.

A propósito del aventurado aserto suscitóse acalorada controversia, en la cual, por cierto, no fui yo de los contradictores menos enardecidos.

—Paréceme ocioso y estéril discutir — repliqué — una cuestión histórica definitivamente juzgada. Mañana traeré los textos de Platón y Jenofonte y se verá quién tiene razón.

Al siguiente día acudí, en efecto, armado de textos en cuyas páginas hube de acotar cuidadosamente los pasajes terminantes del *Fedon* y de la *Apología de Sócrates*. Mas cuando esperaba confundir al adversario con mi fácil y barata erudición, quedé chasqueado al observar que no se dignó comparecer. Y fué lo peor su definitiva deserción de nuestro corro, donde se le estimaba cordialmente.

Con la ausencia definitiva del contertulio perdió la peña un ameno conversador y yo una amistad hasta entonces fraterna, que derivó rápidamente hacia la frialdad sentimental.



Así como electricidades de igual nombre se repelen, el talento que reina a su sabor y talante en una tertulia repudia a todo talento recién llegado, a menos que éste tenga la humildad de confesarse discípulo y admirador del maestro.



Y a propósito de los gallitos de peña, vaya un recuerdo del ingenioso cuanto egotista escritor Fernández y González.

Este chispeante conversador y admirable novelista, cuyo gracejo y facundia sólo eran igualados por su femenino vanidoso («yo y Víctor Hugo», solía decir), pontificaba y definía en la primera Peña de Madrid a que tuve el gusto de asistir. Toda contradicción le sonaba a desacato, desatando automáticamente la formidable caja de los truenos.

Ignoro cómo cierto imprudente sacó a colación el tema peligroso de su inmodestia.

—¡Están ustedes equivocados!... Soy el más humilde de los hombres...

(Coro de sonrisas irónicas.)

--Voy a demostrarlo. Si yo no fuera archimodesto, ¿tomaría café con ustedes?...

Moraleja: Evitemos las tertulias donde reina despóticamente un parlanchín incansable, que se escucha y no escucha, que acapara egolátricamente el tiempo y la admiración, y que, en fin, al más leve alfilerazo, nos recuerda nuestra irremediable inferioridad.



Jamás discutamos con fanáticos. Porque no contendemos con un hombre, sino con un ejército formidable, cuyos soldados invisibles, apostados a retaguardia del tiempo y del espacio, no pueden oírnos.

Guardando las espaldas a nuestro contrincante, están los modeladores de su cerebro y de sus ideas, es decir, sus padres, maestros y amigos, la casta social a que pertenece y, en fin, el innumerable séquito de muertos ilustres, que nos oponen su orgullo dogmático y sus errores e intereses.

¿Cómo vamos a convencer a difuntos y ausentes?



De igual modo que hay una honradez de la voluntad, hay una honradez del entendimiento: estudiar a fondo las cosas y saber cambiar desinteresadamente de opinión.



Libreme Dios de discutir con abogados sobre cuestiones filosóficas o científicas. Para este linaje de polemistas pocas veces se trata de tener razón, sino de defender al cliente. Y el *cliente* llámase unas veces Dios, otras el libre albedrío, otras la inmortalidad del espíritu, otras, en fin, el positivismo, el panteísmo, el espiritismo, el socialismo, etc.

Ante estos modernos sofistas, todo polemista ingenuo quedará reducido al modesto papel de *entrenador* oratorio



Muchas clasificaciones han hecho filósofos y moralistas de los tipos intelectuales. Al conversador y al polemista interésanle especialmente estos tres: los *permeables*, que gustan de aprender y saben corregirse; los *impermeables*, cuyas opiniones, consolidadas desde la niñez, se han convertido en inmutables instintos; y, en fin, los *impulsivos*, en quienes la más leve rozadura del amor propio produce automáticamente, y sin posible enfrenamiento, peligrosa explosión de reacciones agresivas.

Provechoso y plausible nos será el comercio intelectual con la primera categoría de personas: ellas aprenden y nos aprehenden; se revelan y nos revelan; mejoran y nos mejoran.

Mas fuera el colmo del candor discutir con los *impermeables* y los *impulsivos*, gentes cuyas fontanelas se cerraron

en la cuna y cuyas suturas craneales se osificaron en plena juventud, al recibir borreguilmente la marca profesional. Dejemos, pues, que sus pobres y alicortadas *neuronas*, cuyos breves apéndices son incapaces de abrazar la verdad, se anquilosen e incrusten, enterrándose en vida.



Al modo como en los carreras se apuesta en favor de propio caballo, en las disputas y porfías se apuesta en favor del propio cerebro.



Si por estériles y enojosas conviene apartarse de las discusiones de Ateneo, con mayor motivo debemos rechazar toda invitación a las polémicas de prensa. Opino en tal materia como el maestro Cavia, a quien en treinta años de periodista apenas si le hemos sorprendido dos o tres veces en ademán batallador.

Porque este linaje de torneos iníciales casi siempre la vanidad, prosíguelos el amor propio y acábalos la pasión. El primer día los argumentos hieren las ideas, el segundo la *sindéresis* y el tercero la honra. Y todo pára en malpararse y en regocijar a la galería.



Al modo de los callos, las opiniones crónicas, cuanto más se pisan y soban, más se irritan y enconan.



Las opiniones filosóficas se *cogen* y no se *escogen*, por llegar a nos otros, como el sarampión y las viruelas, en una edad en que toda reacción mental defensiva es imposible.



Al conversar refrenemos la insana tentación de gastar bromas pesadas a los amigos. Como decía Gracián: «las chanzas sufrirlas, pero no darlas». Al desenvainar el aguijón envenenado, la abeja suele producirse mortal herida. Ni hay mayor enemigo del ingenio que el mal genio.



Lo que entra en la mente por vía de razonamiento, cabe ser corregido; lo que se admite por fe, casi nunca (*) (1).



Ocioso es porfiar con viejos. Sus opiniones, como sus suturas craneales, se hallan osificadas. Nada me inspira más veneración y asombro que un anciano que sabe cambiar de opinión. Únicamente cuando el cerebro está en vías de crecimiento cabe inculcar doctrinas y corregir errores (*).



Consideremos a los hombres de cerebro sistematizado como a los libros; se leen si interesan, mas nadie discute con ellos (*).



(1) Muchas de estas observaciones están entresacadas de un artículo titulado *Las discusiones*, publicado en cierta revista ilustrada, en 1895.

Para mí lo más intolerable de las polémicas periodísticas es la imposición, por tiempo indefinido, de la esclavitud intelectual. Nuestra vida queda ligada a la del competidor. ¡Adiós trabajos favoritos, sosiego del ánimo, encantos del hogar y sueño reparador! Toda nuestra trayectoria espiritual y social queda en suspenso, porque a un señor, de quien nos importa una higa, se le ha ocurrido, a pretexto de refutarnos, exhibir su personalidad y placear su pedantería.



Para los efectos prácticos, las convicciones sobre materias graves deben considerarse como resultado de estructuras cerebrales inmutables. Pretender modificarlas con razones, equivale a intentar corregir una joroba por el procedimiento del *massage*. Importa, sin embargo, conocer las ideas de las personas con quienes el azar nos obliga a co-dearnos, a fin de preservar sus jorobas intelectuales o morales de algún encontrón involuntario y peligroso (*).



Muy de raro en raro se confirma la máxima vulgar: «de la discusión sale la luz».

Lo que a menudo sale es el *fuego* del orgullo exasperado, el *humo* obscurecedor de los más claros problemas y las cenizas del desengaño. Por donde, a la postre, los contendientes quedan más quemados que alumbrados.



En treinta y cinco años de asistir a debates políticos, científicos y literarios, no he presenciado sino tres o cuatro

conversiones y tal o cual rectificación de criterio. El orador, como el actor, hace cuestión de honra profesional sostener a ultranza el carácter del personaje representado, y consideraría inexcusable defección, o señal de bochornosa incapacidad, abandonar el papel que, fiado en sus talentos, le repartió el director de escena.

En presencia de empeñados torneos parlamentarios terminados mediante votación, me he preguntado muchas veces si no sería preferible votar sin discutir. El resultado sería aproximadamente el mismo, con la ventaja de ahorrar tiempo, quebraderos de cabeza, resquemores y enconos.



Si un hado adverso te impone la obligación de disertar públicamente sobre una cuestión ardua y muy controvertida, abstente de lanzar afirmaciones categóricas. En tales casos, la duda no es sólo baluarte de la cordura, sino habilidad sutil de la modestia. Que nada concilia mejor la buena voluntad de los contradictores que ofrecerles la posibilidad de una conversión o, por lo menos, de una transacción honrosa.

Inconsideradas y antipáticas suelen ser las actitudes dogmáticas y las convicciones irreductibles. Toda aserción rotunda provoca automáticamente otra aserción igualmente categórica. Diríase que en el cerebro humano, a semejanza del espejo herido normalmente por la luz, el ángulo de reflexión es igual y contrario al de incidencia. Y en semejantes circunstancias, el espejo mental y el espejo inorgánico poseen la propiedad de despedir radiaciones sin captar para sí ni un solo rayo.



Al modo de los organismos complicados, las tertulias son atacadas de microbios más o menos virulentos. Algo hemos dicho ya del insoportable dictador de la palabra; y necesitaríamos escribir un largo artículo para definir y clasificar otros parásitos no menos patógenos, a saber: el maldiciente, el matón, el latoso, el engreído, el pedigüño, el chismoso, el protector, el político, etc.

Todos ellos y otros más, a poco que se les tolere, tienen, como la ley marcial—según el gracioso dicho andaluz—, «la virtud de disolver los grupos». Antes, pues, de convertirnos en asiduos de una tertulia, transcurrida la inevitable fase de tanteos y exploraciones psicológicas y cerrada la diaria sesión, deberíamos preguntarnos:

¿He aprendido algo noble, útil o agradable? ¿Salgo de la reunión mejor o peor de lo que entré? El cansancio mental y la emoción provocados por enojosas discusiones, ¿no estorbarán o dificultarán mi cotidiana labor?



Siempre he creído que la más sutil habilidad polémica es carecer de habilidad.

Importa, sin embargo, distinguir dos clases de habilidades: hay una habilidad sana, compañera de la prudencia y de la discreción, atenta a sustentar lo justo o lo verdadero, sin lastimar el amor propio del interlocutor, y evitando la menor alusión a sus flaquezas; y otra habilidad funesta, que tira a rebajar o ridiculizar el adversario, usando al efecto las peligrosas armas del eufemismo, la ironía, la reticencia y el sarcasmo.

Este linaje de habilidad, corriente entre los oradores po-

líticos, provoca antipatías irreductibles y hasta odios africanos. Porque o la frase mortificanté es tan velada u oblicua, que escapa a la víctima y al auditorio, y entonces se pierde el tiempo y el ingenio; o la intención es calada exclusivamente por el público, en cuyo caso siempre hay alguien que vaya con el cuento al ingenuo contendiente; o, en fin, víctima y auditorio penetran, desde luego, la páfida insinuación. En estos dos últimos supuestos, el atacante nos pierde el respeto, devuelve golpe por golpe y, lo que es peor, se descompone y exaspera, sacando a la colada todos nuestros trapos sucios—o que lo parezcan—y creándonos situación moral bochornosa y deplorable.

Muchos disgustos se evitarían si quienes alardean de satíricos tuvieran en cuenta que toda persona, por necia que sea, se toma a sí misma muy en serio, y que, si algunas soportan una contradicción franca y leal, ninguna perdona el ridículo.



Como no seas brutalmente escarnecido e injuriado, a todo ataque virulento e injusto en la prensa, deberás contestar—si no prefieres el silencio—tres o cuatro días después. Porque el primer día mojarás la pluma en sangre, el segundo en bilis y el tercero en linfa. Y este líquido, símbolo de la calma y la pachorra, es la mejor de las tintas.



Discutir con ciertos procaces gacetilleros es ganas de quedar en ridículo. Te consentirán, quizás, decir la segunda palabra, pero ellos dirán la primera y la última. Y conforme

expresa el refrán francés, «bien ríe quien ríe el último». Con lo cual no pretendo negar la existencia de nobles, imparciales y generosos periodistas.



Y a propósito de polémicas de prensa recuerdo la seráfica inocencia de que dí yo una vez pruebas durante mi juventud.

Cierto profesor, tan pretencioso como de aviesas intenciones, escribió un folleto lleno de plagios y desatinos. Invitado por un encarnizado enemigo suyo, a la sazón director de un Revista médica, para refutar el esperpento científico, compré libros, me desvelé varios días y redacté, por fin, una serie de artículos que probaban, de modo irrefragable, los descarados plagios del autor. Y cuando lleno de candor esperaba la publicación de mi trabajo, me encontré en la Revista con un suelto que rezaba, poco más o menos: «A fin de evitar rencillas y resquemores, siempre enojosos entre dignos compañeros, retiramos el juicio crítico, tantas veces anunciado, debido a nuestro colaborador S. R. C.»

Era que el desaprensivo profesor, oliendo el escándalo, ofreció al director una pingüe sinecura si destruía mi manuscrito. Y yo quedé, además de corrido, con algunas pesetas menos y con un desengaño más.

¡Dichosa edad en que todos los afectos parecen sinceros y todos los odios cordiales!...



Para cerrar este capítulo, donde se celebra la excelencia de los coloquios entre doctos—verdadera fiesta del espíritu—, nada mejor que recordar la opinión del sentencioso

y perspicaz Gracián: «Es la noble conversación madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas.»

Por esto, jamás he podido comprender cómo ciertas Comunidades religiosas ofrendan a Dios, a guisa de mortificación expiatoria, la acción embrutecedora del silencio. Ello equivale a abdicar de nuestra dignidad de hombres, ya que el único rasgo esencial que nos distingue de los animales es el don precioso del lenguaje articulado.

De que el mutismo, aun relativo, entorpece y *desdiferencia* el cerebro, tengo pruebas objetivas fehacientes. Visitando, hace años, cierto convento de cartujos, advertí inmediatamente, al conversar con algunos padres, que los centros del lenguaje, singularmente el de la palabra hablada, habían sufrido un principio de regresión. Hasta el prior (1), talento clarísimo que, durante su juventud, había cursado brillantemente tres carreras, y que se expresó siempre con facilidad y elocuencia, cometía en sus pláticas lamentables solecismos. ¡Se le había olvidado hasta la conjugación de algunos verbos irregulares!

Comprendo que, para macerar y modificar la carne, el austero anacoreta atrofie el estómago con ayunos rigurosos, y endurezca su piel con el cilicio; pero ¡sacrificar el áureo cáliz del pensamiento, el más excelso de los dones divinos, retrogradando casi hasta la fase cavernaria!...

(1) Un condiscípulo que halló su camino de Damasco juramente cuando se preparaba a actuar en ciertas oposiciones a Cátedras de Higiene. No le nombro porque ignoro si vive todavía.



CAPITULO VII

SOBRE EL CARÁCTER, LA MÓRAL Y LAS COSTUMBRES



UANDO veáis un hombre despojado de altos ideales, quiero decir, que ni anhela ganar el cielo ni granjear honra en la tierra, apartaos de él; es un vividor disfrazado de persona decente (*).



La franqueza de buena ley (la otra se confunde con la grosería) consiste no en lanzar al rostro defectos irremediables, sino en amonestar blanda y piadosamente las faltas capaces de ser corregidas por el trabajo y la perseverancia.



Cuando a uno le salen las cosas bien, cree que todo va bien.



La mayoría de las personas llamadas decentes odian unos pocos abusos y disculpan los demás.



Cuando leo en las relaciones de Krall que los caballos de Eberfeld, convenientemente amaestrados y educados, hablan, calculan, extraen raíces, elevan a potencias, resuelven ecuaciones, y me acuerdo de los zafios y crueles gañanes, o palafreneros que los montan, me pregunto: ¿quién debe montar a quién?

¿Estamos bien seguros de nuestra superioridad intelectual sobre los otros mamíferos? ¿No podría a la postre resultar que nos parezcan imbéciles porque son mudos, al revés de muchos hombres que parecen idiotas, precisamente porque hablan?



El llamado espíritu de clase o de cuerpo, solapa ordinariamente un egoísmo refinado. Todo sindicato del honor constituye en realidad un *trust* para la explotación de los demás.



«El vientre gobierna al mundo», expresó ruda, pero gráficamente, Persio. Semejante máxima sólo encierra la mitad de la verdad para los animales, en donde reinan conjunta-

mente el estómago y la maternidad; y el tercio de la verdad para el hombre, donde luchan tres tiranos insaciables: el amor, la vanidad y el estómago.



Cuando recibo un obsequio inesperado e inmerecido, me pregunto espantado: ¿cuál será la arbitrariedad, el abuso o la injusticia que se me exigirá algún día?



Es difícil ser muy amigo de los amigos, sin ser algo enemigo de la justicia.



Ponte en guardia al saber que un adversario te hace justicia en público. Es que te necesita.



Lícito y hasta honrado es cambiar de conducta, ya que cambian también el mundo y los hombres.



Hay personas que no se preocupan sino de matar el tiempo... el suyo y el de los demás.



Felices los que saben negar, porque ellos vivirán tranquilos (*).



Razonar y convencer, ¡qué difícil, largo y trabajoso! ¿Sugestionar? ¡Qué fácil, rápido y barato! (*).



Emplea tu vida de manera que tus hijos te llamen tonto y tus conciudadanos benemérito.

Para un espíritu noble, preferible será siempre la gratitud de la patria a la de la familia: la prole perece y olvida y la patria perdura y recuerda.



Ha pasado a ser tópico vulgarísimo la máxima de que la instrucción es a la moralidad como el ejercicio físico a la salud.

Concedo de buen grado la relativa exactitud del aforismo. Mas cuando interrogamos la personal experiencia, surgen tantas excepciones, que acaso fuera preferible considerar la instrucción, no cual garantía eficaz de honradez, sino como medio seguro de alcanzar fuerza y superioridad en las ásperas luchas por la vida. El hombre culto es comparable a la hoja de acero: cuanto más se la afila y pule trabaja mejor, pero también hiere más fácilmente.

¡Qué de caudal de talento y voluntad disciplinados no atesoran los renombrados farsantes políticos y los grandes estafadores!... Y al revés, ¡cuándo candor y hombría de bien encierra el corazón de los ignorantes!...

Con razón nota Lebon (que contradice en esto su definición de la educación) que los premios otorgados a la virtud por la Academia francesa (y por la española) son generalmente obtenidos por analfabetos. Análogas desoladoras re-

flexiones hace Nietzsche, el sombrío y antipático apologista del amoralismo y la voluntad desenfrenada.



Los ancianos que recomiendan a los jóvenes la continencia y la moderación me recuerdan a aquel general napoleónico de noventa años, que, asaltada y saqueada una ciudad, y presenciando las repugnantes orgías del amor desenfrenado, reprendía a los oficiales, diciéndales: «¿Es este el ejemplo que os doy?...



Ni el mal ejemplo, ni la pobreza, ni los desengaños demoralizan tanto a la juventud como una enfermedad grave y crónica, con la consiguiente desesperanza de alcanzar la cumbre de la madurez. «Puesto que nuestros días están contados—se dicen los jóvenes valetudinarios durante las pasajeras intermisiones del mal—apresurémonos a gozar del fruto prohibido.» Y apuran el cáliz del placer hasta las heces.

Y en los pueblos ocurre lo mismo. Ya Tucídides advirtió que la peste acaba con la moral colectiva. También las naciones padecen enfermedades agudas y crónicas. Entre aquéllas existe una—que no quiero nombrar—aquejada de dolencias y diátesis históricas, fruto de las cuales son en la actualidad el abatimiento, la corrupción y la impotencia.

¡Felices quienes, en la edad florida, gozaron de salud y fortaleza, y pudieron esperar, inclinados sobre los libros o las retortas, la sazón de los deleites permitidos!...



Apena reconocer la exactitud del dicho vulgar según el cual las verdades «sólo las dicen los chicos, los locos y los tontos.»

¿Por inocencia? Desgraciadamente, no: los primeros, por insuficiencia de imaginación; los segundos, por degeneración cerebral, y los terceros, por economía de esfuerzo.



Hay que vivir, no conforme a los impulsos de la naturaleza, según afirmaban los estoicos, sino conforme a las normas de la ciencia y del arte, que son también, en definitiva, mandatos de la naturaleza, pero de una naturaleza esclarecida por el conocimiento de si misma.



La verdad es un ácido corrosivo que salpica casi siempre al que lo maneja.



A menos que no tengas vocación de mártir, abstente de censurar a nadie hasta que hayas acabado la carrera y consolidado tu posición.

Y con mayor motivo si eres padre de familia. Si, por desgracia, perteneces a este gremio y ansias prosperidades, refrena tu vena satírica hasta los setenta años, es decir, hasta que tus hijos estén ventajosamente colocados e iniciada la trayectoria social de los nietos.

Sólo que entonces ¿valdrá la pena de pregonar verdades?



Nada más radicalmente injusto que el padre de familia. Por todo atropella con tal de favorecer a sus hijos. Comparable al *Sphex* o al *Ammofilo*, los insidiosos depredadores de presas vivas, el *pater familias* entregaría, sin la menor aprensión a su prole víctimas humanas sabiamente paralizadas, con tal de garantizarle hogar cómodo e inagotables provisiones. Afortunadamente se dan excepciones.



La emoción puesta por la naturaleza en el ánimo como espuela del pensamiento y de la acción, actúa con deplorable frecuencia en los enfermos a guisa de tóxico fulminante. Esto justifica la respuesta de cierto desenfadado doctor que, preguntado si no sería oportuno confesar a un paciente, contestó:

—Conformes; así compartiré responsabilidades.



Aseméjase el honor a la pintura al pastel, que no puede sufrir el menor goce sin deteriorarse.



—Deberías hacer la corte al ministro A., que tiene de ti excelente concepto.

—¿Para qué? Aun tratándose de un personaje todopoderoso, ¿podrá procurarme los únicos tres bienes apetecibles: salud robusta, talento esclarecido y renombre justificado?



Los espíritus lógicos equivócanse a menudo por imaginar que la conducta de los hombres se inspira constantemente

en el interés, cuando muy frecuentemente se inspira en la envidia, el despecho o el odio, pasiones esencialmente onerosas y notoriamente perjudiciales.



Al tratar con gentes de negocios fuera candor inexcusable olvidar esta máxima vulgar: abusa todo e lque cree, por ignorancia de las leyes, poderlo hacer impunemente y la mitad de los concedores de las sanciones del Código.



Parece posible corregir las malas y hasta las abominables costumbres de los pueblos dando un rodeo estratégico, es decir, satisfaciendo en otra forma sus perversos instintos. Ejemplo elocuente de ello nos ofrecen los habitantes de las *Nuevas Hébridas*, que abandonaron su secular canibalismo en cnanto los europeos introdujeron la cría del puerco.

Para curar a nuestro pueblo de los funestos vicios de la lotería, del flamenquismo y de las corridas de toros ¿no podría hallarse algún sustitutivo decente?



Platón expresó una gran verdad al afirmar «que el hombre no es perfecto ni siquiera en punto a maldad, y que si se abriera un concurso de crímenes fuera difícil adjudicar el premio».

En general, las personas no son absolutamente malas ni buenas, sino flojas, distraídas, perezosas y tardas u olvidadizas en el cumplimiento de sus deberes.

¡De cuántas faltas es responsable la pereza! ¡Qué de malevolencias y odios proporcional...



Hállome sentado en un café, cabe la taza humeante, escribiendo y observando. Y reparo que un joven pálido de veinte o veinticinco años, acompaña a su anciano padre, a quien escancia el clásico Cazalla, le lía los cigarros y le distrae conversando o leyendo en voz alta los periódicos. Y anoto en mi cuaderno: «Digan lo que quieran filósofos adustos, el amor no siempre corre de arriba a abajo.»

Pero cierto día el hijo cae desplomado en el diván, presa de ataque epiléptico; socórrele el padre reteniéndole en sus amorosos brazos, hasta la cesación del estado comatoso.

Admirado, pregunto al mozo: —¿Estos ataques le dan muy a menudo?

—Bastantes días—me respondió—, y, a causa de ellos, el padre acompaña a su hijo a todas partes para hacerle olvidar la terrible enfermedad y evitar una desgracia.

II...



Continúo en mi observatorio. Un caballero muy apersonado y apuesto siéntase en mesa próxima a la mía. Parece hondamente preocupado. Con aire compungido entra después cierta damisela elegante, que empareja con el caballero, a quien, con ojos llorosos y voz conmovida, dirige no sé qué terribles reproches. Abrumado por las amargas quejas de la hermosa, se le ocurre al galán una idea felicísima: obsequia a la gentil malhumorada con un flan. Y presencio

un fenómeno interesante. A medida que la dama saborea la sabrosa golosina, sus ojos se abrillantan y sus labios comienzan a sonreír.

Por su parte, el supradicho acompañante, para distraer quizás su mal humor, enciende soberbio veguero. La faz alargada del galán se expande aureolada por el humo del cigarro. Poco después la pareja sale del braceró, jovial, satisfecha y feliz.

Y apunto en mi cuaderno: «Decididamente no hay pena en la mujer que resista a un sabroso flan, ni contrariedad del varón refractaria a la maravillosa virtud de un buen habano...»

¡Bien dijo Fontenelle que no somos perfectos ni en el dolor!...



El mal humor y la acritud en casa suelen ser la compensación psicológica de la jovialidad y holgorio fuera de ella. Y es que en realidad somos dobles; y para equilibrarnos necesitamos casi siempre, después de ejercitar el hemisferio de la alegría, poner en acción el de la tristeza. Por esta misma razón, casi todos los escritores festivos son fúnebres o melancólicos con los amigos, y al revés. Pero acerca de esto hablaremos más despacio en otro capítulo.



Considero la afición a la soledad, tan común en los viejos, como el fruto amargo del conocimiento de los hombres. Al final de una travesía por mar se ansía, más aún que pi-

sar tierra, perder de vista a los harto conocidos compañeros de viaje.



Como hay premios para la virtud austera, debieran instituirse para la virtud amable. ¡Cuántas mujeres hay que por ser «ferozmente virtuosas», según calificaba Taillierand al abate Gregoire, parecen empeñados en hacernos desear la honestidad equívoca y la belleza frágil...!



Anhelamos la compañía y, sin embargo, nunca se está más acompañado que en la soledad. Por nuestra memoria desfilan, alegrándonos, apenándonos o reconviniéndonos, las sombras heroicas de la historia, los diversos y contradictorios personajes encarnados durante nuestra vida, los temas de trabajo, los asaltos de la ambición y los fantasmas forjados por la fantasía literaria. Y, a veces, el zumbido de la colmena interior nos fatiga y nos aturde tanto, que ansiamos apagarlo con el rumor de la colmena social.



Menguado tesoro interior posee quien necesita, a toda hora, para sentirse vivir, del tumulto de la calle, de la emoción del teatro o de la murmuración de la tertulia. De aquí la urgencia de adornar temprana y esmeradamente la morada del espíritu. Por si el mundo nos rechaza o nos hastía, erijamos un alcázar de ensueño dentro de nosotros.



Si eres devoto, frecuenta las iglesias; y si descreído, también. No conozco asilo más seguro contra los latosos y los sablistas.



El éxito justificado es talismán por cuya virtud se alcanza la más piadosa y humana de las venganzas: convertir en amigos, más o menos sinceros, a los que fueron sañudos adversarios.



Tan aciago es nuestro sino que, cuando huímos de un peligro, solemos caer, según se ha dicho infinitas veces, en otro mayor. Ocúrrenos lo que al pez volador que salta fuera de las olas para librarse de tiburones y delfines, para ser en el aire, víctima de petreles y gaviotas (1).



Carecer de odios es confesar que no se ama nada y que nos son indiferentes la injusticia, la iniquidad y la tiranía. Si existen amores sacrosantos, existen también sagrados aborrecimientos.



Toda la felicidad posible en este bajo mundo se cifra en cultivar aquel modo de actividad para el cual nos sentimos con vocación y aptitudes. Sólo él nos hará olvidar las mis-

(1) El gran escritor Grandmontagne ha aplicado recientemente, con fina y amarga ironía, esta comparación al aciago destino de España. Parece ser que esta comparación fué ya empleada por Voltaire.

rias e injusticias de la vida. Porque casi siempre el sumo placer coincide con el completo olvido de nosotros mismos y de los demás. Sabremos que hemos llegado a esta deliciosa enajenación sensorial para las cosas frívolas, enojosas o mortificantes, cuando, según se cuenta de Nicias, preguntemos a nuestro criado:—¿He comido?

He aquí, dicho sea de pasada, el criterio inequívoco de la vocación.



Cuando visitamos las vetustas ciudades castellanas, nos asombra la grandiosidad de sus catedrales en contraste con la escasez de sus habitantes.

¿Es que nuestros antepasados, cristianos de ardiente fe edificaban para el porvenir?

O más bien: ¿las espaciosas naves nos parecen inmensas porque están vacías?

¿O acaso, desdeñando móviles utilitarios, nuestros mayores edificaban para Dios más que para los hombres?

Todo ello ha podido contribuir a que en países casi desiertos se alcen templos magníficos. Inclínome, sin embargo, a suponer que en dicha magnificencia entró por mucho la ambiciosa altanería española, tan motejada por los extranjeros.



Discurren muy sutilmente filósofos y teólogos sobre el origen del mal. Sin remontar el vuelo a las regiones metafísicas, ni desvelarnos intentando concertar antinomías, parecénos indiscutible que la causa próxima del mal es la

necesidad inexorable de nutrir y exaltar nuestra vida a expensas de otras vidas altas o bajas. Diríase que el Principio modelador del mundo orgánico, decidido a sacar la célula del callejón sin salida de la planta, abriendo con ello deslumbradoras perspectivas al progreso, ordenó al primer protoplasma animal la ley cruel de sacrificar al vegetal. Por donde resulta el mal, consecuencia ineluctable de la evolución. Siguió después la inmolación del animal por el animal y la del hombre por el hombre.



Al encontrar a su amada Cunegunda harapienta, desfigurada y martirizada por toda suerte de repugnantes parásitos, preguntó Cándido a su maestro: «¿Para qué servirá, en el mejor de los mundos posibles, el asqueroso piojo?»

La ciencia de entonces no consintió a Pangloss dar a su discípulo contestación categórica; pero cualquier moderno Pangloss de la clase de bacteriólogos hubiera satisfecho la curiosidad de Cándido diciéndole: «Sirve el piojo para inocular al hombre el microbio del tifus exantemático, como la pulga desempeña el transcendental papel de obsequiarnos con la peste bubónica.»

Si el admirable personaje creado por Voltaire resucitara, no dejaría de hallar en esta desconsoladora respuesta nuevos argumentos en pro de su invencible optimismo. Y acaso exclamara: «Nuestro mundo es el mejor de los imaginables, porque la naturaleza es tan sabia y equitativa que favorece con igual solicitud a las más nobles criaturas y a las más humildes y abyectas. Aunque parezca absurdo, el piojo y la pulga son tan necesarios al equilibrio de la vida,

como el principio de la gravitación universal a la estabilidad del Universo.»



Vulgar es el dicho según el cual «las más pequeñas causas producen los más grandes efectos». Y en corroboración del aserto se nos recuerda la humorada de Pascal «sobre el influjo de la nariz de Cleopatra o el de la arenilla en la vejiga de Cromwell». Y podría añadirse aún que un pequeño parásito, el *plasmidium malarix*, iuoculado a Alejandro por un mosquito en las marismas de Babilonia, dió en tierra con la estupenda fortuna del macedonio, cambiando radicalmente los destinos del mundo.

Pero la idea contraria es también en muchos casos verdadera. Exprésala gráficamente esta contestación de M. a un su amigo, quien, sorprendiéndole en cama con fuerte constipado, le preguntó:

—¿Cómo atrapaste tan molesto catarro? ¿Fuiste acaso, anoche, a contemplar a alguna estrella coreográfica?

—No se trata de estrellas, sino del mísero planeta en que habitamos, que no hace nada a derechas. ¡De mi tos tiene la culpa la deplorable inclinación sobre el plano de la eclíptica!

Y el catarroso tenía razón en principio.

En efecto; si gozáramos, como en el Ecuador, de una temperatura anual casi uniforme, disminuirían nuestras bronquitis. Mas no lo deploramos demasiado, porque en cambio seríamos víctimas de otras plagas (vómito negro, caquexia palúdica, enfermedad del sueño, disentería tropi-

cal, etc.), harto más graves que nuestros habituales romadizos.



Con raras excepciones, el amor humano sigue las leyes de la transmisión del calor y de la luz. La intensidad de este sentimiento está en razón inversa del cuadrado de la distancia. Su foco ardiente reside en la personalidad de donde brota; irradia después algo atenuado a la familia; transmítese más debilitado aún a los amigos y, finalmente, difúndese en gradación desfalleciente a la patria y a la humanidad. Y semejante regla parece aplicable lo mismo al espacio que al tiempo, entendiendo por éste el futuro, dado que el viejo Cronos que posee, en sentir de los psicólogos, una sola dimensión, corre exclusivamente hacia adelante.

Por rara desviación sentimental, en ciertas personas, no obstante, los valores se invierten: unos anteponen la patria a la familia; otros sacrifican el presente a lo futuro, y otros, en fin, lo actual a lo pretérito. Tales son, respectivamente, los héroes, los sabios y los eruditos.

Ellos constituyen los artifices del progreso, porque la obra de la civilización está construida con el tanto de amor robado al egoísmo personal y familiar.



Deploran algunos el desdén de los europeos hacia el culto de los muertos, tan extendido y arraigado entre chinos y japoneses. Mas, aunque sea triste reconocerlo, el olvido de nuestros antepasados remotos constituye condición in-

eludible del progreso de la humanidad. Sigo en esto la opinión de Pieron (véase su libro sobre la *Evolución de la memoria*) cuando nota los efectos desastrosos del culto del pasado en los pueblos avejentados y decadentes.

Para hacer más sensible dicho pensamiento, imaginemos un ave con capacidad mnemónica suficiente para registrar minuciosamente las imágenes y gestas de todos sus innumerables antepasados, desde el *Pterodactilo* y *Archæ. pteryx* hasta sus inmediatos progenitores. ¿Qué monstruoso cerebro se necesitaría? De seguro no podría volar, ni acaso pensar.

Por donde cabe conjeturar que la memoria tenaz del árbol genealógico y el culto fetichista a los antecesores ilustres, explica en parte la mediocre y rutinaria mentalidad de todo linaje de aristócratas (hay, naturalmente, excepciones, sobre todo en Inglaterra), su repugnancia hacia las nuevas formas políticas, y, en fin, su inaptitud para la promoción de invenciones científicas e industriales. Lejos, pues, de acusar desventaja en la lucha social, viene a ser gran beneficio poder exclamar con Clarin: «De mi abuelo para arriba, todo teología», y gran honra alcanzar la fortuna de sentir con Alfredo de Vigny:

*J'ai fait illustre un nom qu'on m'a transmis sans gloire.
Qu'il soit ancien, qu'importe! Il n'aura de mémoire
Que du jour seulement où mon front l'a porté.*

El cual Vigny, al aludir a sus mayores estampa esta frase definitiva:

Si j'écris leur histoire ils descendront de moi.

En suma, progresamos porque olvidamos a nuestros antecesores remotos, sin perjuicio de resumir y depurar las verdades firmes legadas por ellos.



Nada más inútil—se ha dicho mil veces—que la experiencia. A la mayoría de los hombres nos pasa lo que a las ranas o a las moscas decapitadas, que se obstinan en preservar y defender la cabeza después de haberla perdido.



Todo cargo gratuito y de gran responsabilidad es esencialmente inmoral. Quien *no cobra se cobra*, y casi siempre con daño grave de la justicia y del interés público.



Doloroso es pensar que a menudo el bribón listo se muestra infinitamente más agradecido que el honrado orgulloso. No sospechan las personas probas y beneméritas cuánto agravan la causa de la justicia al exclamar altaneramente: «Ninguna gratitud debo a mis jueces, ya que se limitaron a cumplir con su deber.» Tamaña frialdad, naturalísima en los pueblos de moral austera, resulta anárquica y demolidora en las naciones corrompidas y decadentes, donde todo veredicto justo cuesta al que lo dicta un calvario de censuras y disgustos.



Opino con Faguet que en el *ménage à trois* el amante es siempre el engañado. Porque cuando no representa para la

infiel valioso complemento económico—el marido aporta lo necesario y el amante lo superfluo—, constituye con frecuencia garantía subsidiaria de protección moral y social, provechosa a toda la familia. Podría compararse el amante a la gallina que incuba huevos de pato, en la ingenua creencia de que son fruto de sus amores.

—¿Es que no lo son a veces?—se argüirá. ¡Nunca o casi nunca!... Por fuero incontrastable de la fisiología y de las leyes civiles, la progenie pertenece siempre al marido. Pero hay más: aun en el caso de matrimonio de viuda con soltero, los nuevos hijos, en virtud del fenómeno de la *impregnación*, suelen parecerse, física y moralmente, al primer esposo. ¡Excelso privilegio del primer ocupante!



Los atletas, los bravos y los espadachines me recuerdan al león, animal fortísimo y arrojado, pero tan poco inteligente e industrial, que no sabe construirse un nido como el ave ni una madriguera como el conejo.



Hablan los meteorólogos de la existencia en las capas superiores de la atmósfera, aparte de los gases vulgares (nitrógeno, oxígeno, ácido carbónico, etc.), de ciertos otros llamados *nobles*: el *argón*, el *helium*, el *neón*, caracterizados por su extremada ligereza, su invencible inercia y su repugnancia para combinarse con los demás elementos activos y útiles. ¿Quién no ve aquí una fidelísima imagen de la mayoría de las rancias aristocracias?



Dejamos apuntado más atrás cuánto se gana con el asiduo comercio intelectual de los doctos. De vez en cuando conviene, empero, ponerse también al habla con los necios. Tales coloquios nos proporcionan tres ventajas inestimables: 1.^a, por acción de contraste nos consuelan de la modestia de nuestra capacidad; 2.^a, nos revelan lo que se llama *opinión pública*, formada, según es notorio, por los peores, es decir, por quienes no debieran tener opinión; 3.^a, en fin, aprendemos siempre algo: que no hay persona, por ignorante que sea, que no domine algún asunto cuyo conocimiento pueda importarnos alguna vez. Los microbios fosforescentes, con ser tan humildes, brillan lo bastante, según ha demostrado Dubois, para guiarnos en la obscuridad y leer un libro. Lo mismo ocurre con los microbios humanos.

[3]

A despecho de la tendencia niveladora de las leyes y de las costumbres (y nada digamos de las aspiraciones del socialismo y anarquismo), es indudable que cada hombre constituye una variedad irreductible, así en lo físico como en lo moral y en lo intelectual. Todos somos, en realidad, seres privilegiados. Jactémonos con orgullo de ser *únicos* y de que, según decía Rousseau, el molde específico en que la Naturaleza nos vació fué roto en el instante de nacer.

[4]

Se nos aprecia por nuestras aptitudes y talentos, pero sólo somos queridos a causa de algunos defectos agradables.

Esta idea fué bien expresada por N., al decir de cierto jefe de partido, de gran talento, pero soberbio y adusto:

—Todos le admiramos y acatamos, pero todos le aborrecemos,

Adoramos casi exclusivamente a los dioses que tienen algo de humanos. Compréndese bien el frío culto rendido por los antiguos a Saturno, padre de los dioses (las *saturnales* romanas, según es sabido, más que culto eran repugnantes orgías), y la postergación y olvido crecientes en que tienen muchos cristianos al Padre Eterno.

¡Moran tan alto y viven tan alejados de nuestras miserias y debilidades!...



Certeros estuvieron los teólogos de todas las religiones al declarar, contrariamente al sentir de Rousseau y de los modernos anarquistas, que el hombre es naturalmente perverso. Si no hubiera heredado todas las crueldades y estupideces de la baja animalidad. ¿habría que domarle con las sanciones de la religión y de las leyes, dulcificarle con el comercio de la literatura y de las artes, y enfrenar su lascivia de mono con las fatigas del trabajo y las cargas del matrimonio?

Por lo demás, ya dijo Tales hace más de 2.000 años: «Los hombres son malos». Cosa de que todavía no se han apercibido socialistas, anarquistas y comunistas.



A propósito de la bondad angélica atribuída por muchos soñadores al animal de quien huyen todos los animales, re-

cuerto ahora que, en cierta ocasión, discutiendo en el café sobre esto con un irreductible optimista, y apurados todos los argumentos de cajón, se me ocurrió demandar ayuda a un prestamista que, en vecina peña, seguía sonriente e irónico nuestra empeñada cuanto ociosa porfía.

—Tenga usted la bondad — le dije — de contestar a esta pregunta. Por el solo supuesto de la ingénita probidad humana, ¿prestaría usted sin recibo ni garantía alguna mil duros a un desconocido?

— De ninguna manera, ¡así se tratará del Padre Eterno!.,

Confieso con algún rubor que en estas materias me inspira más confianza el juicio de un prestamista que el de todos los filósofos juntos.



Paseo por el Retiro y descubro en la avenida llamada del *Angel caído* dos espinos contiguos de un mismo seto perfectamente soldados. Sin duda, al entrar en íntimo contacto, mezcláronse sus savias y fundiéronse sus cortezas. ¿Por simpatía? No; porque el jardinero, ejerciendo de casamentero, aproximó y sujetó los tallos vecinos mediante angosto lazo de alambre. Así ocurre con los hombres.

¡Cuántas amistades y cuántos amores no tienen más explicación que haber frecuentado una misma peña o un mismo casino, o el haerse asomado, casualmente, a un balcón enfrente del cual sonreía una cabécita rubia o fulguraban unos ojos negros!...



La mitad de la felicidad—se ha dicho hartas veces—depende de la ilusión, y la otra mitad, de la esperanza. ¿Quién no ha visto alguna persona calentarse en un brasero apagado? ¿O emprender un negocio venturoso por haber fiado en una herencia ilusoria, o en la ayuda todavía más ilusoria de un amigo?

Recuerdo a este propósito una pequeña anécdota. M., que veraneaba conmigo en La Granja, sufría mucho del calor. Cierta día insoportablemente bochornoso, le vi aspirar con delicia el aire calcinado, llegado directamente del Sahara. Como notase mi extrañeza; me atajó diciendo:

¿No ve usted las veletas señalando aire norte?

Y era verdad; mas habiéndome informado después acerca del raro caso, resultó que las citadas veletas, oxidadas y corroidas por la humedad, se mantenían absolutamente fijas desde la época de Carlos III.



Encuéntrome en un café con piano. A la conclusión de una pieza de concierto, ruidosamente interpretada, se me ocurre llamar al mozo dando palmadas. El pianista melencólico, creyéndose aplaudido, aproximase emocionado para agradecer mi entusiasmo y mi buen gusto. El lance nada tiene de particular. Lo grave fué que, en adelante, merced a la fatal coincidencia, tuve que ovacionar diariamente al infeliz artista.

Moraleja: no elogies en público, ni aun en broma, una obra abominable, si no quieres convertirte de por vida en alabardero de un currinche de la ciencia, del arte o de la literatura.



Me extraña que los adeptos de la Eugenesis—la ciencia a la moda—no saquen las naturales consecuencias de su doctrina, proponiendo el método de la oposición para la adjudicación de las mujeres. De esta suerte, las más bellas, inteligentes y saludables, contraerían matrimonio con los jóvenes más aptos, laboriosos y talentados; y no según sucede ahora, en que, con raras excepciones, las reales mozas sirven casi exclusivamente de objeto de placer o de vanidad a ricachones sin mérito, multiplicándose por ende la deplorable casta de holgazanes y medianías.



En vano persiguen políticos, filósofos y sociólogos la unanimidad de los pareceres y la paz idílica de los espíritus.

La Naturaleza, atenta a sus miras, cambia diariamente sus tipos y fomenta toda especie de divergencias. De ser posible esta anhelada concordia sentimental e intelectual de los hombres, sólo reinaría en la tierra... hasta que la descendencia próxima alcanzara la edad de la razón.



Nada más inofensivo, por lo común, que los hombres excesivamente corpulentos. Imponen con su masa y fortaleza, y al tratarlos advertimos que son completamente inocuos. Recuerdan a la ballena, que, en vez de devorar delfines, se alimenta de *plankton*, es decir, de crustáceos microscópicos y de sutiles diatómeas. En la fauna humana suele ocurrir lo mismo: ¡Cuidado con los hombres pequeños!



Al modo de las hojas del árbol, todos nuestros talentos e iniciativas ofrecen dos faces: una brillante e intensamente colorida, orientada hacia el cielo; otra, de tono apagado, orientada hacia la tierra. Nuestros amigos complácense en contemplar la superficie bañada por la luz; nuestros enemigos, al contrario, miran la dirigida hacia el suelo; y, en fin, los indiferentes, cuando no examinan la hoja de canto, cruzan cerca del árbol sin dignarse reparar en su follaje.



Afirma Anatolio France que nuestra civilización está basada en estos dos principios: «El robo es punible; el producto del robo es sagrado.» Con perdón del admirable escritor, parécenos tan ingenioso pensamiento excesivamente optimista. Desgraciadamente, el robo es lícito con tal de que el ladrón no viole demasiado escandalosamente las leyes y cuente con la distracción o el favor de tribunales, diputados y gobiernos. Si no fuera así, ¿habría multimillonarios?



Con razón se ha dicho que la maldad y la delincuencia son signos de abulia o de insuficiencia mental. ¿Quién, con plena conciencia de sus aptitudes para el trabajo fecundo, se expone a andar a trompicones con el Código?



Dios crió el mundo de la nada, y al séptimo día descansó. Y, según van las cosas, fácil es presumir que descansa todavía. Acaso el alma del mundo, de que nos hablaba

Fechner con entusiasmo y James con simpatía, cuida actualmente de otras humanidades más dignas de su amorosa solicitud. De todos modos, no podemos quejarnos de la huelga divina. Harto la merece una raza que se complace en toda clase de huelgas, desde la del trabajo noble y fecundo hasta las de la compasión y el amor hacia el prójimo.



Hay hombres cuya vida mental se cifra en la visión obsesionante de un doblón. De día, lo miran codiciosos en la ajena mano; al conversar, lo rememoran con tristeza, y al dormir surge como una pesadilla.

Evitemos las funestas consecuencias del *auri sacra fames*. Y laboremos honrada y briosamente, sin preocuparnos de la riqueza; la cual vendrá, y acaso antes de lo conveniente. ¡Qué de clarísimos talentos se frustraron para la ciencia o para el arte por haber recibido prematuramente el ansiado galardón!



Al bañar el rayo del sol un cristal, revela y exagera todas las suciedades y deformaciones invisibles. Así obra el oro sobre el alma: todos los vicios en potencia, amén de las aberraciones intelectuales, se hacen patentes.



Tropezamos frecuentemente con solteros o casados que lamentan amargamente el desvío utilitario de la novia o el abandono criminal de la esposa. En presencia de semejan-

tes infortunios sólo hay una actitud sensata, gallarda y consoladora. La resumida en esta sencilla reflexión: «¿Me ha dejado? Luego no me convenía.»

Y en este camino de la resignación apacible llegaríamos a la perfección, imitando el ademán elegantemente irónico de Voltaire, quien, habiendo sido olvidado por *madame du Chatelet*, enviaba al rival versos encomiásticos de su ingenio literario y de su amorosa fortuna.



Los desengaños, derrotas e injusticias—se ha dicho infinitas veces—suelen dar al traste con nuestra salud mental. El cerebro, excelso don de la vida y asiento de la prudencia y de la cordura, conviértese en una especie de odioso parásito que infecta todo el organismo. Parece complacerse en rememorar insistentemente nuestros fracasos y caídas.

—¡Quién pudiera olvidarlo!—decía Temístocles a un retórico que le prometía un tratado de mnemotecnia.

Pero el precioso secreto del *Lotos*, de que nos habla Ptolomeo, se ha perdido para siempre. ¡Ah, si la ciencia acertara a narcotizar específicamente las representaciones obsesionantes!... ¡Si algún sabio inventara un alcaloide capaz de abolir la evocación de las ideas torturantes sin comprometer la integridad de la máquina pensante!... Porque los paraísos artificiales cantados por Baudelaire, de Quincey y Verlaine, no son remedios, sino suplicios.



Conocidas son las sangrientas al par que graciosas exageraciones contra los médicos que hallamos en nuestros

clásicos, singularmente en Quevedo y en Gracián (1). El insigne doctor Cortezo ha recogido y comentado muy elocuentemente estos juicios, casi siempre infundados, en su discurso de recepción de la Academia Española.

La inquina contra los galenos se remonta muy atrás. Y Plinio el antiguo, recogiendo en parte sentimientos de Cato y otros escritores griegos y romanos, decía entre rencoreso y humorístico:

«El charlatanismo griego nos invade. El más hábil en perorar resulta el árbitro de nuestra vida y de nuestra muerte... Disputan sin entenderse a la cabecera del enfermo para satisfacer su vanidad; lo que justifica la conocida inscripción funeraria: *He muerto a causa de los demasiados médicos.*»

Mucho ha progresado el arte de curar desde los tiempos de Celso, Galeno y Plinio, para que semejantes invectivas puedan hoy justificarse. Fuerza es, empero, confesar que, al lado de los médicos concienzudos, honrados y sabios, tan alabados por Cervantes, continúa medrando, al margen de la ciencia y en las fronteras del Código, una cuadrilla de vividores desaprensivos a quienes nada tendrían que enseñar los más sutiles y aprovechados charlatanes griegos.

Entre los farsantes censurados por Plinio y los de hogaño sólo hay esta diferencia: el farsante antiguo valíase solamente de su facundia, mientras que el farsante moderno—titulado o no—emplea la letra de molde y tiende su red en la complaciente cuarta plana de los periódicos. A la

(1) "El médico se hace de oro y a nosotros nos hace tierra", decía el adusto y profundo Gracián.

estafa en pequeño ha sucedido, pues, la estafa en grande. Y, aunque parezca absurdo, en ella colaboran con su silencio o con su apoyo las leyes, las Corporaciones científicas y las empresas editoriales.



La mentira en el hombre, cuando no pretende cautivar y entretener, constituye arma de combate. En la mujer suele ser broquel de su debilidad... o de sus debilidades,



El ambiente de ficción que nos rodea se condensa conforme avanzamos en edad. De jóvenes, nos engañaban algunos pocos camaradas o acaso la novia; de viejos, todo el mundo. ¡Quizás, la última, la formidable y definitiva mentira, nos aguarda en el sepulcro!... Pero no.. Confiamos en que tras la crisálida adormecida en su ataúd coriáceo, surgirá, alada y libre, una perpetua *imago*.



El hombre sólo es sincero en sus monólogos o cuando habla ante reducido círculo de amigos. En cuanto hay *teatro*, es decir, en cuanto diserta gravemente ante concurrencia selecta, empieza la farsa.



Es tendencia irresistible de la juventud el creer, y de la vejez el desengañar. Alabemos la divina sabiduría que puso cada una de estas aptitudes en fases diversas de

una misma existencia. Si coexistieran en el mismo momento evolutivo, ¿se podría vivir?

Creo que fué Huxley quien afirmó que la vida es un tejido de suposiciones sin pruebas. Es increíble, en efecto, la formidable dosis de fe que ponemos en nuestras relaciones sociales. Citemos solamente dos ejemplos:

Hacemos la corte a encantadora señorita. «Me ama por mí, y no por mi carrera o por mi dinero», afirmamos satisfechos. Primera hipótesis. «Posee carácter dulce y angelical.» Segunda hipótesis. «Soy su primero y último amor.» Tercera hipótesis. Transcurre el tiempo, y ya casados, exclamamos en momentos de efusión paternal: «¡Mis hijos!» Cuarta hipótesis, todo lo verosímil que se quiera, pero hipótesis al fin. «Mi esposa—agregamos—se inclina al lujo; pero se engalana y acicala exclusivamente para agradarme.» Quinta hipótesis. Y así sucesivamente.

Cambiamos el disco. Asistimos a amena tertulia. «¡Cuánto se alegran de vernos!» Primera hipótesis. «Nos estiman, no por nuestra posición social, sino por nuestro carácter y talentos.» Segunda hipótesis. «Nos oyen con agrado.» Tercera hipótesis. «Su silencio respetuoso denota que comparten nuestras opiniones.» Cuarta hipótesis.

¿A qué continuar? La vida entera consiste en un perpetuo asentimiento a las apariencias, y este asenso optimista—tendencia orgánica irresistible—nos proporciona la única felicidad posible en este bajo mundo, donde el halago y la mentira interesada son los supremos recursos del medrar.

Extremadamente severo y esquemático mostróse Schopenhauer al comparar nuestro mundo con un infierno poblado de atormentadores y atormentados. Sin negar algún fundamento al aserto, lo cierto es que nuestro vetusto planeta sugiere mejor la idea del limbo que la del infierno. Moramos en un lugar de hastío, donde los más se aburren, mientras los menos se dedican a aburrir... cuando no saben o no se atreven a mortificar.



Paréceme pura retórica la tan sobada frase «la historia es la maestra de la vida». Ni la experiencia individual ni la colectiva (experiencia de la especie), adoctrinan ni corrigen a los hombres ni a los pueblos. Demuestran solamente que, en condiciones dadas, éstos cometerían hoy las mismas tonterías y crímenes antaño cometidos. Reconocer la existencia de un defecto no es lo mismo que corregirlo. Para ello sería necesario remanejar y refundir el cerebro humano, eliminando casi todas las asociaciones de impulsos antisociales creados en una edad en que era difícil vivir sin expoliar, esclavizar o matar.



Don tan excelso como deplorable nos otorgó naturaleza al hacernos exquisitamente sensibles al dolor. En esto el Principio creador mostróse más piadoso con los animales que con nosotros.

Las víctimas de la hiperestesia fisiológica y moral, ¡con cuánta envidia miramos al saltamonte que, engañado por las sabias insidias del fisiólogo, se autodevora una pata cual

si se tratara de extraña presa, y al escorpión y a la *Mantis religiosa* masculinos, cuyo optimismo irreductible llega hasta tomar el trágico mordisco de la hembra fecunda cual caricia de amor! Se ha repetido muchas veces que la sensibilidad al dolor constituye el mejor acicate del progreso. Es cierto. Convengamos, sin embargo, en que lo hemos comprado demasiado caro.



Cuando desde el tren descubramos una ciudad desprovista de altas chimeneas y coronada de torres elevadas, apeémonos. Allí hallaremos seguridad para el cuerpo y sosiego y deleite para el espíritu,



La Zoología nos brinda a veces muy sabia enseñanza. Conocida es la extraordinaria longevidad del cocodrilo y del elefante, animales de recio y casi impenetrable tegumento. Por donde se infiere que, para vivir mucho, hay que abroquelar la piel del espíritu, insensibilizándola contra los alfilerazos de émulos, envidiosos o adversarios.



Cuando topo con personas serviciales, complacientes y aduladoras, me acuerdo del conocido letrado: "cuidado con la pintura". Por si acaso, no nos arrimemos demasiado a ellas: podríamos mancharnos. Casi todas, a cambio de míñsculo favor, exigen la honra.



Espanta el número formidable de calumnias, infamias, iniquidades y hasta homicidios que diariamente se cometen sin que sus autores tropiecen con el Código penal. Decididamente los hombres son buenos o mediocres por apatía, dejadez o inconsciencia. Y las sanciones legales, salvo casos excepcionales, parecen dictadas *ex profeso* contra quienes las ignoran.



Para vivir medianamente dichosos son menester tres cosas: ocupación liberal moderadamente lucrativa que nos libre del ocio y de la envidia profesional; modestia y obscuridad que nos aparten de exhibiciones y reporterismos, y, en fin, no ser médicos ni filósofos, a fin de que, llegados a la senectud, puedan el galeno y el sacerdote endulzar nuestra agonía con piadosas y alentadoras esperanzas.



Ha muerto un ilustre literato. En su loor, periódicos y revistas entonan fervorosos himnos. Acaso se exceden en el elogio. Disculpémosles. ¿Qué menos merece un ingenio preclaro de quien nadie hablará a los ocho días y cuyas obras nadie leerá transcurrido un año? Sobradamente compensada queda la gloria de un día con el eterno silencio!...



Los niños son a veces terriblemente sinceros.

Preguntada a una niña inocente: ¿cuánto me quieres? Y contestará muy a menudo «cien duros o mil pesetas». Y lo curioso es que cuando la rapaza se transforma en mujer, la



respuesta, tácita pero adivinable, es casi siempre la misma, con una pequeña variante: ya no dirá mil pesetas, sino mil, mil quinientos o más duros anuales. Todo es uno y lo mismo. Exceptuemos, sin embargo, a la esposa fiel y enamorada y sobre todo a la madre amantísima, en quienes el interés cambia de signo: a cambio de ser tiernamente correspondidas darían toda su fortuna.



—Fulano es actualmente mi amigo.

—¿Hasta cuándo?

—Por lo menos hasta el día siguiente del postrer favor.



En materias de galantería encuéntranse muchos hombres capaces de confesar sus errores, debilidades y caídas; entre las mujeres, casi nunca. No las culpemos por ello; porque en el varón el amor suele ser fugaz episodio, mientras que en la mujer llena toda una vida.



Hay muchos que crecen y prosperan (políticos, artistas y escritores) como el alud, a fuerza de trompicones y volteretas. Inmóviles al fin en la llanada, y derretidos al sol implacable de la posteridad, su ingente masa queda casi siempre reducida a minúsculo guijarro.



No hay gentes más egoístas que las que alardean de hipersensibles. Por ahorrarse la pena de presenciar el ajeno

dolor son capaces de abandonar a la persona más querida.



El vicio del juego revela en el jugador, aparte desolador vacío espiritual, escasa o ninguna capacidad para el trabajo. Decía Dumas padre a uno que le instaba a jugar: «No soy tan pobre que necesite ganar, ni tan rico que pueda perder.»

En forma infinitamente menos espiritual e ingeniosa he contestado yo siempre casi lo mismo:

—Aborrezco los juegos de azar precisamente por igual motivo que a usted le seducen: por codicia. Por mucho que me favoreciera la suerte durante el tiempo gastado junto al tapete verde, me favorecerá más, durante las mismas horas, el trabajo enérgico y constante. Además, el sentimiento de mi propia estima me reprocharía el inconfesable afán de desvalijar a mis amigos y contertulios.



Cuando sorprendo a un rico jugar a los prohibidos, me digo: «He aquí una persona honorable... mientras no se arruine.»



En el ajedrez no se pierde el dinero, pero se pierde algo que vale más: el tiempo, el cerebro y las ganas de trabajar.

Y no vale alegar que el noble juego posee alto valor educativo, ya que, ejercitándolo, se fortalece y concentra la atención, se despliega la fantasía y se adquiere aplomo,

paciencia y reflexión; porque todas estas ventajas lógranse en más alto grado, con provecho propio y ajeno, cultivando las ciencias, singularmente la lógica, la física y las matemáticas.



La virtud y el talento se allanan a veces a convivir en una misma cabeza, pero de ordinario se muestran tan intratables y quisquillosos, que necesitan morar en cabezas diferentes.



Los hombres del Norte actúan; nosotros charlamos.



La firmeza de carácter es casi siempre monolateral. Exceptuado aquel orden de actividad particularmente cultivado, los genios de la voluntad son conducidos por mujeres, ambiciosos y vividores.



Vituperarse y empequeñecerse con exceso (cosa que ya el Dante reprobaba), más que prueba de modestia parece-me alarde de pueril vanidad. Nos achicamos esperando que los demás nos agiganten. ¡Vano empeño! La opinión de quienes nos conocen no variará porque entonemos un *mea culpa* o exageremos nuestra inopia. Y además en nuestro *debe* figurará en adelante una partida más: el afán inmoderado de alabanza.



Dado un conflicto entre personas, la mejor solución es la proporcionada por un sueño tranquilo y una digestión fácil. Y nótese bien: esta solución está casi siempre inspirada en la indulgencia o el perdón. Al contrario de las soluciones de los problemas filosóficos, científicos o políticos: las más atinadas y plausibles suelen ser las que nos desvelan y perturban la digestión.



Afirmaba el abúllico cuanto profundo y caviloso Amiel «que el hombre es siempre lo contrario de lo que quiere». Pero la experiencia desmiente muy a menudo este aserto. Con tal de poseer talento, voluntad y perseverancia, quien aspira a la opulencia, a la admiración o al dominio, lo consigue casi siempre.



Cuando algún émulo te combata injusta y sañudamente, no te alteres ni sofoques. En vez de responder, ocúpate en leer atentamente los libros (si los hubiere) de tu censor, y quedarás perfectamente consolado. Porque de diez veces las nueve excluirás: ¿cómo una mediocridad mal intencionada ha podido quitarme el sueño?



Nos desdeñamos u odiamos porque no nos comprendemos, y no nos comprendemos porque no nos tomamos el trabajo de estudiarnos.



W. James afirma que el destino moral del hombre es llegar a colaborar en la obra de Dios. Destino nobilísimo, y en el fondo exacto, cuando se trata de sabios ilustres, inventores geniales o de escultores de pueblos. Mas la diaria experiencia nos revela más a menudo una verdad desoladora: que la mayoría de las personas, en vez de secundar la voluntad divina, colaboran incansablemente en la obra del diablo.

Garantía suprema de felicidad se encierra en el conocido dicho de los antiguos: «Oculata tu vida.»

Quién no recuerda la manoseada fábula de Florián, del grillo envidioso de la mariposa, y la consabida moraleja puesta en boca del grillo: *Pour vivre heureux vivons cachés.*

Pero esta es una norma moral egoísta y más propia de salvajes que de hombres civilizados. La humanidad selecta no puede ni debe ocultar su vida, sino trabajar por facilitar y ennoblecer la de los demás, aunque esto le acarree las tiranías y sinsabores de la notoriedad.

Es cosa común que vanidosos y pretenciosos finjan poseer lo que desean.

Trabaja para honrar a tus hijos por si ellos no pueden honrarte.

Posee el honor alas de mariposa; no las rocemos nunca: las afearamos después de mancharnos.



Para ser feliz en este mundo hacen falta dos cosas: ser, como dicen los ingleses, «un buen animal», y además *un animal bueno*.



La civilización, como la vida, ha surgido en las costas del mar.



El trabajo perseverante y heroico crea la aptitud, pero no impone la comprensión y la justicia ajenas, frutos, en gran parte, del azar y del ideario dominante.



No fuera tan temible la injusticia si no se mostrara más audaz y diligente que la justicia. Ello tiene llana explicación: la primera *cobra* y la segunda *paga*.



Me preguntas si soy algo misántropo. ¿No ves que soy hombre y estudio a los hombres?...



Sólo conozco tres asilos inviolables contra la calumnia y la mordacidad: la mentecatez, la pobreza y la enfermedad incurable.



El filósofo Aben-Hasan de Córdoba, anticipándose a Gracián, Leopardi y Schopenhauer, hablaba ya del «peligro humano», más dañoso que el de las fieras. Ciertó; ¿pero es que nosotros no somos en muchos casos nuestros más peligrosos enemigos? ¿Quién no lleva dentro un tigre o una víbora encargados de corroer o envenenar nuestras entrañas y hacernos desgraciados?



Transigimos solamente con el mérito superior cuando, escudado en la humildad, se sitúa deliberadamente a nuestro nivel.



En el fondo del ansia de inmortalidad late el afán de deshumanizarse, por asco de la sociedad y aun de sí mismo.



Creemos fácilmente en los errores viejos (como sean fortificantes), es decir, en aquellos suavizados y como humanizados por haber pasado por millones de corazones.



Sin gran dosis de indulgencia ningún afecto subsiste. Conduzcámonos con los hombres como el alienista con sus enfermos, a cuyas manías y agresiones opone siempre los sedantes de la comprensión y la piedad.



¿Condesciendes por amistad o parentesco con algún acto dudosamente correcto?

Resígnate, pues, a perder en adelante toda libertad crítica. Sabedores y pregonadores de tu debilidad, adversarios y perillanes te obligarán a hacer la vista gorda sobre sus farsas y enormidades.



Mira bien cómo ensalzas, porque abundan las personas a quienes los benévolos juicios sirven de escudo para herir a mansalva.



- Los grandes vasos en el abdomen se dividen en
 las grandes y pequeñas arterias y venas. Estas
 se encuentran en el abdomen en el espacio de
 los grandes y pequeños vasos. En el abdomen
 se encuentran los grandes y pequeños vasos.
 - Mirando como en las grandes y pequeñas
 personas los vasos se encuentran en el abdomen.
 in a...
 - Los grandes vasos en el abdomen se dividen en
 las grandes y pequeñas arterias y venas. Estas
 se encuentran en el abdomen en el espacio de
 los grandes y pequeños vasos. En el abdomen
 se encuentran los grandes y pequeños vasos.
 - Mirando como en las grandes y pequeñas
 personas los vasos se encuentran en el abdomen.
 in a...



- Los grandes vasos en el abdomen se dividen en
 las grandes y pequeñas arterias y venas. Estas
 se encuentran en el abdomen en el espacio de
 los grandes y pequeños vasos. En el abdomen
 se encuentran los grandes y pequeños vasos.
 - Mirando como en las grandes y pequeñas
 personas los vasos se encuentran en el abdomen.
 in a...
 - Los grandes vasos en el abdomen se dividen en
 las grandes y pequeñas arterias y venas. Estas
 se encuentran en el abdomen en el espacio de
 los grandes y pequeños vasos. En el abdomen
 se encuentran los grandes y pequeños vasos.
 - Mirando como en las grandes y pequeñas
 personas los vasos se encuentran en el abdomen.
 in a...



CAPITULO VIII

PENSAMIENTOS DE TENDENCIA PEDAGÓGICA Y EDUCATIVA



I hay algo en nosotros verdaderamente divino es la voluntad. Por ella dominamos la naturaleza, nos imponemos a los hombres, desafiamos a la adversidad y nos superamos diariamente.

22

Afirma la Biblia que es bueno «juntar ciencia con herencia». Exacto. Lo malo es que, en la mayoría de los casos, en cuanto llega la herencia (o la riqueza) se abandona la ciencia.

23

Afirma Gustavo Lebon «que la educación es el arte de convertir lo consciente en inconsciente».

He aquí una definición muy exacta aplicada al adiestramiento de caballos, y entre las personas, a mecanógrafos, pianistas, telegrafistas y *chauffeurs*.

Sólo que si conforme a semejante monolateral concepto se hubieran educado los grandes inventores, no tendríamos piano, ni máquina de escribir, ni telégrafo, ni locomotoras, ni automóviles.

No; la grande, la deseable, la imprescindible educación, consiste en automatizar en lo posible, y para los pequeños menesteres de la vida, nuestros órganos sensitivo-motores, pero liberando al mismo tiempo de trabas, imposiciones y rutinas al cerebro, soberano instrumento de acción consciente y de originalidad creadora. La misión del pedagogo se cifra, por tanto, no en fabricar maniqués, sino en forjar hombres completos donde se junten las altas idealidades con la rectitud moral y la firmeza del carácter.



Te quejas de las censuras de tus maestros, émulos y adversarios, cuando debieras agradecerlas: sus golpes no te hieren, te esculpen.



Bueno es cultivar e ilustrar el entendimiento, pero no hasta el punto de tornarse infecundo como las rosas de jardín.



Cuando de niños contemplábamos por primera vez un macizo de lirios nos asustaban las hojas de la planta, pun-

tiagudas, enhiestas y amenazadoras al modo de tajantes espadas. Mas al acercarnos y tocarlas, advertíamos con placer que, lejos de herirnos, se doblaban dulcemente ofreciéndonos la flor gentil cuya galanura fué ya ensalzada por Jesús. Así aparece la ciencia vista desde lejos: acerquémonos a ella sin temor al imponente aparato de sus métodos y, casi sin esfuerzo, nos entregará la flor de la verdad.



Digan lo que quieran los ricos viciosos y los holgazanes incorregibles, el trabajo agradable y útil resulta todavía la mejor de las distracciones.



Progreso y actividad andan siempre parejos. Los potentados que educan a sus hijos en los vicios elegantes, o en las suavidades del dulce *far niente*, trabajan, sin saberlo, por la degeneración de su raza. Al modo de los monstruosos reptiles de la época secundaria, la descendencia de los millonarios está destinada a tener por cerebro una simple y menguada prolongación de la médula espinal. El ocio, tolerado criminalmente por el Estado, tiene sanción irremisible en la naturaleza.



En lo físico como en lo mental, la actividad más meritoria consiste en esculpir o cincelar, no en moldear ni vaciar.



El cerebro humano representa un mundo donde figuran algunos continentes explorados y vastas tierras ignotas. El hombre rudo y lego se ignora del todo, y ni sospecha siquiera las riquezas potenciales que posee. En cambio, el hombre cultivado trata de explorarse, y consigue al fin descubrir no pocos tesoros ocultos. Pocos, empero, han llegado a fuerza de atención reflexiva y de esfuerzo interior a apurar la geografía de su mente. ¡Qué de hallazgos felices nos esperan aún en las encrucijadas de nuestras células y vías nerviosas, si nos imponemos la tarea de autoobservarnos metódica y pacientemente a la luz de la ciencia y al calor de la meditación!



Gloria, riqueza, consideración social, representan casi siempre el equivalente de un desgaste prematuro de robustez y juventud. Pretender otra cosa es desear que la semilla sembrada no destruya sus cotiledones, ni disipe su vital energía al expandirse en lozano tallo y en flor hermosa y fragante.



Con razón se alaba la potencia sugerente de la preceptiva y del ejemplo. Importa, empero, no extremar la imposición doctrinal o disciplinaria. Porque la naturaleza varía constantemente sus tipos. Al lado del dócil y del gregario surge a menudo el rebelde, y los efectos se invierten al modo del que, habiendo contemplado mucho tiempo un color, halla solaz y respiro en la visión del tono complementario.

¿Quién no ha conocido temperamentos morigerados criados entre borrachos, doncellas virtuosas hijas de cortesanas, idealistas y poetas nacidos de sórdidos avaros, demócratas y aun socialistas de estirpe aristocrática, impíos y descreídos educados entre jesuitas?

Sin temor de equivocarse, cabe afirmar que todo cerebro juvenil dotado de poderosa individualidad reacciona ante las exageraciones doctrinales o sentimentales del medio, adoptando el tono moral complementario.



El tumulto de la ciudad es a las cabezas humanas como la corriente del río al cristal de cuarzo, que se convierte al fin en vulgar canto rodado.

Quien se sienta débil y desee conservar brillantes las facetas de su espíritu, recójase prontamente en el remanso de la soledad. Sólo los caracteres diamantinos resisten heroicos e impávidos al impulso deformador del oleaje social.



La doctrina de la segregación imaginada por Wagner para la formación de las especies zoológicas es, en cierto modo, valedera también para los individuos. ¿Queréis convertirnos en un hombre nuevo? Pues trabajad en la soledad, libre de extrañas sugerencias.

Mas semejante método sólo es recomendable llegada la madurez, cuando el espíritu ha acopiado todos los materiales necesarios para la obra.



¡Santa fatiga del trabajo! Tú nos traes el sueño reparador, único consuelo del pobre, del perseguido y del postergado.



Muchas veces se ha dicho en letras de molde que el problema de España es un problema de cultura. Urge ante todo cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro espíritu, salvando para la civilización y riqueza patrias todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia.



Crear y saber.—Bueno es conocer el nombre y propiedades de todas las flores, pero es mejor aún crear una flor nueva.



Ideal de la ciencia.—Puesto que vivimos en pleno misterio, luchando contra fuerzas desconocidas, tratemos en lo posible de esclarecerlo. Concluida la ardua labor, seremos olvidados como la semilla en el surco; pero algo nos consolará el considerar que nuestros descendientes nos deberán parte de su dicha, y que, gracias a nuestro esfuerzo, el mundo resultará un poco más agradable e inteligible.



Una severa autocrítica constituye el más precioso don del pensador. ¡Nada de embriagarse con el propio vino, bueno o malo! Ni imitemos inconscientemente a la imbécil ga-

linácea que incuba con la misma formalidad un huevo fecundo que un huevo de mármol.



Sobre la primacía de la teoría sobre la práctica, y viceversa, se han vertido mares de tinta. Hoy, al contrario de otras épocas, prevalece la exageración practicista, con lo que se obtienen buenos obreros, pero pésimos maestros. Se olvida que el problema docente es un problema de equilibrio mental.

Hay que aprender las cosas simultáneamente con los libros. Porque realidades y libros se fecundan mutuamente. Examinando los fenómenos, comprendemos las teorías, y conociendo las teorías nos adueñamos del fenómeno. Quien posee conocimientos puramente especulativos recuerda al cazador que, fiado en su dominio teórico de la escopeta, en vez de cobrar un ciervo, matara al guarda.



Se ha hablado muchas veces de la trágica incomprensión del genio nacido antes de tiempo. Líbrenos Dios de dar consejos al genio, a cuyas alturas no llega nunca la voz de la mediocridad. Séanos lícito, empero, recordar al hombre de estudio que, en la gran peregrinación de la ciencia, lo mismo queda solitario y abandonado quien se adelanta demasiado que quien se rezaga excesivamente. Conducta cauta y prudente será, pues, avanzar continua y moderadamente, pero mirando atrás para no perder enteramente de vista a la masa social, aunque debamos caminar en compañía de pocos, pero de gratos camaradas.



Con razón afirmaba Marklin (frase repetida después hasta la saciedad) «que nuestros defectos son el reverso de nuestras excelencias». En términos biológicos podría definirse esta concepción suponiendo que cada centro cerebral hipertrófico ha producido la atrofia compensadora de los distritos antagonistas. Máxima pedagógica prudente será, por tanto, desarrollar mediante laboreo incesante las esferas cerebrales deficientes, aunque con ello resulten algo desmedrados los centros superiormente dotados: tarea difícil, porque en la dinámica mental todo órgano preponderante tiende a trabajar con exceso y a prevalecer sobre los demás. Si la educación y la cultura nos procuran aquel apetecible y aproximado equilibrio cerebral, el fruto resultaría excelente: las aptitudes sobresalientes labrarían nuestra reputación; mientras que los defectos atenuados (correspondientes a capacidades mediocres) nos restarían disgustos y malquerencias.



La Naturaleza nos ha otorgado dotación limitada de células cerebrales. He aquí un capital, grande o pequeño, que nadie puede aumentar, ya que la neurona es incapaz de multiplicarse. Pero si se nos ha negado la posibilidad de aumentar el caudal celular, se nos ha concedido en cambio el inestimable privilegio de modelar, estirar, ramificar y complicar las expansiones de estos elementos—como si dijéramos de los hilos telegráficos del pensamiento—, para combinar casi hasta el infinito las asociaciones ideales. Aprovechémonos de esta preciosa prerrogativa durante la juventud y la edad viril, porque el protoplasma neuronal

se endurece como el mortero al compás de los años. Y no hay nada más inútil y aun nocivo que una cabeza incapaz de aprender y corregirse.



En realidad, cada hombre cultivado contiene dos individuos de valor muy desigual: el *automático*, modelado por el rebaño, y el *independiente*, forjado por el auto-didactismo y la auto-reflexión.

Sólo este último merece la designación de *individuo*, porque sólo él es susceptible de aportar algo al acervo común de la cultura. Las cabezas incultas son meras copias del tipo primitivo, verdaderas piezas intercambiables de la gran máquina social.



En las patrias decadentes y menospreciadas, guardémonos de refrenar o desilusionar a los grandes ambiciosos. A propósito de lo cual, y con vistas a la ciencia y al arte, yo aconsejaría a lo más lucido de la juventud intelectual que emulara audazmente a las grandes lumbreras de la cultura internacional. Quien espera sobresalir en ciencia, arte o industria, siguiendo las huellas de notabilidades nacionales o provinciales, se condena de antemano a la mediocridad o al fracaso. Sólo luchando con los fuertes se llega a ser fuerte.



El humilde vegetal, merced a su función clorofiliana, nos da el mejor ejemplo de la fecundidad de la labor solitaria,

concentrada y continua. Esa pequeña cantidad de energía, acumulada por el protoplasma vegetal al fijar el carbono de la atmósfera, ha creado, a fuerza de siglos, las formidables reservas de combustible de los terrenos carboníferos; es decir, la luz espléndida de nuestras veladas y el pan de las modernas industrias. El *nulla dies sine linea* constituye al par la divisa de los grandes trabajadores y de la madre Naturaleza. La hoja de la planta besada por el sol y la hoja de papel besada por el pensamiento representan grandes concentradores de energía. De ellas vivimos y con ellas prosperarán nuestros descendientes.



Modesto especialista de la ciencia, no te sientas humillado delante de los genios enciclopédicos. Si el filón explotado por éstos es infinito en lo ancho, el tuyo es infinito hacia lo profundo. Y si te asisten perseverancia y fortuna, podría ser que encontrases en tu pequeño mundo verdades honradas, a cuya luz cambiaran de faz cuestiones fundamentales de la ciencia y de la filosofía. Ahí están las rayas del espectro solar, los rayos X y la radioactividad de la materia para probarlo.



Los más grandes laboriosos son los que han aprendido a administrar metódicamente su pereza. La actividad febril, paroxística, cae rápidamente en la fatiga y en la desilusión; deteriora la máquina antes de haber logrado refinar el producto.



Resignémonos a marchar humildemente detrás de los sabios, para poder marchar algún día en su compañía.



Alármate seriamente si tus amigos te consideran ameno y divertido. Ello probaría que, en vez de ser un concentrado, es decir, una inteligencia consagrada a una gran idea, eres un diluido y un diseminado que, por la necia vanidad de agradar a un corro de ociosos, te entregas a frívolas lecturas, restando amor, energías y sacrificios a tu país y, en último término, a la humanidad.



Natural es en el hombre el deseo de reputación. Conviene, empero, que el maestro sepa distinguir dos géneros de ambiciosos: los que ansían la fama como fin y los que la buscan como medio.



Dice uno de nuestros refranes «que al que a buen árbol se arrima...», etc. Esta máxima, aplicada al orden científico, sólo es valedera durante la formación del sabio. Porque debajo del árbol gigante brotan solamente pobres gramíneas y hongos ruines.

Quien aspire a la robustez y originalidad mental debe criarse de cara al sol, oreado por cierzos y lejos de árboles protectores.



Si os sentís con suficiente fuerza ascensional y desconocéis el vértigo de las alturas, elevaos sin ayuda de nadie.

Podrá suceder que no os remontéis muy alto, pero en todo caso no os precipitará el lastre de la gratitud y veneración excesivas.



«Hay que cultivar el cerebro», dicen unos; «la mano», exclaman otros; «el corazón», proclaman algunos. «Es preciso ejercitar todos los órganos nobles, es decir, el hombre pleno», contestan los más.

Está bien; mas los que así discurren, ¿no temen que al pretender perfeccionar plenamente la máquina vital nada se organice bien?

Aquí del dicho de Sancho acerca de la multiplicación de las monteras. Los educadores parecen ignorar que existen límites infranqueables para la diferenciación anatomo-funcional. El principio vital dispone de una cantidad casi fija de protoplasma, y cuando el cerebro se organiza bien, los hombros y manos salen estrechos, y al revés. El azar se complace, no obstante, en crear tipos humanos excepcionales, donde brazos, corazón y cerebro se equivalen.



La mayoría de nuestros ricos suelen ser tan radicalmente holgazanes, que aspiran ansiosamente a la beatitud eterna, para darse el gusto de descansar perdurablemente después de una siesta de ochenta años.



Afirman los comadrones que la soltera abandonada y recién parida despréndese fácilmente del fruto de sus amo-

res. Para ella el niño es cuerpo extraño, generador de lo que espiritualmente llamaba Renan la *herida del amor*. Mas en cuanto comienza la lactancia y la inocente criatura prodiga a la madre las primeras cándidas sonrisas, el instinto de la maternidad se exalta y el hijo es heroicamente retenido, a pesar de crueles prejuicios sociales y de rigores del infortunio.

Tal ocurre con nuestras ideas y singularmente con las hipótesis científicas concebidas con dolor. Cuando alborean en la conciencia, somos todavía dueños de rechazarlas; pero en cuanto nos proporcionan las primeras cándidas ilusiones, ningún argumento, por apremiante que sea, suele ser poderoso a repudiarlas.

Moraleja: critiquemos desde luego y sin piedad toda concepción propia antes de que nos seduzca y posea. Es un demonio interior, contra el cual, andando el tiempo, serán impotentes todas las alegaciones de nuestra razón y todos los exorcismos de la ajena dialéctica.



Te quejas de tu pobreza y obscuridad sin advertir que guardas bajo el cráneo, como la concha perlada, un precioso tesoro. A semejanza de los soldados de Napoleón, llevas en la mochila el fajín de general. Todo se reduce a luchar y vencer. Y antes de requerir las armas contra el mundo, vuévelas contra ti mismo, convertidas en herramientas de escultor. Careces de campos que cultivar y de jardines en que solazarte; pero posees el pegujal del entendimiento y el jardín de la fantasía. Si a fuerza de laboreo interior logras ser un Creso en ideas, sobrarán personas que te las com-

pren. Cuando no el interés, te las solicitará la vanidad o la codicia, pues son pocos los ricos y perezosos resignados a mostrar al público los harapos de su ignorancia.



Cuando los animales poseen alas (aves, murciélagos, reptiles voladores de la época secundaria, etc.), carecen de manos, y cuando tienen manos carecen de alas. Tal ocurre con la mayoría de los hombres aficionados a la ciencia o al arte. ¿Quién no ha conocido jóvenes desprovistos de imaginación, pero dotados de aptitudes admirables para ejecutar, y peregrinos entendimientos incapaces de la más sencilla manipulación?

La misión esencial del maestro consiste en desarrollar alas en los que tienen manos, y manos en los que tienen alas.



Tubérculo minúsculo y venenoso fué la patata salvaje recién importada de Chile, y, gracias a tenaz y apropiado cultivo, nuestros hortelanos obtuvieron el tubérculo actual, alimento sabroso y perfectamente inocuo. Así procede la ciencia de la educación con el pequeño salvaje humano; porque sabe que nada hay más inútil que un talento inculto.



Ciencia y empirismo.—La ciencia es un ahorro de esfuerzo, diría Mach, y el empirismo una disipación de energía mental. Mientras éste se circunscribe a la estrecha esfera del fenómeno, aquella se remonta a la cumbre de

la ley desde la cual prevé el porvenir y explica el pasado.

De esta verdad vulgarísima testifica elocuentemente una observación casual de los salvajes de las Nuevas Hébridas. Por experiencia secular averiguaron que si la punta de las flechas era mojada en la nariz de un cadáver en descomposición, inoculábase al enemigo grave dolencia (septicemia por picadura anatómica). Cuando el envenenamiento del arma se producía por embadurnamiento en una mezcla de tierra podrida y de cangrejos machacados, las heridas se complicaban con tétanos mortal. Hasta aquí la obra del empirismo.

Veamos ahora la obra de la ciencia. Merced a sus métodos precisos, el bacteriólogo demuestra que el agente productor del tétanos es un microbio especial habitante en el suelo rico en materias orgánicas; lo cultiva según las reglas; descubre su propiedad de generar *toxinas* específicas, las cuales, inyectadas con ciertas precauciones en la sangre del caballo, provocan la formación de un producto exquisitamente específico: la *antitoxina*. Y en posesión de este *anticuerpo*, consigue el científico dos resultados sorprendentes: preservar del tétanos a los animales expuestos a la contaminación natural, y curar la infección declarada en el hombre cuando la aplicación del remedio no se retrasa demasiado.

¡Contraste sorprendente y consolador!... ¡El virus letal usado empíricamente por el salvaje para causar la muerte, transfórmase en las manos del hombre de ciencia en remedio soberano para evitarla!... Brindo éste y otros ejemplos parecidos a los que proclaman la *bancarrota de la ciencia*.

Existe una hormiga (1) cuyo vientre se hincha convertido en odre de miel, destinado a la alimentación de su raza. He aquí una imagen simbólica de la condición del maestro. Su cabeza, hinchada de ideas, es el pote de miel del saber. Al recolectarla y almacenarla, nuestro cuerpo, como el de la hormiga, acaso se habrá deformado algo, pero el sacrificio será acepto a nuestros discípulos y conciudadanos.

23

Aludiendo al trabajo intelectual, exclama Unamuno: «Al modo de la araña, hilemos nuestras entrañas...» En efecto, muy floja y mediocre será la obra cuyo autor no haya empleado para tejér-la fibras del corazón y hebras del cerebro.

Pero la frase de Unamuno no es sólo una bella imagen, sino que traduce quizás un proceso real. Merced al esfuerzo mental suprainensivo todos hilamos algo las expansiones de nuestra corteza cerebral; sin darnos cuenta de ello, estiramos los apéndices neuronales movibles, los cruzamos y entrecruzamos de mil modos y les obligamos a entrar en conexión con células habitantes en territorios cerebrales apartados. Gracias a estos ósculos dinámicos, efimeros o permanentes, unos tejen la ruda estameña del indumento del pobre; mientras otros, más pacientes o mejor dotados, bordan el manto suntuoso de la ciencia y del arte, solaz y deleite de los espíritus refinados.

24

Consejo a los premiosos.—Te consideras deprimido y humillado porque reconoces, con pena, que para producir

(1) *Camponotus inflatus*, etc.

peco necesitas esforzarte mucho. Pero, con ligeras diferencias, a todos ocurrió lo mismo en sus comienzos. No te desilusiones, sin embargo, y labora con ahinco. Alumbra primero, aunque sea dolorosamente, la vena de la primera nueva verdad, que ella labrará después, espontáneamente, el cauce por donde otros hechos fluyan rauda y abundantemente. Porque en ciencia sólo hay un esfuerzo doloroso y sangriento: el parto del primer hecho original.

Y aunque tu premiosidad fuera irremediable, consuélate con el ejemplo moderno de Helmholtz, que, no obstante su lentitud creadora, dejó obra imponente e imperecedera; y con el antiguo de Zeuxis, quien, reprendido por pintar harto tardamente, exclamó lleno de noble orgullo: «Empleo mucho tiempo porque pinto para mucho tiempo.»



La verdad es tan pudorosa y zahareña como la mujer honesta; podrá entregarse a un amante joven y apuesto, pero casi nunca a una pandilla de tenorios carcamales.

Sugíereme esta reflexión la infecundidad irremediable de la mayoría de nuestras corporaciones científicas, políticas y literarias. Inspirados en la egoísta esperanza del ahorro de esfuerzo, todos sus miembros confían en que los infinitesimales empujones de cada consocio equivaldrán a la labor perseverante y enérgica de una sola persona.

Salvadas las inevitables excepciones, páreceme que en España, al revés del extranjero, los hombres de arte o de ciencia se asocian para descansar..., a veces sin haber trabajado nunca.



Por si la posteridad nos olvida, apresurémonos a conquistar el presente. Bien será, pues, empuñar la mancuera en plena juventud, antes que el frío de los años disminuya el vigor y apague férvidos entusiasmos. Lo importante es conquistar un rincón en las almas y en los libros, donde gozosas aleteen nuestras ideas; emerger, en fin, de la masa anónima del rebaño donde se cuenta por millones, para ingresar por derecho propio en la brillante legión en que se cuenta por unidades. Ardua es la labor, grandes los reveses y sinsabores de la lucha; pero, ¡cuán hermosa y halagadora la victoria! ¡Qué alborozo al sentirnos enfocados desde abajo por miles de ojos curiosos y acariciadores!...



Quien no haya sido un poco salvaje en su infancia y adolescencia, corre mucho riesgo de serlo en su edad madura. A menos de que no se trate de un limitado, de un abúlico o de un viejo prematuro.



De todas las numerosas teorías imaginadas para explicar los juegos de la niñez, adolescencia y juventud, la más plausible, a mi ver, es la imaginada por Stamley Hale, el sabio psicólogo y pedagogo de la Universidad de Clarke. Inspirada en el conocido principio de «que la *ontogenia* es la *recapitulación de la filogenia*», consiste esencialmente en expresar que el desarrollo físico y mental del hombre civilizado viene a ser la repetición, con algunas simplificaciones y lagunas, de las etapas evolutivas recorridas por el hombre primitivo y sus precursores inmediatos. Esta teoría

no contradice, además, esencialmente a ninguna de las otras. Si la hipótesis es cierta, debemos ser indulgentes con las travesuras y algaradas de los niños. No frunzamos, pues, el ceño cuando veamos hacer monadas y niñerías a la primera infancia (cuatro a siete años); dibujar, a imitación del hombre cavernario, a los niños de siete a diez años; ser algo depredadores, camorristas y guerreros a los de diez a doce; convertirse en cazadores, pescadores y naturalistas empíricos (afición a las plantas, a los pájaros y a coleccionar curiosidades) a los mozalbetes de doce a catorce, y cultivar, en fin, los juegos de tipo mixto físico e intelectual (fotografía, pelota, billar, tennis, etc.) o los puramente intelectuales, como el ajedrez y las fogosas polémicas de café, a los jóvenes de diez y seis a veinte años. Sólo proscribiremos inexorablemente los juegos de azar.

Quienes, pasadas las treinta primaveras, cultivan con pasión excesiva los deportes, son personas que no han conseguido emanciparse enteramente de los atavismos de la especie. Librenos Dios de reprenderles por ello. Estos retornos pueden ser hasta saludables, sobre todo cuando sobran energías físicas y mentales y se atina a compaginar dichos recreos (que en ocasiones significan imperiosas protestas contra la tiranía de la división del trabajo) con una ocupación profesional seria y honrosa.



El excesivo cansancio en los ejercicios corporales debe evitarse siempre (y hablo por experiencia propia). Ya el divino Platón, maestro insuperable en tantas cosas, decía: «sueño y fatiga son los enemigos de las ciencias». Tradu-

ciendo la máxima al lenguaje fisiológico, equivale a afirmar que los llamados *centros de asociación* y los *focos sensoriales* y *motores corticales* viven en tan íntima solidaridad y coordinación, que la fatiga de los últimos acarrea la debilidad o la inhibición de los primeros.

Por tanto, no hables, ni leas, ni escribas, sino cuando tengas la cara pálida, es decir, no sofocada por recientes ejercicios físicos. Porque la circulación de la faz traduce la del cerebro. Y la congestión empaña lo mismo la visión de las ideas que la expresión ecuánime de sentimientos y pasiones.



Menester es estudiar para hacer estudiar. He aquí una sencilla máxima de Plutarco que suelen olvidar muchos maestros. Podríasela expresar también diciendo—con vistas a la práctica—: sólo trabajando se enseña a trabajar.



«Sé tu mismo», dicen los modernos educadores. «Sé como los demás», impone el medio social.

En la conciencia del joven inteligente y amante de su país ambos impulsos se balancean, con tendencia marcada al predominio del primero.

Apresúrese el apasionado de la ciencia a aprovechar esta feliz disposición del espíritu, antes de que la presión del ambiente y las cargas y ahogos de la familia le conviertan a su pesar en vulgar buscador de oro. Después, la costumbre hará lo demás.



Signo infalible para distinguir un joven español de un francés, un inglés o un alemán (1) es el siguiente:

El inglés, el francés y el alemán pueden hablar correcta o incorrectamente su propia lengua; pero en todo caso la escriben gramaticalmente. Al revés del español, que a menudo la habla bien, pero la escribe con incorrecciones sintáxicas y ortográficas deplorables. ¡Ah! ¡Esas escuelas!...



El culto fervoroso a la infancia se confunde con el amor a nuestra especie. Como ha expresado muy bien Amiel, «la infancia debe ser bendecida por el bien que hace; el niño, dejándose amar, nos enseña a amar».

Exactamente. El niño constituye para el hombre y para el pueblo fuente inexhausta de bondad, abnegación y hasta de patriotismo. Pero ¿por qué Amiel, que tan elocuentemente describe la misión civilizadora del niño, no se casó, ni quizás llegó a amar? ¿Fue la absurda pesquisa de una mujer ideal lo que impidió el encuentro de la compañera posible y conveniente, según se deduce de muchos pasajes de su *Diario*? Pero bien consideradas las cosas, una joven capaz de comprender las honduras, contradicciones y sutilezas de la psicología del filósofo suizo, ¿habría podido servir satisfactoriamente los mandatos del genio de la especie?



A semejanza del frutal temprano, todo hombre de talento posee algunas yemas que no pudieron florecer conge-

(1) Esta observación dolorosa ha sido también hecha por el insigne don José Castillejo en sus admirables e instructivos estudios pedagógicos por Europa y América. Acerca de esto podríamos ¡ay! contar horrores los profesores que tenemos la costumbre de hacer los exámenes por escrito.

das por el rigor del ambiente. ¡Qué de habilidades latentes perdidas a causa de la indiferencia o distracción de un maestro rutinario!



El error largamente acariciado es como la rueda enclavada en el hoyo. La carroza del amor propio obstínase en cruzarlo, pero sólo consigue hacer más honda la rodada y más grave el atasco.



Escribe Grandmontaigne que conoció un naturalista alemán que emprendió un viaje al Brasil para cazar una mariposa. Yo topé en Nueva York con un sabio—el doctor Forel—que fué exclusivamente a América para estudiar una hormiga. ¡Dichosos los pueblos donde nacen hombres que arriesgan su tranquilidad y hasta su vida—una vida noble y gloriosa—por escrutar una vida ínfima y lejana!



Solía decirnos Letamendi que si un loco se obstinara durante mucho tiempo en lanzar piedras a la luna, no alcanzaría—naturalmente—el blanco apetecido, pero acabaría por ser un hondero excepcional. Inspirados en este pensamiento, procuremos desarrollar enérgicamente nuestras alas mentales como si hubiéramos de esclarecer los grandes enigmas del Universo. Claro es que nuestras modestas alas, aun hipertrofiadas por el esfuerzo reiterado, no nos consentirán abordar el inaccesible ideal; pero, al modo de las rudimentarias del pájaro bobo, nos permitirán remar con

alguna destreza por el piélago social y pescar acaso algunas verdades útiles en el mar sin fondo de la ciencia.

25

Estimo antipedagógico y hasta antipatriótico en un maestro opulento acudir a cátedra a pie, si puede hacerlo en carruaje. ¡Es tan interesante y cautivadora una ciencia que da para automóvil! (1).

26

Nota el naturalista Cope, aludiendo a la evolución paleontológica, que la precoz y extremada especialización orgánicofuncional ha enfrenado el progreso y hasta producido la extinción de muchas especies zoológicas.

Aplicada esta ley a la educación, adviértenos el peligro de la temprana especialización. Recorra primeramente el adolescente toda la gama del saber, y luego, casi ultimado el desarrollo nervioso, cultive ahincada y obstinadamente aquel orden de conocimientos más concordantes con sus gustos y tendencias. Por fortuna, las corrientes modernas de la pedagogía marchan ya por este camino.

27

Diálogo entre un profesor de Matemáticas y el más aventajado de sus discípulos.

DISCÍPULO: Desearía que usted me señalara un tema de estudio: mi sueño dorado consiste en fabricar un poco de ciencia.

(1) Es triste reconocerlo; pero en las Facultades de Medicina y Derecho, los profesores preferidos por los discípulos y a quienes al salir de clase suelen formar séquito de honor, son los que gastan carruaje.

MAESTRO: Celebro tu resolución y fío mucho en tu aplicación y talento. Pero antes de señalarte tarea quisiera que satisficieras mi curiosidad sobre algo que juzgo absolutamente indispensable. Dime, ¿no te sientes anonadado ante la prodigiosa labor de los matemáticos modernos: de los Abel, los Gauss, Jacobi, Riemann, Weierstrass, Klein, Pointcarré, etc.?

DISCIPULO: Les rindo profunda y sincera admiración. Y con todo, no me siento aplastado y anulado. Estimo que en la ciencia del cálculo, como en todas las otras, quedan muchos continentes por explorar.

MAESTRO: Mucho celebro tus buenos ánimos, y sin embargo temo que tu voluntad, como la de tantos otros, semeje a la parábola del proyectil. ¿Dispones de caudal de entusiasmo capaz de suplir la falta de caudales, y de una paciencia tan grande como el desdén de tus conciudadanos?

DISCIPULO: Resígnome de antemano a perpetua mediocridad; y, en cuanto a paciencia, si no fuera ridícula jactancia, diría que me juzgo capaz de contar las espigas de un trigo y las hojas de un pinabete.

MAESTRO: Mucho es esto; mas no basta todavía. ¿Deploras cordialmente nuestra trágica y secular postración científica?

DISCIPULO: La deploro tanto, que me es imposible contener las lágrimas cuando, al hojear libros extranjeros, no topo con ningún nombre español, salvo el portugués Núñez.

MAESTRO: Me has persuadido. Si cuanto afirmas es cierto, aborda sin demora el tajo, que tú te honrarás y nos honrarás. ¿Temas de estudio? Los hallarás en todo el frente

de combate contra la naturaleza y en la inercia de nuestro espíritu; singularmente allí donde el genio se detiene abrumado por la fatiga, la incomprensión o la soledad.



La planta crece según la dimensión de la maceta. En una aldea el talento no transplantado difícilmente alcanzará su pleno florecimiento.



Insistiendo en un concepto vulgar, recordemos que el piano cerebral se destempla golpeando reiteradamente una misma tecla. No hay por qué sonrojarse si después de oír los acordes graves de la ciencia dirigimos la sensibilidad a los ritmos deleitosos del arte o a las rudas brusquedades de los ejercicios físicos. Bajo este aspecto, los maestros ingleses, alternativamente sabios y niños, ofrecen a nuestros adustos y estirados profesores un gran modelo que imitar. Por seguro tengo que en la indiscutible superioridad de la raza anglosajona entra por mucho la pasión por los deportes.



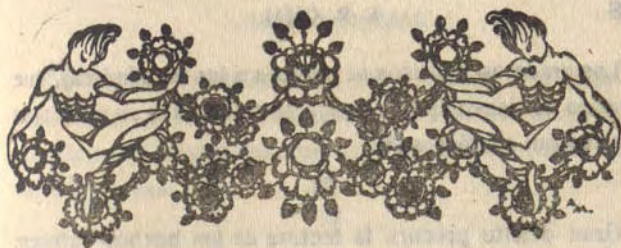
No hay sino viajar para conocernos y corregirnos. ¿Será necesario recordar que los pocos escritores españoles que durante pasadas centurias tuvieron una visión nítida de los males de España, fueron los que visitaron los países más civilizados?

Sin traer a cuento los conocidos comentarios de Saavedra Fajardo y otros escritores antiguos, pareceme útil, a los

finés de la enseñanza, rememorar las severas censuras de nuestros viejos libros de texto estampadas en el relato de su *Viaje a Turquía* por Cristóbal de Villalón (1), que recorrió también buena parte de la Europa occidental. Duro, pero en el fondo desgraciadamente exacto, considero este juicio: «Los maestros de España no quieren que sus discípulos sean menos asnos que ellos y los discípulos se contentan con saber lo que los maestros». Preciso es persuadirse de que ni la ciencia, ni la técnica, ni el arte prosperarán decisivamente en nuestro país mientras los maestros no se esmeren—empleando toda clase de medios—en forjar discípulos que les aventajen.

(1) CRISTÓBAL DE VILLALÓN: *Viaje de Turquía*, siglo xvi.





CAPÍTULO IX

CON TENDENCIAS A LA LITERATURA Y AL ARTE



N los ingenios, como en las higueras, el primer fruto es la breva, que suele ser insípida, aparatosa y grande; espere-mos para emitir juicio el brote de los higos (*).



Comparables a la ola que rompe impetuosa en la playa, son muchos escritores: mucha espuma y poco fondo.



Quando oigo a un orador grandilocuente y sin substancia, acude a mi memoria la imagen de esos asnos cargados de flores que recorren en mayo las calles madrileñas.



Los oradores políticos se parecen a las enredaderas, que cuando no tienen en qué apoyarse se enredan en sí mismas y arrastran sus flores (*).



Gran deleite procura la lectura de los buenos autores, pero en compensación nos acarrearán muchas desilusiones. Porque en esas páginas febrilmente devoradas, solemos sorprender ¡quién lo dijera! los pensamientos más íntimamente nuestros. A menudo, después de acabar una lectura atrayente, pensamos con amargura y desaliento: ¡Nos han robado!...



El escritor debe dirigirse siempre a los lectores del presente o a los del porvenir. Verdad trivial—me diréis.—Es cierto; pero entonces, ¿por qué muchos oradores y escritores trabajan para el pasado, pareciendo empeñados en conseguir el aplauso de los muertos? Hay políticos, filósofos y poetas que recuerdan al célebre loro de Maypures (Orinoco), que, al decir de Humboldt, hablaba la lengua de una raza humana extinguida y no podía ser de nadie comprendido (*).



Cuando oigo encomiar la profusión de conocimientos de un erudito, pienso: ¡Dichoso él, que tuvo tiempo de divertirse!...



Como la vela al arder, el entendimiento humano alumbra quemándose, consumiéndose y derramando lágrimas (*).



Cualidades primordiales del buen orador son: audacia, afluencia y pasión. Si conoce además algo del tema, y por añadidura es, según deseaba Cicerón, persona proba, ¡miel sobre hojuelas!...



Como la espada de buen temple, la obra literaria debe forjarse en caliente, limarse en frío y probarse en duro, es decir, en el blanco de la oposición y de la controversia (*).



Boileau, aludiendo a la literatura, se lamentaba ya de haber nacido demasiado tarde. Queda a los modernos escritores solamente el pobre consuelo de expresar las cosas de otra manera que los antiguos, pero ¡ay! corriendo inminente riesgo de decir las peor.



Afirma Unamuno que Don Quijote es superior a Cervantes. Acaso sea verdad; pero el encontrar un substancioso y original asunto, que se presta al completo despliegue de una personalidad noble y compleja, ¿no arguye elevada genialidad?



Sin el concurso de falaces ilusiones nada grande obraría Naturaleza. Si el zángano infeliz adivinara que la muerte le acecha en la cúspide de su vivir, ¿se lanzaría alegre al vuelo nupcial? De igual modo: si artistas y sabios estuvieran seguros de la vanidad de la gloria, ¿forjarían sus obras?



Existen ciertas inofensivas larvas que para infundir pavor imitan a la perfección a determinados venenosos ofidios. El inocente lagarto, desconcertado, las mira con inquieto recelo hasta que, reparando en el disfraz, les hinca el diente y sacia su apetito.

Así son ciertos críticos adustos y gruñones: a primera vista semejan culebras de cascabel, y luego resulta—estudiando sus obras—que son cascabeles parlantes.



Decía Talleyrand «que el tiempo es nuestro enemigo y que es preciso matarlo». ¿No nos habrán plagiado esta frase—que parece de pura cepa española—como nos plagiaron o nos imitaron el Gil Blas, el romanticismo y el preciosismo literario, sin perjuicio de censurar acremente el énfasis, la hipérbole y el conceptismo español?



Se ha dicho infinitas veces que todo escritor que descuida la forma está condenado a la obscuridad. Pero no hay que exagerar el precepto. Toda idea feliz, aunque esté desdichadamente expresada, irradia luz perenne y fascinadora.

No deja de ser, a este respecto, significativo que los tres libros más descuidadamente escritos, tales como el *Antiguo Testamento* (salvo algunos bellísimos capítulos), el *Alcorán* y el *Origen de las especies*, de Darwin (1), sean los

(1) Hoy ha pasado el auge del darwinismo, que ha servido, sobre todo, de fecunda hipótesis de trabajo. En su lugar brotan otras concepciones, que pasarán a su vez, dejando sólo una estela luminosa de hechos nuevos. La

que más han emocionado y removido el mundo y satisfecho la sed de creer y comprender.



Nos gustan los libros donde encontramos las hazañas que hubiéramos deseado acometer, es decir, un programa de vida noble y bella, frustrado por el aciago destino.



Sólo el médico y el dramaturgo gozan del raro privilegio de cobrar las desazones que nos dan.



Antes de regodearte con los elogios de un crítico o enojarte con sus censuras, entérate, no de cuál es su *estética*, sino su *ética*.



En general leemos las novelas y oímos los dramas, no para aprender, sino para descansar de aprender. Esto explica la discutible eficacia educativa de las obras puramente literarias.



Todo retrato es una confidencia íntima; nos cuenta, no lo que es el retratado, sino lo que desea ser.



La retórica enfática, como el floreado y policromo man-
pirámide se agranda por su base; pero el vértice, donde mora el arcano de la evolución y de la esencia de la vida, continúa rodeado de nubes tenebrosas.

tón de Manila, favorece poco a la belleza, pero afea a la vulgaridad.



Cuando veáis un escritor que se mete con todo el mundo, es que aspira a que todo el mundo se meta con él. No habiendo conseguido ser admirado, anhela ser temido.



De todo escritor modernista, preocupado con la consabida *revisión de valores*, sospechad que carece de valores que revisar.



Gustan mucho las frivolidades amenas y los juegos de ingenio; pero sólo interesan y perduran positivamente las obras que se escribieron con sangre y entre las angustias del dolor.



Somos tan ególatras, que, cuando leemos, no buscamos en el texto al autor, sino a nosotros mismos. Admiramos solamente los pensamientos que coinciden con los nuestros o que se incorporan fácilmente a las doctrinas asimiladas durante la juventud.



Decía Isócrates que todas las cualidades del orador son nada si le falta la audacia.

¿De dónde nace esta osadía? De la conciencia de la propia superioridad, algunas veces; otras, del supuesto de la imbecilidad de los demás.

A esta última clase de ilusionistas pertenecen, por des-

gracia, algunos *leaders* políticos españoles y buena parte de nuestros conferenciantes. Reconozcamos, empero, que, en esta como en otras cosas, nos vamos corrigiendo, aunque harto parsimoniosamente. El tipo de orador sobrio a la inglesa es hoy más común que hace treinta años.



En el prestigio de las obras clásicas concurren casi por igual el ingenio del autor y el sobrevalor inherente a la antigüedad venerable. El tiempo que nos mata vivifica a veces lo que parecía destinado a morir. Bajo este aspecto, muchas producciones artísticas recuerdan a esas viejas piezas de cerámica que, a fuerza de años, y mediante la acción del aire, se exfolian, adornándose con tonos metálicos y reflejos irisados totalmente ajenos a la intención del artifice.



El orador y el escritor deben tener presente, pero sólo para invertirla, una advertencia usual en el escaparate de ciertos fotógrafos: «se retrata aunque esté nublado». Porque con la mente nublada por el insomnio, la preocupación o la fatiga, ninguna visión artística sale nítida y brillante.



La paradoja, que Amiel considera como el manjar supremo de los hombres de ingenio, constituye revulsivo infalible contra la rutina del pensamiento. Es la piedra arrojada al pantano; los batracios humanos se espantan y empiezan

a croar. Y, pasado el susto, algunos acaban por pensar por cuenta propia.



Nada hay más semejante a una biblioteca que una botica. Si en las estanterías farmacéuticas se guardan los remedios contra las enfermedades del cuerpo, en los anaqueles de las buenas librerías se encierran los específicos reclamados por las dolencias del ánimo.

Por tanto, la biblioteca del escritor debe ofrecernos, en armonía con el estado de nuestro espíritu, libros fúnebres que hagan llorar, como la *pilocarpina*; libros que hagan reír y delirar, como el *alcohol* y el *haschisch* (fase de *delirio hilarante*); libros sedantes, como el *veronal* y el *bromuro de potasio*; libros analgésicos, como la *cocaína* y la *morfina*; libros afrodisíacos, como las *cantáridas*; libros tónicos, como los *preparados de hierro*, y hasta libros de pura broza, ganga y relleno, como la *vaselina* y el *cerato simple*. No sonría el lector demasiado severo o desdeñoso: tales insulsas obras nos enseñan a apreciar debidamente las producciones sustanciosas del ingenio, con la ventaja de proporcionarnos, leídas después de cenar, y a pequeños sorbos (naturalmente), el sueño más fisiológico, profundo y reparador que se conoce.



Lástima grande que médicos y sacerdotes no se consagren, sino de raro en raro, a escribir novelas o comedias; porque sólo ellos conocen a fondo a la mujer, núcleo, eje y fundamento de toda producción literaria y teatral. Tengo

para mí que la excelencia del teatro clásico español (en cuyos volúmenes se contienen, aparte los enfadosos conceptismos a la moda, muy sutiles y atinadas observaciones sobre el alma femenina) se debe muy principalmente al hecho de haber sido hombres de sotana la mayoría de los comediógrafos de antaño.



El peligro más grande que se corre al habituarse a la lectura de libros mediocres, consiste en la supervaloración de nuestras modestas aptitudes. No nos adoctrinan y, en cambio, pueden infatuarnos y desvanecernos. Como decíamos antes, sólo son buenos para la mesa de noche.



De todos los estilos, el peor, a mi parecer, es el que, invocando una comparación física, cabría designar *estilo irizado o anacromático*. Consiste en rodear un pensamiento de numerosas franjas coloreadas, cual tenuísima aguja mirada a través de un retículo. La difracción dispersa y multiplica el objeto, lo envuelve en brillantes matices y, a fuerza de reproducirlo y dispersarlo, lo torna casi invisible. Créase de esta suerte una belleza ficticia, irreal, en que la hojarasca impide vislumbrar la flor o percibir el fruto.



Aunque sea insistiendo sobre el mismo tema, tan ilustrado teórica o prácticamente por tantos insignes escritores y pensadores (Tácito, César, Horacio, Gracián, Rochefoucauld, Chamfort, Montaigne, etc.), dicha manera de escri-

bir, recargada, difusa y manigual, es comparable al florete embotonado que golpea sin llegar al corazón, o a la emperifollada y policroma banderilla, muy vistosa y llamativa de lejos, pero cuya punta apenas traspasa el epidermis.



Desgraciadamente, el estilo conciso, sentencioso y expresivo, difícil para quien lo escribe, es laboriosísimo para quien lee, conforme ha expresado muy bien Pérez de Ayala. No todos son tan matemáticos que puedan comprender y desarrollar una fórmula algebraica, ni tan naturalistas que tengan la paciencia de incubar una *idea-germen* o un *concepto-semilla*. Por lo común desea el lector que se le entregue inmediatamente todo el contenido ideal de la frase, esto es, el ave con sus plumas y la maceta con sus flores. Cuanto más, que la atención morosa y oscilante de las personas irreflexivas repugna todo esfuerzo sostenido y prefiere y admira a los escritores fecundos, que, a fuerza de ampliaciones coloristas, de diluciones descriptivas y de frases e incidentes parásitos, van alzando suaves escalones y cómodos rellanos a las soñolientas entendederas (1).



Los severos censores de las manifestaciones literarias de hombres de laboratorio o de obrador—requeridos casi siempre muy a su pesar por la insaciable curiosidad de *reporteros*—me hacen el efecto del revistero taurino que, des-

(1) Conocidas son las frases magistralmente concisas y expresivas de Gracián: "Más obran quintas esencias que farragos" y "lo bueno, si breve dos veces bueno", etc. Pero Baltasar Gracián jamás fué popular, y sólo ahora, gracias a la abundancia de escritores de gusto depurado y de estilistas primorosos, se comienza a hacerle plena justicia.

deñando hablar de la brega del matador, se complaciera en criticar la chabacana literatura de sus brindis.



En virtud de artes arcaicas y maravillosas, sólo conocidas de los teósofos, y singularmente de nuestro elocuente escritor y simpático brujo Roso de Luna, resucitó, allá en el fondo de asturiana gruta, cierto ingenuo artista de la *edad de piedra*. Recién abiertos los ojos a la luz, experimentó comezón irresistible por conocer y saborear la obra pictórica de sus remotos descendientes, los hombre de la *edad de acero niquelado* y de los gases asfixiantes. Y en alas de su deseo arribó a Madrid, para asistir a la inevitable *Exposición primaveral de pintura*. Y al examinar, lleno de asombro, varios cuadros *impresionistas*, *prerrafaelistas*, *dadaístas*, *negruzcos* o que imitan los deteriorados por el tiempo; de *colores chillones* y saturados, tan halagadores de la retina infantil; *denigrantes*, por caricaturescos, de la belleza y altivez de la raza; *estiltizados*, como los monigotes escolares, etc., no fué dueño de reprimir estas exclamaciones:

—¡Miserables plagiarios!... ¡Acólitos inconscientes de la moda! Decís que os inspiráis en la verdad, buceando el espíritu en la forma; pero en vuestros rudos bosquejos no aparecen ni el uno ni la otra. A fe que mis bisontes, mis ciervos y caballos y mis escenas guerreras tenían más carácter y expresión que vuestros enigmáticos retratos. ¡Ah, si nosotros, que no disponíamos sino del negro y rojo, hubiéramos dispuesto de vuestra rica y tan mal empleada paleta!



Nos ocurre a menudo quedar desconcertados ante un retrato fotográfico o pictórico. Casi toda la realidad se va entre lo que el artista no quiso o no supo ver, la infatuación narcisista del modelo y lo corregido y hermosado por la adulación.



Cuenta Apuleyo que el sofista Hippias pretendía saber y fabricar todas las cosas necesarias a la vida: el calzado, la ropa, sus anillos, el peine, los perfumes, etc...

Algo de esto ocurre entre los intelectuales españoles. Nuestra manía enciclopédica, notada por muchos, y especialmente por Unamuno, nos convertirá, si Dios no lo remedia, en un pueblo de imitadores, aficionados y dispersivos. Para un Mariano de Cavia, pontífice del idioma y maestro de patriotismo, que no quiso ser sino periodista, ¡cuántos abogados, filósofos, ingenieros y hasta médicos se pasan la vida escribiendo dramas o artículos de periódico, solicitando prebendas, cruces y senadurías y soñando con obtener una poltrona ministerial!..



Cuando advierto que un escritor joven y bien dotado regatea méritos a los grandes prestigios de la raza, me limito a decir: ¡no hay que hacer caso! son los imperiosos reflejos del estómago, que se disiparán en el primer banquete ofrendado por la admiración. Y, en efecto, transcurridos algunos años de labor asidua, el descontentadizo y desabrido censor alcanza el codiciado sillón académico. Y entonces descubre que Cervantes, Garcilaso, Fray Luis de León, Tirso, Saavedra Fajardo, Quevedo, B. Gracián, etc.,

tenían algún talento. En su optimismo generoso llega hasta atribuir cierta cantidad de substancia gris a algunos escritores contemporáneos. ¡Y todo por un voto de mayoría en docta Corporación!...



Entristece reconocer que cuanto mayor es el mérito literario o científico de los hombres, menos se conocen entre sí y menos justicia se hacen. Se sienten competidores y rivales y temen que un encomio imprudente remonte demasiado la fama del compañero.



El incansable Unamuno, que lo lee todo y discurre sobre todo, nos enseña (*El Sol* de 10 de Marzo de 1918) cierta interesante teoría del poeta irlandés W. B. Yeats. El cual sostiene «que el artista no se expresa a sí mismo, sino a su anti-yo; que su arte es un elogio de la virtud o belleza de que se encuentra excluido en su vida diaria». Y aceptando en principio dicha teoría, añade: «... Que el poeta lírico cante lo que no es y quiere ser, su *anti-mismo* o *contra-mismo*, nos parece muy natural. Cada uno busca su complemento». Y más abajo: «tiene cada uno de nosotros, sobre todo, un terrible enemigo: el tipo de profesión que nos tocó en vida y de la que tenemos que vivir».

Estas apreciaciones generales parécenme perfectamente fundadas. Yo mismo, hace muchos años, proclamé doctrina algo semejante (1). En cierto prólogo, redactado a instancias del inspirado poeta Marcos Zapata, que fué, según

(1) Prólogo a un libro de *Poesías* de Marcos Zapata, 1902. Editor, F. Fe.

saben sus contemporáneos, grave y dramático al escribir, pero alegre y retozón al conversar, me planteaba yo, instigado por el ilustre prologado, este problema: «¿Por qué quien vive una comedia escribe dramas, y al contrario?»

«En la mente del poeta—decía yo—parecen convivir dos sujetos antipodas alternativamente despiertos; cada uno de ellos posee una manera particular de contemplar el mundo y la vida. Quien lleve una existencia tranquila y plácida escribirá dramas, elegías, novelas o cuentos de fondo melancólico; al revés, quien viva a diario un verdadero drama buscará en la ficción un consuelo a sus amarguras y escribirá crónicas, versos joviales o cuentos regocijados .. Cada cual finge lo que necesita por compensación de lo que tiene. De esta manera la vida mental se integra y todos los centros cerebrales entran sucesivamente en juego.»

La supraexpuesta hipótesis la extendía yo también a los no escritores, hombres de holganza, de placer o de trabajo. Porque todos ellos sienten igualmente la necesidad de vivir su *anti-mismo*, como diría Unamuno. «El científico, el filósofo, el estadista, enfrascados en graves estudios, entréganse ávidamente, durante sus horas de vagar, a la amena literatura, a las conversaciones frívolas y aun a los juegos infantiles. Del propio modo, el humilde artesano, fatigado del trabajo manual, ansia explayar su imaginación por las doradas regiones del ensueño, buscando en el folletón sangriento o en el drama espeluznante esa nota de lo extraordinario, de lo pintoresco o de lo trágico, ausentes en su monótona y rutinaria existencia. Por análogo motivo, el burgués, ocioso y abito de placeres y comodidades, gusta

de la novela de intriga y del drama pasional; porque la visión momentánea del ajeno dolor le es precisa para aguijar los embotados nervios y renovar la conciencia de su dicha.»

Dábamós después, no sin reservas, un bosquejo de explicación fisiológica: «El fenómeno que estudiamos obedece quizá—decíamos—a dos condiciones: a la sensación de fatiga cerebral que nos obliga a cambiar continuamente de postura mental, y a la necesidad orgánica de cultivar los barbechos o provincias cerebrales ociosas, necesidad sabiamente creada por la Naturaleza, con la mira de impedir el olvido y consiguiente abolición, por desuso, de aquellas aptitudes mentales, ideas y sentimientos que, no por carecer de urgencia funcional y de frecuente empleo, dejan de constituir, llegada la ocasión, importantísimos recursos de defensa y prosperidad del individuo y de la especie.»

«Sólo en las horas de asueto aparece y se expande la segunda o complementaria personalidad (el *anti-yo*): el poeta, latente en el científico, surge coloreando y embelleciendo la retorta y el microscopio; el dramaturgo arroja el coturno trágico y viste, por algunas horas, el traje de Arlequín; Heráclito se convierte en Demócrito; al hombre máquina, al triste galeote, malhumorado y doliente, sucede el hombre-espíritu, henchido el corazón de plena y tonificadora alegría de vivir.»

Luego aplicábamós la teoría a los ensueños; pero de esto trataremos en otra ocasión.

En suma: el yo complementario se produce y exterioriza, no sólo mediante la pluma o el pincel, al forjar la obra artística, sino mediante cualquiera otro modo de manifestación

intelectual o afectiva. Y el gran resorte del *anti-yo* consiste en la necesidad, imperiosamente sentida por toda persona sujeta a la deformante tiranía profesional, de poner en acción los distritos cerebrales inactivos. De donde se infiere que las ideas y sentimientos, como la vida misma, luchan desesperadamente contra la muerte. Soñamos, pues, durmiendo, hablando o escribiendo, porque ninguna de nuestras células cerebrales se resigna a morir, ni siquiera a vegetar postergada.



Puestos a criticar las obras literarias o artísticas, evitemos los juicios severos y absolutos. ¡Es tan difícil juzgar! Un siglo no conoce al precedente, ni una nación a otra nación. Nosotros mismos somos herméticos. Nos ignoramos tanto que a menudo quedamos asombrados y hasta avergonzados de nuestras obras y actitudes intelectuales de hace pocos años. En general si, descartando todo estímulo de vanidad ridícula, se nos obligara a autocriticarnos, sólo estimaríamos aceptables los libros que tenemos en el telar o los recientemente publicados. Claro es que hablamos en el supuesto de que nuestras facultades, mejoradas por la experiencia, no hayan decaído ni sufrido la triste degradación impuesta por la senilidad natural o prematura.



¿Queréis vengaros de un orador brillante que os subyugó al oírle? Leed y analizad su oración en frío, antes de tomar el chocolate.

El vistoso arco-iris se disipa, porque nos hemos puesto conscientemente de cara al sol de la verdad.



Por ignorante y limitada que sea una persona, tiene siempre un asunto interesante que contar: su autobiografía. Nuestra vida constituye un hecho nuevo, como nuestra fisonomía dibuja un busto original. Sin duda que en las vidas vulgares se encuentran relativos paralelismos, pero casi nunca en las existencias movidas y dramáticas. Sintamos orgullo al pensar que nuestra trayectoria individual, al modo de la de los astros, sigue en el espacio y en el tiempo un camino que ningún otro ser recorrerá estrictamente.



Escribir de *corrido* equivale casi siempre a sentirse *corrido* de escribir.



«El estilo es el hombre», decía, según es hartamente sabido, el gran Buffon. Menos conciso, pero más exacto, fuera expresar que el estilo es casi siempre una transacción entre el hombre y su careta, entre lo que realmente es y lo que le obliga a ser la fascinación irresistible de la escuela literaria dominante. Ni hay que olvidar el efecto decisivo de la cultura.



Compramos ciertos libros para adoctrinarnos, otros para censurar al autor, algunos, ñoños y sosos, para la familia, y, en fin, la mayoría para que abulten y decoren la biblioteca.



En cada lector conviven un hombre, un tigre y un mono. Quienes anhelan honra escriben para el hombre; los ansiosos de dominio se dirigen al tigre, y en fin, los codiciosos o hambrientos divierten al mono.



Ocurre con los adjetivos lo que con los billetes de Banco: se deprecian de día en día.



En materia de arte, no importa el *modo*, sino la *moda*.



Hay épocas nefastas en que, a impulsos de la moda, las artes degeneran y se corrompen. La belleza y la verdad parecen fatigadas de sí mismas y se disfrazan de fealdad y extravagancia, alejándose cada vez más de las fuentes puras del clasicismo greco-romano. Hoy atravesamos una de estas lamentables etapas de aberración colectiva. La noble pintura ha venido a parar, con pocas excepciones, en plebeyo arte decorativo o ha descendido hasta la caricatura; la música melódica, encanto antaño del oído, se ha convertido en estridor y tabarra insufribles, cuando no en literatura enfadosa (Wagner y sus insoportables imitadores); la poesía en música; la escultura en cerámica; la caricatura en geometría; la fotografía en dibujo... Todo se ha salido de quicio, repudiando su propia esencia, para presumir de lo que no es ni debe ser.

¿Qué nuevas excentricidades artísticas nos preparan los modistos de mañana en complicidad con el ansia de boga

instantánea y la repugnancia hacia el trabajo metódico? En esta rotación eterna de los gustos, ¿volverán a coincidir, como en más dichosas épocas, el arte con el sentido común?



—¿Qué es esto?—preguntó un cliente a cierto escultor modernista que le había modelado un busto.

—Un magnífico retrato de usted con alma, expresión y carácter...

—No estoy conforme. Esta cabeza descarnada y caricaturesca, como las pintadas por el Greco, constituye triste profecía. Es mi *fósil*, según aparecerá en los depósitos cuaternarios del planeta después de la última revolución geológica.



Los dramaturgos que llevan al teatro obras educadoras y de tesis, parecen olvidar que palcos y butacas son meros escaparates de señoras, las cuales acuden allí a ser admiradas y casi nunca a admirar y menos a corregirse y edificarse.



Al ver enterrados en el panteón del olvido a poetas, novelistas y músicos, deleite de nuestra juventud, nos parece que ha sido también enterrado algo de nuestro propio espíritu. La sabia y documentada crítica de hoy pone tenaz empeño en avergonzarnos de nuestras admiraciones de antaño. No discutamos: el tiempo nos vengará. También ellos, críticos y autores novísimos, serán fustigados u olvidados.



Importa a los artistas, científicos y literatos fenecer antes que su fama. ¡Cruel decepción sobrevivirse y presentarse angustiados el naufragio del propio prestigio!...



El silencio de los envidiosos es el mejor elogio a que puede aspirar un autor.



Seremos olvidados. Si, andando el tiempo, algún curioso ratón de biblioteca nos descubre, prestándonos fugaz actualidad, será para justificar pedantescamente nuestro olvido.



Hay críticos polillas que corroen los libros sin leerlos.



La obra genial es comparable a un germen dotado de vida autónoma, nutrido por la admiración y la crítica comprensivas y productor de infinitos retoños, luego de alcanzar pleno desarrollo.



Hay en los libros de imaginación primores y excelencias que pasaron desapercibidas del autor. Son como las iriscencias del nácar, sólo visibles al ojo humano después de la muerte del molusco.



Habieudo cierta persona oído a un famoso orador que se aprendía de coro los discursos, exclamó: «Quedo chasquea-

do. Deseaba ver discurrir, asistir a la lucha heroica y emocionante, entre la expresión y la idea, y me encuentro con que entrambas marchan unidas como los hermanos sjameses. Pensé admirar un pensador y me encuentro con un cómico. Jamás sospeché que un histrión fuera apuntador de sí mismo.»



¿Quién no recuerda la faz gris y pálida de actores y cantantes, obligados a caracterizar cada noche un personaje diferente?

Así les sucede a cuantos escritores y pensadores se proponen imitar el ideario y estilo de diversos genios extranjeros. Acaban por perder su propio carácter, ofeciéndonos una fisonomía gris, especie de borrosa fotografía compuesta, hecha por superposición de numerosos bustos diferentes.



Implacables y terriblemente indiscretos son algunos historiadores. ¡Qué de flaquezas y miserias nos cuentan, no sólo del genio desventurado, sino hasta de su familia y allegados!

Sugiere-me esta reflexión el relato hecho por algunos críticos franceses de los lastimosos amores de la esposa de Víctor Hugo con el famoso crítico Sainte-Beuve, de quien el autor de *Los Miserables* se mostró al principio fervoroso y confiado amigo. Pensemos en todo caso—y ello parece indiscutible—que la extraña debilidad de Mad. Hugo por el nada apolíneo erudito, ocurrió después del nacimiento de los hijos del poeta. Fuera desgarrador sospechar siquiera

que se pueden sentir y expresar las sublimes delicadezas del *Arte de ser abuelo* sin haber llegado a ser padre. Más... a bien que el poeta se desquitó escogiendo a su gusto en el coro de sus admiradoras apasionadas.



Sorprende el observar que los mismos críticos que respetan piadosamente la vida privada de sus contemporáneos carecen de miramientos cuando se trata de la de los autores antiguos. Este respeto a los coetáneos ¿acusa temor de represalias, caballeresca cortesía o miras ambiciosas?



La mejor escuela del prosista—se ha dicho—es el previo ejercicio de la poesía. En la expresión literaria, como en otros órdenes de la vida espiritual, la educación debe pasar por las mismas fases recorridas por los pueblos civilizados, los cuales, según es harto sabido, comenzaron a escribir en verso para acabar por escribir en prosa.

Prescindiendo de la tendencia biológica inmanente (*ley biogenética*), dicho proceso obedece a una razón de índole práctica. Representa el verso algo así como un cuadro en mosaico; cuadro que da tanto mejor la sensación de continuidad y realidad cuanto más numerosos, menudos y matizados sean sus elementos o partículas componentes, o, en otros términos, cuanto más copioso sea el caudal de voces descriptivas, de expresiones sentimentales o meramente pintorescas empleadas. Leve tarea será, por tanto, para los habituados desde la juventud a esta paciente labor de taracea literaria el cincelar una prosa noble, elegante y

sugereute. Gracias al cultivo del verso, desarrollaron las alas de la fantasía, atesoraron un léxico rico en sinónimos, giros y expresiones evocadoras, con que, además de halagar el oído, se adueñaron fácilmente del corazón y de la mente del lector.



Así como la lógica no enseña a discurrir rectamente, sino a nombrar y clasificar nuestras falacias y despropósitos, la estética no enseña tampoco a pintar ni a musicalizar, ni siquiera a escribir artísticamente. Limitase a reseñar, clasificar y criticar las teorías y escuelas artísticas que más boga alcanzaron. Un libro de estética sólo es provechoso cuando es *estético*, quiero decir cuando nos ofrece una muestra de bello y elevado estilo. Por eso, obras bien documentadas y escritas, como la de Croce, serán siempre útiles, aunque la teoría de su *intuición expresiva* nos parezca una hipótesis más.



Supongo que eres escritor consagrado a la ciencia, a la filosofía o al arte, y que, según ocurre a menudo, tu razón, durante la fase constructiva, vacila entre varias concepciones, hipótesis y modos de expresión. No te agotes ni nerves en tejer y destejer, y abandona por algunos días el telar. Las ideas, como el agua turbia, se clarifican mediante el reposó. Lactescentes son los arroyos brotados de las heleras alpinas, y límpidas las linfas del lago que las recoge.

Parecida depuración prodúcese en el misterioso lago ce-

rebral. De improviso, una mañana saldrá el sol en el firmamento y en tu espíritu. El *inconsciente*, humilde é infatigable obrero, habrá laborado silenciosamente por ti, entregándote fresca, bella y lozana la flor de la verdad.

El severo consejo de Horacio, de aguardar nueve años a publicar un escrito, constituye evidente exageración, sólo posible en los ricos, conforme nota donosamente Heine. Además, ¿quién, ansioso de aumentar su cultura y depurar su estilo, no refundiría dos lustros después radicalmente la obra, o la condenaría a las llamas? El admirable preceptista latino aparenta ignorar que cada nueve o diez años somos hombres diferentes.



Muy desacreditada anda hoy, a causa de la creciente marea idealista, la teoría de la influencia mesológica proclamada por Spencer y Taine, para la génesis del artista y de la obra genial. Concedo que en la concepción del famoso crítico francés se posterga mucho al individuo, en cuanto representa formación original y específica de la raza; pero creo también que en ella se contiene un elemento crítico aprovechable. Conforme se sabe, el hombre civilizado es el resultado de tres factores: la textura específica cerebral, obra de la *ontogenia*; la educación e instrucción recibidas durante la infancia y mocedad, y, en fin, el medio físico y moral donde transcurrieron los días decisivos de su juventud.

Citemos un ejemplo, encaminado a explicar en parte, por la teoría del medio físico y moral, la singular fertilidad en santos y místicos que nos ofrece la desolada meseta

castellana. Y, concretando más, trasladémonos a Avila, patria de Santa Teresa y teatro de las austeridades de San Juan de la Cruz. Porque en Avila, quizá mejor que en ninguna ciudad castellana, se siente uno en plena Edad media y se respira esa atmósfera de melancólica desgana del mundo y de la vida, tan propicia a las heroicas abnegaciones, a las visiones celestiales y a los arrobos místicos.

Para darnos cuenta de la citada influencia física, hemos procurado muchas veces, en nuestros paseos solitarios, embebernos en el adusto y severo paisaje contemplado, durante veintisiete años, por la admirable Teresa de Ahumada, desde su célebre convento de la Encarnación. El cuadro es altamente sugerente. Hacia el Sur, coronando un cerro gris amarillento, álzase la ciudad, cuyos muros y baluartes evocan la lucha encarnizada contra la morisma; del lado Norte, destaca apenas cierto monte gris pardo, semejante a sayal de carmelita; sobre las almenas emergen dos campanarios coronados por cigüeñas, que, inmóviles sobre sus leñosos nidos, anualmente reparados, semejan esfinges interrogando a lo infinito; al pie del convento, cuya explanada erizan a trechos peñascales rebeldes al arado, brinca a sus anchas el saltamonte y discurren a su talante las hormigas, que trazan intrincados senderos y bóvedas laberínticas, en la seguridad de que jamás la planta humana destruirá sus deleznable construcciones; en fin, en el cielo añil, implacablemente diáfano, los raudos vencejos parecen trazar caminos ideales, señalando a las religiosas, laceradas por el cilicio y la penitencia, el ansiado «centro de las almas».

En presencia de un cuadro físico tan desolador e inmutable, donde los siglos se deslizan como las gaviotas sobre la onda, tan alejado de los tumultos, inquietudes y refinamientos de la civilización, ¿qué resta sino sumergirse en el pasado, elevar el espíritu a lo supraterráneo, y soñar, por acción de contraste, con un paisaje divino rebosante de inexhausta dulzura y habitado por santos, ángeles y serafines?

Pero no nos dejemos alucinar demasiado. La sugestión del medio moral supera con mucho a la del medio físico. Con leves diferencias el paisaje material de las austeras ciudades castellanas, es el mismo que en la Edad Media. Y santos, místicos y videntes han desaparecido. Es que la tolerancia y la crítica han mitigado, cuando no destruído, la fe robusta que encendía a nuestros antepasados. Muy pocos podrían repetir hoy sin sentirse algo insinceros, la espiritual expresión de Santa Teresa: «Sólo Dios basta.»



Escudriñando las autobiografías y mejor aún las interesantes entrevistas celebradas por los reporteros con artistas, cómicos y dramaturgos a la moda, descúbrese casi siempre hipocresía, presunción y orgullo desafortunados. Típicos, danzarinas o artistas sicalépticas declaran ingenua y modestamente que su ideal supremo fué siempre la quietud y el recato del hogar y la austera virtud de la madre de familia. Con leves variantes, expresan lo mismo literatos, hombres de ciencia y políticos eminentes; casi todos truncaron su carrera y malograron su destino, ya por falta inicial de recursos, ya por imposición irresistible del medio

social. Lo que equivale a decir: si en el oficio a que las pfcaras circunstancias me condenaron soy un águila, ¿a qué grado de excelsitud me habría remontado siguiendo libremente mi vocación?



Con algunas honrosas excepciones, los músicos, harto reminiscentes, que hoy triunfan en la escena, poseen el funesto privilegio de entristecer a los viejos. Nuestros más caros recuerdos—los de la divina edad en que éramos una promesa—están parcialmente enhebrados en las líneas del pentagrama. No extrañaré, pues, que al escuchar una romanza o un preludio harto similares a otros escuchados durante nuestra juventud, resuene dolorosamente la caja de los recuerdos moceriles, tiñéndose con los arreboles del anochecer. Para cada frase musical evocadora de un episodio regocijado, hay mil que repercuten en el corazón como el eco apagado de un amor sin esperanza o el de alguna noble aspiración malograda. Y sin querer, nuestros párpados se humedecen, a causa del contraste desgarrador entre la postración actual y la triunfadora lozanía del pasado.

Dios mío, ¿por qué no serán más originales nuestros músicos?



Quimérico parece, como ya expresó el viejo Horacio, pretender agradar a todos. Habría que escribir un libro para cada lector, y hasta para cada época de la evolución mental de éste. Como el proyectil, la mejor obra sólo puede herir de lleno un corazón.



Al hojear un libro nuevo, echamos de ver en seguida, si dominamos el asunto, las obras que el autor ha dejado de leer. Y si entre las olvidadas se encuentra alguna de las nuestras, la mortificación del amor propio ensombrece nuestra crítica.

Seamos piadosos y comprensivos, y juzguemos al autor atendiendo a su haber positivo, es decir, a lo que aporta, y no a lo que ignora. Si hubiera explorado hasta apurarlo cuanto concierne al tema escogido, ¿se habría decidido a escribir? ¡Cuántas cosas se han expresado bien por ignorar que siglos antes otros las habían expresado incompleta o mediocrementel



Lo que diferencia al primer golpe de vista el novelista moderno del antiguo es la manera de tratar el paisaje. Con pocas excepciones (Cervantes es una de ellas), los grandes artistas y literatos de la Antigüedad y del Renacimiento sólo dibujaban y describían al hombre. El fondo no les interesaba. Sus protagonistas son seres abstractos, esquemáticos, comparables a esas plantas dibujadas por los naturalistas, las cuales muestran las raíces libres y arrancadas del terreno.



Con plausible sinceridad decía Teofrasto en un banquete al ser requerido a exponer su opinión: «Callo, porque de lo que sé fuera inoportuno hablar, y de lo que fuera oportuno no sé nada.» He aquí el grave inconveniente de la extremada especialización. ¡Cuántos hombres de arte o de

ciencia conocemos que, por ausencia de cultura general, desempeñan desairado papel en las tertulias!...

Bueno y necesario es especializarse, consagrar la vida entera a una obra magna; pero no nos concentremos y abismemos hasta el punto de ser incapaces de apreciar, siquiera sea superficialmente, la labor de los demás especialistas, y aun la frívola y tornadiza actividad de quienes se enorgullecen de carecer de callos en el cerebro y en las manos.



Todos los grandes oradores son escritores, pero no todos los buenos escritores son oradores. Si la elocuencia escrita es estática, la elocuencia hablada es dinámica. La primera aseméjase al cuadro del pintor, donde, como se sabe, el tiempo constituye factor indiferente, por lo menos para el público; mientras que la pieza oratoria remeda la imagen cinematográfica, donde el tiempo entra como condición esencial y decisiva. Estas semejanzas, harto adivinables, adquieren singular relieve cuando, por capricho o causa accidental, la película gira despaciosamente. Lo dinámico deriva hacia lo estático, y la fotografía animada se transforma en serie descosida de imágenes discontinuas. He aquí por qué los conferenciantes premiosos nos parecen escritores ciegos que dictan sus pensamientos.



En general, tienen razón los que afirman que la muerte «es la hora de las alabanzas», pero la tienen también quienes sostienen que «es la hora de las censuras», por aquello de que «a moro muerto, gran lanzada».

Notorio es que las reacciones sentimentales de los apologistas son desacordes, como variados son sus pasiones e intereses. Así, cuando desaparece un literato ilustre, surgen, por lo menos, cuatro grupos de panegiristas:

1.º Los que elogian al muerto sin ninguna mira tendenciosa. Por fortuna, y en honra de la especie, constituyen la inmensa mayoría.

2.º Los que, después de alzarlo en las nubes, procuran molestar o rebajar, por carambola, a sus competidores actuales.

3.º Los que, después de haberle consagrado en vida el más prudente e higiénico de los silencios, lo censuran cobarda y acerbamente, sacando a plaza sus trapos limpios o sucios, a fin de autobombearse y vengarse, de pasada, del desvío del público hacia los imponderables talentos del crítico. Estos tales cometen el sacrilegio de hacer trampolín de un ataúd.

4.º Los que realzan, con entusiasmo fingido, virtudes muy estimables del genial difunto, pero totalmente extrañas a la literatura y al arte. Plagian sin saberlo la anécdota atribuida a cierto literato, quien, preguntado por el valer científico del químico Luna, contestó: «Es un excelente padre de familia».



Con matices que van desde la suave ironía hasta el cruel sarcasmo, casi todos somos algo murmuradores. La primacía corresponde, empero, a los artistas, literatos y músicos. (El mal es tan antiguo y tan repetidamente notado que ya el viejo Hesiodo hablaba de la envidia de poetas y músi-

cos.) Quedar indemne, siendo del oficio, de los poco piadosos comentarios de una peña donde abundan los devotos de las musas, es más dificultoso que escapar ileso de una jaula de tigres famélicos.

Por fortuna, existen consoladoras excepciones; y yo podría citar hasta dos docenas de artistas y literatos que se sienten felices al encomiar a sus congéneres, aunque no pertenezcan a la misma promoción y cofradía. Son venerables reliquias de la edad de oro, conservadas como arquetipos de lo que nuestra especie hubiera podido ser si el diablo, a hurtadillas de Dios, no hubiera puesto sus garras en el barro humano.

Los denegadores sistemáticos de la existencia del alma reconozcan al menos que hay personas que merecen tenerla.



Si quieres dejar algo fuerte, justo y loable, ten la bizarria de escribir como si ningún contemporáneo te hubiera de leer.



El cultivo intenso de la ciencia y del arte es difícilmente compatible con la misión educadora del honrado padre de familia. Cuando se cultivan los hijos, difícilmente se cultivan las ideas, y recíprocamente.



Nunca está uno más despierto, oportuno y ocurrente que cuando, paseando por el Retiro, pronuncia un discurso en-

tre los árboles. En cuanto hay público, hay coacción, y cuando hay coacción la máquina del pensar patina o desbarra. Es que en la peroración pública nos objetivamos; nuestra atención se bifurca perdiendo su concentración y continuidad, porque mira alternativamente al teatro y al actor.

Sin embargo, hay oradores que tienen el singular privilegio de ignorar el escenario, y éstos son los mejores.



Cuando tropiezo con hombres de talento, adversarios de los modernos progresos industriales, políticos y sociales, y nostálgicos de la sencillez arcaica y de la ignorancia primitivas, me acuerdo de esas madres empeñadas en que sus hijos continúen siendo muñecas de carne a fin de acaparar indefinidamente sus caricias.



Alguna vez, al asistir a una recepción académica o a un claustro de Facultad, me he dicho melancólicamente: «He aquí una reunión de compañeros íntimos que se ignoran mutuamente.» Por donde los panegíricos académicos o profesoriales no pasan de ser rituales y fríos ejercicios literarios.



Como hay hombres consagrados de por vida a la defensa de una sola verdad, hay otros votados a un solo error.



Leamos y meditemos para no polarizarnos. La conmoción cerebral debida a la aportación diaria de especies científicas o artísticas, aseméjase a la agitación del agua madre de una solución salina: estorba la cristalización definitiva de las ideas y la petrificación de la máquina pensante.



Ciertos oradores políticos de la clase de abogados evocan a esas pianolas de café, las cuales parecen funcionar espontáneamente, cuando, según es sabido, todo depende de la moneda arrojada al buzón por un cliente melómano. Importa, pues, antes de juzgar a los sedicentes *sembradores de ideas*, enterarse de si algún particular, *trust* o grupo financiero ha sembrado algo en sus bolsillos.



Muchas veces he pensado si el mal no está puesto en el Universo como un tema de trabajo y un incentivo a nuestra curiosidad.



«Seamos un poema vivo», oímos a sabios y educadores venerables. Y, en efecto, fascinados por el ascendiente del maestro, todos procuramos, cuál más cuál menos, responder a tan nobles exhortaciones, ensayando nuestras fuerzas en la epopeya de la literatura o de la ciencia. Por desgracia, el demonio de la herencia y del atavismo, y más a menudo las sugerencias de Plutón y de Mercurio, intervienen y tuercen la vocación, y en lo mejor del sublime cántico «sa-

limos por peteneras». Y perdóneseme lo vulgarísimo y chabacano de la expresión.



Cuando leo en los tratados de estética y de retórica sabias clasificaciones de los géneros literarios y artísticos, rememoro, sin querer, mis solitarios paseos primaverales por el Jardín Botánico. Encuentranse allí cuadros de plantas perfectamente deslindados, en cada uno de los cuales se alza una vara portadora de nombre latino. Mas llegado el florido mayo, las especies de un cuadro asaltan sin miramiento las nacidas en otro, como vengándose del clasificador; hasta el humilde *gramen* del sendero y el vulgarísimo *diente de león*, de amarillas flores, irrumpen en los macizos; en fin, no faltan plantas trepadoras que atacan audazmente los doctos letreros, envolviéndolos con su irreverente hojarasca. Es la naturaleza fecunda, espontánea y variada, que protesta contra la tiranía de la discontinuidad encasillada y combate briosa en pro de la continuidad y la libertad.



El gran enemigo del viejo es el cerebro. El intelectualismo, durante cuyo reinado nos hemos formado casi todos, ha atiborrado sin miramiento alguno nuestra cabeza de conocimientos y, lo que es más grave, ha creado en nosotros la tiranía del trabajo incesante.

Llegada la senectud, el hábito de la lectura se exagera. Abandonados de los hombres, nos refugiamos en los libros. El monstruo cerebral, desoyendo los ayes del corazón y de

las arterias, sigue tragando ideas que no puede digerir. Al fin llega, con la trágica apoplejía, el silencio solemne y definitivo. La cultura que nos enseñó a vivir, acaba por matarnos.



De cada vez me inspiran las cuartillas más supersticioso terror. Hubo un tiempo en que se ennegrecían rápidamente salpicadas de frases arrogantes y de juicios atolondrados. Hoy, por el contrario, permanecen ante mí largo rato inmaculadas. Cerrados los ojos, aparecen en la fantasía cual blancos *glaciares* refrigerantes de mis entusiasmos.

¿De qué voy a escribir? Cuanto bulle en mi mente es inactual; a nadie interesa. Ciertos recuerdos demasiado íntimos acaso interesaran demasiado; mas por eso mismo fuera indiscreto referirlos. Narrar sucesos y episodios regocijantes, no cuadra bien a quien peina canas. Sólo Cervantes y unos pocos genios como él alcanzaron la dicha suprema de cultivar el humorismo en plena senectud. Un joven puede decirlo todo: tiempo habrá de rectificar ofuscaciones, errores o ligerezas. Un viejo debe aspirar a ser grave y definitivo, pues le faltará tiempo para escribir su fe de erratas.

Si las fuerzas no flaquean demasiado, lo más cómodo y socialmente loable para el anciano es continuar y desarrollar la obra iniciada en la juventud. Y si se considera débil y agotado para la función creadora, escriba sus recuerdos, contando a sus discípulos, para ejemplar enseñanza, cómo realizó la ardua empresa que le condujo al éxito y a la fama.



Procuremos agradar e instruir; nunca asombrar.



Encerrarnos, por exquisitos y refinados, en la consabida *torre de marfil*, puede conducirnos a la lúgubre soledad de la *torre del silencio* (1).



La realidad desborda de toda frase harto concisa, como licor escanciado en minúscula copa.



Lo último que se nos ocurre es la idea más sencilla y la expresión más natural.



Desconfiemos de las improvisaciones. Obra del inconsciente, constituyen algo así como la descarga no inhibida del automatismo cerebral: en ellas las ideas suelen seguir la dirección de la menor resistencia, substrayéndose, por lo común, a la alquitara de la lógica y a la turquesa de la forma sobria y expresiva.



El mejor estilo sería el absolutamente impersonal. Estoy por decir que sería preferible carecer de él. Desgraciadamente, y dejando aparte el imperio de la moda, cada cabe-

(1) Sabido es que así son llamadas las torres donde los *parís* de la India abandonan los cadáveres para carnaza de cuervos.

za es un mundo nuevo comparable a un continente o isla alejada, que encierran fauna y flora un tanto desemejantes. Por eso, ni hablamos del mismo modo ni acertamos siempre a comprendernos.



Preferible será siempre ser personal en las ideas a serlo exclusivamente en el estilo. Porque las ideas quedan y el estilo envejece.



Un antifeminista.—Hay escritoras que, como Jorge Sand, reflejan en cada libro las ideas y sentimientos del amante de un día.

Una feminista.—Pero son infinitamente más numerosos los literatos, filósofos y políticos que reflejan en sus actos y escritos los histerismos y caprichos de sus mujeres queridas.



Ciertos escritores heterodoxos parecen blasonar de incrédulos con el exclusivo fin de granjear los provechos de una conversión fulminante y aparatosa. El sincero heterodoxo oculta sus convicciones, en parte por respeto a sus conciudadanos, y, sobre todo, porque sabe de sobra que, al propalarlas, el mundo no habrá de modificar su ruta ni aliviar sus miserias.



En materia de escuelas y procedimientos artísticos, escojamos la diagonal entre las contrapuestas tendencias. Que

así como en el ir y venir de la marea hay algo constante, el nivel medio del mar, en el ir y venir de las modas artísticas existe también una constante: lo aprobado por el juicio de las personas de buen gusto.



Hay literatos tan violentos e injustos, que ni siquiera logran hacernos dormir. Alborotan tanto, que nos desvelan.



Cuando leo las extravagancias de imaginación y de forma de ciertos poetas noveles, rememoro las sabrosas confidencias epistolares de Zola a su amigo Valabriègue: «Hoy soy conocido; se me teme y se me injuria; estoy clasificado entre los escritores cuyos libros se leen con espanto. He aquí la suprema habilidad.»

Ciertas campañas de *Le Matin* y otras menos ruidosas de *Le Figaro*, parecen inspiradas en los precedentes sentimientos. Ninguno de nuestros periodistas ignora que Ville-messant, el director de este último periódico, solía decir a sus redactores: «Es preciso aturdir al público por algo inesperado.»

Mas nosotros, simples e ingenuos lectores, en quienes poetas y noveladores *ultraistas* ensayan, como *in anima vili*, sus audaces experimentos, haremos bien en apartarnos del rebaño de los *aturdidos*, para esperar tranquilos el paso de la nueva cabalgata.



Favorecemos demasiado, en ocasiones, a un escritor reminisciente, calificándole de *plagiario*... ¡No!... ¡Coincide mucho porque lee poco!



Cultivador de la paradoja, a semejanza de muchos ingenios superiores, Renan afirmaba formalmente «que el arte está destinado a desaparecer».

¡Qué desvarío!... Para que semejante profecía resultara exacta, fuera preciso que la Naturaleza modificara nuestra organización cerebral, tornándola insensible a la belleza, y suprimiendo, por ende, las gratas emociones causadas por la visión de una mujer hermosa, de un paisaje pintoresco, de una excelsa obra de arte y de un acto altruísta y heroico. Es más: la civilización misma, sostenida y aguijada principalmente por el culto a la belleza—la verdad científica no es sino la belleza útil—, caería pronto en el marasmo y el estancamiento.



Quien todo lo manosea todo lo mancha.



Casi todos nuestros grandes ingenios han pasado, como el Guadiana, por tres fases: curso a plena luz, eclipse y reaparición. Y lo más triste es que el nuevo alumbramiento ha sido casi siempre obra de justicia y comprensión del extranjero.



Conocerás al escritor español modernista en que no cita a ningún ingenio de la precedente generación, y sólo rara vez a los talentos literarios del siglo de oro.

Semejante conducta constituye uno de tantos síntomas de ese anárquico y cerril individualismo, secular estorbo de nuestra unidad espiritual y de la elevación cultural y política de España. ¿Quién se esforzará por crear algo grande al advertir cómo los buenos son menospreciados u olvidados? Tan inveterado y profundo es el mal, que se remonta, por lo menos, a los tiempos de Cervantes, el cual, por caso peregrino, alabó generosamente en el *Quijote* y en su *Viaje al Parnaso* a muchos poetas contemporáneos, de quienes era cordialmente menospreciado.

¡Qué pena da encontrar en *El Criticón*, de Gracián, alusiones tácitas y despectivas al *Quijote*, y silencios más crueles aún en los libros de Lope de Vega, los Argensolas, Tirso de Molina, Saavedra Fajardo y otros muchos autores coevos o sucesores inmediatos del manco inmortal...



¡Oh, los inmutables cánones estéticos de los preceptistas!... Acaso no varíen mucho en los libros; pero en el mundo de los que escriben y leen... Sin insistir en esta verdad trivial, contentémonos con citar un solo ejemplo: *El solitario del monte salvaje*, de d'Alincourt, novelista que encantó a nuestras madres y abuelas y arrulló nuestra niñez (fué seguramente la primera novela que yo leí), produjo millones a su autor y 50.000 duros al traductor español.

¿Habrá hoy lector capaz de complacerse con semejante ñoñez?



En un artículo de *La Libertad*, y con motivo del melancólico ocaso de la fama de Fortuny, deploraba el insigne escritor D. Antonio Zozaya lo efímero y deleznable de la gloria de los artistas. «Todos ellos—decía—deben saber que llevan una Itálica en el cerebro.» Mas el maestro de elegantes estilistas, detenido por escrúpulos de noble delicadeza, no exteriorizó claramente cierto sentimiento que, sin duda, pugnaba por asomar a los puntos de su pluma.

Yo lo expresaré aquí sincera, franca y rudamente; porque ese penoso sentimiento hizo asomar muchas veces las lágrimas a mis ojos y crispas mis puños de patriótica indignación.

Diré sin ambages, pues, que tiemblo cada vez que un pintor español trabaja para la exportación. Desde Fortuny (que no extremó demasiado la nota antiespañola) hasta Zuloaga, pasando por una serie lamentable de guisanderos de *espagnolades*, nuestros artistas transpirenaicos no han hecho sino calumniar descaradamente a su patria, fomentando la odiosa leyenda de una España yerma y trágica, donde sólo han brotado, como cardos en estepa, inquisidores, toreros, bandidos, chulos y danzarinas. Con una obstinación sólo comparable a su inconsciencia (o a su cuquería), estos pintores de pandereta hacen cuanto pueden por contrariar la fecunda labor de una falange de estudiosos—y también de concienzudos escritores y artistas—noblemente empeñados en borrar la visión afrentosa de un pueblo de opereta, y abatir las cumbres del Pirineo espiritual que nos separa de Europa.

Pero seamos piadosos. Dichos lamentables artistas acaso sientan—deseo creerlo—hondos remordimientos, cuan-

do, acuciados por la necesidad o por el ansia de precipitada nombradía, muestran a los extranjeros en sus cuadros caricaturescos, como típico y general, lo que no pasa de ser excepción dolorosa, grotesca y abochornante.



A propósito de lo cual, permitaseme un desahogo y una confidencia.

Durante mi infancia y adolescencia deploré muchas veces que la férrea voluntad paterna contrariara mi pasión por el arte de Velázquez. Mas hoy, al observar con asombro cómo, fascinados por las modas absurdas importadas del extranjero, pintan muchos de nuestros jóvenes artistas, alégrome de haber virado oportunamente. Porque, subyugado, en cuanto al estilo, por los excelsos modelos del realismo clásico español, y, en cuanto al fin, por el imperativo de un patriotismo fogoso y constructor, habría candorosamente trasladado al lienzo las inefables bellezas de nuestro paisaje; el misterioso encanto de nuestros templos; las patriarcales y pintorescas costumbres de nuestras aldeas; la efigie de nuestros eximios pensadores, sabios y artistas; la fecunda y redentora actividad de laboratorios, campos y fábricas...; en fin, cuanto significa estímulo, recuerdo o tradición confortadores, o representa germen y promesa de una España magna, culta y respetada. Para lograr lo cual habría procurado obstinada y briosamente aunar la espiritualidad con la verdad; la belleza y exactitud del matiz, con la justeza y modelado del dibujo; el conocimiento de la teoría de las bellas artes (consignada en los libros clásicos de

Brücke y Helmholtz), con los artificios y virtuosidades de la técnica...

Y, aun suponiendo que mi destreza hubiera correspondido a mis buenos deseos, el desencanto habría sido terrible y desconsolador el fracaso. Doy por seguro que mi *manera* pictórica habría sido execrada por *arcaica, académica, clásica y realista*, y que en su furor dogmático, los nuevos definidores me habrían relegado, en calidad de portero o de mozo, al hermético lazareto donde hoy languidecen, silenciados o escarnecidos, todos los grandes y sólidos prestigios de la pintura española.



El mejor libro es precisamente aquel que las circunstancias o el medio social impiden escribir. ¡Qué admirable y originalísima biblioteca, así en lo filosófico como en lo literario, atesoraría nuestra patria, reuniendo los libros que nuestros ingenios clásicos y aun contemporáneos no osaron lanzar a la publicidad!



Mientras nuestro cerebro sea un arcano, el universo, reflejo de su estructura, será un arcano también.



El paradjista y excéntrico Oscar Wilde asegura «que la naturaleza imita al arte». He aquí un aforismo que se diría inventado por modistos, peinadoras y jardineros. Conven-gamos en que, conforme demuestra la paleontología y la prehistoria, en cuanto el hombre y demás creaciones de la

vida animal y vegetal aparecieron, obstináronse extrañamente en asemejarse a sí mismos, y eso desde las remotísimas edades en que o no existía el arte o se limitaba a remedar groseramente bisontes, caballos y elefantes. ¿No sería más exacto, aunque menos brillante y rotundo, afirmar que si en ciertos dominios muy limitados, la naturaleza parece imitar al arte, es sencillamente porque el arte comenzó por imitar a la naturaleza?



Todas las grandiosas síntesis filosóficas, esos magníficos ensueños de la imaginación constructiva, han sido defendidos por entendimientos superiores. No queda a los modernos pensadores ni aun el consuelo de explanar un sistema nuevo, coherente y suntuosamente decorado. Y acaba uno por excusar y hasta compadecer a quienes, pudiendo escribir un libro de metafísica trascendental, se limitan a exponer modestamente la historia del pensamiento humano y la crítica de sus extravíos. Decididamente la época de la alta filosofía ha pasado. O mucho me equivoco, o la filosofía del porvenir se reducirá, como pensaba Spencer durante la época darwiniana, a una síntesis luminosa, con atisbos proféticos, de las magnas teorías científicas.



Nietzsche, tan encomiado por muchos de nuestros literatos, fué un Atila teórico que escribía con el refinamiento y sutileza de un ateniense.

—¿No le asusta a usted pensar—me decía un admirador suyo—lo que habría sido de Europa si este genio ultraaris-

tocrático y ultraindividualista hubiera dispuesto de los soldados de César, de Aníbal o de Napoleón?

—Dispéñseme usted—le contesté—. En mi sentir no habría ocurrido nada. Su primera salida quijotesca le habría conducido al hospital. Porque los verdaderos héroes de la voluntad dispusieron de un cerebro muy firme, poco emocionable y limpio de pretensiones filosóficas y literarias.



En tono confidencial, decíame cierto crítico ilustre—cuyo nombre callo por discreción—cierta frase que corre entre la novísima escuela de pintura: ¡Si será arcaico, rutinario y servil el pintor A, que pinta retratos que hasta se parecen algo a los originales!.. Esto es abdicar vergonzosamente de nuestra personalidad.



Aunque sea humillante para nuestro orgullo, ello es que, salvo excepciones, nuestros más vehementes admiradores son personas que no se han tomado la molestia de leernos.



Quiénes se extrañan de que la historia sea fragmentaria e insincera, ¿escribirían la propia completa e ingenuamente? De ordinario, toda autobiografía se reduce a una colección de nenúfares recogidos en un pantano.



Se ha dicho muchas veces que el animal humano es esencialmente trágico.

Donde más resalta esta cualidad (bien conocida de los dramaturgos y novelistas), es en las películas de largo *metraje*. Reparad cómo las angustiosas persecuciones de los inocentes protagonistas duran semanas (películas de serie), mientras el epítalamio final no pasa de algunos segundos. Decididamente nos aburre el espectáculo de la felicidad, como si en el curso de la vida real no fuera acontecimiento rarísimo y extraordinario.



¿Qué es un libro nuevo para un crítico? En la mayoría de los casos, un vistoso pedestal para exhibirse. Hay tal cual crítico, sin embargo, que estudia la obra de un novicio con modesta y austera objetividad, como estudia el naturalista al microscopio un nuevo lepidóptero.



Mucho se equivocaba De Maistre cuando escribía que la música está sujeta a la moda y la pintura no. «Los cuadros de Rafael—decía—serán siempre un encanto para la posteridad.»

Desgraciadamente, hay modas en todo: en filosofía, política, música, literatura, escultura, etc. Si escrúpulos de respeto histórico o el temor a la coacción de los doctos no les detuvieran, ¡con cuánto placer, cubistas, simbolistas, futuristas, etc., quemarían el museo del Prado—a lo Marinetti—aunque no fuera sino para que nadie pudiese comparar los esperpentos artísticos de hoy con las sublimes creaciones del pasado!...



A quienes estiman que el finísimo detalle, el acabado del claro-oscuro, y los primores del color y del dibujo, pasmo de la vista, son incompatibles con la reproducción del carácter y del alma del modelo, yo les preguntaría: ¿cuando os miráis al espejo y contempláis ese trasunto portentoso de la vida mental, tan prolijamente fiel, que llega a lo microscópico, ¿perdéis acaso el alma y el carácter?



En el sucesivo naufragio de las reputaciones literarias, ¿qué autores flotarán al fin? Poquísimos. Acaso los que acertaron a crear tipos humanos universales sobria y elegantemente exornados y, sobre todo, los anecdóticos y costumbristas. Animal curioso por excelencia, el hombre apetecerá siempre bucear la vida íntima, las efusiones pasionales, las preocupaciones religiosas y políticas, y en fin, las costumbres más o menos paradójicas de sus antepasados.



Clasificación de leñador.—Cuando veo en los libros de nuestros jóvenes intelectuales—entre los cuales, justo es reconocerlo, hay capacidades notabilísimas—distribuir desenfadadamente literatos, políticos y artistas por capas o generaciones (*la generación del 69, la del 98, etc.*), evoco sin querer a un botánico que, al explorar un bosque, adoptara por norma taxonómica la edad de los árboles, clasificándolos en jóvenes, maduros y viejos, prescindiendo de los clásicos y seguros criterios de especie, familia y géne-

ro, basados en la morfología y estructura de tallos, hojas y flores y en el todavía más expresivo de los frutos.



Tomamos a menudo como profundos pensadores a quienes según se cuenta del francés Cousin, no fueron sino retóricos estupendos e imaginaciones acaloradas.



El pesimismo sistemático de ciertos escritores, más que actitud crítica belicosa, acusa deficiencia digestiva o insuficiencia hepática.



¡Cuán escasos los libros de texto redactados para los discípulos! Es que, al escribir, nos colocamos inconscientemente en la presidencia de una Academia o en el estrado de la cátedra, en vez de sentarnos sentados en los duros bancos del aula, oyendo a un profesor bregando heroicamente por inculcarnos una doctrina abstrusa.



No os alarméis de las sangrientas excentricidades de ciertos escritores humoristas que no lo parecen. Imitan las bromas macabras de un M. Twain o las farsas truculentas de Maupassant, el cual decía a un amigo: «He comido carne de mujer; es exquisita; volveré a probarla.» Esta clase de mixtificaciones que hoy nos sorprenden, tuvieron en Grecia un precursor ilustre. Nada menos que el filósofo Bion, el cual, viéndose denigrado, contaba seriamente: «Mi

padre fué liberto y se limpiaba las narices con el codo. Era Boristenita y no tenía rostro, sino en él un letrero esculpido con la marca de su asperísimo dueño. Mi madre era una del lupanar, como correspondía a tal hombre. Habiendo mi padre cometido no sé qué cosa contra los banqueros, fué vendida su casa con todos nosotros, etc.» (1): ¿Quién no ve aquí el germen de la graciosa y fingida autobiografía de Mark Twain (*Narraciones humorísticas*)?

(1) *Diógenes Laercio*: Traducción de José Ortiz, 1887.

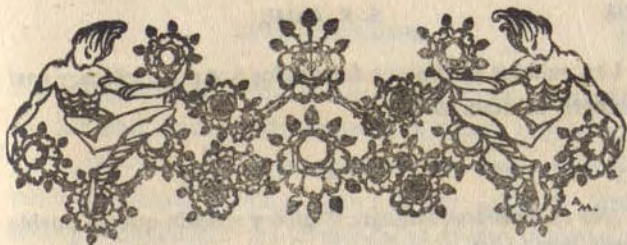


Descripción de la planta. El tallo es erecto y
 la flor blanca. El fruto es una baya que
 contiene una sola semilla. Se cultiva en
 los jardines y en las huertas. Es una
 planta muy común en España.

Nombre científico: *Malva sylvestris*
 Nombre vulgar: Malva



Descripción de la planta. El tallo es erecto y
 la flor blanca. El fruto es una baya que
 contiene una sola semilla. Se cultiva en
 los jardines y en las huertas. Es una
 planta muy común en España.



CAPITULO X

SOBRE POLÍTICA, LA GUERRA, CUESTIONES SOCIALES, ETC.



ADA más fácil que diferenciar en el orden político un inglés de un español. El primero cree que su primordial deber es mantener el Estado; mientras que el segundo cree que el Estado debe mantenerle a él.



Las naciones mejor alimentadas no sólo producen los mejores soldados, sino las más altas genialidades.



Con alguna excepción, en los países de grandes árboles abundan los hombres grandes y los grandes hombres.



Los pueblos fácilmente derrotados son poco leídos, y casi siempre calumniados.



¿No es monstruosamente ilógico y suicida que un pueblo débil, rodeado de poderosas naciones, abogue por el derecho de la fuerza, en lugar de proclamar la fuerza del derecho? Pues semejante absurdo se ha defendido en España, afortunadamente no por todas las clases sociales, sino por las que, sin duda por ironía, se proclaman acérrimas defensoras del espíritu cristiano.



Estimo que en la manoseada frase de Hobbes «el hombre es lobo para el hombre», se calumnia un poco al lobo. Ambos poseen el instinto de matar; pero el lobo devora para saciar el hambre y no para satisfacer sus ansias de dominio. Además, el «hermano lobo», como decía San Francisco, no se degrada hasta el punto de formular una cínica teoría para justificar sus crímenes (1).



No creeré en nuestra decantada tolerancia religiosa (y no me refiero solamente a España) mientras no vea que los templos sirven, por turno cordial y pacífico, para las preces y ceremonias de católicos, protestantes, musulmanes, judíos, teósofos y espiritistas.



(1) No se olvide que muchos de estos pensamientos se escribieron durante la monstruosa guerra europea. Algunos traducen estados emotivos violentos hoy trasnochados y casi olvidados.

A la manera de las plantas son los hombres: vegetan en paz mientras viven apartados; mas, en cuanto forman bosque, y, por tanto, se apiñan demasiado, luchan encarnizadamente por la luz, el aire, el agua y la tierra. No sin razón se ha podido afirmar que la moralidad de una ciudad está en razón inversa del número de sus habitantes.



Nada hay como viajar por el extranjero para conocer a fondo el propio país. A veces la verdad salta a los ojos al reparar en minúsculo detalle. Vaya un ejemplo:

En mis correrías por los Estados Unidos e Inglaterra, he advertido las siguientes particularidades reveladoras de algunos de nuestros defectos capitales:

1.º, las casas carecen, por lo común, de balcones exhibidores de damiselas ociosas; 2.º, faltan o son rarísimos los cafés donde nosotros gastamos el tiempo en divagar y murmurar; 3.º, a la vista de un ente estrafalario o de un fútil accidente de carruaje, los transeuntes no forman corros; 4.º, y, en fin, los estudiantes y demás gente moza marchan de prisa, sin entretenerse en mirar ni perseguir a las mujeres.



Llamar *parásitos* a los explotadores de la política es frase de dudosa exactitud, y además mortificante para muchos humildes representantes zoológicos. La mayoría de los parásitos animales gastan con sus víctimas miramientos lindantes con la piedad. Para no ser demasiado onerosos o harto nocivos al huésped, se han atrofiado, según di-

jimos más atrás, sacrificando abnegadamente órganos tan importantes como las mandíbulas, los ojos, el ganglio cerebroide, las patas y, a veces, hasta el intestino. En cambio, el parásito político ha conservado, cuando no fortalecido, todos sus instrumentos de nutrición, expoliación y dominio, esto es, sus garras, sus dientes, su lengua, su estómago y sus malas pasiones.



Los males inveterados de España, señalados en parte por Malladas, Macías Picavea, Costa, Ortega Gasset, Grandmontaigne, Unamuno, Maeztu, *Azorín* y otros, obedecen, a mi ver, a tres condiciones principales: 1.^a, a que cada institución o clase social se estima como un fin, y no como un medio, creciendo viciosa e hipertróficamente a expensas del Estado; 2.^a, a que, salvo contadas excepciones, nadie ocupa su puesto: los altos cargos políticos, militares y administrativos se adjudican a gentes sin adecuada preparación, con tal que pertenezcan al partido imperante, por donde adviene su rápido desprestigio; 3.^a, a que, cualesquiera que sean las culpas, fracasos e immoralidades de los poderosos, jamás se les inflige ninguna sanción, ni aun la del ostracismo. Sólo en la desventurada España, según se ha repetido hasta la saciedad, se da la monstruosa paradoja de galardonar con ascensos las derrotas, imprevisiones e insensateces de los próceres de la política o de la milicia (1).

(1) A quienes parezca exagerada esta última observación invito a que rememoren las causas reales (no las alegadas por los fracasados o sus valedores) de la pérdida de las Colonias, de la *Semana trágica*, de Barcelona,

Diversos naturalistas, singularmente Deperet (1), han hecho notar que la desaparición rápida de los grandes reptiles y batracios de la era secundaria, y de los colosales mamíferos de la terciaria, se debió principalmente a su progresivo aumento de corpulencia. Es indudable que en estos titanes del mundo zoológico se produjo, conforme acreditan sus sendos esqueletos, una inarmonía o defecto de correlación orgánica: los músculos, las patas, la cola, el hocico, los colmillos, etc., crecieron enormemente, convidando a los organismos inferiores, siempre avizores de los descuidos de la alta vida, con extensísimas superficies de ataque; mientras que el cerebro, centro supremo de la defensa individual, achicóse proporcionalmente de día en día.

Tal ocurre, y ha ocurrido siempre, con los grandes imperios. Caen y se desagregan siempre, no sólo por estar mal gobernados, sino también por alcanzar excesiva magnitud. Así se derrumbó el formidable imperio romano. Destruído el poderoso cerebro que era el Senado, y reducido, con emperadores absolutos, frecuentemente odiosos o imbéciles, a exigua e inconsciente médula espinal, se vino a tierra en cuanto fué simultáneamente atacado por diversos puntos de sus dilatadas e indefendibles fronteras. Así ha caído Rusia, devorada por microbios interiores y exterior-

y del *Barranco del Lobo*, de la tragedia de Anual, así como los impensados lauros cosechados por sus autores directos, que no fueron siempre, dicho sea en justicia, los ministros civiles. A estos últimos sólo se les puede censurar por su inhibición o dejadez al abandonar a la iniciativa de generales bravos pero imprudentes la resolución de transcendentales problemas de gobierno. Pero acerca de esto, algo he dicho en mi autobiografía al narrar mi viaje de 1899 a los Estados Unidos.

(1) *Les transformations du Monde animal*, 1916.

rés; así ha quedado postrada y amenazada de disolución Alemania, no obstante sus esfuerzos heroicos por organizar un cerebro rector y administrativo admirablemente adecuado a la extensión del territorio. Así se descompondrán, al fin, la China y hasta los Estados Unidos, una vez saciada su ambición imperialista con la explotación y dominio de Ibero-América (1). De donde se infiere que sólo ofrecen garantía de estabilidad las modestas nacionalidades, ajenas al peligroso imperialismo, y en donde el gobierno guarda sabia y eficaz proporción con el organismo a gobernar. La pequeñez distrae o atenúa el ansia de dominio, como la exigüidad de las especies zoológicas actuales previene los peligros de extinción, fatales a los monstruosos vertebrados de la época secundaria.



Si se descubriera un suero para hacer prudentes, pacíficos y morigerados a todos los hombres, habría que prohibir su venta, para que la humanidad no cayera en el marasmo ó en la estolidez.



Dos cosas excelentes tuvo España: santos y soldados. Los santos han desaparecido definitivamente, y los solda-

(1) Por excepción, la nación inglesa, siempre atenta a las lecciones de la historia, parece haberse preocupado seriamente de la estabilidad de su vastísimo imperio. En primer lugar, a fin de evitar el grave inconveniente de la extensión desmedida de sus fronteras, ha creado insuperable marina, y ha concedido plena autonomía a sus colonias, y, en segundo lugar, en vez de simplificar excesivamente su sistema nervioso central, encarnándolo en un rey absoluto, ha robustecido por cada día su cerebro rector, simbolizado por la doble Cámara de representantes meticulosamente escogidos entre los más esclarecidos patriotas.

dos, según marchan las cosas, están a punto de acabarse y de acabarnos.



Difícil es el arte de tratar a los hombres. El *homo sapiens*—vamos al decir—es un mamífero salvaje, cruel y egoísta; sin embargo, tiene algunos buenos momentos en que se olvida de sí mismo. Aprovechémoslos para domarle, instruirle y persuadirle.



En política, todo bestia es peligroso mientras no demuestre con hechos su inocuidad.



Casi todos los males de pueblos e individuos dimanar de no haber sabido ser prudentes y enérgicos durante un momento histórico, que no volverá jamás.



Miro con simpatía las justas reivindicaciones del socialismo contra la burguesía; mas al reflexionar sobre las consecuencias del triunfo de las ideas de Marx y de Lasalle, asáltanme algunas dudas y no pocos recelos.

Aplicado el consabido rasero nivelador, ¿no correrá peligro el cultivo intenso de la ciencia, de la filosofía, del arte y hasta de la invención industrial, causa inmediata de la prosperidad y exceso de población de Europa? (1).

(1) El caso de Rusia, donde los sabios han sido asesinados o viven en la miseria, ha confirmado estos temores. Expresados hace varios años, se han convertido en profecías. El pueblo, salvo excepciones, considera a los intelectuales, los científicos e inventores (los seres más heroicamente trabajadores que existen) como una casta despreciable de burgueses o de acólitos de la burguesía.

Cuando, conforme a la aspiración del proletariado, todos tengan obligación de trabajar, ¿se trabajará lo suficiente para evitar la penuria y el hambre generales?

Las masas obreras, compuestas en buena parte de anal-fabetos, para quienes no hay más vida deseable que la puramente vegetativa y tal cual recreo harto poco espiritual, ¿qué harán el día del triunfo con las Universidades, los Museos y las Bibliotecas?

Sabios doctores tienen las Iglesias socialista y comunista que nos tranquilizan, garantizándonos el advenimiento de una nueva edad de oro. Está bien. Pero ¿serán ellos quienes dirijan? ¿La gobernación del Estado no parará en manos de los peores? ¿Podrá evitarse que, desaparecidos o aflojados los grandes resortes de la invención y del progreso, caiga la sociedad nueva en el marasmo y la mediocridad, reproduciendo ese lamentable estacionamiento de los insectos comunistas (abejas, hormigas y termites), creado y mantenido hace millones de años, es decir, desde el período carbonífero o poco después?

Y si tales vaticinios se cumplen, ¿valdrá la pena de vivir?



Tener razón antes de tiempo es una herejía que se ha pagado muchas veces con el martirio.



La lucha milenaria entre el microbio y el hombre se reduce a esta sencilla cuestión: ¿quién domestica a quién?



¡Felicísimo país el nuestro, en donde la casaca ministerial, la toga y el blasón no delinquen jamás!...



Hallo natural que los traviesos vividores de la política— en España son legión—se cobijen bajo la sombra de los políticos austeros, porque, además de saciar sus apetitos, pasan a los ojos del vulgo por personas decentes.



A la hora de discutir, la posición más fuerte es la del escéptico; pero a la de obrar, la más firme es la del creyente. Una sociedad bien organizada debe ser dirigida por escépticos tolerantes y patriotas, y defendida por fanáticos irreductibles. ¿Qué se diría de un piloto que al luchar con la borrasca abandonara el timón y se encomendara a la Virgen? (*).



Se ha dicho hartas veces que el negocio es el dinero de los demás. De igual modo podría afirmarse que el poder y la felicidad son el infortunio y la angustia de los otros.



No sé por qué, cuando oigo el tópico manido de la «alianza entre el altar y el trono», me acuerdo del previsor *paguro*, que lleva montada una *actinia*. Esta le avisa del peligro, mientras que el crustáceo paga su vigilancia con los despojos del festín.



Aunque sea insistiendo en tema tratado más atrás, reproduzcamos una frase del insigne Cavia, quien afirmaba «que los políticos españoles adelantan en su carrera a fuerza de fracasos, como los militares a fuerza de recibir heridas».

Exacto y desconsolador. Porque, si las derrotas se premian como los triunfos, ¿quién será tan bobo que se exponga a los heroicos sacrificios y a las supremas abnegaciones exigidos por la victoria?

¿No sería bueno seguir aquí la conducta de Inglaterra, que «de vez en cuando fusila un almirante—según frase de Voltaire—para estimular a los demás? (1).



Hay que reconocer, triste y sinceramente, que la grande epopeya nacional, es decir, el conjunto de aquellas altísimas hazañas llevadas a cabo por España en pro de sus vitales intereses, tuvieron remate con el glorioso reinado de los Reyes Católicos y su continuador Cisneros (2). Después, nuestras empresas guerreras fueron empeños egoístas y ambiciosos de la Casa de Austria, que explotó a nuestro país—vivero en el siglo XVI de aguerridos soldados—como dócil instrumento de sus locos ensueños imperialistas. Las incesantes, inmotivadas y agotadoras intron-

(1) Aludía Voltaire al fusilamiento del almirante Byng, a quien se inculpaba por no haberse acercado suficientemente al enemigo.

(2) De ese juicio general, hecho ya por Campomanes y proclamado después por Clemencín, Ferrer del Río, Cáuovas, Costa, etc., escapan, sin embargo, algunas pocas felices iniciativas debidas a soberanos más conaturalizados que Carlos V con las aspiraciones de España, tales como Felipe II y algunos reyes de la Casa de Borbón.

siones de España en la política europea—lo ha expresado muy bien Cristóbal de Reyna—no arrancaron jamás de la entraña nacional ni tradujeron nunca los íntimos anhelos de la raza.

Se ha construido así una *superhistoria* que es a la verdadera historia lo que el bordado a un uniforme. Y en las paradas y desfiles—nuestros historiógrafos están siempre en parada—sólo se ven las cruces y entorchados.

¡Y luego, qué de hipérbolos y de injusticias en los libros de texto! ¡Parecen redactados expresamente para que, juzgándonos heroicos, insuperables e invencibles, nos arroje-mos ciegos a las más locas aventuras!...

Vaya un ejemplo escogido entre mil: Fiado en nuestros insinceros manuales de Historia, estaba yo a los diez y siete años persuadido de que la batalla de Pavía fué ganada exclusivamente por los españoles. Mas la maldita curiosidad me llevó ulteriormente a estudiar en detalle los épicos episodios del célebre combate y me encontré con estas dos sorpresas desagradables: primera, que d'Avalos, marqués de Pescara, generalísimo de nuestros tercios, era italiano, aunque de abolengo español; segunda, que el principal contingente de las fuerzas imperiales que lucharon contra los 30 000 franceses de Francisco I estaba formado por 12.000 alemanes (los españoles apenas pasaban de 6.000), amén de los mercenarios italianos. Preciso es reconocer que los españoles se batieron como leones; con sus ciertos mosquetes derribaron la flor de la nobleza francesa; cautivaron al *rey caballero* y dieron además pruebas memorables de desinterés sufragando de su bolsillo las pagas atrasadas de los tudescos. Pero, ¿por qué no se consigna

también explícita y lealmente el decisivo concurso de los landsquenetes de Jorge de Frundsberg? (1).

Desengañémonos; los mejores tónicos de la voluntad son la verdad y la justicia. Ni es lícito olvidar que si un hombre o un pueblo se consideran, por sugestión literaria, constitucionalmente fuertes, resulta muy difícil constreñirlos a esforzarse para serlo realmente.



Aunque sea insistiendo un poco en el mismo tema, más de una vez nos hemos preguntado: ¿Cómo enseñar patriotismo? ¿Cómo conocernos y conocer a los demás? ¿De qué modo sacar a nuestros políticos de esa inmunda charca en que se agitan y se entreddevoran movidos por mezquinos egoísmos?

Arduo es el empeño, pero urgentísimo, en estos calamitosos tiempos de regionalismos exacerbados y de bancarrotas y liquidaciones de pueblos. Para nosotros uno de los remedios—lo hemos dicho ya—es proclamar la verdad, por molesta que sea, exponiendo ruda y francamente, no sólo en los libros, sino hasta en las paredes de las aulas y de los paraninfos, con las excelencias y méritos, los defectos y

(1) *Fastenrath* (*La Walhalla*, etc.), alemán entusiasta de España, reaccionando vivamente contra el olvido o injusticia de nuestros historiadores (Sandoval, Vera y Zúñiga, etc.), adjudica casi exclusivamente la victoria de Pavía a los mercenarios alemanes mandados por Jorge de Frundsberg. Son muchos también los amigos de España que, en otro orden de actividades, nos reprenden con justicia defectos que empañan nuestras mejores cualidades. Sin acudir a los autores de grotescas y odiosas *españoladas* (algunas imitadas—lo hemos dicho ya—por pintores y escritores españoles), son muy de pensar y repensar las admoniciones fraternas que nos administran, de vez en cuando, Merimé, Farinelli y hasta el fervoroso hispanista inglés Fitz Maurice-Kelly.

fracasos de la raza, aunque suframos el dolor de coincidir con las denigrantes apreciaciones de los Buckle, Tikhnor, Haebler, Bunge, Mad. d'Aulnoy, Montesquieu, Macaulay, Hume, Voltaire, Gustave Lebón, Schulten, etc.

A este propósito es altamente significativo lo que afirma Lebón respecto de España en su libro sobre la *Civilización árabe* (1884). «Para todo cuanto excede de la capacidad vulgar, España necesita recurrir al extranjero. Extranjeros dirigen las fábricas, construyen los caminos de hierro, conducen las locomotoras... La nación española—añade—posee las apariencias externas de la civilización, pero sólo las apariencias, porque la ignorancia es casi tan general como en la Edad Media...»

El cuadro es sombrío y algo injusto, pero—doloroso es reconocerlo—fundamentalmente exacto.

Naturalmente, desde 1884 la nación ha progresado en todos los órdenes de la actividad social. Pero, ¿a qué espíritu reflexivo escapará que en lo substancial, es decir, en la carencia de inventiva y de iniciativas industriales originales, nos encontramos casi estacionados?

Minas, ferrocarriles, teléfonos, radiotelegrafía, constituyen negocios organizados y dirigidos por especialistas extranjeros; la mayoría de los técnicos de nuestras fábricas nacieron en Bélgica, Francia, Inglaterra o Alemania; máquinas complicadas de todo linaje, singularmente cuantas suponen ingenio creador y pericia cinemática (máquinas de coser y de escribir, telares modernos, microscopios y telescopios, generadores de energía hidroeléctrica, construcción de locomotoras y de grandes cañones, de aeroplanos, etc.), de allende el Pirineo o de América nos llegan. ¡Qué más!

hasta en los libros de ciencia y en las obras literarias geniales, pasto habitual de nuestros intelectuales y de nuestros artistas, somos tributarios del extranjero. ¡A qué seguir!...

Deber sagrado e inexcusable de nuestros maestros es pintar con vivos colores a sus discípulos este bochornoso estado intelectual, promoviendo en ellos, aparte la emoción patriótica más viva, la conciencia angustiosa de nuestra inferioridad como nación, y persuadiéndoles de que esas *apariencias de pueblo civilizado* de que nos habla crudamente el antihispanista Dr. Lebón, significan, más que progreso real, vergonzosa servidumbre.



La desdicha de nuestro país consiste, como se ha dicho tantas veces, en que el interés individual ignora el interés colectivo.



Sólo existen tres caminos honestos para alcanzar merecida celebridad: 1.º, crear riqueza; 2.º, pintar o expresar bien las cosas; 3.º, esclarecerlas.

Esta última labor es la más loable y urgente. Resume todas las otras. Cada ley natural desentrañada, equivale a enriquecer nuestro conocimiento del Cosmos, crear nuevos focos de población desbordante y próspera, y mitigar, en lo posible, la desventura del vivir.



Es muy difícil encontrar general codicioso, ministro venal o magistrado prevaricador capaces de aguardar un año para ostentar el fruto de sus claudicaciones. Y así se des-

acreditan por la posta. A bien que en la amnésica España ello importa poco. Poseemos en el mar Cantábrico un Jordar purificador donde nuestros políticos revalidan su averiada virtud y limpian sus blasones.



En el Estado democrático todas las libertades son sagradas, menos una: la negación de la libertad. Y todos los derechos legítimos, menos éste: la deformación mental de los futuros ciudadanos. Respetemos, como algo sacrosanto, los preciosos gérmenes de la raza. Porque ellos no son nuestros, son de Dios.



Los débiles sucumben, no por ser débiles, sino por ignorar que lo son. Lo mismo les sucede a las naciones.



Llegado el duro trance de la guerra, nuestros quijotes políticos parecen tomar como valor actual la energía bélica del pasado, sin considerar que el mundo ha cambiado en torno nuestro, que los débiles de ayer se han hecho todopoderosos y que los héroes de la raza no abandonarán sus sepulcros para combatir por nosotros.

¡Oh, curiosa Clío, de cuántos desastres evitables eres causa!



La mitad de nuestros infortunios guerreros se explican recordando este dicho de Gracián: «Los españoles son valientes, pero tardos».



Quizás en todo el siglo XIX no hemos tenido sino un caudillo dinámico: Martínez Campos.



Contemplaba Marte tristemente la grey humana desde lo alto del Empíreo, y pensaba que, a despecho de su incontrastable poder destructivo, no había logrado todavía ensangrentar sino el haz de la tierra y la superficie del mar. Sintiendo un poco humillado, pidió consejo a la sabia Minerva, y después de algunas instructivas lecciones consagradas a inspirar a los hombres la invención de máquinas de incomparable potencia aniquiladora, los Dioses de la guerra sonrieron satisfechos. Y no tardaron en contemplar con deleite las águilas humanas salpicar de sangre las nubes, y los tiburones humanos enrojecer las profundidades del mar.



En nuestras grandes crisis históricas no han faltado nunca españoles esclarecidos capaces de prever y evitar el desastre inminente. Mas, para nuestra desventura, quienes tuvieron previsión carecieron de autoridad, y quienes gozaron de autoridad carecieron de previsión. Y algunos previsores callaron por cobardía.



España es el país clásico de los precursores. En ciencia, en filosofía, en industria, en arte militar, etc., hemos tenido atisbos, vislumbres, a veces, geniales; pero nuestros sabios, salvo tal cual excepción, carecieron del tesón y per-

severancia indispensables para la ejecución y perfeccionamiento de la obra imaginada.



Nuestros regeneradores, sin excluir al admirable Costa, aspiraron siempre a apoyarse en la amorfa masa neutra, como si la neutralidad sistemática no implicara necesariamente sordidez económica, indiferencia política e incapacidad para el sacrificio. Condición *sine qua non* de la eficacia de un fermento, es su íntima incorporación a la substancia fermentescible. Conviene, a veces, humillarse un poco y convivir con los políticos de oficio, a fin de ver hasta qué punto se les puede trasfundir una conciencia patriótica y en qué medida consentirían la lima, ya que no la avulsión radical de uñas y dientes, clavados en las entrañas del país.

Todo regenerador que aspire seriamente a la eficiencia, debe, pues, convertirse en elemento simbiótico, algo así como el hongo y el alga de los líquenes, y no perder de vista jamás que las acciones a distancia son tan absurdas en física como en política.



La ley de la contrarreacción compensadora rige lo mismo los individuos que los pueblos. La disciplinada y dócil Alemania fué cuna siempre de grandes revolucionarios religiosos, filosóficos y políticos; mientras que España, nación ferrozmente individualista e indisciplinada, fué semillero inagotable de complacientes validos y de sumisos aduladores de la Iglesia, de la Realeza y de la Plutocracia.



Si nuestros políticos del 98 hubieran viajado y conocido un poco la geografía política y la psicología de los pueblos, ¿habríamos perdido las colonias?



Decía Echegaray que «Portugal es un país de aficionados». Este dicho, que recuerda el de Alcibiades, para quien la ruina de las naciones se debe a los semisabios, es harto más aplicable, por desgracia, a España.

Sobre haber contado nuestra vecina en el campo de las ciencias con hombres superiores a los nuestros (recuérdese al matemático Núñez, a Vasco de Gama, a Magallanes, etcétera), Portugal, consciente de su debilidad política, ha sabido conservar sus colonias, no ha caído jamás en el delirio de grandezas, se ha inhibido de la cuestión de Tánger (posible origen de graves complicaciones con Francia e Inglaterra), y ha tenido el fino instinto de escoger las más provechosas amistades internacionales.



Existe un artificio lógico que revela gráficamente el valor moral e ideológico de un pueblo. Consiste en imaginar lo que ganara o perdiera el mundo si, ejerciendo aquél irresistible hegemonía, hubiera impuesto inexorablemente a los demás religión, leyes, costumbres y preocupaciones.

Aplicado a España este criterio, es fuerza reconocer, aunque nos duela en el alma confesarlo, que nuestra intervención en la política europea, salvo algunos casos de legítima e inexcusable defensa, constituyó una rémora de la civilización. Parece indudable que si Felipe II consigue sojuzgar

a Inglaterra, Francia, Italia y los Países Bajos y enfeudar en sus descendientes tan extensos y ricos dominios, se habría retrasado la emancipación del espíritu europeo, y el nombre de España, harto vilipendiado hoy por los extranjeros (1), habría sido eternamente maldecido.



Hay dos métodos clásicos de acordar las libertades públicas: el uno, comparable al servicio de los restaurantes de ferrocarril, consiste en proporcionar el alimento tasado cuantitativa y cualitativamente; el segundo, análogo al servicio de los buenos hoteles, consiste en dejar al arbitrio de cada comensal, y sin restricción ninguna, la elección de la cantidad y calidad de los platos.

Por desgracia, este último método sólo es aplicable a las personas o a las sociedades bien educadas y que tienen la costumbre de comer bien y regularmente.



Vistos a distancia y al través de nuestros prejuicios, todos los grandes reformadores religiosos y políticos se nos antojan algo enfáticos y hasta un poco farsantes. Recuerdan al director de orquesta que, contemplado desde lejos, semeja, a juzgar por sus gestos y contorsiones, un saca-

(1) Esta ojeriza se ha patentizado hasta en las novelas, donde con harta frecuencia, cuando hay que personificar a un estafador, a un asesino o a un fanático, se escoge un español. Citemos como ejemplo típico la novela reciente *Les Don Juan*, de Prévost, donde el único ladrón es un tanguista español llamado Genaz. (Por lo visto Prévost ignora que los tanguistas que vemos en España son casi todos extranjeros y que el nombre de Genaz (extremeño adinerado) no es español.

muelas pregonando específicos. Pero acerquémonos al medio histórico en que vivieron los personajes, oigamos la melodía fascinadora e, *ipso facto*, los farsantes se convierten en apóstoles y los papanatas en catecúmenos.



El hegelianismo, con su doctrina de la identidad de *lo real y de lo ideal*, santificadora de todas las atrocidades de la historia, ¿ha contribuido, conforme sostiene Lugaro (1), a desatar la catástrofe europea? Es muy posible, ya que los desaprensivos teorizantes del pangermanismo fueron en su mayoría secuaces de la doctrina de la inmanencia, como lo eran también en Italia los germanófilos vergonzantes Croce y Gentile.

Creo, sin embargo, que la filosofía y la ciencia, incluyendo los brutales postulados del darwinismo, han sido, a lo sumo, causas predisponentes de la actual hecatombe. Han actuado como el calor, por ejemplo, en las expediciones de las hormigas esclavistas, provocando la descarga de profundos y milenarios instintos. Ni es lícito tampoco olvidar, como motivos segundos de la agresión alemana, la plena conciencia de la culminación de la propia fuerza y la persuasión íntima de la debilidad militar de los aliados.



(1) E. Lugaro: *Idealismo filosófico e realismo político*. Bologna, 1920. Nicola Zanichelli, editore.

¿Puede el hombre, que fué siempre un animal depredador y guerrero (véanse las escenas de nuestros remotos antecesores de las cuevas de Cogul y de Alpera y la psicología actual de los salvajes), adoctrinado, domado y dulcificado por el Evangelio y el Derecho, abandonar de pronto sus profundas tendencias sanguinarias y expoliadoras?

Semejante pregunta equivale a esta otra: ¿Puede el tigre, feroz devorador de presas vivas, inclusive humanas, convertirse de repente en dócil y sumiso animal vegetariano, contrariando así, además de la anatomía y fisiología de su aparato digestivo, instintos irrefrenables adquiridos durante millones de años? El fisiólogo Houssay ha convertido en carnívoras a las gallinas y modificado un tanto sus órganos vegetativos; pero hasta ahora nadie ha logrado el experimento recíproco, es decir, la transformación de un águila en gallinácea.

Desgraciadamente, cada guerra constituye la causa determinante de nuevas guerras. ¿Quién no prevé, para dentro de quince o veinte años, otro choque formidable entre Alemania y Francia? ¿Qué nación obligada a firmar la paz, antes por agotamiento y cansancio que por devoción a la justicia, no considera cual territorios irredentos todos los adjudicados al vencedor? ¿Quién será tan ingenuo que confíe en la acción pacificadora de la anodina, parálitica e incompleta *Sociedad de las naciones*, si cada una de éstas se siente profundamente imperialista y ha crecido precisamente por la secular expoliación de los débiles? La única, harto discutible ventaja aportada por la civilización, el cristianismo y el socialismo, consiste, no en la supresión

de los conflictos bélicos, sino en el retardo del eterno ritmo de paz y de guerra. Digo *discutible* porque la fase de paz o de reposo representa simplemente una preparación más eficiente y metódica para otro choque infinitamente más aniquilador y catastrófico que todos los precedentes (1).

Con lo cual no pretendemos excluir en absoluto la posibilidad de un futuro cambio de los instintos humanos. Acaso la ciencia, que tanto ha contribuido al arte de matar, acabe por convertir al hombre en animal laborioso, solidario y apacible.

¡Mas tan bello ideal brilla tan lejano...



Faltó a Alemania en las horas decisivas de la anteguerra, como nos faltó a nosotros a raíz del desastre del 98, una cabeza fuerte, clarividente e intrépida, con autoridad bastante para moderar las ambiciones de la Corona y contrarrestar la presión insensata e imprudente de la grey militar. ¡Ah!; si Alemania hubiera contado con un nuevo

(1) Ideas algo semejantes fueron expuestas, con escándalo de liberales candorosos y socialistas angelicales, en 1915 (año I, núm. 3 del semanario *España*). Por cierto que, dicho sea de pasada, socialistas y republicanos me gratificaron, a guisa de reprimenda, con el vulgar dicharacho: "zapatero, a tus zapatos". Por desdicha, las profecías de este modesto augur están hoy, en 1922, cumpliéndose o a punto de cumplirse. No me envanezco del acierto. ¡Es tan sencillo afirmar, apoyado en la historia, que el hombre continuará siendo lo que ha sido! Tampoco me arrepiento de haber estampado la criticada frase "el hombre es el último animal de presa aparecido".

Qué pena no ver talentos tan exquisitos como el de Anatole France, caer en la utopía del comunismo, por ignorar, como ya dijo hace más de dos mil años Bionte, que "los malos son muchos". Sólo las naciones débiles practican el pacifismo, hasta que llegan a ser fuertes.

Bismark (1), y la pobre España con la energía de un Cánovas... (2).

La consecuencia práctica de estos errores, sobre todo de la ilusión pangermanista, ha sido consolidar y exaltar la hegemonía de la raza anglosajona, y singularmente de Norte-América, que, en la balanza de la política mundial queda sin contrapeso. De hoy en adelante, como la raza

(1) Quienes atribuyen a los principios políticos de Bismark, mantenidos y desarrollados por sus sucesores, la monstruosa guerra de 1914, parécenme víctimas de ilusión o de apasionamiento. Estimaba demasiado el "Canciller de hierro" su obra suprema de la *unidad alemana*, para comprometerla estúpidamente en una aventura bélica contra cuatro grandes potencias. Los que, después de leer y admirar sus *Pensamientos y recuerdos*, tenemos presente su insuperable cordura para negociar una paz blanca con Austria, a pesar de la victoria de Koeniggratz y de la actitud obstinadamente contraria de su soberano y de los orgullosos generales, decididos a aplastar al Austria y a procurarse la necia y aparatosa satisfacción de una entrada triunfal en Viena (lo que hubiera provocado automáticamente la alianza austrofrancesa o la austrorrusa); los que recordamos su afán constante por atraerse a ultranza la amistad de Rusia, desinteresándose de todo conflicto en los Balcanes; los que admiramos el alto espíritu de previsión que resplandece en esta contestación a Rusia: "que precisaba conservar la amistad entre las grandes monarquías, pues más tenía que perder *enfrente de la revolución* que ganar luchando entre sí"; los que sabemos que en cuantos *casus belli* se le ofrecieron, desde 1870, declaraba que el interés supremo de Alemania, una vez unificada y remediada la *injuria temporis*, era mantener la paz en todas las naciones, incluso con las pequeñas (recuérdese la conducta del canciller en el episodio de las Carolinas, y su actitud en frente del general Boulanger), abrigamos la certidumbre de que, de haber vivido en 1914, habría sido, por amor a Alemania, entusiasta y decidido pacifista, o habría tratado de limitar a todo trance la extensión de la catástrofe.

(2) No estoy muy seguro de que Cánovas, no obstante haber sido la autoridad y el carácter más firme de la Restauración y de la Regencia, hubiera conseguido mantener a raya a los militares y acallar la vocinglería de periódicos y patrioteros. Mis dudas se apoyan en el hecho de que Cánovas, a despecho de sus grandes inteligencias y cultura, había viajado poco y debía de conocer muy imperfectamente la incontrastable energía de los Estados Unidos. Sólo un político de altura la conocía (Canalejas), pero no quiso publicar sus juicios, temeroso acaso de herir, sin provecho, la conciencia popular y el orgullo de las instituciones militares.

eslava o la tudesca no restauren rápidamente sus fuerzas, el planeta tiene un amo: los Estados Unidos.



Todas las naciones han hecho guerras justas e injustas; todas han sido imperialistas y expoliadoras cuando han podido serlo impunemente. Pero sólo conozco un caso de pueblo próspero, desbordante de actividad, ejerciendo en Europa indiscutible y bien ganada hegemonía científica, moral e industrial, que haya tenido la fantasía de hacer la guerra a sus admiradores, discípulos y clientes, sin otro resultado racional y presumible—vencedor o vencido—que sembrar odios inextinguibles y empobrecerse y empobrecer a los demás. Claro es que aludimos a la nación alemana.



Conocedor de las debilidades humanas, daba por descontado que la fantástica riqueza, a costa de España acumulada, por Vasconia y Cataluña, habría de generar, andando el tiempo, con el inevitable orgullo de casta, una progenie de separatistas ingratos y cerriles. Lo que no pude sospechar es la extraña parálisis racial de nuestros opulentos antiespañoles, los cuales, al revés de los amputados que sienten su pierna perdida, parecen o fingen ignorar la existencia de una Vasconia y de una Cataluña francesas e irredentas. ¿Tan extraña conducta, acusa exceso de prudencia o evangélica resignación? (1).

(1) No se tome este juicio por una afirmación de unitarismo extremado; antes al contrario, he mirado siempre con profunda simpatía las legítimas

A propósito de lo cual, séame lícito expresar que estimo peligrosísimo dictar leyes de privilegio en favor de regiones ya prósperas por sus condiciones naturales y densidad de población. Difícil es evitar que el país desbordante de riqueza se considere de raza superior y que, en virtud de esta ilusión de superioridad, no ponga al Estado, tarde o temprano, en la grave alternativa de escoger entre la hegemonía o el separatismo.



La creciente esterilidad voluntaria de la clase media y de la moderna burguesía en Francia y en los Estados Unidos obedece, según se ha dicho mil veces, a móviles egoístas. Enfrente de este fenómeno lamentable, consuela la extremada fecundidad del campesino. Es que para el pobre, el hijo constituye futuro recurso; para el plutócrata, un medio de ostentación, y para el burócrata y pequeño rentista, un sacrificio.



El feminismo u *hominismo*, como decía el malogrado Gómez Ocaña, conduce a un círculo vicioso. Cuantos más de-

aspiraciones regionalistas, y aun autonomistas, de ciertos políticos catalanes, vascos, gallegos, valencianos y aragoneses, a condición, claro es, de salvaguardar, en lo esencial, la santa unidad de la patria. Es más, he expresado en mis memorias sentimientos de gran simpatía a las virtudes del pueblo catalán. Reconozco también con satisfacción que actualmente la mayoría de los autonomistas cultos y previsores saben armonizar su particularismo con el amor y el respeto a la madre común. ¿Pero durarán mucho estos sentimientos de concordia? Los fanáticos separatistas de mentalidad atávica que, con cualquier pretexto, mendigan la protección de Europa o de la naciente *Sociedad de las Naciones*, ¿no suscitarán quizá, con sus impertinentes reclamaciones, estados emocionales colectivos fatales al mantenimiento de la solidaridad cordial de todas las regiones?

rechos políticos y facilidad para el trabajo extradoméstico se otorguen a la mujer, más se apartarán los hombres del matrimonio; y cuantos menos matrimonios, más invasora y exigente se mostrará la mujer, atormentada por el abandono, el sobretrabajo agotante y la imposibilidad de satisfacer, decorosa y legalmente, sus íntimas y sacrosantas aspiraciones a la maternidad. Y aunque las uniones legales no descendan, el niño mal atendido y el marido mal cuidado antes presagian la degradación de la raza que la elevación de su moral y de su capacidad productiva. Lejos, pues, de resolverse el conflicto, se enconará de día en día.



Entre el pequeño propietario rural, elemento básico y conservador de toda nacionalidad, y el proletario de la ciudad, existirán siempre, a despecho de predicaciones socialistas, comunistas y sindicalistas, antagonismos más irreductibles que entre el aristócrata y el pordiosero.



¡La utopía de la igualdad!... He aquí un bello ensueño, contra el cual pugnan solamente dos parvos enemigos: el Universo entero y la evolución de la vida. Repitiendo un lugar común, bien cabe afirmar que en la inmensidad del espacio no brillan dos astros equiparables en masa, composición química, fase evolutiva, etc.; en nuestro miserable planeta jamás se descubren dos paisajes, dos rocas, dos plantas o dos animales absolutamente semejantes. Y, concretándonos al hombre, ¿qué divergencias cuantitativas y cualitativas nos ofrece en las complexiones, la configura-

ción exterior e interior, las capacidades mentales y digestivas, las aspiraciones e ideales, amén de las taras físicas y morales? Ni siquiera es absolutamente igual la composición química de nuestras glándulas y humores orgánicos, según lo patentiza la varia riqueza de las secreciones internas, la diversa eficacia defensiva contra los microbios, y las no menos divergentes reacciones enfrente del alimento o del veneno más o menos nocivos. Gracias precisamente a estas disonancias, somos necesarios los unos a los otros, y nuestras discordes acciones se resuelven en una armonía superior. ¿Cómo, pues, realizar la quimera de la igualdad, que, aun limitada a las esferas del derecho y de la distribución de la riqueza, habría de chocar contra tendencias irresistibles e inmutables de la raza humana?

Si los defensores de la igualdad económica y política alcanzaran el ansiado triunfo, éste sería necesariamente efímero (1). La dalla niveladora, actuando en la pradera social, abatiría las plantas más ingentes, diferenciadas y robustas; mientras que prevalecerían por compensación las hierbas más rastreras y nocivas. ¿Hasta cuándo? Hasta que, llegadas las auras primaverales, renacieran triunfantes las bellas flores segadas por la inconsciencia.



El hombre, se ha dicho muchas veces, es un tejido de contradicciones y antinomias. Por milagro encontraremos un filósofo, un político o un moralista cuyos actos no pug-

(1) Cuando escribíamos esto, no había empezado aún la terrible tragedia rusa con la inevitable inversión de jerarquías.

nen con sus palabras. Dijérase que la *razón pura* habita en un hemisferio cerebral y la *razón práctica* en el otro, y que entre ellos existe, en vez de *cuerpo calloso*, un tabique absolutamente impermeable.

¿Quién no ha conocido materialistas y darwinistas, amantes de la libertad; espiritualistas de toda laya, fanáticos defensores del despotismo; socialistas y comunistas convencidos de su democracia, y—citando un caso reciente—católicos sinceros, idólatras de la protestante Alemania y justificadores del martirio de Bélgica? Y, abandonando el campo de la política y convirtiendo la atención a los filósofos, moralistas y estéticos, ¿hay cosa más curiosa y risible que un Rousseau, apasionado secuaz de los impulsos naturales, arrojar sus hijos a la Inclusa; un Schopenhauer, defensor del suicidio, huyendo desesperadamente del cólera; unos idealistas como Kant y Fichte, negadores de la realidad del mundo exterior, comportarse en la mesa, en la tertulia y en la cátedra, como si los manjares, los amigos y los discípulos no fueran meras proyecciones del *yo*; un Ruskin, adorador ferviente de la virginal belleza del paisaje y flagelador implacable de fábricas y caminos de hierro, viajar guapamente en ferrocarril?

Si las numerosas excepciones no detuvieran nuestro pensamiento, sentiríamos la tentación de afirmar que toda doctrina filosófica o social representa, además de un fantasma ideal complementario del *yo* real, un desagravio rendido a la razón por nuestros peores instintos.



Me apena la frase fanfarronamente hiperbólica, atribuida a nuestros mayores, de «que el sol no se ponía jamás en los

dominios de España»; porque el desdén o el menosprecio del Extranjero podrían contestarnos (en realidad se nos ha dicho ya) que, por compensación bochornosa y denigrante, jamás alboreó el sol de la ciencia en nuestros cerebros.



La energía potencial tiende a convertirse en actual. He aquí un principio tan valadero en termodinámica como en política. Todo órgano propende a ejercer su función específica. Confiar, pues, en mantener indefinidamente sumisas y pacíficas escuadras y ejércitos poderosos, es como esperar que el río, canalizado y enfrenado por esclusas, pero acrecido bruscamente por la tormenta, no rebase su cauce, asolando vegas e inundando poblados.



¡Cuánto ganaría en eficacia, comprensión e idealidad la menguada política de nuestro país si rigiera una ley en cuya virtud se denegara irrevocablemente la elevación al Gobierno de todo candidato en quien no concurrieran, aparte prudencia y talentos, el conocimiento de tres o cuatro idiomas y el mérito de haber estudiado *de visu*, durante tres años por lo menos, las grandes naciones próceres: Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos!



Mil veces se ha dicho que los pueblos se aborrecen porque no se conocen. Tal aserción pareceme hoy un poco aventurada después de la formidable catástrofe europea. Porque jamás el libro, el periódico, el ferrocarril, el telé-

grafo, el teléfono, los Congresos internacionales, la interdependencia bancaria, fabril y comercial, el dominio de los idiomas, etc., habían laborado tanto en pro de esa recíproca comprensión. Ante semejantes inesperados efectos, que juzgarían increíbles Kant, Lamartine y otros sublimes soñadores de la paz universal (1), dan casi tentaciones de invertir la máxima vulgar, expresando: «Los pueblos se aborrecen cuanto más se conocen.»



Todo cuanto desgaste las energías acumuladas en la mujer (sobretabajo industrial, preocupaciones políticas, etc.) producirá tarde o temprano la degeneración de la raza. Ese relativo reposo físico e intelectual de que goza la esposa en el hogar representa el dote fisiológico de la especie.



Cuando dos políticos hábiles indignanse y contienden acremente, no te alarmes demasiado. Son dos maestros de esgrima que se batan para el público y hacen como que se hieren.



(1) De Lamartine, y después de él numerosos autores, creyeron de buena fe que el acrecentamiento de las comunicaciones entre las naciones europeas acabaría por imposibilitar la guerra. Desgraciadamente, la solidaridad e intimidad internacionales han servido solamente para discernir el punto flaco de la armadura material y espiritual del enemigo, a fin de clavar en él la espada del imperialismo. En cuanto a la rapidez y profusión de las comunicaciones, se ha aprovechado para invadir más pronta y eficazmente al descuidado adversario.

En vez de la absurda igualdad económica, debiera demandar el pueblo el derecho a la posible igualdad cultural, a fin de que no se pierdan en la pobreza o en la ignorancia los genios potenciales de la raza.



Para muchos la libertad es el derecho de ser egoístas. Olvidan que sólo hay un egoísmo santo: el de la nación o de la raza, atemperado, claro está, por el respeto y la justicia al Extranjero.



Se califica, a mi ver con mucha exageración, al idioma natal de *alma de la raza*, significando que es algo consustancial a la nacionalidad y por cuya conservación cada pueblo, y aun cada región, deben luchar y sacrificar hasta sus más sagrados intereses. El hecho de hablar lengua especial ha venido a ser—no siempre—un pretexto invocado por el odio.

¡Qué lamentable ceguera! Cuantas lenguas se hablan en el mundo son imposiciones tiránicas de vencedores há tiempo desaparecidos. Nuestro último idioma—porque de los remotos no quedan ni rastros—representa, pues, la marca infamante estampada en nuestro cerebro por un amo altivo que no se dignó aprender una lengua bárbara. Con lo cual no pretendemos negar las aportaciones específicas con que cada nación, según su genio, ha enriquecido el idioma del conquistador.

Lo que verdaderamente diferencia a los pueblos y regiones es, aparte el ambiente físico, el carácter, las tenden-

cias, los talentos y aptitudes y las virtudes familiares y sociales. Por algo la naturaleza, eminentemente conservadora de toda adquisición útil, no creyó conveniente hacer hereditarios los símbolos verbales.



Y a propósito de la deplorable pluralidad idiomática, se me ocurre un cuentecillo: Dos bravos exploradores científicos internáronse en profundísima caverna que abordaron por bocas diferentes. Antes de aclarar el misterio del antro, uno de ellos cayó en tierra; del golpe se apagó la linterna, y, al levantarse, advirtió con terror que había perdido el pedernal, el eslabón y la yesca. La obscuridad era absoluta, y todo paso hacia adelante peligrosísimo. Al otro explorador, que tanteaba a gatas en dirección contraria, le advino otro accidente: perdió la linterna, aunque conservando la yesca y el pedernal. Errando entrambos en las tinieblas, y lanzando desgarradores lamentos, acabaron al fin por encontrarse.

—Poseo una linterna—exclamó uno.

—He perdido la antorcha, pero me queda el pedernal, la yesca y el eslabón—contestó el otro.

Entonces, al advertir que hablaban idiomas diferentes, concibieron un designio diabólico. Y ansiosos de recabar para su patria la gloria exclusiva del descubrimiento, pugnarón por arrebatarse recíprocamente la linterna y los bártulos de encender. Trabada la absurda refriega, despeñáronse en horrenda sima, donde, ¡ironía de la suerte!, murieron abrazados.

Y en tanto, el enigma atormentador de la caverna, si-

guió sin descifrar (léase Universo), gracias al orgullo y al odio insensato de los exploradores obstinados en hablar lenguas diferentes.



Me confieso, en el orden de las amistades internacionales, anglófilo convencido. Y lo soy por varias razones irrefutables:

1.^a Porque Inglaterra, con su irresistible poderío marítimo, ha podido abusar impunemente de nosotros y no lo ha hecho. ¿Quién habría podido evitar, sobre todo en la época de su *espléndido aislamiento*, que los ingleses se apoderaran de Algeciras, Cádiz, Málaga, Vigo, Cartagena, Canarias y Baleares? ¿Qué otra nación poderosa habríase contentado con la posesión exclusiva del peñón de Gibraltar, que en nuestras manos, dicho sea de paso, jamás sirvió para nada?

2.^a Porque la raza inglesa está saturada, hasta el exceso, de colonias y dominios.

3.^a Porque, aun en el peor de los supuestos, dado el régimen autonómico graciosamente otorgado a sus colonias, el peso de la autoridad, o si se quiere de la hegemonía británica, debe ser harto liviano, cuando, conforme todo el mundo sabe, no suscita protestas ni rebeldías, ni aun en los pueblos cuyo espíritu de independencia fué hace poco ahogado en sangre (Transvaal).

Testimonio irrecusable de la habilísima política de Albión es la decisiva ayuda que, durante la pasada guerra mundial, le han prestado, no sólo sus dominios de raza inglesa, sino hasta colonias de razas heteróclitas, como la

India. Y por lo que toca al respeto hacia el régimen y vida interior de sus aliados, ¿cabe más elocuente demostración que la impasibilidad caballeresca de Inglaterra ante la pintoresca, incoherente y sangrienta revolución portuguesa?

Pero hay españoles a quienes el *peñón de Gibraltar* se les ha subido del corazón a la cabeza, estorbándoles todo discreto discurso e impidiéndoles reconocer que, si se nos devolviera la citada fortaleza, caería, tarde o temprano, en manos de naciones infinitamente menos escrupulosas y más ansiosas de dominio. Ni es lícito olvidar que las fortalezas marítimas valen lo que las escuadras y los soldados que las defienden.

Desterremos peligrosas ilusiones: España conserva su independencia gracias a su especial posición geográfica, a la escasa fertilidad de su suelo, y, sobre todo—¡seamos sinceros!—, a que su conquista parcial o total traería, con el desequilibrio europeo, una perturbación generadora de inacabables discordias entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia.



El analfabeto será siempre explotado por los caciques de abajo o por los de arriba. A quien *le estorba lo negro* le estorba también la libertad.



Quien no tiene en el ánimo con vivos colores pintada la imagen material y espiritual de España, podrá quizás ser un buen soldado, pero jamás un buen patriota.



Ciertas instituciones piden reformas o formulan protestas en nombre de móviles tan elevados como la justicia, la cultura superior, la moralidad, la eficacia técnica, etc. No os seduzcan tan bellas palabras. Mirad un poco al trasluz y reconoceréis que, en la mayoría de los casos, lo que realmente persiguen aquéllas es acrecentar sus emolumentos o conservar sus privilegios.



El gran pecado original de la raza humana es no haber nacido perfecta e impecable, conforme relata el Génesis. Por lo contrario, la ciencia, implacablemente destructora de mitos, nos dice que hemos llegado a nuestra fase actual después de larga y dolorosa serie de tanteos, luchas y perfeccionamientos, y a partir de los más bajos representantes de la vida. Y cada especie animal nos ha legado algo de sus peores instintos.



Entre los muchos impulsos incongruentes o de dudosa utilidad, citemos: el irresistible instinto guerrero; la tendencia a la holganza; el gusto insano por lo trágico y lo truculento en la ficción, quizás por no ser posible siempre satisfacerlo en la vida real; la esperanza en la fortuna, resto atávico acaso del viejo cazador de bisontes y ciervos; la esclavitud más o menos hipócrita impuesta a la mujer; el odio al extranjero; la tendencia a la explotación económica del débil, del tonto o del desvalido; el culto a lo maravilloso; la aversión a la lógica científica; el afán de creer para ahorrarnos de pensar; la emotividad inhibidora en los trances difíciles, precisamente cuando más necesarias fue-

ran la serenidad y la fuerza, y, en fin, el terror a la muerte, no obstante las predicaciones consoladoras de la religión y de la filosofía, que nos la pintan cual gloriosa alborada de vida perdurable.



Decía J. Ortega Gasset que todo propósito racional de reforma política debe partir del previo reconocimiento de nuestra inferioridad.

De acuerdo con la observación del eminente y cultísimo escritor, vengo sosteniendo casi lo mismo, aunque predicando en desierto, desde 1898. En mi sentir, todo político excesivamente optimista es un apático, un inconsciente, y, por de contado, un mal patriota. Hay que sentir la obscuridad para emerger a la luz; pero no como el feto que flota el alumbramiento a la providencia orgánica de la madre, sino como la semilla enterrada, que saca de sí misma, es decir, de su *albumen* y cotiledones, la energía necesaria para organizar un tallo capaz de aflorar la tierra y de conquistar un puesto al sol.



Nuestra Península y sus perdidas colonias pueden compararse a un barril, cuyas duelas, sacadas de troncos diversos, sólo se mantuvieron antaño unidas por la coacción de los aros insertos a martillo y por la hinchazón excéntrica de la madera, embebida en el vino generoso del ideal.

Mas ¡ay! el licor tónico fué derramado sucesivamente por bodegueros torpes, que no cuidaron tampoco de reemplazar los oxidados cercos. Y actualmente el tonel se

agrieta por todas partes, y cada duela amenaza con marcharse por su lado.

¿De qué esencia espiritual llenaremos el averiado barril nacional para evitar su total disgregación? He aquí el arduo, el pavoroso problema de España.

¿Anexiones territoriales? ¡A buena hora!.. El planeta se lo han repartido naciones infinitamente más previsoras, ricas y poderosas que nosotros.

¿Federación de regiones previamente emancipadas? Eso fuera cortar temerariamente los cercos y ensanchar las grietas del barril sin refinar en lo más mínimo el contenido.

¿El comunismo o el bolcheviquismo? Tanto valdría quemar las duelas después de arrojar hasta la última gota del licor nacional.

Para mí—lo he repetido hasta la saciedad—sólo resta a España un ideal accesible: fomentar por sí misma la riqueza de su suelo, y crear a todo trance ciencia e industria originales para prestigio, aumento y prosperidad de la raza.



¿Por qué han desaparecido los iberistas de Portugal y España? Porque ante el creciente e incontrastable poderío de las grandes naciones, la federación de ambos Estados peninsulares, sin hacernos sensiblemente más fuertes, nos impondría la nefasta solidaridad de seculares errores políticos y económicos. Y harto tiene cada pueblo con los suyos.

Además, los garrafales nuestros (sobre todo la guerra absurda con los Estados Unidos), destruyeron en la nación hermana hasta la menor veleidad de aproximación hacia España.



Hay tres clases de políticos: los que enaltecen la patria, los que la sirven y los que la explotan.



Cuando analizo el pulmón de un obrero fabril y descubro la formidable mina de carbón incrustada en las vesículas respiratorias, pienso para mi capote: ¡Quiera Dios que esa hulla no ascienda algún día desde el pulmón al cerebro, entenebreciendo el ideal de justicia y ocasionando el incendio del ingente alcázar del progreso.



La prensa agita a menudo el proyecto de los *ministerios técnicos*. Ello me recuerda la humorada de Renan, para quien el mejor Gobierno fuera el constituido por los *inmortales* del Instituto de Francia. Con perdón del insigne escritor, recelo que a esas lumbreras del saber, cuando empuñaran el timón del Estado, habría de ocurrirles con frecuencia lo que se cuenta de Laplace. Encargado por Napoleón de estudiar el modo de reemplazar industrialmente el azúcar y el índigo, entonces importados del extranjero, envió distraidamente al primer cónsul una doctísima memoria acerca de... las *fases de la luna*



Así como nuestro organismo, después de una pugna heroica de cuarenta años contra los microbios, acaba, desmoralizado, por luchar consigo mismo (*cáncer, calcinosis, degeneraciones*, invasión de los órganos nobles por la *trama conectiva*, etc.), también los pueblos suelen, luego de termi-

nar una guerra exterior, extenuante y agotadora, preparar su convalecencia con una guerra social.



¿Para qué guerrear los hombres? Para adquirir, en caso de triunfo, un pedazo de tierra donde ser prematuramente enterrados.



En el desconsolador fenómeno de la guerra, lo que más me asombra y entristece es ver cómo toda una nación se siente intantáneamente indignada contra el extranjero, y dispuesta al sacrificio de la vida, ante el lacónico telegrama de movilización dictado por un obeso y gotoso diplomático resuelto denodadamente a morir... centenario y millonario.



Aunque sea repitiendo un tópico harto manoseado, considero como una de tantas causas de nuestros infortunios políticos la inestabilidad de los gobernantes españoles. Porque si duraran solamente un par de lustros acabarían por servir eficazmente al país, ya que a muchos de ellos les sobran talento, cultura y buenas intenciones.

El primer año, naturalmente, gobernarían para la familia, los deudos y los amigos; el segundo, para el distrito y la región, y el tercero y restantes, para la nación entera. Mas como la vida ministerial sobrepasa raramente la de un mosquito-- insecto esencialmente chupador--nuestros consejeros, salvo honrosas excepciones, persuadidos de su irremediable fugacidad, o no pasan de la primera fase o barajan

las operaciones de las tres; con que ni sus aciertos hallan justicia, ni sus debilidades olvido.



Seamos indulgentes con quienes, forzados de la necesidad, cambian a menudo de casaca. ¡El estómago no delinque!...



Cuando asisto a empeñada polémica en torno al feminismo, advierto que unos defienden al *hombre* contra la *mujer*, otros a la *mujer* contra el *hombre*, pero ninguno a la *familia* y a la *raza*, de que hembra y varón son simples células integrantes. No se cae en la cuenta de que para la prosperidad de un pueblo la mujer y el varón aislados equivalen casi a cero.



Hay un patriotismo infecundo y vano: el orientado hacia el pasado; otro fuerte y activo: el orientado hacia el porvenir. Entre preparar un germen y dorar un esqueleto, ¿quién dudara?



Juan Español.—El porvenir de España está en América.

Timón.—Pienso más bien que allí está nuestro pasado... un pasado de glorias deslumbrantes, pero también de imprevisiones, desaciertos y egoísmos.

Juan Español.—¡Bah!... Mientras se hable nuestra lengua, nexo espiritual de la raza y vehículo del comercio...

Timón.—Convendrá usted conmigo en que, constituyendo la emigración española (formada de braceros y horteras y no de intelectuales) una fracción despreciable de la formidable irrupción de italianos, ingleses, rusos, alemanes, polacos, franceses, yanquis, servios, etc., el citado vehículo verbal corre riesgo de quedar harto averiado. Y si hoy que en la Argentina y Chile se habla todavía nuestro idioma, apenas comerciamos espiritual y materialmente, ¿qué intercambio de ideas y mercancías lograremos establecer cuando la inmensa mayoría de los habitantes de los susodichos países lleven apellidos extranjeros y posean cultura, tendencias y gustos diferentes de los nuestros? ¿Cuál será entonces su lengua y su espíritu? ¿No parece probable que, en vez de ser ellos los que se aproximen a nosotros, seamos nosotros quienes tengamos necesidad de aproximarnos a ellos, a fin de regenerar la rancia solera nacional con el fermento renovador de una cultura superior?



Dice el ingenioso Ganivet que «los españoles son capaces de descubrir un continente (1), pero no de encontrar un microbio». Por desgracia, lo contrario es la verdad. Nuestra postración política, científica e industrial dimana de que hemos carecido de genios descubridores de continen-

(1) Olvidamos demasiado que América fué descubierta por Colón. Desdichadamente, Europa nos lo recuerda... y hasta nos lo echa en cara. Como no olvida tampoco la desconfianza, a mi juicio excesiva, en las aptitudes de la raza de un Carlos V, al encargar al portugués Magallanes la magna empresa de dar la vuelta al mundo. Pobre fué nuestra mentalidad; pero no tanto como creyeron los reyes de la casa de Austria.

tes. En cambio, existen los pacienzudos rebuscadores de islotes artísticos, literarios y científicos.



Una nación compuesta de ciudadanos cultos, laboriosos y hábiles, puede ser imbécil en su acción exterior, y, recíprocamente, poseer habitantes rudos y miserables y ser perspizaz, fuerte y heroica en sus conflictos guerreros.



Peligrosísimo es arrojar la piedad de las colonias o de las regiones descontentas, porque el extranjero poderoso, eterno acechador de pretextos intervencionistas, la devuelve a menudo transformada en Themis vengadora.



Después de rechazar el dicho despectivo de cierto político inglés, es fuerza confesar que existen naciones vivaces que progresan incesantemente, y naciones amodorradas, casi completamente ajenas a las crecientes inquietudes de la vida moderna. Lo mismo ha sucedido, según afirman los paleontólogos, en la evolución de las especies. Algunas aparecen, al través de la corteza terrestre, representadas por tipos sucesivamente más diferenciados y perfectos; mientras que otras (recuérdense, entre los invertebrados, a las *lingulas*, muchos *moluscos gaslerópodos*, las *libélulas*, el *escorpión*, la *araña lcosa*, etc.), apenas han sufrido variación desde los más bajos estratos de los terrenos primitivos.

Explica el transformismo tan singular estabilidad por la

ausencia de variaciones suficientes en el medio, ausencia que permitió, al través de las edades, una exquisita equilibración entre las condiciones exteriores e intraorgánicas. ¿No habría sucedido algo de esto en las naciones estacionarias, singularmente en nuestra España? Su bochornoso atraso o sus lentos e indecisos adelantos, ¿sería temerario achacarlos, por lo menos en parte, a la intolerancia extremada, a la endeblez del movimiento renacentista y, sobre todo, a la falta de hondas conmociones filosóficas y políticas? Porque la verdad es que no hemos tenido nunca movimientos profundamente renovadores. ¿Cabe sostener formalmente que la llamada *Revolución de Septiembre* constituyó verdadera revolución, quiero decir, una intensa conmoción espiritual, con ideario nuevo y procedimientos modernos de gobierno?



Sabido es que en Australia las conejos constituyen plaga asoladora para la agricultura.

Aterrado ante sus crecientes estragos, solicitó el Gobierno de dicha Colonia del sabio benemérito Pasteur un remedio heroico contra el mal. Y el ilustre bacteriólogo envió amablemente a Australia una comisión científica, cuyo cometido debía ser la producción en los conejos de una infección mortal extraordinariamente contagiosa (microbio del *cólera de las gallinas*).

Mas a la llegada de los sabios franceses, una parte de la opinión reaccionó vivamente contra la resolución del Gobierno. El cual, coaccionado por los fabricantes de setos metálicos y por los arrendatarios de las tierras (temerosos

del aumento del canon anual), prohibió terminantemente las inoculaciones, después de asesorarse de la inevitable Comisión.

En resumen: el invento de Pasteur fué juzgado por una comisión *jtécnica!*, cuyo presidente era un fabricante de telas metálicas (único medio de defensa aplicado hasta entonces contra los conejos), varios arrendatarios de tierras y algunos cazadores del prolífico roedor.

Y los bacteriólogos franceses, ante el adverso veredicto, tornáronse a su país, cabizbajos y corridos, con sus caldos de cultivo absolutamente intactos.

Sugiéreme este suceso, eminentemente representativo, lo ocurrido en España con todos los proyectos de leyes fiscales y tributarias, los de la tasa de productos alimenticios de exportación de arroz y aceite, los propuestos contra los beneficios extraordinarios de la guerra, la ocultación de la propiedad, etc., etc. ¿Quiénes son los que, en definitiva, informan sobre las medidas reclamadas urgentemente por la opinión? Pues justamente los consejeros o representantes de empresas que tienen el mayor interés en echarlas a pique. ¡Y el pobre pueblo sin enterarse!...



—¿Por qué no se ha casado usted?—le preguntaba yo, algo indiscretamente, a cierto caballero yanqui, culto, sesentón, dueño de inmensa fortuna y habitador de maravillosa *villa*, rodeada de regio parque.

—Porque las jóvenes americanas—contestó—han perdido definitivamente su sexo. Ya no son las hembras de antaño, sino una especie epicena que toma formas diversas

desde el virago, pasando por la pedante, la sufragista, la agente electoral y confesional, la antiviviseccionista, etc., hasta la tirana del hogar, en donde, para alivio del marido, reside lo menos posible. Ellas se reúnen en sus Clubs y Restaurantes; viajan solas o acompañadas de quien les place, y retornan al *home* cuando les viene en gana. Suponemos piadosamente que no abusan de su libertad; pero esto no pasa de mera suposición, que no resiste al cálculo de probabilidades. Claro es que, por fortuna, existen todavía mujeres cabales, sobre todo en el campo y en las poblaciones del Oeste.

—Por cuyos motivos—continuó con una franqueza excesiva—yo he resuelto el problema sexual pasando mis veladas en casa de cierta ex artista francesa, encantadora y espiritual, cultivadora de la música, de que me confieso ferviente aficionado. Ella se contenta con ser mi reina y no mi ama, femenina y no feminista. Para ella guardo yo mis riquezas. Si hubiera tenido la fortuna de nacer en España, Francia o Italia, ha tiempo estuviera casado (1).



La tendencia a la unificación de los sexos notada por *Azorin* como consecuencia de la guerra europea, si honra a la plasticidad de adaptación y a los talentos latentes en la mujer moderna, resultaría, a poco que se acentuara, fu-

(1) Esta conversación, rigurosamente histórica (callo naturalmente los nombres de los protagonistas), debiera detener un poco a nuestras exageradas feministas. Claro es que mi interlocutor ensombrece demasiado la pintura de la hembra americana; hay un dato, sin embargo, muy significativo: la población de los Estados Unidos es de cada vez menos fecunda; su crecimiento se efectúa, sobre todo, gracias a la inmigración europea.

nesta para la raza. Es leg r común que hombre y mujer no son iguales, sino complementarios, como lo son la abeja y la flor. Y se corre el grave riesgo de que el trabajo de taller o de obrador, fatal a la belleza y a la salud femenil, produzca a la larga un tipo de hembra abortada, comparable a la obrera de los himenópteros. Por indudable tengo que la divergencia física y moral de los sexos, obra milenaria de la naturaleza, constituye inestimable ventaja para la prosperidad de la especie.



El día que la ciencia se puso al servicio de los tiranos o de las oligarquías, inventando para ellos instrumentos bélicos costosísimos, inaccesibles a la penuria de las masas, quedó en principio abolida la libertad individual y de asociación. Agradecemos la poca que tenemos, no a nuestra fuerza, casi nula por inorgánica, sino al ilogismo piadoso de las clases directoras, las cuales—dígase lo que se quiera—se hacen cada vez más humanas y solícitas con todos los desheredados de la fortuna y de la naturaleza.



Se ha dicho muchas veces, y sobre ello insistió Desmou-lins en un libro célebre, que la prosperidad de la raza anglosajona depende de su individualismo. Si esto fuera exacto, nosotros debiéramos ser el pueblo más poderoso del planeta. Hemos fundado veinte naciones celosas entre sí y que desdeñan, con pocas excepciones, a la metrópoli, y en nuestra misma patria hay regiones que aspiran o que aparentan aspirar a un atomismo disgregador.

No; lo que constituye la grandeza de Inglaterra es la solidaridad social y el amor de la patria grande, servido fervorosamente por una ciencia, una industria, un comercio una política y un ejército que se esfuerzan por superarse continuamente.

Cada inglés, dentro y fuera de su país, se considera substancial con Inglaterra y paladín obligado de la misma ante los extraños; mientras que la mayoría de los españoles cultos se sienten más o menos desligados del *alma mater*, y aprovechan la primera ocasión para desdeñarla o rebajarla ante el extranjero.



Cada época ha tenido uno o varios errores útiles, fomentadores de la tranquilidad laboriosa y del engrandecimiento de los pueblos. Estos decaen y se desintegran a menudo por obstinarse en mantener añejas ficciones políticas, cuando, modificadas las circunstancias, se impone el empleo de otros errores pragmáticos.



Ciertos estadistas son como los chauffeurs: cuantos más desperfectos causan en el vehículo del Estado, más tanto por ciento cobran.



Dice el maestro Ortega Gasset que la *Historia de España* ofrece dos fases: de agregación y desagregación. Es cierto. Séame lícito, empero, sospechar que ni aun en la gloriosa época de los Reyes Católicos y de Carlos V, formó

nuestro país un organismo perfectamente integrado, es decir, monocefálico y dotado de sistema nervioso exquisitamente centralizado. Lo impidió no sólo el feroz e imprevisor individualismo de la raza hispana notado por muchos, sino muy especialmente, la fatalidad geográfica y meteorológica, causa eficiente de la incomprensión y despego entre regiones apartadas de ambiente físico y espiritual divergente. La unidad, la anhelada unidad, se nos impuso siempre por la fuerza, y frecuentemente fué la marca infamante estampada a fuego por el extranjero. Ciertamente, nuestras regiones aparecen hoy trabadas, aunque muy laxamente, por un ligamento extrínseco, el recelo a vecinos poderosos; pero las causas de descomposición subsisten por desgracia. Y mucho temo que si los grandes imperios francés e inglés se desmoronaran o debilitaran, iniciárase pronto la dolorosa y funesta desbandada.



Séame lícito insistir en un lugar común, que en mí adquiere semblante de manía: que la carroza de la civilización española no puede marchar casi exclusivamente, como hasta hoy, apoyada solamente en las doradas ruedas de la literatura y del arte. Para triunfar en las ásperas contienda de la vida internacional y evitar tumbos y caídas, es fuerza añadirle las dos sólidas ruedas de la ciencia y de la industria originales. Por no haber, sino de tarde en tarde, sentido esta verdad trivial, nuestra cultura actual constituye, salvo excepciones consoladoras, remedo servil de la extranjera, y nuestra precaria independencia política se sostiene, más que por la eficacia de la propia fuerza y los re-

cursos de una técnica sabia y próspera, por las discordias y recelos de las naciones próceres.



Seamos algo pesimistas, pero con un pesimismo comprensivo y crítico. Y en todo caso, jamás consintamos en que descienda desde el cerebro a las manos. Sólo por el trabajo alcanzará nuestra patria su pleno florecimiento. Hay que combatir en muchos frentes a la vez. Urge refundir la España gloriosa, pero incompleta e incoherente, legada por nuestros mayores.

Esculpamos entre todos una Minerva española fuerte por la espada, pero más fuerte por su saber, su prosperidad y su prudencia. Toca a los artistas y poetas modelar el divino rostro y bordar el espléndido manto; sabios avezados a todas las disciplinas formarán su espíritu, abriéndolo, con visión original, a la comprensión de la naturaleza; inventores geniales y obreros diestros fabricarán sus armas, forjarán su escudo y labrarán sus preseas. Y cuando la divina Pallas, modelada entre todos y convertida en ser vivo por un milagro del amor colectivo, salga refulgente del taller y desafíe las miradas de los extraños, estemos seguros de que será saludada con respeto y simpatía. Y aquel sol que no se ponía en nuestros dominios, aunque sí con harta frecuencia en nuestras almas, dorará todavía, con resplandores de gloria, el numen de la raza.



CAPÍTULO XI

PENSAMIENTOS DE SABOR HUMORÍSTICO Y ANECDÓTICO



OS excesivamente preocupados del alma
acaban por no creer en el cuerpo... ¡ni
en la higiene!



El ideal del español de todas las ca-
taduras es jubilarse tras breves años de trabajo, y si es
posible, antes de trabajar.



Hay hombres que se pasan la juventud a la manera de
las pulgas, picando en las mujeres; mas, llegada la vejez,
la mujer se venga, picando en sus bolsillos.



El anillo de Giges.—¿Quieres ser invisible para los hombres? Sé pobre.—¿Quieres serlo para las mujeres? Sé viejo (*).



Los rayos X.—De ellos se sirven maravillosamente las jóvenes heroicas que cargan con viejos carcamales. Gracias a dichas penetrantes radiaciones, sólo ven en el averiado cónyuge la imagen de las cosas que detienen dichos rayos: el oro, los diamantes y el esqueleto. El cual no les causa pavor, por anunciar próxima, succulenta y alegre viudez.



El tiempo, gran destructor de la vida, es asimismo implacable apagador de los más firmes sentimientos. Por esto cáusame asombro el dolor de los maridos que, después de diez años de ausencia, hallan a la señora de sus pensamientos en brazos de un amante. En el último acto de las comedias, ¿puede extrañar a nadie que las butacas vacías sean ocupadas?



Continúa la moda inexplicable de la teosofía y del espiritismo. Pena da pensar que, en los absurdos de la moderna brujería, hayan caído hombres de ciencia como Crookes y Richet, y filósofos como W. James.

Yo confieso, un poco avergonzado, mi irreductible escepticismo. Y me fundo, aparte ciertas razones serias (comprobación de la superchería de los *mediums* cuando se quiere de veras comprobarla, e imposibilidad de demos-

trar la identidad de los aparecidos), en estos frívolos motivos: en que en ninguno de los experimentos consignados en libros y revistas espiritistas he encontrado una suegra duende turbando la felicidad de su yerno, ni un espectro de poeta chirle infernando, con bromas pesadas, la vida de sus censores.



Discútiase un poco en broma sobre cuál había sido el rey más antipático y estulto de España. Casi todos proclamaron como prototipo de necedad coronada a Fernando VII.

—¡Alto ahí!—gritó un contertulio hasta entonces callado—. ¿Cabe, en justicia, calificar de inepto a un rey que fué popularísimo, fusiló a cuantos liberales le estorbaron, se casó con cuatro mujeres y enviudó de tres? ¿Es que no arguye habilidad el haber resuelto sucesivamente el difícil problema de la *tetragamia*, que detuvo a todo un Schopenhauer, aterrado ante la perspectiva de cuatro suegras?



La mujer es el cebo con que la naturaleza atrae al hombre, a fin de asegurar la permanencia de la especie. El pez listo sabe morder la carne sin sacudir el anzuelo, para que el pescador no pierda la paciencia y continúe alargándole la caña (*).



El médico y el microbio.—*El microbio:* ¡Ingrato!, me combates sañudamente cuando, gracias a mí, vives y prosperas.

Médico: Me a creditan tus derrotas y no tus victorias.

Microbio: Pero cobras las dos. Además, cuando a fuerza de inventar vacunas y sueros específicos, etc., consigas exterminarme, ¿de qué vivirás?

Médico: ¡Bah!... Me quedarán todavía las víctimas de la ambición, de la envidia, del odio, de la miseria, de la gula, de la vejez, del amor y las iniquidades horrendas de la guerra.

□

—Careces de gusto artístico—le decía un soltero a cierto casado, hartó más sensible a los dones de Pluto que a los hechizos de la belleza femenil.

—Estás equivocado. Precisamente adoro las estatuas y singularmente la Venus de Milo.

—¿Por qué?

—Porque además de ser muda, es incapaz de registrar mis bolsillos.

□

No conozco sino dos especies zoológicas que hayan conseguido procurarse el alimento sin esfuerzo muscular o nervioso: el polípero (1) y el burgués.

□

La revolución anarquista me hace el efecto de una insurrección de bedeles empeñados en sustituir a los catedráticos y funcionando sin rector, sin decanos... y sin alumnos.

□

(1) Según Gravier, el pólipo constructor de arrecifes es alimentado por algas incluídas en sus tejidos.

El doctor y el bacilo de Koch.—Asisto en sueños a la conferencia de cierto médico que gana al año 25.000 duros tratando tísicos. Naturalmente, la conferencia versa *sobre la lucha social contra la tuberculosis*. Sorprendo^o cerca de mí, ansiosas de curiosidad, las caras espiritadas y céreas de algunos *salvados*. Y en una ráfaga de indignación retórica del conferenciante contra los estragos causados por el bacilo de Koch, creo percibir cerca^o de mí^o extraños y sordos rumores: parten de la laringe de un *ex tísico*. Los rumores se acentúan, adquieren voz articulada y al fin estallan en este reproche:

—¡Ingrato!

Y algo avergonzado, por ser del oficio, me pregunto: ¿Este sabio galeno ansía acabar de veras con la tisis... o con sus rivales de especialidad?



Del álbum de un naturalista misógino.—La mujer tiene algo de pájaro: se adorna con plumas, habla cual cotorra y posee la ligereza del aire. Y con ser semejante al ave, es el mayor enemigo de la ornitología. Gracias a sus caprichos, dentro de un siglo no quedará en América, Asia y Africa ningún pájaro con vistosa y policroma librea.



Decía Gracián «que la mujer ejecuta primero y después piensa». Para ser justo y equitativo debió el adusto pensador aragonés haber^o extendido esta observación a los *varones*.

Mis excursiones al través de la fauna humana me han

revelado que existen realmente cuatro variedades mentales del *homo sapiens*. Unos reflexionan primero y obran después; otros obran primero y después cavilan; otros obran sin pensar antes ni después, y, en fin, los hay que ni obran ni piensan.



Un médico, que era a la vez reputado neurólogo, reprochaba amistosamente a un colega el vicio suicida del alcohol.

—Ambos—respondió el incorregible dipsómano—cumplimos nuestra misión, fabricando ciencia experimental: tú has venido al mundo para esclarecer la fisiología del cerebro, y yo para determinar la cantidad de alcohol que puede soportar.



Según el dicho vulgar, «el vino es la leche de los viejos». Mejor sería invertir la frase diciendo: «que la leche debe ser el vino de los viejos». Por algo el niño y el anciano comen y balbucean entre encías.



Si el cielo es un lugar donde no se trabaja (visión puramente intuitiva de las perfecciones de la Divinidad), la beatitud eterna parece poco deseable. Durante la vida terrenal, la relativa felicidad que nos es dispensada asóciase indisolublemente a la conciencia del esfuerzo fecundo y a la de nuestro poder sobre los hombres y las cosas.



Del álbum de un misógino.—La mujer es la píldora amarga que la naturaleza y el arte se han complacido en dorar para que el hombre la trague más fácilmente (*).



Del mismo: La mujer y la cerámica.—De soltera parece búcaro de flores; de jamona, ánfora romana; de casada, tinaja de Alcorcón; y en todo tiempo puede tener alma de cántaro (*).



Del mismo: La mujer nos da el opio, como el cirujano el cloroformo, para dividirnos ().*



Una solterona cartilaginosa, malhumorada, y representante de la *Sociedad protectora de animales*, denostó acremente a un profesor de Fisiología por practicar vivisecciones en gatos.

—Las hago en animales—contestó el fisiólogo amostazado—porque las leyes no permiten todavía efectuarlas en marimachos.



¡Oh, los industriales españoles!—Lamentábase cierto opulento fabricante de tejidos de Barcelona, delante del que esto escribe, de la imposibilidad de distinguir en los géneros extranjeros los hilos de lana, de los de seda y de algodón.

—Está usted mal informado —le contesté—. Esta distinción efectúase facilísimamente con el microscopio.

—Si así fuera, usted, en vez de ser un pobre catedrático, sería un millonario.

—Continúa usted equivocándose. Si la Ciencia condujera a la fortuna, usted no tendría dos pesetas... (1).

Pero no es sólo en Cataluña donde la industria nacional, atendida a viejas recetas importadas, ignoraba hace cuarenta años hasta las nociones científicas más rudimentarias. Vaya una anécdota, absolutamente exacta:

Dos amigos recalamos hace muchos lustros en cierta fonda provinciana, famosa por la industria de muebles. Esperando la hora de cenar, nos decidimos a descansar en sendas y flamantes mecedoras.

Pero, ¡oh decepción! Al primer columpio, las sillas se encabritaron girando en vuelta de campana. Excusado es decir que los infortunados ocupantes cayeron en tierra, panza arriba, adoptando, mal de su grado, la más grotesca de las posturas.

Al oír nuestros gritos, entró el fondista, diciéndonos filosóficamente y a guisa de consuelo: —¡Qué quieren ustedes!... ¡Esta maldita industria nacional...!

(1) Rigurosamente histórico. La ignorancia supina del aludido fabricante no le impidió llegar a ser personaje influyente, acaparador de millones, senador y presidente de no sé cuántas sociedades financieras. Pero esto pasaba en 1889. Hoy reconozco con gusto que dicho estado de cosas ha cambiado mucho en la culta Barcelona, donde por cada día se concede en los negocios industriales mayor colaboración al elemento técnico y científico.

Ayudónos piadoso a levantarnos, y, cepillado el polvo de nuestras espaldas, examinamos la extraña configuración de las mecedoras. No sin asombro advertimos que el ignorante industrial, en vez de incurvar el borde inferior en forma de parábola, lo había doblado en riguroso semicírculo, es decir, en rueda de carro. Sólo, pues, un acróbata consumado podía guardar el equilibrio sobre semejantes artefactos.

Al día siguiente visité al fabricante, haciéndole ver, con la mayor humildad posible, que las cómodas mecedoras de Viena, imitadas por él, tienen por contorno inferior, no un arco de círculo, sino una parábola, y que a esta especial curva se debe precisamente la estabilidad del mueble, no obstante la violencia del vaivén.

—¡Bah!—me contestó el rutinario sillero—. Déjeme usted en paz con sus parábolas y sus círculos... Lo que debe hacer usted es aprender a sentarse con modos...



Cuenta el príncipe Borghese que al cruzar la China en automóvil, muchos aldeanos, sorprendidos por el extraño artilugio, le decían con aire socarrón:

—¡Ca! ¡A nosotros no se nos engaña fácilmente! ¡Ese coche lleva el caballo dentrol...

Lo mismo afirman muchos científicos al discurrir sobre la vida. En vez de estudiar modesta y pacientemente el intrincadísimo mecanismo de la máquina orgánica y prescindir de hipótesis aventuradas y prematuras, se adelantan y exclaman, discutiendo a lo chino:

—Eso es cosa del *principio vital*, que cada animal lleva

dentro.—Y se quedan tan satisfechos como si, con una palabra, hubieran esclarecido el enigma de los enigmas.

No creeré en la emancipación política de la mujer mientras no la vea emanciparse primero de la tiranía del modisto.

La ley del *balance compensador* rige todas las manifestaciones de la vida. Al modo de esos insectos y crustáceos perfectamente adaptados a las tinieblas, que han perdido sus ojos y alargado desmesuradamente sus antenas, las mujeres y los hombres que han renunciado al amor han ampliado el estómago, afinado el paladar y elaborado una almohadilla protectora de pániculo adiposo.

El loro de Ducazcal.—Cuéntase que durante las revueltas revolucionarias del 69, el famoso Ducazcal, que asaltó con otros muchos el Palacio Real, se adjudicó o compró—esto no lo puntualiza la historia—un loro muy locuaz.

Instalada en casa del fogoso liberal, el ave parlanchina entonaba de continuo la cantinela cortesana: «¡Viva Alfonso XIII!» Mas como esta frase le sonaba a chacota, Ducazcal contestaba airado: «¡Vaya usted al cuerno!»...

Andando el tiempo, el simpático madrileño cambió de casaca, tornándose ferviente alfonsino. Por consecuencia, puso empeño en enseñar nuevamente al loro la vieja can-

tinela. Pero el ave, que había cambiado también de disco, contestaba impasible: «¡Vaya usted al cuerno!»

Si la conciencia recriminara a muchos de nuestros políticos como el célebre loro de Ducazcal, la vida les sería insostenible. Por fortuna, la voz interior ha enronquecido de tanto acusar, y el cerebro, definitivamente acorchado, ha perdido la sensibilidad y la memoria.



La vanidad de la gloria. — Un literato ilustre, que presumía de popular, contemplaba embelesado su retrato de tamaño natural en el escaparate de un fotógrafo, cuando acertó a entrar en el portal un grupo de estudiantes y modistas. Uno de los jóvenes miró el retrato, y sin recordar al original, exclamó: — Pero, ¿quién es este imbécil?



Sorprendido cierto grave, maduro y estirado catedrático de Estética en la primera fila de butacas de un *Teatro de Variedades* por un su amigo, adelantóse a su curiosidad y extrañeza exclamando:

— ¡Qué quiere usted!... Sigo consecuente con mis estudios sobre la belleza. Y como Dios la ha concedido exclusivamente a la juventud, véome obligado, a mi pesar, a tomar notas junto a las buenas mozas.



— Dime — decía un toro encerrado en el toril a cierto manso amigo —, ¿por qué me desinfectan los cuernos y no

desinfectan las espadas? Esto constituye irritante falta de equidad.

—¡Bahl!—contestóle el manso—, no te apures. En cuanto despanzures un penco cesará la desigualdad antiséptica y podrás propinar al torero una cornada mortal. El ganadero, los médicos, los aficionados, los periodistas y hasta tus hermanos de dehesa te lo agradecerán. Y tu busto disecado se ostentará glorioso en la casa de algún ministro o de algún magnate taurófilos.

El definidor supremo del pudor de nuestras mujeres reside en París, como el definidor inapelable de la moral tiene su sede en Roma. En caso de conflicto entre ambos definidores, ¿quién vencerá? Ni que decir tiene: el modisto.

Me complace mucho el privilegio de la inmortalidad del alma, y me complacería más si los teólogos y filósofos no lo prodigarán demasiado. Ya el Cardenal Mercier, si no falla mi memoria, ponía algunos reparos a esta audaz generalización que abarca desde el hombre de la edad de piedra (*el pithecanthropus erectus* y el hombre-mono de Moustier, etc.) hasta los imbéciles y los monstruos de la Era actual.

Pero no extrememos los argumentos y escojamos un caso vulgar, un documento humano:

Me sirve una criada de Guadalajara; no sabe leer ni escribir, ni apenas hablar; cuenta por los dedos; la loza se rompe en sus manos de plantígrado; su físico es el de un gorila

degenerado. Pues a pesar de tales prendas, el cura de la parroquia asegura que mi fámula posee un alma inmortal. Consideremos despacio la gravísima significación de tal aserto.

Pasarán miles de siglos; se achicarán las cordilleras; desaparecerán o se amenguarán las cascadas; al hombre actual habrá sucedido otro animal de presa infinitamente más sagaz y fiero.

¡Sin embargo, el espíritu de mi alcarreña flotará terne que terne en los espacios siderales o donde sea!

Correrán algunos centenares de miles de años más. La ley de la *entropía* se cumplirá inexorablemente. El sol se apagará, después de navegar por el espacio, como una linterna roja de cada vez más oscura. Extendidas las nieves polares por casi todo el planeta, el superhombre, macilento y descolorido como un ratón blanco, vegetará miserablemente en urbes subterráneas iluminadas por la electricidad.

¡Y el alma de mi criada continuará errando por el infinito!

Saturno y Cloto harán sonar conjuntamente la hora suprema, cortando definitivamente el hilo de la vida. El planeta, despojado de nubes y de mares, se habrá convertido en inmenso cadáver frío y negro. Ha tiempo desaparecieron los yacimientos de hulla; los ríos, congelados, dejaron de fluir. Y con la fúnebre inmovilidad de la costra terrestre pereció también el último superhombre, después de morder, con supremo gesto de angustia, la postrera píldora de albúmina, fécula y azúcar sintéticos.

¡Y el alma de mi criada seguirá imperturbable, contemplando quizás desde el Empireo, con su intelecto de ostra, el aterrador espectáculo!

Transcurren todavía algunas miríadas de siglos. En un momento horrendamente trágico y atosigante, conforme pronostican Arrhénius y otros astrónomos, un astro negro, animado de velocidad vertiginosa, hará carambola con el sol, que, volatilizado por el choque, se convertirá primero en nebulosa y después en estrella, origen a su vez de nuevos planetas, irrevocablemente condenados a la destrucción. Y vuelta a empezar... hasta la eternidad.

¡Pues con todo eso, el espíritu cerril de mi fámula perdurará eternamente, impávido ante los cataclismos planetarios!

¿A qué seguir?...

Tan bien o mejor que los callos profesionales denuncian el propio oficio, según es harto sabido, el léxico, los giros del lenguaje y, sobre todo, las comparaciones habituales. He aquí un caso típico de esta identificación verbal ocurrido en Valencia allá por el año 1884.

En una pequeña habitación, orientada al Mediodía, había yo instalado modesto laboratorio micrográfico. Pasábame las inacabables veladas invernales en probaturas de tinterería histológica y explorando obstinadamente con el microscopio cortes orgánicos. De cuando en cuando sacrificaba una rana o un cobaya, víctimas propiciatorias de la ciencia.

En el balcón de enfrente, un hombre, que lo mismo podía ser un empleado que un modesto burgués, me espiaba con extraña terquedad. Indudablemente sentía ardiente curiosidad por averiguar lo que yo traía entre manos. ¿Era yo un

relojero, un arreglador de máquinas de coser, un grabador, un tintorero o simplemente un loco? Imposible adivinarlo.

Al fin, cierto día, cediendo a su vivísimo deseo de conocer al estrafalario vecino, tomó heroica resolución. Con pretexto de vecindad y de ofrecerme sus buenos oficios, me visitó; paseó sus ojos acuciosos por los chirimbolos de mi mesa, y al ver el microscopio rogóme encarecidamente le permitiese mirar por el singular canuto metálico.

Algo sorprendido de la audaz demanda, dudé sobre la especie de preparación micrográfica que debía mostrarle, para que ésta no le resultase incomprensible enigma, y colhonestar de paso, a sus ojos, la extravagancia de mis aficiones. Al cabo, escogí un corte de riñón, preparación llamativa, inyectada con carmín, donde se veían, además de elegantes surtidores vasculares, soberbios pelotones glomerulares (*glomérulos de Malpigio*), semejantes a frutos pendientes de un árbol y, mejor aún, a nidos de pájaros fantásticos.

Miró un rato el bueno de mi vecino; apartó después el ojo del misterioso instrumento, que debió quizá de tomar por un kaleidoscopio, y, sin mostrar demasiado asombro, exclamó:

—¡Vaya un bonito dibujo para un corte de chalecol...

Con esta comparación mi visitante se clasificó exactísimamente. En efecto, según rezaba su tarjeta, tratábase de un *sastre!*...



Ha bastado una moda ingenuamente atrevida para poner de relieve cierta verdad hartó sabida de pintores, esculto-

res y médicos: que la belleza corporal de la mujer, deformada por la civilización urbana, constituye, en la inmensa mayoría de los casos, una ilusión o una estafa.

La abolición radical del corsé (que ha venido a agravar la estética femenina), junto con la valerosa y casi total exhibición de las extremidades, sólo podrían producir efectos afrodisíacos y matrimoniales, destruyendo previamente, conforme proponía para otros fines el poeta Marinetti, todos los modelos clásicos de la belleza femenina atesorados en los Museos de Europa, desde las eurítmicas Venus de Milo y de Médicis, hasta los opulentos desnudos del Ticiano y de Rubens, sin olvidar la imponderable *Maja desnuda* de nuestro Goya.

Pero lo más curioso es que la mencionada moda se ha impuesto precisamente después de la gran guerra, para animar a los escasos jóvenes solteros escapados milagrosamente del sangriento estrago (1).

Se ha dicho muchas veces que el hombre es libre como el pájaro en su jaula; pero ha debido añadirse que esta jaula se ensancha con el dinero que se tiene. ¿Somos millonarios? Pues tenemos por jaula el mundo y saltaremos a nuestro capricho desde París a Pekín. ¿Somos moderadamente ricos? Nuestra jaula podrá ser Europa y brincaremos sin dificultad de Cádiz a Stockolmo. En cambio, el pobre

(1) De acuerdo con el Dr. Juarros, que ha escrito sobre este asunto luminosos artículos, opino que el semi-desnudo de hoy tiene menos atracción sexual que el recato de las mujeres totalmente vestidas o de las enigmáticas *tapadas* de antaño. En esto como en todo, el misterio atrae y la claridad desencanta.

tiene por jaula su ciudad o su aldea, y su libertad se reduce a la posibilidad de saltar del taller a la taberna, o del hospital al presidio.

Queda todavía a los humildes el inestimable recurso de cultivar el arte o la ciencia, cuyos hechizos tienen la virtud de dorar y alargar los barrotes de la jaula y de hacer llevadero, y hasta agradable, el irredimible cautiverio (*).



Paseaban juntos dos geómetras, joven y de buen humor el uno, anciano y fúnebre el otro.

De repente topan con una buena moza, y exclama el regocijado discípulo:

—He aquí un magnífico tratado de *geometría esférica*.

—Acaso tengas razón; pero a mi edad las mujeres se han convertido en bonitas estampas; han perdido definitivamente la tercera dimensión!...



Consejos de un solterón recalcitrante.—«Desengáñate: el matrimonio constituye carga insoportable. Si te casas con mujer hermosa, corres riesgo de que salga ñoña o imbécil. ¿Eres dócil y paciente?, sufrirás un marimacho. ¿Buscas novia huérfana y rica?, pues topas con tantos padres como confesores, y con tantas suegras como parientas y amigas. ¿Te sale recatada y casera?, te aburre; ¿coqueta y callejera?, te da celos. ¿La escoges elegante?, te arruina; ¿madura?, no sale de la iglesia. ¿Es locuaz?, habla para lucirse; ¿es tonta?, habla para probar que no lo es. ¿Alardea de culta?, te humilla, ¿peca de ignorante?, te avergüenza. ¿Te abando-

na?, lo pasas mal; ¿te acompaña?, lo pasas peor. ¿Es fecunda?, te empobrece; ¿estéril?, la desprecias. Si se muere, la lloras, y si reincides en maridar, la lloras todavía más. En conclusión: únicamente el soltero puede trazarse en la vida una trayectoria noble y cultivar, sin trabas ni desazones, un ideal superior.»

Transcurrieron los años, y vinieron los achaques de la vejez. Y un día supe que el irreductible solterón se había casado con su cocinera; un adefesio cincuentón, legañoso, zafio y gruñón.



Difícilmente adivinarán los aficionados a la higiene cuáles son los hombres más longevos de España.

De seguro contestarán, fiando en los datos del *Instituto Geográfico y Estadístico*: los sacerdotes, los nobles, los ministros, los burgueses, los profesores... ¡Nada de eso! ¡Los generales!...

¡Ahí es nada los años que sumaron en su tiempo el conde de Chestre (noventa años), el marqués de Novaliches (noventa), el marqués de la Habana (ochenta), y más recientemente—y Dios les conceda los días de Matusalén—los inmortales marqueses de Estella, de Tenerife y otros muchos príncipes de la milicia!

¡Quién lo había de pensar! Ellos, los héroes de la guerra, convertidos en insuperables maestros de higiene práctica!...



En las orillas del Orinoco los indios se saludan matinalmente con esta pregunta: ¿Qué tal los mosquitos?

En España, emporio de la vagancia y de la frívola palabrería, las escasas gentes atareadas debieran saludarse con esta interrogación: ¿Qué tal los latosos y pedigüeños?



Cierto cínico fundaba su desdén hacia la mujer en la breve duración de sus encantos.—Es una estafa—decía—. Repare usted: primero se nos presenta como un «ángel de amor»; conviértese después en opulenta ama de cría; pasa luego a ser ama de llaves, y, llegada la fase de suegra, transfórmase en alcaparrón en vinagre (*).

Pero lo más grave es que, según las estadísticas, la anciana, irrevocablemente abandonada de las Gracias y de Minerva, vive bastantes años más que el hombre. Y en vez de librarnos de ella, es ella quien se libra de nosotros.



Anhelan artistas, literatos, políticos y científicos la fama, o por lo menos un poco de halagüeña notoriedad, y en cuanto éstas llegan se tornan insoportables. He aquí algunos dudosos privilegios del hombre célebre:

1.º Aunque sea pobre, se convertirá en obligado cajero de todo paisano, más o menos auténtico, menesteroso, cesante o a quien falten casualmente cinco duros para regresar a su pueblo.

2.º Gastará coche, aunque carezca de fortuna, a fin de evitar el chismorreó del tranvía, y, por tanto, indiscretos cuehicheos, empalagosas curiosidades y tabarras abrumadoras.

3.º Se costeará de su peculio un secretario particular

para contestar a las cartas y telegramas de admiradores, más o menos sinceros, so pena de pasar plaza de grosero y descortés.

4.º Mal que le pese, será obligado número del programa de cuantos festejos u homenajes se celebren en pro de alguna vanidad recién encaramada al retablo.

5.º Desoyendo protestas de su estómago, aceptará sumiso cuantos banquetes y cuchipandas se le ofrezcan por los eternos brujuleadores de pretextos para descansar del cocido familiar y comer ansiosa y opíparamente. Además, exteriorizará su gratitud, pronunciando brindis chabacanos y de circunstancias, aunque la intempestiva congestión cefálica promueva temible insurrección intestinal. Por donde verá que de todos los sibaritas congregados para comer, él será el único que no coma.

6.º Escribirá de balde para todos los periódicos que lo soliciten, y dará su opinión sobre cualquier tema de actualidad, aunque lo ignore, exponiéndose, por tanto, a justificados rapapolvos.

7.º Se someterá pacientemente a las entrevistas de los malos reporteros (1), juzgándose dichoso si, al leer en el periódico las propias declaraciones, no encuentra, además de las ligerezas que se le hayan escapado (piadosamente subrayadas), algunas morcillas intragables fabricadas *ad hoc* por el entrevistero.

8.º Acogerá con evangélica humildad las deformaciones isicas, morales y hasta profesionales con que tengan a bien obsequiarle los señores caricaturistas, sin que, en justa re-

(1) Fuera injusto olvidar que hay reporteros excelentes que saben velar discretamente, bajo una forma impecable, todas las confidencias peligrosas, escapadas a la ingenuidad o a la confianza del *entrevistado*.

ciprocidad, le sea lícito deformarles a ellos el *físico*, con un poco de cirugía de urgencia.

9.º A toda hora, y aunque apremien las ocupaciones, recibirá con agrado a los «fotógrafos al magnesio» de las «revistas gráficas»; y se considerará extremadamente honrado al contemplarse, días después, hecho un adefesio, en compañía de cupletistas, maletas o estafadores. *Item* más: deberá quedar encantado de las leyendas, casi siempre absurdas, escritas al pie de los fotograbados.

10. No asistirá al teatro, como no sea para presenciar dramas espeluznantes o tragedias desgarradoras, porque las celebridades no tienen derecho a la alegría y al esparcimiento. Evitará, pues, la comedia, los sainetes y las *varietés*. Menos aún los *bares* y los cafés.

11. Firmará instancias colectivas o mensajes de admiración en favor de personas de méritos positivos o dudosos, pero siempre desconocidas.

12. Formulará juicios temerarios acerca de la excelencia de periódicos o de literatos jamás leídos por él, ya por falta de tiempo, ya por sobra de malhumor.

13. Si buscando soledad y esparcimiento, se atreve a veranear, aceptará humilde las comilonas y jiras organizadas en su honor. Y como toda eminencia en algo, sólo por serlo, está obligada a la omnisciencia, pronunciará en el casino luminosos discursos sobre los problemas locales—por ejemplo: sobre la desaparición creciente de la sardina—, no obstante ignorarlos por completo. Y la ajetreada celebridad, que había abandonado la Corte para descansar y distraerse, reconocerá con tristeza que ha tenido que trabajar y distraer a los demás.

En suma: nuestra lumbrera habrá averiguado, aunque tarde, algo muy importante: que, en ciertas naciones, nombradía y libertad son cosas incompatibles; que el tiempo es la propiedad menos respetada, y que los monjes que escribieron en la austeridad y recogimiento de sus celdas fueron dos veces sabios.



«Quien no se desmanda, manda.» He aquí un aserto que suele resultar cierto cuando se trata de la madre de familia, pero que falla a menudo en política, donde casi siempre mandan los desmandados.



¿Qué sería el hombre descrito por el mono? Probablemente un caso deplorable de degeneración, caracterizada por la manía contagiosa de hablar y de pensar.



Funesta influencia del ambiente.—Cierta benemérito profesor ganó una cátedra en un Instituto de las Provincias Vascongadas. Y a los pocos años nos sorprendió con la extraña tesis de que la lengua éuscara era nada menos que la empleada por Jehová, y por consiguiente, la madre del hebreo, del sánscrito, del griego y del latín.

Ante tan singular opinión, basada en los inconscientes ardides metodológicos usados por los filólogos angelicales, yo tuve la audacia de preguntarle:—Si usted, de cuya ciencia no dudo, hubiera regentado su primera clase en Granada y frecuentado el Sacro-monte ¿no hubiera acaso atri-

buído al *caló* el carácter de lengua primitiva, fuente y origen de todas las demás?



El hombre y la tenia, o el orgullo antropocéntrico: El hombre.—Soy el objeto predilecto de la Creación y el centro de cuanto existe. Para mi sustento y regalo fueron formados el vegetal y el animal. El cielo, insondable abismo sembrado de nebulosas y estrellas centelleantes, fué fabricado para saciar la sed de infinito de mi alma y rendir al sublime Arquitecto el culto que le es debido. Y el supremo Hacedor fué tan generoso, que me otorgó imperio absoluto sobre animales y plantas, desde el elefante al perro y desde el árbol al hongo.

La tenia solium.—Paréceme, querido huésped, que te desvaneces un poco. Si te consideras rey de la Creación, ¿qué seré yo que me alimento de ti y mando en tus entrañas? Te envanece de ser *centro* de todo, pero yo soy centro de tu centro. Alardeas de penetración intelectual, y ni siquiera sospechas que yo me alojo en tu cuerpo y te exploto como la larva de mosca al muladar. Haces bien en ensalzar al Creador, pero en mi boca se justifica el elogio mejor que en la tuya. Desbarras al afirmar que plantas y animales se han producido para tu regalo: se han creado para el regalo de todos. Y si yo me permitiera un rasgo de orgullo, diría que nacieron para que, por ministerio de tus jugos digestivos, se nos proporcionara, no sólo a mí, sino a la caterva innumerable de microbios intestinales, ración abundante, nutritiva y variada. Bien miradas las cosas, mi condición es harto más envidiable que la tuya:

tú trabajas y te afanas para ganar el sustento, mientras que yo, sin el menor esfuerzo, me nutro del *quimo* elaborado por tus glándulas digestivas. El privilegio que tú persigues de vivir sin trabajar me lo ha acordado graciosamente la Providencia desde hace millares de años.

El hombre.—Ignoraba, en efecto, que existieras y fueras capaz de discurrir. Permíteme, sin embargo, afirmar que mi orgullo tiene mejor ejecutoria que el tuyo. Careces de razón y de alma inmortal.

La tentia.—¡Donosa ocurrencial! ¿No estoy acaso provista de células nerviosas, fundamentalmente iguales a las tuyas, como las similares, todavía más complicadas, de mis parientes los *ascárides* y las *sanguijuelas*? Y siendo un hecho demostrado que la concentración y complicación del sistema nervioso se ofrece en la escala animal como una serie ininterrumpida de gradaciones, ¿por dónde cortamos? ¿Cuántas neuronas hay que atesorar para poseer alma y un poco de racionalidad?

—Tengo una idea — decía un escritor demasiado remisciente.

—¿De quién?—le atajó un amigo.

Al seguir al través de la historia las aberraciones de la humanidad, justificase la conocida frase de Wiel: «El mundo es una comedia compuesta por locos y desempeñada por borrachos.» Fáltóle añadir: «y tolerada piadosamente por el celeste Director de escena, que acaso cifra su beatitud

en divertirse con las grotescas contorsiones y gansadas de sus fantoches».



Carta de una hormiga esclavista (polyergus rufescens), escrita durante su viaje por Europa, a la reina de su hormiguero.

Mi queridísima madre: Cumpliendo el encargo que me diste de explorar secretamente los hormigueros donde habita el hombre (*formica ferox* de nuestros naturalistas), paso a contarte brevemente mis impresiones.

Estas hormigas excepcionales, no por lo sabias y cultas, sino por lo voluminosas, viven casi como nosotras, pero con algunas diferencias esenciales que abogan poco en pro de sus instintos y costumbres. En verdad, habitan colosales hormigueros, que llaman *ciudades*, formados por un dédalo de cámaras familiares y de avenidas y calles comunicantes; pero éstas aparecen llenas de inmundicias, y las viviendas, por carecer de los pisos subterráneos donde nosotras nos preservamos del calor, resultan tórridas en verano y glaciales en invierno. En algunas urbes más cultas, los humanos comienzan a asear y adoquinar las calles, aunque no con la perfección de nuestro pariente americano (1).

Reconócense diversos tipos de la *formica ferox*: la *formica agricola*, que remeda a nuestra hermana *Aphenogaster barbara* (empleando la ridícula e injuriosa nomenclatura de los hombres) y sobre todo a las ingeniosas *Attini* de Sud-

(1) *P. barbatus*, que adoquina sus nidos con pequeñas piedrecitas.

América (1), que viven de la siembra y recolección de semillas; la *hormiga lechera*, que imitando la conducta de muchas hermanas nuestras, se consagra a criar ciertos pulgones monstruosos llamados *vacas*, a quienes ordeñan diariamente; la *hormiga hortícola*, copiadora servil de nuestro *lásius niger* y de otras comunidades de himenópteros, y que se alimenta de frutos y hortalizas; la *hormiga azucarera*, entregada a la producción y venta del azúcar, como nuestras primas hermanas las abejas y el *Myrmecocystus melliger*, de Tejas; la *hormiga albañila*, constructora de casas de cal y canto, que plagia escandalosamente a nuestras parientas las abejas *calicodomas*; en fin, no falta una casta bélica especial que, siguiendo nuestras huellas, tiene por exclusiva ocupación la guerra, etc.

A propósito de esta singular profesión, he notado un hecho curioso. En vez de combatir para hacer esclavos útiles, como nosotras, cuya piedad llega hasta el punto de apoderarnos exclusivamente de larvas de diferente raza (con que llegadas éstas a la edad adulta ignoran su condición y nos sirven abnegadas y solícitas), los hombres guerrear ferocemente con los de su misma casta, sin más utilidad que el gusto de exterminarse, hacer y devolver prisioneros hambrientos y mutilados y agotar las provisiones alimenticias de la comunidad. Ahora mismo he presenciado con asombro una conflagración general de casi todos los grandes hormigueros de Europa, cuyo resultado ha sido la muerte

(1) Admirables hormigas, en cuyos vastos nidos amontonan la pulpa de ciertas hojas machacadas donde siembran un hongo (*Rhizites gongyophora*, Möller), de cuyos esporos se alimentan.

de millones de obreros y la ruina y descomposición espantosas de todas las comunidades humanas.

Y a propósito de la guerra, permíteme apuntar cierta extraña contradicción. El *homo sapiens*—como él se complace en calificarse—posee un cuerpo pacífico y un cerebro belicoso. ¿Concíbese una lombriz dotada de instintos guerreros? Pero como su cuerpo ha perdido la capacidad de modelar en sí mismo las armas de agresión y defensa, el cerebro se ha encargado de suplir la falta, fabricando mortíferas y variadas máquinas aniquiladoras que arrinconan en los momentos de trabajo. ¡Qué contraste con nosotras que jamás nos separamos de nuestros formidables garfios mandibulares!... Tamaña incapacidad manufacturera de instrumentos orgánicos defensivos, ha traído gravísimo inconveniente: el de crear una clase social, sumamente onerosa, de *ociosos armados* a fin de proteger a los *inermes laboriosos*. A pesar de lo cual no pasa día sin que ocurran expoliaciones y violencias. ¡Cómo extrañar que seres dotados de irresistibles impulsos depredadores encuentren cómodo y expedito, para llenar la panza, trocar la pesada herramienta del trabajo por el ligero y expedito revólver del atracador!...

Muy ufanos se muestran los representantes de la *formica ferox* por haber inventado el vuelo (¡valiente novedad!) algunos millones de años después que los insectos, reptiles, murciélagos y aves. Pero el tal vuelo no pasa de ser un expedito procedimiento de suicidio; deshonranlo además al emplearlo, no para amar en el azul como nosotras, sino para asesinar a mansalva. Desconocen, por consiguiente el sublime vuelo nupcial de los himenópteros. Mejor harían

los aviadores, imitando a nuestras reinas, en cortarse las alas a tiempo y vivir recogidos en su hogar.

Vive cada nación combatiéndose ferozmente dentro de sí, en cuanto no tienen extranjeros a quienes expoliar. Todas las clases sociales, como si dijéramos nuestros soldados, obreros y reinas, andan a zarpa la greña. ¡Ahora se descuelgan algunos con imitar el comunismo de las abejas y de las hormigas! ¿Habrán mentecatos? ¡Pues no pretenden instaurar el nuevo régimen, conservando la pluralidad de las *hembras*, la separación de las familias y la plena libertad del amor!... Nosotras hemos resuelto este pleito hace millo- nes de años, pero con lógica y previsión, es decir, rechaza- zando previamente el individualismo corruptor y delegando en hembra única, nuestra venerada reina, y en algunos machos escogidos, el cuidado de la reproducción de la especie. Y no sentimos las *neutras* la nostalgia del amor, porque sabemos por experiencia que amor, esclavitud y muerte son la misma cosa (1).

Otra costumbre incomprensible me ha chocado sobre- manera. La *formica ferox* se educa en escuelas donde le enseñan a hablar y a comprender un poco el Universo. ¡Estudiar para aprender! ¿Hase visto mayor idiotez?... Sin maestros machacones, ni negros catedráticos, nosotras sa- bemos comunicarnos nuestros deseos y emociones, educar a nuestros hijos y esclavos, orientarnos en terrenos desco- nocidos, distinguir las plantas y animales nocivos de los útiles, emprender sin titubeos largas expediciones de caza,

(1) No olvide el lector que la *reina* está recluida y absolutamente absor- bida por las tareas de la maternidad, y que los escasos *machos* parecen una vez fecundada la reina. En cambio las obreras pueden vivir muchos años, conforme demostró Lubbock.

y laborar en paz y coordinadamente en pro de la comunidad. Por embarazosa, vil y falaz, despreciamos la lógica racional, que hemos reemplazado por el excelso método de la *visión directa* o de la *intuición*, perfección intelectual suprema que nos envidian todos los mamíferos, sin excluir el hombre. Fabre, uno de los pocos amigos que tenemos entre los humanos, ha comparado el instinto con el genio.

En resumen, y con esto concluyo mi larga epístola, nada trascendental ha resuelto la alimaña humana: discute todavía el enigma del conocimiento y de la intuición; comienza sólo a deletrear el mecanismo del Cosmos; desconoce la esencia de la vida, y, en el orden práctico y jurídico, ni siquiera ha resuelto los apremiantes problemas de la paz social y del mejor régimen político. Y no se diga del enigma de la muerte, que debe preocuparle muy poco, no obstante las predicaciones de sus apóstoles, cuando todas las colonias más populosas de la *formica ferox*, apenas sacudido el polvo de las ruinas y desecada la sangre, apréstanse para nuevas guerras, infinitamente más cruentas y exterminadoras.

No deploramos demasiado tan increíble demencia. En los cadáveres humanos hallarán refectorio inagotable muchos insectos de la familia de los *muscidos*, y regalo y deleite las tribus nómadas de hormigas cazadoras (*myrmecocystus via titus*, *aphenogaster testaceo-pilosa*, *tapinoma enaticum*, etc.).

Y como aquí nada tengo que aprender, antes bien, mucho que olvidar, retornaré lo antes posible al hormiguero.

Te abraza efusivamente con sus antenas, R. y C.



Cierto comediógrafo que solía escribir sus sainetes en lo más recóndito de un café solitario, recibió el día del estreno la más efusiva felicitación de cierto amigo, excelente en el fondo, aunque parlanchín irrestañable.

— Con tanto más gusto te doy el parabién—le dijo— cuanto que me considero algo colaborador de tu comedia.

— ¡Tú!... ¿Cómo?

— Con mi silencio.



— Dime lo que lees y adivinaré lo que piensas.

— Es que no leo casi nunca.

— Entonces ya sé quién discurre por ti, y por consiguiente lo que piensas.



No sin razón afirmaba Amiel que el paisaje «es un estado de alma».

Con perdón del sutilísimo psicólogo, parece que no sería enteramente disparatado afirmar también «que el paisaje es un estado hepático, cardíaco o estomacal».

¿A qué se reduciría toda la imponente majestad de la *Jungfrau* para un alpinista de corazón angustiado por la fatiga o provisto de un estómago en huelga forzosa?

Desengañémonos: la modalidad emocional artística constituye, a menudo, pura resonancia visceral.



Todos conocemos personas que, prevalidas de su capacidad excepcional, cuando aconsejan se complacen en humillarnos y mortificarnos.

«¡A ti te habría de pasar esto!»—nos dicen, echándonos en cara nuestra simplicidad—. «¡Eres tonto de capirote!»

Tan enojosos consejeros sugiérenme un cuentecillo. Escamado cierto sacristán de las sospechosas asiduidades del párroco con la sacristana, hembra lozana y apetecible, decidió jugar a su superior jerárquico una sigilosa trastada. Para ello, del dosel del púlpito desenclavó casi del todo cierta paloma de metal ordinario, símbolo del Espíritu Santo. Llegó la hora del sermón. Como de costumbre, impetró el orador sagrado la inspiración divina, dirigiendo su mirada, impregnada de unción religiosa, al sagrado símbolo. El ladino acólito tiró entonces de un fino hilo prendido en el pico de la consabida paloma, la cual precipitóse estrepitosamente sobre la calva del predicador. Mas éste, hombre de buen humor, no perdió la serenidad, y después de limpiarse la sangre del cogote, exclamó para sus adentros:

—¡Señor! No me has oído bien: te rogaba que me *iluminaras*, pero no que me atizaras un *linternazo*...

□

M.—¿Qué tal ha estado Fulano en su conferencia?

N.—Aburrido: no sabe tanto que logre enseñar ni tan poco que haga reír.

□

De los mismos.—M. Cuentan que el libro de X es soporífero.

N.—Cierto. Con todo, harás mal en leerlo en la cama. Contiene tantos desatinos y sandeces que las carcajadas desvelarán a toda tu familia.

□

Con fanfarronería de conquistador irresistible decíame cierto marino:—Yo he saboreado el amor de todas las razas y bajo todos los meridianos y latitudes.

—Si eso es cierto, sospecho que ha saboreado usted también las pócimas de todas las boticas nacionales y exóticas.



El retórico.—Escribe de modo que la posteridad te elogie aunque los contemporáneos te desdeñen.

El escritor.—Pero la posteridad no *paga*. Gracias que no pegue.

El retórico.—Importa ante todo ser altruísta y noblemente ambicioso. Además, en esa posteridad menospreciada por ti, se cuentan tus hijos y nietos. Ellos recibirán la recompensa.

El escritor.—Mas si vegeto en la miseria, ¿podré tener posteridad?



Para muchos tenorios de teatro el beso de una *estrella* suele ser tan catastrófico como el choque de un astro. Y es que sólo hay tres besos asépticos: el de la madre, el de la esposa y el del niño.



Ciertas testas formidables son comparables a las tazas de chocolate, que tienen mucho barro y poco fondo, o a las cajas de cerillas llamadas *baúles*, que encierran mucho cartón y poco fósforo (*).



Jactábase cierto sujeto de poseer un cerebro de 2.000 gramos, no obstante lo cual jamás hizo cosa de provecho. Un día, bromeando con cierto camarada, se le escapó esta frase despectiva:

—¡Tengo más cerebro que tú!

—Dispensa—replicó el compañero—, no tienes más *cerebro*, sino más *neuroglia* (1).



A guisa de prueba convincente de nuestra remota ascendencia pisciaria, asegura M. Quinton que la sangre humana posee la misma composición salina del agua de mar. Cualquiera lo creará sin dificultad al observar los peces de todos los colores y cataduras que navegan por el piélago social.



Nuestros viejos políticos recordarán, sin duda, la frase célebre de Sagasta al comentar la turbia génesis de ciertas Cortes: «antes deshonradas que nacidas.»

Alguna vez he evocado esta conocida frase al visitar en Reinosa el nacimiento del Ebro. También éste es «antes deshonrado que nacido», quiero decir: contaminado en su fuente inicial, primero de convertirse en río caudaloso, por comadres y criadas montañesas. Sepan, pues, logroñeses y zaragozanos, orgullosos de su río simbólico, que gozan del poco envidiable privilegio de tragar los microbios sembrados inconscientemente por zafias lavanderas reinosanas.



(1) Tejido conjuntivo intercalar de las células nerviosas.

En nuestros diarios conflictos con el mundo empleamos a menudo dos tácticas higiénicas antagonistas: 1.^a, chocar intrépidamente con las asperezas y peligros del medio, a fin de endurecernos y acorcharnos; 2.^a, almohadillar o extirpar las espinas de la realidad para preservar nuestras carnes demasiado tiernas y sensibles.

Un caso representativo de los inconvenientes del segundo procedimiento, cuando es aplicado casi exclusivamente, fué mi excelénte amigo G. de la C., uno de los entendimientos más lúcidos que he conocido. La siguiente anécdota, rigurosamente exacta, bastará para presentarlo a mis lectores de cuerpo entero:

Habíamos hecho juntos desde Barcelona la inevitable excursión a Montserrat, complicada al final con la obligada y fatigante ascensión pedestre a la ermita del padre Bartolo. Caída la tarde y llegados a la hospedería conventual, se me ocurrió, antes de cenar, encargar al camarero que nos preparara inmediatamente las camas.

Y cuando, confortados los estómagos, entramos en nuestro cuarto (una habitación con dos alcobas), paróse G. de repente, examinó su cama recién hecha, frunció el gesto, arboláronse sus mejillas y, presa de una indignación que me llenó de asombro, exclamó con voz estentórea:

—Pero ¿quién le ha autorizado a usted para ordenar al mozo que arreglase mi lecho?

—Perdone usted; pero creí que esa pequeña oficiosidad le sería grata.

—Pues me ha fastidiado usted—(aquí un verbo harto más expresivo)—. Su irreflexión me impone ahora un trabajo abrumador. ¡Y con el sueño que tengo!...

—Sigo no comprendiendo.

Entonces, dándose cuenta de lo falso de su actitud y algo más aplacado, explicóme que para dormir con absoluta comodidad necesitaba, a fuerza de amasar el colchón y de repartir diestramente la lana, fabricarse el molde exacto de su cuerpo; tarea laboriosísima ejecutada la noche precedente, y que sólo emprendía estando en casa una vez o dos a la semana. (Supe más adelante que G. no consentía que nadie entrara en su dormitorio.) Para el bueno de G. era, pues, condición inexcusable de un sueño profundo y reparador encajar previa y exactamente en un molde de lana la estatua de su robusto corpachón.

Y así procedía en todo. Alimentábase de acuerdo con las más severas reglas de la fisiología y de la higiene; sus paseos, siempre premeditados, eran precedidos de un concienzudo examen comparativo del termómetro, barómetro, higrómetro y anemómetro; sus coloquios con los amigos sufrían una tasa, regulada por el estado de su espíritu, de su pulmón o de su estómago; y a pesar, y a causa quizás de tan escrupulosa y prolija reglamentación, y no obstante gozar de complexión robusta, murió joven. Muerte que, dicho sea de pasada, privó a la ciencia española de uno de sus talentos más esclarecidos.

Moraleja. Bueno es moldear las cosas a nuestra sensibilidad; pero es mucho más sano amoldar nuestra sensibilidad a las cosas.



No hay favores menos agradecidos y más pronto olvidados que los humillantes para nuestra incorregible vanidad intelectual.

Conocedor de mi gran flaqueza—la condescendencia—cierto contertulio de café, que llamaré B., apurado por el apremiante compromiso de escribir una memoria científica, suplicóme angustiosamente que le prestara alguno de mis trabajillos inéditos.

—Precisamente tengo en el telar uno acerca de la *célula* en general. Te lo regalo para salir del paso, con tal de que me des palabra de honor de conservarlo inédito.

B.—Acepto con mil amores.

Llegado el día, leyó la disertación, que satisfizo plenamente a sus superiores jerárquicos.

Transcurrieron algunos años. Después de largo olvido, B. abordóme un día en la calle, diciéndome:

B.—Convendría publicar *nuestra disertación*.

—No hagas tal; recuerda lo convenido.

Pasaron dos lustros más. Vuelvo a toparle casualmente en Madrid, y con encantadora desenvoltura me sorprende con esta noticia:

B.—Ya sabrás que, para no perder la oportunidad y a instancias de los amigos, publiqué hace cuatro años *mi* memoria sobre la *célula*.

—Lo siento en el alma—repliqué—porque yo, creyéndola inédita, tomé del borrador algunos párrafos para un libro. Y ahora voy a resultar plagiario tuyo.

B.—(Con aire de bondad paternal.) Tranquilízate. No pienso reclamar. ¡Qué diablos!... Para algo somos buenos amigos...



Y a propósito de cesion de trabajos a los camaradas, deseo contar otra anécdota confirmadora, una vez más,

del aforismo vulgar: *lo mejor es enemigo de lo bueno*.

A punto de terminar mi carrera en Zaragoza, trabé íntima amistad con cierto ricachón de noble estirpe, que tuvo la humorada de cursar la carrera de Medicina.

Un día, confióme en secreto que aspiraba a obtener el premio de cierta asignatura cuyo nombre no hace al caso. Y favoreciéndome con una confianza que nunca agradeceré bastante, se dignó encargarme la redacción de la memoria correspondiente, por la cual me ofreció 25 duros.

Fascinóme la fabulosa suma. Hay que tener en cuenta que yo frisaba en los diez y nueve años y que a esta edad no hay quien, ante la perspectiva de tan generosos honorarios, no se crea capaz de poner en seguidillas la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Acepté, pues, encantado el no muy correcto encargo, no sin atajar a mi amigo con esta candorosa pregunta:

—Pero, ¿cómo ha adivinado usted el tema que debe salir de la urna?

—Es que yo soy un poco zahorí. Además, mis experimentos hechiceriles los efectúo en el restaurante de Lac (1), de sobremesa, y bajo la inspiración del champaña.

Calé la sutil estratagema, cosa harto fácil, constándome cuán devoto era de los buenos mostos el aludido catedrático. Ansioso, pues, de percibir mis cinco doblones (entonces los había) puse inmediatamente manos a la obra, para cuya redacción—huelga decirlo—consulté a los autores más en boga.

A los quince días obraban ya en poder de mi acaudalado

(1) Una repostería y restaurante muy frecuentados durante aquella época en Zaragoza (1871).

cliente dos voluminosos manuscritos sobre el tema: uno atiborrado de datos, estadísticas, minuciosas descripciones y consideraciones críticas transcendentales; y otro mucho más conciso, pero hartó más discreto y verosímil.

—Debe usted escoger este último—osé insinuarle—. El primero detalla demasiado para que el tribunal trague el anzuelo.

—¡No!... Usted olvida que concursa un joven brillantísimo. Opto, pues, sin vacilar, por el primer manuscrito.

Conforme yo recelaba, el tribunal, anonadado por aquel chaparrón de datos, cifras y juicios que olían a cien leguas a transcripción y arreglo de algunos textos extranjeros, adjudicó por unanimidad el premio a la enjuta, pobre y sucinta disertación del contrincante desvalido.

Y a guisa de consolación, dicho Jurado despidió a mi defraudado cliente con estas significativas palabras: «El trabajo de usted raya tan alto, que nos consideramos incompetentes para juzgarlo.»



Hay gentes para quienes nada se hace en este mundo sin el pecado original de la recomendación.

Designado—no obstante la endeblez de mis méritos—para pronunciar ante la *Sociedad Real de Londres* la *Croonian Lecture* (1894), momentos antes de partir, atajóme un colega de Facultad con esta discretísima y piadosa pregunta:

—Pero ¿qué clase de *influencias* tiene usted en Londres para haber recibido tamaña distinción?

—¿Influencias? Irresistibles: desde el Príncipe de Gales,

con quien he jugado al *foot-ball*, hasta Lord Kelvin, presidente de la *Sociedad Real*, con quien he alternado apurando muchos *bocks* en el *Picadilly Circus*...

—¡Ah!...—repuso, dándose un golpe en la frente, mi angelical interlocutor.



Cierto opositor a cátedras, que se había preparado, empollando a conciencia varios textos franceses y alemanes, amén de trabajar asiduamente en el Laboratorio, preguntóme un día:

—Desearía que usted, conecedor de estos lances, me dijera qué me falta para completar mi preparación.

—¿Juega usted a las carambolas?

—¡No!...

—Siento decirle, pues, que ha perdido usted el tiempo y la cátedra. Porque cabalmente el presidente del tribunal necesita, para favorecer su digestión, entregarse diariamente, en compañía de un candidato, al noble juego del billar. Y los aspirantes hacen cola.



De las memorias de una coqueta.—El hombre casado es el más paciente de los animales domésticos.



Propone el sabio fisiólogo Richet, para mejorar la raza humana, el matrimonio entre personas maduras y selec-

tas. Mi felicitación más sincera a las literatas amojamadas y a las grandes actrices otoñales.



El indiano.—Grande hombre fué Colón. Sin él no fuera yo millonario. ¡Lástima grande que las encantadoras criollas de cutis ambarino me hayan obsequiado con aquel molesto regalo con que obsequiaron las gaditanas al enamorado Alfieril

El treponema de la sífilis hablando al paño.—Gracias a Dios que coincido una vez con el hombre, mi suculento huésped. Colón fué en efecto genio sin par. A él debe mi casta su actual envidiable prosperidad. Al descubrir un continente habitado por escasos y rudos salvajes, el ilustre genovés nos tendió un puente vivo sobre el Atlántico para que nuestra casta descubriera y explotara cuatro continentes más, poblados de gentes sensuales, por bien alimentadas, y cuyo número se acrece hasta el infinito. ¡Nuestro es el porvenir!...

—Pero ¿y los médicos y bacteriólogos?

—¡Bah! Como los bomberos del cuento, estos señores suelen llegar un poco tarde.



Entre amigos.—Asómbrame tu intrepidez al casarte con viuda de tres maridos.

—Ten presente que se trata de hembra apetecible, rica y que me cuida con maternal ternura... Además, por precaución, dejo ordenado en mi testamento que si muero joven la Facultad me haga la autopsia.



Juzgo poco piadoso, y además injusto, mofarse con gesto aristocrático de las gentes sencillas dotadas de anchos y sonrosados carrillos y de sólida y vigorosa arquitectura. De ellos decía Heine «que eran demasiado estúpidos para estar enfermos», y Larra que «tenían color sano como de quien ignora con qué se piensa».

No. Saludemos a estos rudos labriegos con devoción y alegría. Ellos son la solera de la raza. Ciertamente ignoran qué cosa sea el cerebro y hacia qué lado cae el corazón; pero a lo mejor y sin saber cómo, generan seres excepcionales que llegan a saberlo y que añaden algo al acervo común de la cultura.



No concibo la existencia de galenos espiritistas. Si los hay, ¿no les aterra pensar en la acogida que les harán, llegados al otro mundo, las almas prematuramente desencarnadas?



Conozco varias literatas doctísimas y de gran talento; pero, de vez en cuando, se tropieza con marisabidillas del tenor siguiente:

Deseando manifestar su adhesión a cierto novelista ilustre, escribióle: «También yo, venerable maestro, quiero contribuir al homenaje con mi modesto *óvulo* (por *óbolo*)». La pobrecilla ignoraba que invitaba a su ídolo nada menos que a una noche de bodas.



El sabio fisiólogo del Colegio de Francia Sergio Vonoroff se ha propuesto, y al parecer ha conseguido, favorecer a los

viejos caducos con una especie de *veranillo de San Martín*, injertándoles en la región más adecuada glándulas sexuales de chimpancé. Dicen los bien enterados que los pacientes lucen una paternidad intelectual y fisiológica, tanto más grata cuanto más inesperada.

¡Qué de obras maestras vamos a leer! ¡Ahí es nada, escribir aunando la copiosa y variada experiencia de la vejez con la frescura de imaginación y los transportes pasionales de la juventud! Será el ensueño de Fausto realizado y al alcance de todas las fortunas.

Duéleme, con todo, que el famoso especialista haya cometido una injusticia que no le perdonarán de seguro las feministas: ha olvidado a las casadas otoñales. ¿Por qué no injertarles también ovarios de chimpancé [hembra? ¿No teme el ilustre endocrinólogo que le gratifiquen con los infamantes mote de *fabricante de adulterios o de entrenador de viejos verdes?*

De todos modos, si en tan maravillosos resultados la sugestión no entra por nada, el experimento es curioso y de gran alcance biológico. Con razón están emocionados los círculos darwinistas. Ya he oído decir que, probada la analogía química específica y hormonal entre el antropoide y el hombre, queda *ipso facto* demostrada nuestra ascendencia simiesca.

Convendría, sin embargo, en tan delicado pleito, conocer también la opinión de los monos. Y no me extrañaría que, invocando los mismos argumentos, proclamaran osadamente su incontestable abolengo humano. ¿Quién desciende de quién?

Es preciso ir todavía más lejos. ¿Qué obstáculos nos de-

tienen para injertar glándulas humanas en monos? El Oriente con sus fabricantes de eunucos y Roma con sus devotos laboratorios de tenores nos ofrecerían, al efecto, material fresco abundante, sin contar con los jóvenes europeos que, por amor a la ciencia, se prestaran al cruento sacrificio. ¡Qué diablo!... Esta reciprocidad de trato bien la merecen el abnegado y sumiso chimpancé ó el cinocéfalo, a quienes tantas veces hemos inoculado la sífilis y otras infecciones.

¡Quién sabe si resultaría, a la postre, después de varias generaciones injertadas y remontadas intelectualmente, una raza de monos parlantes no muy inferior a la casta de parlamentarios sonoros, orgullo, ornato y delicia de las naciones constitucionales!



Extrañame que bajo la frenética competencia por la novelaría pictórica (impresionistas, cubistas, futuristas, dislocacionistas, etc.) no haya surgido todavía una escuela que podríamos bautizar provisionalmente: *olfativista*. Un mal cuadro pintado con tintas portadoras de sendos y diversos perfumes, resultaría admirablemente evocador. Al público se le haría la boca agua, como al oler un buen estofado o contemplar fragante y policroma cabeza femenil. Tales pinturas halagarían el olfato y abrirían el apetito. Y nuestros jurados, a quienes tantos quebraderos de cabeza da la adjudicación de medallas, verían aliviada su tarea por tres clases de asesores irrecusables: las proxenetas, los perfumistas y los sabuesos.



El secreto profesional.—Un marido celoso preguntó en una casa *non sancta* si por ventura concurría a ella cierta señora de tales o cuales señas. Y para desentumecer la lengua de la oronda matrona puso en su manos pecadoras un billete.

Mas la interlocutora, con ademán de dignidad ofendida, respondió:

—Me parece que no; pero aunque las sospechas de usted tuvieran fundamento, cerraría mi boca nuestro *secreto profesional*.

¡Cuántas veces me he acordado de este cuentecillo de café, al ver cómo ciertos políticos, diplomáticos, abogados y médicos se atrincheran detrás del sacrosanto *secreto profesional*, sin distinción de circunstancias ni de casos, y sin percatarse de que su reserva puede en ocasiones causar la ruina de naciones y familias!



La fría indiferencia ante el desgarrador espectáculo de la muerte se patentiza especialísimamente en los vecinos de la calle de Alcalá (desde la Puerta de este nombre hasta las Ventas). Diariamente desfilan por ella fúnebres cortejos, y sin embargo, no queda vacante ningún piso ni bajan los alquileres.

En vista de esta impasibilidad filosófica, deploro tener que retirar un proyecto que, de ser concejal, hubiera sugerido a nuestro ilustre Municipio: la organización de un servicio de *aeroplanos mortuorios*. Pero, después de reflexionar,

he caído en la cuenta de la perfecta inutilidad del proyecto. Todo se reduciría a un impuesto municipal más, complicado con el alza de los alquileres a causa de la peregrina novedad del espectáculo.



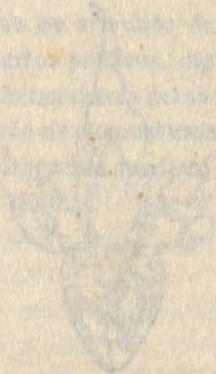
En consecuencia, el presente informe se ha redactado en
 forma de memoria, para ser sometido a la consideración
 de la Junta de Gobierno, a fin de que, en su caso,
 se acuerde la oportuna resolución.



Dado en Madrid, a los [] días del mes de [] de [] años.

Yo, [] Director General de la Biblioteca Nacional de España,

he firmado y sellado el presente informe.



El Director General de la Biblioteca Nacional de España,

[]

[]

[]

[]

[]



INDICE

	<u>Páginas</u>
DOS PALABRAS AL LECTOR.....	5
CAPÍTULO PRIMERO.—Sobre la amistad, la antipatía, la ingratitud y el odio.....	11
— II.—Sobre el amor y las mujeres..	29
— III.—En torno de la vejez y del dolor	69
— IV.—Alrededor de la muerte, la in- mortalidad y la gloria.....	91
— V.—Sobre el genio, el talento y la necedad.....	121
— VI.—Acerca de la conversación, la polémica, las opiniones, la oratoria, etc.....	147
— VII.—Sobre el carácter, la moral y las costumbres.....	169
— VIII.—Pensamientos de tendencia pedagógica y educativa ...	211
— IX.—Con tendencias a la literatura y al arte.....	237
— X.—Sobre política, la guerra, cues- tiones sociales, etc.....	287
— XI.—Pensamientos de sabor humo- rístico y anecdótico	337



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104540504

